



LAS MODISTAS DE AUSCHWITZ

En el taller de costura
todas tenían nombre. En el campo,
solo eran un número

Lucy Adlington

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Introducción](#)

[1. Una de las pocas que sobrevivieron](#)

[2. El único poder](#)

[3. ¿Y ahora qué? ¿Cómo seguir?](#)

[4. La estrella amarilla](#)

[5. El recibimiento de rigor](#)

[6. Quieres seguir viva](#)

[7. Quiero vivir aquí hasta que me muera](#)

[8. De entre diez mil mujeres](#)

[9. Solidaridad y apoyo](#)

[10. El aire huele a papel quemado](#)

[11. ¿Quieren que seamos normales?](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos de las ilustraciones](#)

[Bibliografía](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Sinopsis

Las modistas de Auschwitz cuenta la historia de las veinticinco mujeres y adolescentes, la mayoría judías, que en medio del horror absoluto del campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau fueron seleccionadas para confeccionar ropa a medida para las damas de la alta sociedad nazi. Sus habilidades se convirtieron en su única esperanza de salvarse de una muerte segura en las cámaras de gas.

Basándose en un impresionante trabajo de investigación, incluso en entrevistas con la última costurera superviviente, la novelista e historiadora Lucy Adlington ofrece una detallada e inestimable reconstrucción del vínculo de amistad que unía a aquellas valientes mujeres y su papel en la resistencia del campo, al tiempo que expone la codicia, la crueldad y la hipocresía del Tercer Reich.

Este libro ofrece una nueva mirada a un capítulo poco conocido de la Segunda Guerra Mundial y del Holocausto y saca a la luz historias de vidas excepcionales que deben ser contadas antes de que sea demasiado tarde.

LAS MODISTAS DE AUSCHWITZ

Lucy Adlington



Dedicada a las modistas y a sus familias

Introducción

—¿Cómo podía creerse una cosa así?

Esas son las primeras palabras que la señora Kohút pronuncia al verme, tras recibirme en su casa, rodeada por una familia que vive muy pendiente de ella. Ahí está, una mujer menuda, luminosa, vestida con unos pantalones muy elegantes, blusa y collar de cuentas. Tiene el pelo blanco y lo lleva corto; los labios, pintados de rosa pálido. Por ella me he montado en un avión y he recorrido medio mundo, desde el norte de Inglaterra hasta una casa sencilla que se alza en una de las colinas que rodean San Francisco, la gran ciudad californiana.

Nos estrechamos la mano. En ese momento, la historia se convierte en vida real, deja de ser la sucesión de archivos, pilas de libros, bocetos de moda y telas vaporosas que suelen constituir mis fuentes históricas cuando escribo y llevo a cabo presentaciones. Estoy conociendo a una mujer que ha sobrevivido a un tiempo y a un lugar que hoy son sinónimos del horror.

La señora Kohút me recibe sentada a una mesa cubierta con un mantel de encaje, y me ofrece un *strudel* de manzana casero. En nuestros sucesivos encuentros, siempre se sitúa frente a un fondo compuesto por libros académicos, ramos de flores, bellos bordados, fotos familiares y piezas de cerámica llenas de color. Iniciamos la primera entrevista repasando las revistas de costura de la década de 1940 que yo he traído para mostrárselas, y pasamos luego a examinar

un vestido rojo, elegante, de la época de la guerra, que forma parte de mi colección personal de ropa *vintage*.

—Un trabajo de buena calidad —comenta mientras pasa los dedos por los adornos de la prenda—. Muy elegante.

Me maravilla que la ropa posea esa capacidad de conectar a personas de continentes distintos, de distintas generaciones. Más allá de compartir opinión sobre la calidad de un corte, sobre un estilo, sobre una habilidad, se impone un hecho mucho más significativo: decenios atrás, la señora Kohút se dedicaba a manejar tejidos y prendas de ropa en un contexto muy distinto; ella es la última sastra superviviente de un taller de costura abierto en el campo de concentración de Auschwitz.

¿Un taller de costura en Auschwitz? La mera idea constituye una odiosa anomalía. Yo misma no salía de mi asombro al toparme por primera vez con una referencia al «Estudio Superior de Confección», que es como se llamaba, mientras me documentaba sobre los vínculos entre el Tercer Reich de Hitler y el comercio de la moda para la preparación de un libro sobre la industria textil internacional durante la Segunda Guerra Mundial. Está claro que los nazis comprendían muy bien el poder de representación de la ropa, como demuestra el hecho de que se vistieran con aquellos uniformes tan icónicos en sus gigantescos desfiles públicos. Los uniformes son un ejemplo clásico del uso de la ropa para reforzar el orgullo y la identidad de grupo. Las políticas económicas y raciales nazis pretendían beneficiarse de la industria textil, y recurrieron al saqueo y al expolio para financiar las hostilidades militares.

Las mujeres nazis de la élite también valoraban la ropa. Magda Goebbels, esposa del insidioso ministro de Propaganda de Hitler, era célebre por su elegancia, y mostraba pocos escrúpulos a la hora de vestirse con creaciones judías, a pesar de la obsesión nazi por borrar a los judíos del comercio de la moda. Emmy Goering, casada

con el *Reichsmarschall* Hermann Goering, vestía con piezas de lujo producto de expolios, a pesar de que aseguraba desconocer la procedencia de sus prendas. Eva Braun, la amante de Hitler, adoraba la alta costura, hasta el punto de que se hizo traer un vestido de novia por las calles de un Berlín en llamas días antes de su suicidio y de la rendición de Alemania, vestido que combinó con unos zapatos de Ferragamo. [1](#)

Aun así, ¿un taller de confección en Auschwitz? Semejante establecimiento condensaba los valores esenciales del Tercer Reich: privilegios y caprichos combinados con expolio, degradación y asesinatos en masa.

El taller de confección de Auschwitz lo creó nada menos que Hedwig Höss, esposa del comandante en jefe del campo. Y por si aquella combinación de salón de moda y lugar de exterminio no fuera ya lo bastante grotesca, la identidad de las mujeres que trabajaban en él resulta ya el colmo: la mayoría de las modistas del taller eran judías que habían sido desposeídas de todo y deportadas por los nazis, y cuyo destino último era la aniquilación como parte de la solución final. A ellas se les sumaban algunas comunistas no judías de la Francia ocupada a las que habían encarcelado y pretendían eliminar por su resistencia a los nazis.

Ese grupo de mujeres resistentes, esclavizadas, diseñaban, cortaban, cosían y arreglaban ropa para *Frau* Höss y otras esposas de mandos de las SS, creaban preciosos vestidos para las mismas personas que las despreciaban y las consideraban seres infrahumanos y subversivos; para las mujeres de unos hombres activamente empeñados en destruir a todos los judíos y a todos los enemigos políticos del régimen nazi. Para las modistas del taller de Auschwitz, coser era defenderse de las cámaras de gas y los hornos crematorios.

Las sastras desafiaron los intentos de los nazis de deshumanizarlas y degradarlas estableciendo entre ellas

unos extraordinarios lazos de amistad y lealtad. Mientras enhebraban las agujas, mientras las máquinas de coser zumbaban, ellas hacían planes para la resistencia e incluso la huida.

Este libro cuenta su historia. No se trata de un relato novelado. Las escenas íntimas y las conversaciones que se describen en él están basadas en su totalidad en testimonios, documentos, pruebas materiales y recuerdos relatados a miembros de sus familias o directamente a mí, todo ello apoyado en lecturas extensivas y en la indagación en archivos.

Desde que supe de la existencia de ese taller de costura inicié una investigación más profunda a partir de una información muy básica y de una lista de nombres incompleta: Irene, Renée, Bracha, Katka, Hunya, Mimi, Manci, Marta, Olga, Alida, Marilou, Lulu, Baba, Boriskha.

Ya casi había desistido de encontrar algo más, y había renunciado del todo a conocer la totalidad de las biografías de aquellas modistas, cuando la novela para adolescentes que escribí, ambientada en una versión ficticia de ese mismo taller —y que lleva por título *La cinta roja*—, captó la atención de familiares suyos en Europa, Israel y Norteamérica. Y fue entonces cuando me llegaron los primeros correos electrónicos:

Mi tía fue modista en Auschwitz.

Mi madre fue modista en Auschwitz.

Mi abuela llevaba el taller de confección de Auschwitz.

Por primera vez tenía contacto con los familiares de aquellas modistas. Me impactaba y a la vez me resultaba inspirador empezar a descubrir las historias de sus vidas y sus destinos.

Es extraordinario que una de las modistas siga viva, se encuentre bien y esté dispuesta a conversar; se trata de una testigo directa única de un lugar que ejemplifica las espantosas contradicciones y crueldades del régimen nazi.

La señora Kohút, que tiene noventa y ocho años en el momento de nuestro encuentro, empieza a contarme historias antes incluso de que yo tenga ocasión de preguntarle nada. Sus recuerdos van desde la lluvia de frutos secos y caramelos que recibió de niña durante la festividad judía de los Tabernáculos hasta el momento en que un miembro de las SS le partió el cuello con una pala a una compañera de colegio simplemente por hablar mientras trabajaba.

Me muestra fotografías suyas de antes de la guerra, de adolescente, vestida con un suéter de punto muy bonito y con una magnolia en la mano, y otra de varios años después de la guerra en la que lleva un abrigo elegante, del estilo del célebre New Look de Christian Dior. Viendo esas imágenes, jamás dirías cuál fue la realidad de su vida durante los años intermedios.

No hay fotos de los espeluznantes mil días que pasó en Auschwitz. Me cuenta que todos y cada uno de aquellos mil días habría podido morir mil veces. A medida que transita de un recuerdo a otro, creando imágenes con sus palabras, pasa los dedos por las costuras de su pantalón una y otra vez, resigue sus pliegues con más ahínco; es una pequeñísima muestra de unas emociones que, por lo demás, mantiene a raya. El inglés es su quinta lengua, perfeccionada durante sus muchos años de vida en Estados Unidos. Pasa con facilidad de un idioma a otro, y yo hago lo que puedo por seguirle el ritmo. Tengo listos papel y bolígrafo para transcribir en taquigrafía, así como una larga lista de preguntas. La señora Kohút me da una palmadita cuando hago ademán de activar el vídeo de la cámara.

—¡Tú escucha! —me ordena.

Y yo escucho.

1

Una de las pocas que sobrevivieron

Después de dos años entré en el edificio central de Auschwitz, donde iba a trabajar como modista en el taller de confección para familias de las SS. Trabajaba diez o doce horas al día. Soy una de las pocas que sobrevivieron al infierno de Auschwitz.

OLGA KOVÁČZ [1](#)

Un día como otro cualquiera.

A la luz de las dos ventanas, un grupo de mujeres tocadas con pañuelos blancos cosían sentadas a unas mesas largas de madera, encorvadas sobre los vestidos. Clavar la aguja. Sacar la aguja. El taller ocupaba un sótano. Al otro lado de las ventanas, el cielo no representaba la libertad. Su refugio era ese. Estaban rodeadas de la parafernalia propia de un taller de costura lleno de vida, de todos los utensilios de su oficio. Sobre las mesas, cintas métricas enrolladas, tijeras y bobinas de hilo. Al lado, rollos de todas las telas. Y esparcidas por todas partes, revistas de moda y papeles para diseñar patrones. Junto al taller principal había un probador privado para las clientas, todo ello bajo la supervisión de Marta, una mujer lista y muy capaz que no hacía tanto llevaba su propio taller en Bratislava. Echándole una mano a Marta estaba Borishka.

Las modistas no cosían en silencio. En una babel de lenguas — eslovaco, alemán, húngaro, francés, polaco— conversaban sobre su trabajo, sus casas, sus familias..., e incluso bromeaban entre ellas. Y es que casi todas eran muy jóvenes, adolescentes o chicas de poco más de veinte años. La menor acababa de cumplir los catorce. La llamaban Gallinita, porque iba de un lado a otro del taller recogiendo alfileres o barriendo hilos sueltos.

Las amigas trabajaban juntas. Estaban Irene, Bracha y Renée, las tres de Bratislava, y Katka, que era hermana de Bracha y que hilvanaba los elegantes abrigos de lana de sus clientas, a pesar de tener las manos heladas de frío. Otras dos costureras, Baba y Lulu, también eran muy amigas; una era muy seria, y la otra, muy traviesa. Hunya, que pasaba de los treinta, era a la vez amiga y figura materna, y una fuerza a tener en cuenta. Olga, casi de su misma edad, les parecía viejísima a las más jóvenes.

Todas eran judías.

Con ellas también cosían dos comunistas francesas, la corsetera Alida y Marilou, combatiente de la resistencia, a las que habían detenido y deportado por oponerse a la ocupación nazi de su país.

En total, eran veinticinco mujeres las que trabajaban cosiendo, respunteando, hilvanando. Cuando llamaban a alguna para que se ausentara y ya no volvían a verla más, Marta disponía enseguida que trajeran a otra que ocupara su lugar. Su intención era que hubiera el máximo número posible de prisioneras, que cuantas más mejor acudieran a aquel refugio del sótano. En el taller, todas tenían nombre. Del otro lado, eran solo números.

Sin duda, había trabajo para todas. La gran libreta negra de los encargos estaba tan llena que la lista de espera era de seis meses, incluso para las clientas más influyentes de Berlín. La prioridad en los pedidos la tenían las clientas locales y la mujer que había creado el taller. Hedwig Höss.

La esposa del comandante del campo de concentración de Auschwitz.

Un día, un día como cualquier otro, se oyó un grito de espanto en el taller del sótano y llegó el temible olor de tela quemada. Catástrofe. Una plancha caliente en exceso había carbonizado un vestido: la marca de la quemadura estaba ahí, a la vista de todas, no había manera de ocultarla. La clienta debía venir a probárselo al día siguiente. La torpe modista lloraba, presa de la angustia.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer?

Las demás dejaron de trabajar, experimentando su mismo pánico. No se trataba solo de un vestido echado a perder. Las clientas de ese taller de moda eran las esposas de altos mandos del cuartel de las SS de Auschwitz. Hombres conocidos por las palizas, las torturas y los asesinatos en masa. Hombres con un control total sobre las vidas y los destinos de todas y cada una de las mujeres presentes en aquella sala.

Marta, que estaba al mando, estudió los daños sin perder la calma.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? Vamos a descoser esta pieza de aquí e insertaremos esta otra tela. Deprisa, ahora...

Y todas se pusieron manos a la obra.

Al día siguiente, la esposa del mando de las SS llegó al taller a la hora convenida. Se probó el vestido nuevo y, perpleja, se miró en el espejo del probador.

—No recuerdo que este fuera el diseño.

—Sí, claro que lo era —dijo Marta en tono amable—.

¿Verdad que queda muy bien? La nueva moda... [2](#)

Se había evitado el desastre. De momento.

Las modistas regresaron al trabajo, puntada tras puntada, y vivieron un día más como prisioneras en Auschwitz.

Las fuerzas que convergieron para crear un taller de modas en Auschwitz eran las mismas que se ocuparían de dar forma y fracturar las vidas de las mujeres que acabarían

trabajando en él. Dos décadas antes, cuando aquellas mujeres eran muy jóvenes, en ocasiones niñas, no imaginaban siquiera que sus destinos coincidirían en aquel lugar. Incluso a los adultos que se ocupaban de ellas les habría costado concebir un futuro que incluyera un espacio para la alta costura instalado en medio de un genocidio generalizado.

El mundo es muy pequeño cuando somos niños, y a la vez muy rico en detalles y sensaciones. El roce áspero de la lana en contacto con la piel, los dedos fríos, torpes, ante un terco botón que se resiste a dejarse abrochar, la fascinación por la rodilla de un pantalón deshilachado. Al principio, nuestro horizonte está limitado por las cuatro paredes del hogar familiar; más tarde, se amplía a las esquinas de la calle, y después a los campos, a los bosques y a los paisajes de la ciudad. No existen presagios de lo que ocurrirá en el futuro. Con el tiempo, los recuerdos, los objetos, son todo lo que queda de los años perdidos.



Irene Reichenberg de niña.

Uno de los rostros que contemplan desde el pasado es el de Irene Reichenberg de niña, en fecha desconocida. Sus rasgos se ven pálidos entre las sombras; no se distingue la ropa. Sonríe vacilante y, al hacerlo, se le marcan unos pómulos redondeados, como si temiera mostrar demasiado sus emociones.

Irene nació el 23 de abril de 1922 en Bratislava, una hermosa ciudad checoslovaca a orillas del Danubio, a apenas una hora de Viena. Su nacimiento tuvo lugar tres años después de la elaboración de un censo que revelaba que la población de la ciudad era sobre todo una mezcla de alemanes, eslovacos y húngaros. Desde 1918, todos habían quedado bajo el control político del nuevo Estado checoslovaco, pero la comunidad judía, de casi quince mil personas, se concentraba en un barrio muy concreto, a pocos minutos a pie de la orilla norte del río.

El centro del barrio judío era la Judengasse, o Židovská ulica, es decir, la «calle de los judíos». Hasta 1840, estos vivían segregados en aquella única calle en pendiente de Bratislava, que pertenecía a los terrenos del castillo del lugar. A ambos extremos había unas puertas que todas las noches cerraban unos guardias municipales, creando así, básicamente, un gueto que dejaba claro que los judíos debían considerarse aparte de los demás habitantes de Bratislava.

En las décadas que siguieron, las leyes antisemitas se relajaron, y cada vez más familias judías prósperas tuvieron libertad para abandonar la calle e instalarse en las zonas principales de la ciudad. Los otrora notables edificios barrocos de la calle Židovská fueron subdividiéndose en viviendas más pequeñas donde se hacinaban familias numerosas. Aunque el área fue devaluándose, las calles empedradas se mantenían impolutas y las tiendas y los talleres estaban muy concurridos. La comunidad continuaba estando muy unida y sus miembros se apoyaban los unos a los otros. Todo el mundo se conocía. Y conocían los negocios

de los demás. La gente tenía un sentido especial de pertenencia.

*Fue la época más feliz de mi vida. Allí crecí,
allí me crié y allí viví con mi familia.*

IRENE REICHENBERG [3](#)

Židovská era un lugar extraordinario para los niños, que entraban y salían de las casas de sus amigos y colonizaban la calle y las aceras con sus juegos. La vivienda de Irene ocupaba el número 18, concretamente la segunda planta de un edificio esquinero. Allí vivían ocho niños. Como sucedía con todas las familias numerosas, se creaban alianzas y lealtades entre hermanos, y existía cierta distancia entre los mayores y los menores. Uno de los hermanos de Irene, Armin, trabajaba en una tienda de dulces. Con el tiempo se trasladaría al Mandato Británico de Palestina y se ahorraría el trauma del Holocausto. Su otro hermano, Laci Reichenberg, consiguió trabajo en una empresa textil mayorista judía. Se casó con una eslovaca joven llamada Turulka Fuchs.

Durante los primeros años de vida de Irene, la familia no pensaba siquiera en la posibilidad de una guerra. Se esperaba que el horror hubiera quedado atrás tras el Armisticio de 1918 y con el nacimiento de un nuevo país, Checoslovaquia, en el que los judíos eran ciudadanos de pleno derecho. Ella era demasiado joven para comprender el mundo que quedaba más allá del barrio judío. Su destino, como el de la mayoría de niñas de su tiempo, era aprender a realizar las tareas de la casa con vistas al matrimonio y la maternidad, siguiendo el ejemplo de sus hermanas mayores. Katarina, a la que llamaban Käthe, era cortejada por un apuesto joven llamado Leo Kohn; Jolanda (Jolli) se casó con el electricista Bela Grotter en 1937; Frieda fue la siguiente en contraer matrimonio y se convirtió en la señora

Federweiss. Ya solo quedaban tres hermanas solteras: Irene, Edith y Grete. [4](#)

La gran familia dependía económicamente del padre de Irene, Shmuel Reichenberg. Era zapatero, uno de los muchos artesanos de la calle Židovská. El buen oficio y la pobreza de los zapateros habían sido inmortalizados en numerosos cuentos infantiles. Sin duda, había algo mágico en su manera de cortar y dar forma a pieles finas ayudándose de hormas de madera, pieles que después cosía con hilos encerados. Remachaba los clavos con esmero, inclinado sobre las piezas desde las siete de la mañana hasta llegar la noche, y sin ayuda de máquinas de ninguna clase.

El dinero escaseaba y las ventas nunca estaban garantizadas. Para muchos de los habitantes de la calle Židovská, un par de zapatos nuevos, o incluso un remiendo en los viejos, era todo un lujo. Durante los duros años de entreguerras, los más pobres andaban descalzos o se amarraban con trapos el calzado andrajoso.

Si el padre de Irene era el que llevaba el dinero a casa, su madre, Tzvia (Cecilia) era la que preparaba el pan y llevaba las riendas del hogar. Sus quehaceres diarios duraban aún más que los de su marido. Las tareas domésticas eran muy duras, pues no había máquinas que le ahorraran trabajo ni criadas que la ayudaran; solo sus hijas. Tzvia se quedaba embarazada en años alternos, lo que implicaba que cada vez tenía que cocinar más, que las coladas eran mayores, que siempre había más que limpiar. A pesar de que la familia era numerosa y los ingresos escaseaban, Tzvia hacía lo que podía para que cada uno de sus hijos se sintiera único. Un año, la pequeña Irene recibió un regalo especial por su cumpleaños: un huevo duro solo para ella. La niña estaba encantada, y sus amigas de la calle Židovská tuvieron conocimiento de aquel hecho prodigioso.

Renée Ungar, una de aquellas niñas integrante del grupo especial de amigas, pertenecía a una familia judía ortodoxa. Su padre era rabino, y su madre, ama de casa. Un año mayor que Irene, Renée era tan atrevida como tranquila era esta. ⁵ Un retrato de Renée de 1939 la muestra con un aspecto sereno e inteligente, contrarrestado por los pompones de dos colores que cuelgan del cuello de su jersey.



Renée Ungar en 1939.

Diez años antes de que se tomara esta fotografía, cuando tenía siete años, Irene conoció a una nueva compañera de juegos que se convertiría en una amiga para toda la vida y en una valerosa aliada durante el viaje más desgarrador de su vida: Bracha Berkovič.

Allí llegamos a pasar buenos ratos.

BRACHA BERKOVIC

Bracha era de familia campesina y había nacido en el pueblo de Čepa, en las tierras altas de Rutenia, en los Cárpatos. Lejos de los centros industriales, esa zona de la Checoslovaquia interior era sobre todo agrícola. Las pequeñas ciudades y los pueblos rurales contaban con un dialecto autóctono, tenían sus propias costumbres e incluso unos diseños de bordado característicos.

El paisaje de la infancia de Bracha estaba dominado por la cadena casi infinita de los montes Tatras, con sus suaves laderas que descendían hasta los campos de tréboles, centeno, cebada y remolacha. Aquellos campos los trabajaban grupos de muchachas vestidas con blusas de manga abullonada y sayas anchas, y tocadas con pañuelos de vivos colores. Las gansas cuidaban de sus crías; los labradores araban, cosechaban y recolectaban. El verano era la época de las ropas estampadas de algodón, de los colores alegres, de los cuadros, las espirales y las rayas. El invierno exigía telas de abrigo tejidas en casa, lanas. La ropa oscura contrastaba con el blanco de la nieve. Los chales gruesos, con flecos, cubrían las cabezas y se fijaban con alfileres bajo la barbilla, o se cruzaban y se ataban a la espalda. En las costuras de puños y mangas centelleaban unas cintas florales ricamente bordadas.

La vida de Bracha estaría vinculada a la ropa y, casualmente, su nacimiento también. Su madre, Karolína, tuvo que seguir lavando prendas hasta muy avanzado el embarazo. En el mundo rural de los Cárpatos, con las primeras luces del día las mujeres cargaban los fardos de la colada hasta el río, donde trabajaban descalzas en el agua fría mientras sus hijos jugaban en la orilla. El resto de la ropa se lavaba en casa, remojándola en agua jabonosa dentro de unos cubos, frotándola en las tablas,

escurriéndola con manos curtidas y tendiéndola en cuerdas para que se secara. Karolína, la madre de Bracha, se estaba subiendo a una escalera de mano para tender las piezas más pesadas bajo los aleros de un tejado, un día frío y lluvioso, cuando sintió los primeros dolores del parto. Era el 8 de noviembre de 1921. Llegaba su primer bebé. ⁶

Bracha nació en casa de sus abuelos. Aunque era un espacio pequeño y lleno de gente, con solo un horno de barro para calentar y una bomba de agua, Bracha recordaba su infancia como el paraíso en la tierra. ⁷

El amor de la familia era la base de sus recuerdos felices, a pesar de algunas tensiones inevitables. ⁸ El matrimonio de sus padres lo había arreglado una casamentera (costumbre no poco frecuente en la Europa del Este de la época), y su unión resultó un éxito, pues los dos eran personas sensatas y capaces. A Salomon Berkovič, que había nacido sordomudo, quisieron emparejarlo primero con la hermana mayor de Karolína, pero esta se negó al enlace a causa de su discapacidad. Entonces, convencieron a Karolína, que tenía dieciocho años, para que ocupara el lugar de su hermana, tentándola con imágenes de ella vestida de novia, toda de blanco.

Lo hicieron lo mejor que pudieron teniendo en cuenta la vida tan dura que vivieron.

BRACHA BERKOVIČ

Poco después de la boda, Karolína y Salomon empezaron a tener hijos enseguida. Después del abrupto nacimiento de Bracha el día de la colada, llegaron Emil, Katarina, Irena y Moritz. Había tanta gente en casa que enviaron a Katarina —a la que llamaban Katka— a vivir con la tía Genia, que no tenía hijos, hasta que tuvo seis años. Aunque Bracha se sentía unida a su hermana menor, Irena, creó unos vínculos indestructibles con Katka cuando a las dos las enviaron

juntas a Auschwitz. Y la lealtad entre las hermanas hizo que las dos compartieran el mismo destino en el Estudio Superior de Confección. [9](#)

En el mundo infantil de Bracha estaba también el aroma del pan *challah* del *sabbat*, las *matzá* espolvoreadas con azúcar candi, las manzanas asadas que se comían con la tía Serena en una casa llena de fruslerías y tapetes. La costura fue lo primero que ensanchó los horizontes de Bracha más allá de la vida del pueblo. Más concretamente, la confección.

Salomon Berkovič era un sastre de un talento inmenso, y su destreza lo llevó a conseguir trabajo en una casa de gran categoría llamada Pokorný, en Bratislava. Trasladó su máquina de coser de Čepa a la gran ciudad y, gradualmente, fue creándose su propia clientela. Trabajaba desde su domicilio, situado en la calle Židovská, con un ayudante que se dedicaba a remiendos y arreglos. Con el tiempo el negocio creció y llegó a tener contratadas a tres personas —las tres, sordomudas—, además de al tío de Bracha, Herman, que entró como aprendiz. Todos los años viajaba hasta Budapest para asistir a desfiles de moda en los que se presentaban las últimas tendencias en moda masculina.

El éxito de su empresa se debía en no poca medida a la ayuda infatigable de Karolína, que se trasladó con él a Bratislava para atender a los clientes y ocuparse de las pruebas.

Decidida a no quedarse atrás, la joven Bracha lloró tanto que convenció a su madre de que la dejara instalarse también en Bratislava.

El trayecto en tren era emocionante para una muchacha de pueblo, porque lo compartía con otros pasajeros y existía la expectativa de lo que encontraría al final del viaje. Los carteles del convoy estaban escritos en checo, eslovaco, alemán y francés, reflejo de la mezcla de pueblos de

Checoslovaquia. A través de las ventanas del vagón se sucedían las vistas de un paisaje siempre cambiante. Finalmente, el tren llegó a un mundo nuevo, deslumbrante.

Bratislava estaba llena de árboles, resplandecía con la nueva arquitectura y era un ir y venir de compradores, cochecitos de bebé, caballos, carretillas, automóviles y tranvías eléctricos. En el Danubio, barcazas de carga, pequeños remolcadores y barcos de ruedas de paleta surcaban las plácidas aguas. Para Bracha, el apartamento de la calle Židovská era un lugar lleno de maravillas comparado con la vida aldeana de Čepa. No hacía falta bombear para llenar los cubos de agua, porque el agua corriente salía de los grifos. Y la luz se encendía y apagaba gracias a unos interruptores. El retrete con cadena era el más novedoso de los prodigios. Mejor aún, allí era posible hacer amigas nuevas. Las niñas a las que conoció en Bratislava se convertirían en sus compañeras durante lo peor de los años de guerra.

Me gustaba todo todo... Me gustaba ir al colegio.

IRENE REICHENBERG

Bracha conoció a Irene Reichenberg en la escuela. La educación era uno de los valores principales de la vida judía, por más pobres que fueran las familias. En Bratislava no escaseaban los colegios y las universidades. La ropa que lleva la gente que aparece en una fotografía de 1930 tomada en la escuela ortodoxa judía del barrio muestra el orgullo que las familias sentían al enviar a sus hijos a la escuela, aunque ello supusiera tener que renunciar a otros gastos. Dado que el retrato escolar era una ocasión especial, algunas muchachas llevan calcetines blancos y zapatos, y no las resistentes botas de piel, más adecuadas para los recreos.

Muchas niñas visten sencillos vestidos de corte recto, fáciles de coser y mantener. Otras se han puesto más elegantes, y se aprecian los encajes en los cuellos, o solapas almidonadas.



Fotografía de la escuela elemental judía ortodoxa, 1930. Bracha Berkovič está de pie en la fila central. Es la segunda por la izquierda.

Llama la atención la característica media melena, tan en boga en la década de 1920, pero también se observan algunas trenzas, más tradicionales. Las niñas no llevaban uniforme, por lo que a veces la moda podía asomar un poco. Un año se impuso la locura por los cuellos *volant*, hechos de telas muy finas, plisadas o fruncidas. Las niñas rivalizaban por ver quién llevaba más volantes. La vencedora fue una chica llamada Perla, que suscitó la envidia general con todas aquellas ondas de delicada muselina. Días felices.

En la escuela primaria judía ortodoxa las clases se impartían en alemán, una lengua que cada vez tenía más preeminencia en la vida de Checoslovaquia. Al principio, a Bracha le costó un poco encajar, porque era nueva en la ciudad y se sentía más cómoda hablando en húngaro y en yidis. Pero no tardó en adaptarse, y trabó amistad con Irene y Renée. En poco tiempo, las niñas llegaron a ser políglotas, y a veces pasaban de una lengua a otra en la misma frase.

Al salir de clase, los niños del barrio judío recorrían las calles y las escaleras jugando al pillapilla, al escondite, a los bolos, o simplemente se quedaban por ahí sin hacer nada.

Durante las vacaciones de verano, como eran demasiado pobres para salir de la ciudad, se acercaban al Danubio para bañarse en un remanso poco hondo de la orilla o jugaban en el parque.

Aquellos juegos no impedían que Bracha echara de menos a sus amigos del pueblo. A los once años, insistió mucho a sus padres, y no paró hasta que le dieron permiso para regresar a Čepa a pasar el verano. Como quería causar buena impresión y dársele de chica independiente que venía de la gran ciudad, decidió ponerse una ropa mucho más elegante de la que llevaba normalmente en Bratislava y, sola y llena de orgullo, se montó en el tren. Llevaba un vestido beis que le había regalado una amiga bastante acomodada, un cinturón rojo de cuero y un sombrero de paja adornado con una cinta de color. Detalles como ese parecen frívolos en el contexto más amplio de la guerra y el sufrimiento que seguiría, pero sirven para fijar los recuerdos. Perduran en la mente cuando esas libertades y esa elegancia parecen pertenecer a un mundo desaparecido.

Esos son unos recuerdos muy bellos.

IRENE REICHENBERG

Las mejores prendas de ropa se reservaban para el *sabbat* y otras celebraciones. Las familias judías seguían un patrón antiquísimo de rituales familiares que iban desde la festividad del Rosh Hashaná, durante la que se comían manzanas untadas en miel, hasta el Pésaj y la tradición de comer pan ácimo y hierbas amargas.

Durante las festividades judías más importantes se sacrificaban gansos engordados, se preparaban palomitas de maíz y había siempre en los fogones una sopa de pollo con fideos. A Irene le encantaba que su gran familia se

reuniera en casa para rezar e intercambiar bendiciones. Aquella sensación de estar juntos la reconfortaba.

Durante el *sabbat* , las casas de la calle Židovská se impregnaban del aroma del pan *challah* —que a Bracha se le daba muy bien trenzar—. Se amasaba en los hogares y se llevaba a hornear a la panadería del barrio. Las mujeres limpiaban a fondo las casas y se ponían delantales blancos para encender las velas los viernes. Aunque, según la ley, el sábado no estaba permitido trabajar —la prohibición se extendía a labores de la industria textil como eran teñir, hilar y coser—, había familias que mantener. No se sabía bien cómo, pero la madre de Bracha sacaba tiempo y ganas para preparar galletas de canela y *topfenknödel*, una especie de buñuelos de queso cuajado muy populares incluso en los cafés más elegantes de Viena.

Naturalmente, las bodas eran un momento destacado de la vida familiar. Cuando uno de los ayudantes en la sastrería de Salomon Berkovič anunció que su hermana iba a casarse con Jenő, el tío de Bracha, que era zapatero, a la niña le regalaron algo muy excepcional: un vestido comprado en una tienda. Con ganas de emular a su padre, que se pasaba el día planchando trajes en su taller, Bracha decidió plancharse el encantador vestido de marinerita ella sola. Los preparativos para la boda se interrumpieron cuando a todos los que se encontraban en casa les llegó un horrible olor a quemado: el vestido había quedado carbonizado. A la pequeña Bracha le pareció una catástrofe verse obligada a llevar un vestido viejo al enlace. Años después, cuando en el taller de costura de Auschwitz se quemó otro vestido y Marta, la supervisora, se hizo cargo de la situación y sin perder los nervios evitó el desastre, ese recuerdo de su infancia adoptaría un matiz distinto, menos dramático. Bracha recordaría a la novia de tío Jenő vestida en una habitación que se había transformado en el País de las Maravillas gracias a la música de un gramófono, a las

guirnaldas de papel y a unos farolillos que iluminaban un arbolito plantado en un tiesto.

Y cuando el recuerdo se disipara, ella regresaría a la realidad del Estudio Superior de Confección y a las exigencias de las clientas nazis.

Desde el primer momento supimos que estábamos hechos el uno para la otra.

RUDOLF HÖSS

La boda del tío de Bracha no tuvo nada que ver con otros esponsales que se celebraron en Alemania el 17 de agosto de 1928, en una granja de Pomerania, a una hora al sur del mar Báltico. La novia que contraía matrimonio ese día ejercería en el futuro una profunda influencia en la vida de Bracha, aunque no es seguro que llegara a saber nunca cómo se llamaba.

Se trataba de la boda de un soldado paramilitar, exmercenario, llamado Rudolf Höss. Al poco de salir de prisión donde cumplía pena por asesinato, Höss pronunció sus votos matrimoniales ante Erna Martha Hedwig Hensel, de veintiún años, conocida como Hedwig. En una fotografía del día se ve a la novia con un vestido blanco de talle ancho que le llega hasta media pantorrilla. Las mangas cortas muestran unos brazos finos. Unas trenzas, largas y recogidas, dan un aspecto pequeño y delicado a su joven rostro. ¹⁰ «Nos casamos en cuanto pudimos para poder iniciar una vida juntos», escribe Rudolf en sus memorias, ¹¹ pero también se daba la incómoda situación de que Hedwig ya estaba embarazada de su primer hijo, concebido poco después del primer encuentro entre los dos.

Los había presentado el hermano de Hedwig, Gerhard Fritz Hensel, y el suyo había sido un caso proverbial de amor a primera vista: un romance entre dos ardorosos idealistas y seguidores de un grupo recién formado llamado Artman

Bund, o Liga Artaman. Sus seguidores eran *völkish* , es decir, buscaban regresar a una vida simple, rural, construida en torno a los conceptos de la ecología, el trabajo campesino y la autosuficiencia. Una de sus metas fundamentales era el desarrollo saludable de la mente y el cuerpo, por lo que estaban prohibidos el alcohol y la nicotina, así como, por irónico que resultara en el caso de aquellos recién casados, el sexo fuera del matrimonio. Rudolf y Hedwig se sentían como en casa en lo que Rudolf denominaba «una comunidad de jóvenes patriotas» que buscaban llevar un estilo de vida natural. [12](#)

Las teorías raciales del grupo encajaban a la perfección con la retórica de «sangre y suelo» de los alemanes de derechas que proponían el concepto de *Lebensraum* , promovido con gran vehemencia por Adolf Hitler en su grandilocuente manifiesto *Mein Kampf* (*Mi lucha*): que Alemania necesitaba expandirse hacia el este para materializar su versión de paraíso agrícola, racial e industrial, un paraíso solo al alcance de aquellos cuya sangre se consideraba puramente alemana.

Hedwig estaba tan comprometida con esas ideas como su marido, y dispuesta como él a trabajar sus propias tierras, una vez que se las asignaran. Con todo, no eran unos simples campesinos. A Rudolf lo nombraron inspector regional de los artamanes. Y un año después, su camino se cruzó con el de Heinrich Himmler por segunda vez. Lo había conocido en 1921, cuando este era un ambicioso estudiante de Agronomía. Los dos se convirtieron en miembros comprometidos del Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei de Hitler: el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. Debatían sobre los problemas del país. Himmler proponía que la única solución ante la inmoralidad urbana y el debilitamiento racial era la conquista de nuevos territorios hacia el este. [13](#) Sus colaboraciones futuras tendrían un efecto devastador para millones de judíos.

De nuevo en Bratislava, aparentemente a salvo de las ambiciones tanto de los artamanes como de los nazis, la vida judía se adentraba con normalidad en la década de 1930. Contar con familias numerosas implicaba que en bodas y otras celebraciones se congregaba mucha gente, que tenía ocasión de ver a parientes que vivían muy lejos y a la abultada familia política. Las redes interfamiliares eran complejas. De un modo u otro, todo el mundo estaba relacionado con todo el mundo; al parecer, en ello no había nada excepcional. Así pues, cuando Laci Reichenberg, hermano mayor de Irene, se casó con Turul Fuchs —a la que llamaban Turulka—, ¿por qué iban Irene o Bracha a extrañarse por ello y no iban, simplemente, a alegrarse por los recién casados?

Pero aquella unión se revelaría fatal en aspectos que ellas no podían siquiera imaginar.

Turulka Fuchs tenía una hermana llamada Marta.

Lista y capaz, Marta Fuchs solo era cuatro años mayor que Irene y Bracha, pero esa diferencia de edad marcaba una gran distancia en términos de madurez y experiencia. ¹⁴ La familia de Marta procedía de Mosonmagyaróvár, en la actual Hungría. Su madre se llamaba Rósa Schneider; su padre era Dezider Fuchs, pero lo llamaban con el diminutivo húngaro Deszö. La Gran Guerra todavía estaba lejos de sus últimos estertores el 1 de junio de 1918, fecha de nacimiento de Marta. La familia de Rósa y Dezider se trasladó a Pezinok, pueblo situado cerca de Bratislava, lo bastante como para que Marta pudiera asistir allí a la escuela secundaria, donde se especializó en Artes. ¹⁵

Tras completar su educación media, estudió para ser modista con A. Fischgrundová entre septiembre de 1932 y octubre de 1934, y trabajó en Bratislava hasta el momento de su deportación, en 1942.



Marta Fuchs —la tercera por la derecha, de pie— en una celebración familiar. 1934.

El 8 de julio de 1934, los abuelos de Marta, los Schneider, celebraron sus bodas de oro en Mosonmagyaróvár. Marta, junto con sus padres y hermanas, asistió a la reunión. La familia más estrecha posó para un retrato en un patio sombreado. Ella, la tercera por la derecha, está de pie junto a su hermana Kláríka y ya da muestras de tener bastante idea de moda, pues lleva una blusa rematada con un gran lazo. La joven sonríe relajada, y su naturaleza bondadosa resulta evidente. Su hermana Turulka —que aún tardaría unos años en casarse con Laci Reichenberg— aparece sentada en el centro, y sostiene en el regazo a una niña pequeña. En la imagen se aprecian otros toques de estilo, visibles sobre todo en el buen corte de los trajes, en el pañuelo rayado de inspiración *déco* que luce la madre de Marta (la tercera por la izquierda, sentada), y en los elegantes zapatos de ciudad que llevan las mujeres de la primera fila.

En 1934, Marta se encontraba en Bratislava, cursando el segundo de sus años de formación como costurera. Ese mismo año, Rudolf Höss se afilió a las SS: una vocación bien distinta.

Después de mucha introspección, había decidido que su sueño de vivir un idilio agrícola con los artamanes debería esperar. Himmler lo había convencido de que su talento se

aprovecharía mejor al servicio de un escenario más ambicioso: contribuir a los logros del nacionalsocialismo.

Rudolf aceptó su primer papel en el campo de concentración de Dachau, a las afueras de Múnich. Supuestamente, consistía en «reeducar» a quienes supusieran una amenaza para el régimen nazi recién elegido.

Su esposa, Hedwig, se trasladó puntualmente a las instalaciones para familiares de las SS, situadas fuera del campo, con sus tres hijos, Klaus, Heidetraut e Inge-Brigitt. A pesar del trasiego, Hedwig estaba políticamente comprometida con los fines del nacionalsocialismo y no cuestionó el nuevo empleo de su marido. Después de todo, él solo actuaba como custodio de los «enemigos del Estado». Ante la inminente llegada de su cuarto hijo, Hans-Jürgen, Hedwig pidió expresamente que se le practicara una cesárea para evitar que un parto muy largo interfiriera en sus planes: asistir al gran discurso de Hitler en Berlín que iba a celebrarse el 1.º de mayo. [16](#)

En 1934, Bracha Berkovič se encontraba muy alejada de la política de Berlín, e incluso del bullicio de Bratislava. Durante la celebración del Rosh Hashaná, había enfermado. Le diagnosticaron tuberculosis. Fue trasladada lejos de casa, al prestigioso sanatorio para tuberculosos de Vyšné Hágy, en los montes Tatras, donde permaneció dos largos años mientras se recuperaba. Sus horizontes se ensancharon tanto como las amplias vistas de las que disfrutaba desde el sanatorio. Aprendió checo, se adaptó a comer alimentos que no eran *kosher*, e incluso recibió su primer regalo de Navidad: un vestido nuevo precioso. Le encantaba el verdor centelleante del árbol navideño que instalaron en el vestíbulo.

A pesar de aquellas nuevas experiencias, Bracha aún no era una chica de mundo. Tras encontrar juguetes y prendas de vestir abandonados en el desván del centro, dejados allí

por pacientes anteriores, decidió enviárselos a su familia en Bratislava. Recogió todo lo que pudo —entre otras cosas, un yoyo y un oso de peluche que gruñía si le apretabas la barriga— y se dirigió a la oficina de correos más cercana, convencida de que desde allí se los harían llegar a su casa. El empleado, amablemente, preparó un paquete, anotó la dirección y franqueó el envío.

Por culpa de aquella estancia en el sanatorio, a su regreso a Bratislava, Bracha iba con un curso de retraso con respecto a Irene y Renée. Todas las muchachas seguían con sus estudios, preparándose para el mundo laboral. Las necesidades económicas hacían que casi todos los niños de la calle Židovská dejaran la escuela a los catorce años para aprender un oficio.

Los empleos venían determinados por el género. Las chicas trabajaban sobre todo como secretarias, o en el mundo del comercio, y se suponía que sus ingresos debían servirles solo hasta que se casaran y crearan sus propias familias.

Irene se matriculó en una academia de comercio que llevaban unos alemanes de los Cárpatos. Renée se apuntó a cursos de taquigrafía y contabilidad. Bracha, en un primer momento, obtuvo plaza en un curso de secretariado de la Escuela Católica Superior de Nuestra Señora. Como parecía «cristiana» de acuerdo a los estereotipos simplistas y reduccionistas de raza que proliferaban en aquella época, la situaron en la primera fila cuando se tomó el retrato de promoción de 1938, en la ceremonia de entrega de los diplomas. Aun así, su aspecto no le sirvió contra los prejuicios y la segregación crecientes que recorrían Europa.

Ya adolescentes, las muchachas eran lo bastante mayores para darse cuenta de las tensiones crecientes en el extranjero y en su país. La retórica antijudía de Alemania inflamaba las crecientes tensiones antisemitas existentes en Checoslovaquia. Los partes radiofónicos eran cada vez más lúgubres, a medida que los nazis consolidaban su poder. El

periódico *Prager Tagblatt* mantenía a todo el mundo informado de los nuevos acontecimientos internacionales. Cómo reaccionar era todo un dilema.

Para las familias judías, ¿era mejor conformarse y esperar que la violencia fuera algo esporádico? ¿Era exagerado plantearse dejar la ciudad y buscar refugio en los campos de los alrededores, menos volátiles? O algo más extremo aún: ¿tenía sentido dejar Europa y emprender la Aliá, el viaje a Palestina?

Irene y Bracha se unieron a grupos juveniles sionistas. Lo hicieron, en parte, por diversión y camaradería; chicos y chicas podían trabar amistad o iniciarse en incipientes historias románticas. Pero en aquellas relaciones subyacía un propósito más profundo: la preparación para trabajar en los kibutz. Las dos jóvenes pertenecían al grupo Hashomer Hatzair, «La Guardia de la Juventud». Irene, además, era una de las que tenía esperanzas en los kibutz, junto con el grupo de izquierdas HaOgen, «El Ancla», creado para asumir el reto de la emigración a Palestina en 1938. La enfermedad y posterior fallecimiento de su madre ese mismo año, así como la falta de dinero para comprar un pasaje, le impidieron llevar adelante su plan.



Bracha Berkovič, sentada, la segunda por la izquierda, con amigos mizrachis, antes de la guerra.

Bracha también se apuntó a un grupo similar llamado Mizrachi. En una fotografía en la que aparece con sus amigos mizrachis (sentada delante, a la izquierda), se ve radiante y relajada. Todos los adolescentes llevan ropa informal, práctica y ajena a modas. Fue en las reuniones de los mizrachis donde Bracha creó un nuevo vínculo: un hilo más en la red que acabaría entretejiendo un gran número de vidas. Trabajó amistad con una joven llamada Shoshana Storch.

La familia de Shoshana era de la localidad de Kežmarok, en el este de Eslovaquia. Aunque se encontraba a los pies de los montes Tatras y alejada de las ciudades de Bratislava y Praga, Kežmarok tenía sus toques de distinción. Los tilos que flanqueaban las vías comerciales hacían que estas parecieran bulevares más que meras calles; y los soportales proporcionaban sombra a los pasajes empedrados, que conducían a hermosos patios y pozos antiguos. [17](#)

La casa de los Storch se encontraba cerca de uno de aquellos pozos. Un amplio patio en la parte trasera proporcionaba frescor en verano. En invierno, el corazón del hogar se trasladaba a una gran estufa de porcelana, que daba calor a toda la familia en una sola estancia. Había una letrina fuera de la casa en la que con frecuencia acechaban las ratas, por lo que convenía dar fuertes palmadas antes de entrar. En los días de clase, los siete niños de los Storch se distribuían por los peldaños de la escalera para ponerse los zapatos mientras se reían y bromeaban: Dora, Hunya, Tauba, Rivka, Abraham, Adolph, Naftali y Shoshana. El dinero escaseaba, pero gracias a la ayuda de uno de sus abuelos, los niños al menos iban siempre bien calzados y la despensa se mantenía aprovisionada en invierno: no faltaban ni el carbón ni las patatas.

La propia Shoshana huyó de Checoslovaquia y se fue a Palestina cuando todavía era posible, como hicieron sus padres y casi todos sus hermanos y hermanas. Sería su hermana mayor, Herminie, a la que llamaban Hunya, la que quedaría atrapada en Europa y la que, un día, uniría sus esfuerzos a los de Irene y Marta.

En aquella época no tenía la menor idea de lo trascendental que sería para mí la elección de mi oficio.

HUNYA VOLKMANN (DE SOLTERA, STORCH)

Hunya nació el 5 de octubre de 1908, el mismo año que Hedwig Hensel-Höss. [18](#) Aprendió a coser a mano gracias a su madre, Zipora. Esta era muy buena con las labores de bordado, muy buscadas por las novias para sus ajuares. (Como tenía un marido de limitada visión comercial, la abuela de Hunya se había visto obligada a vender su propio ajuar para ayudar a alimentar a la familia.) En casa, a Hunya también le enseñaron a usar la máquina de coser.

En la ficha de registro del campo de concentración, que data de 1943, consta que medía un metro sesenta y cinco y que tenía el pelo y los ojos castaños. La nariz recta. Era de constitución delgada, tenía la cara redonda, y las orejas, medianas, tirando a grandes. No le faltaba ningún diente, no tenía marcas distintivas ni antecedentes penales. [19](#)

Esa descripción no se acerca siquiera a captar su carácter, que era fuerte, sin duda. Poseía una voluntad férrea, dulcificada por la compasión y la generosidad.

Ese mismo carácter hizo que no llegara nunca a centrarse en los estudios. Su ambición era ser modista. La confección profesional de prendas de vestir no era para soñadoras ni diletantes: exigía dedicación, resiliencia y años de aprendizaje. Había que dominar los cimientos antes de poder explorar las habilidades personales. Hunya entró de

aprendiz con la mejor modista de Kežmarok. ¿Qué mejor lugar para aprender el oficio? Se pasó un año recogiendo alfileres, limpiando el taller y haciendo encargos mientras, en silencio, observaba a las costureras con más experiencia transformar las telas en piezas de ropa.

Patronaje, corte, costura, planchado, pruebas, retoques... Cada una de las etapas del proceso exigía habilidades que Hunya estaba decidida a adquirir. Incluso como simple aprendiz, siempre se mantenía ocupada. En casa, cenaba deprisa y se ponía a trabajar hasta bien entrada la madrugada con la máquina de coser de su madre, arreglando y cosiendo ropa para familiares y amigos. Dos años más en el taller de Kežmarok le proporcionaron la experiencia que necesitaba para ser aceptada en una conocida escuela de costura del extranjero, siguiente paso en la materialización de sus ambiciones. Estudiar allí conllevaría un esfuerzo que se daba por sentado en el caso de las modistas en prácticas: trabajar entre diez y doce horas al día en un taller oscuro y mal ventilado, seis días a la semana. Ella estaba dispuesta a asumir el reto.

Mientras los artamanes y los nacionalsocialistas de Alemania se planteaban la expansión hacia el este para poner en práctica sus políticas, a finales de la década de 1920, Hunya hacía planes para dirigirse hacia el oeste a fin de ampliar su formación como modista en Leipzig.

De adolescentes, ni Irene, ni Bracha, ni Renée sintieron la misma llamada que tuvo Hunya a su edad. Ninguna de ellas pensó en hacer de la costura su profesión. Al principio no. Las tres estaban decididas a completar la formación vocacional que habían elegido.

Aquello parecía algo que podía controlarse, independientemente de la inestabilidad política que crecía más allá de las fronteras de Checoslovaquia, a medida que Adolf Hitler cargaba cada vez más las tintas de su retórica

contra los judíos y exigía con más ímpetu derechos para los alemanes.

En 1938, se hizo evidente de manera dramática que las líneas trazadas sobre un mapa no servirían de protección contra las ambiciones expansionistas nazis. Hitler exigía el control de los Sudetes, en Checoslovaquia, alegando que su deber era proteger a las personas de ascendencia alemana que vivían allí. Con la esperanza de evitar un conflicto abierto, las potencias europeas se reunieron en Múnich para debatir la cuestión. Checoslovaquia no estuvo representada en la conferencia, y no tuvo ni voz ni voto en la decisión de que Alemania se anexionara el territorio de los Sudetes. Era el mes de septiembre.

En noviembre, algunas partes del país se cedieron a Hungría y Polonia. Bracha experimentó de primera mano los efectos de la decisión. Su familia había regresado al pueblo de Čepa en 1938. Cuando Hungría ocupó la zona, la familia volvió a ponerse en marcha y cruzó ilegalmente la frontera para regresar a Bratislava. Ese traslado anticipaba futuros desplazamientos.

En marzo de 1939, Bohemia y Moravia quedaron bajo mando alemán. Eslovaquia era ahora un Estado títere clerofascista, con unos gobernantes de derechas y antisemitas. Checoslovaquia había dejado de existir como país.

En Kežmarok, la ciudad natal de Hunya, los judíos se iban voluntariamente o los «animaban» a hacerlo. Una alumna judía de la escuela de la localidad entró en clase y se encontró con las siguientes palabras escritas en la pizarra: *Wir sind judenrein* (Estamos libres de judíos). Compañeros de clase de hacía mucho tiempo se convirtieron en enemigos de raza. [20](#)

En Bratislava, Irene llegó al colegio como de costumbre un día de 1939. Se sentó en el aula de siempre con sus amigas, dispuesta a recibir la clase. El profesor entró y, sin el menor

preámbulo, anunció: «Los niños alemanes no pueden sentarse con los judíos en la misma clase. Que salgan los judíos».

Irene y las demás niñas judías recogieron sus libros y se ausentaron. Sus amigas no judías no dijeron nada, no hicieron nada.

«Eran buenas chicas —dijo Irene, desconcertada ante su pasividad—. No tengo queja de ellas.» [21](#)

Ese fue el fin de su infancia.

2

El único poder

La moda es el único poder, el más fuerte de todos.

TRAUDL JUNGE, SECRETARIA DE ADOLF HITLER,
CITANDO AL FÜHRER [1](#)



Moda en Praga en 1940, en la revista *Eva* .

El glamur de la moda y los tejidos puede parecer muy alejado de la política; un contraste frívolo con la violencia de la guerra. ¿Qué tienen que ver los talleres de costura, los reportajes en revistas sobre las tendencias de primavera en *Vogue* , con esos hombres de trajes oscuros sentados en torno a mesas de conferencias que deciden el destino de los países, ni con los soldados listos para el combate, o con policías secretos que maquinan sus planes?

Los nazis eran muy conscientes del poder de la ropa a la hora de conformar la identidad social y enfatizar el poder. También se mostraban considerablemente interesados en la riqueza de la industria textil europea, una industria dominada por capital y talento judíos.

La ropa nos viste a todos, de eso no hay duda. Lo que decidimos llevar puesto, o lo que se nos permite llevar puesto, dista mucho de ser producto del azar. Las culturas moldean las decisiones que tienen que ver con la ropa. El dinero da forma al negocio de la ropa.

Los diseñadores de ropa crearon prendas que contribuyeron a reflejar el mundo idealizado de las pasarelas, las sesiones de fotos y los chismes de sociedad. A su vez, se verían atrapados en las políticas de quienes usaban la moda para sus propios fines brutales.

La industria de la ropa está enraizada en lo local. Para las jóvenes en la Europa del siglo xx , coger aguja e hilo podía ser un *hobby* , pero es más probable que fuera una necesidad. Zurcir y coser ropa se consideraban tareas esencialmente femeninas. Las más ahorradoras sabían darle la vuelta al cuello de la camisa de un hombre para que el lado desgastado quedara oculto; sabían coger los puntos de unas medias con un hilo del mismo color para disimular las carreras; sabían estrechar o ensanchar prendas para adaptarlas a las cinturas cambiantes. Y después estaba la confección de prendas propiamente dicha: canastillas de bebé, vestidos para niños, para festividades especiales,

ropa de calle y delantales y batas para que no se manchara todo lo demás.



FüRs Haus , portada de revista, noviembre de 1934.

*El ambiente festivo de los días de mercado ahuyenta el
pesar y la tristeza.*

LADISLAV GROSMAN,
LA TIENDA DE LA CALLE MAYOR

Cuando Bracha Berkovič salía de la casa de la calle Židovská, en Bratislava, y miraba a su izquierda, veía la calle alejarse hasta la vieja iglesia de madera de San Nicolás. En la esquina de la curva cerrada se encontraba la Casa del Buen Pastor, una mercería que vendía cintas, botones, dedales y sobrecitos de papel llenos de agujas.

Las cosedoras también necesitaban unas tijeras afiladas de cortar, otras más pequeñas para rematar y deshacer, tiza de sastre para trazar las líneas, y alfileres, infinidad de alfileres que solían acabar en cualquier parte.

Las calles comerciales de Bratislava contaban con numerosas tiendas parecidas a la Casa del Buen Pastor, además de bazares con cestos llenos de objetos de madera para que los clientes rebuscaran. Los días de mercado, los vendedores ambulantes llegaban a la ciudad y algunos de ellos montaban sus puestos bajo parasoles de lona, y otros disponían canastos en las aceras, o toneles con sus mercancías. Los posibles clientes revolvían el género — encajes, tiras de croché, botones, broches, pañuelos bordados— y se disponían a regatear. Los vendedores pregonaban sus mercancías o, simplemente, se sentaban y se mantenían vigilantes ante posibles hurtos.

Las tiendas más pequeñas vendían productos ya terminados. Los zapateros podían exponer zapatos junto a la puerta, atados por los cordones como ristras de plátanos. Los sastres colgaban su ropa en barras altas. Era muy posible que sus talleres se encontraran en las trastiendas oscuras de aquellos mismos locales, o incluso en los patios interiores. Salomon, el padre de Bracha, ahorraba para abrir su propia empresa de manufactura de ropa y poder pintar su nombre con colores vivos en un plafón de madera y colgarlo sobre la entrada de su establecimiento.

Después estaban las tiendas de telas, irresistibles para cualquiera que soñara con ponerse vestidos nuevos. En las zonas rurales, todavía quedaban aldeanas que tejían telas a mano, pero en las ciudades se vendían por metros: crepés, satenes, sedas, *tweeds*, acetatos, algodones, linos, milrayas, además de numerosas variantes producidas en las grandes fábricas textiles de Europa. Los comercios exhibían gigantescos rollos de telas, así como otros paños doblados sobre unos rectángulos de cartón más cortos.

Los dependientes mostraban las telas a las posibles clientas, extendiéndolas sobre los mostradores para que apreciaran los diseños y las calidades. Las compradoras más experimentadas se fijaban en el peso, la urdimbre y la caída, e imaginaban cómo quedarían puestas.

A mediados del siglo xx, se valoraba mucho que una tela fuera «ponible»: ¿se encogería, se descoloraría, abrigaría lo suficiente, sería lo bastante fina?

Costureras y clientas aprendían los valores de las telas naturales, pero también tenían en cuenta lo asequible de tejidos artificiales como el rayón. Los colores de moda cambiaban de temporada en temporada. Los nuevos estampados eran alegres en verano; los terciopelos y las pieles aparecían en otoño, seguidos de las lanas y los estambres. En primavera, todo eran motivos florales.

Tanto para las costureras profesionales como para las que cosían por afición, la máquina de coser era una inversión importantísima.

En los talleres domésticos y en los comerciales se usaba, sobre todo, la máquina a pedal. Se trataba de creaciones muy bonitas, por lo general esmaltadas en negro con dibujos dorados. Se montaban sobre tablas de madera apoyadas en patas de hierro forjado para mayor estabilidad. Entre las marcas más conocidas estaban Singer, Minerva y Bobbin.

Afortunadas las que podían permitirse adquirir una máquina de coser eléctrica. Los vendedores de esas piezas las vendían o las alquilaban, y en los periódicos se anunciaban máquinas de segunda mano. Las portátiles tenían una manivela. Se guardaban en unas cajas altas de madera con un asa en lo alto para poder llevarlas, y resultaban ideales para modistas y sastres que visitaran a sus clientes en sus casas, donde a menudo se instalaban algunos días seguidos para terminar varios pedidos a la vez.

Todas las ciudades y casi todos los pueblos de Europa contaban con una modista, alguien que copiaba los modelos que aparecían en las revistas de moda, que adaptaba las prendas adquiridas en las tiendas y que hacía arreglos. Las mejores se creaban una clientela fiel aunque trabajaran desde su casa. Las había especializadas en lencería fina, en ajuares, en vestidos de novia o en corsetería. Las que tenían el empuje y el capital podían abrir pequeños talleres, sobre cuyos escaparates, orgullosas, mandaban poner carteles con sus nombres. Y si eran ambiciosas y tenían suerte, aspiraban a desplegar sus talentos a nivel internacional.

¿Por qué no iba a picar tan alto la modista Marta Fuchs? Sabía coser, era agradable y había establecido contactos en su ambiente. El mundo de la moda de Praga la atraía. Y ella esperaba responder a la llamada algún día.

La mujer debe ser delgada y esbelta, aunque no exenta de las curvas y las redondeces de la figura.

REVISTA *EVA* , SEPTIEMBRE DE 1940

Praga resultaba ser el lugar perfecto para una modista con una carrera ascendente. Marta era segura de sí misma y amable, lo que, sin duda, la ayudaría a vencer la timidez que le causaría salir de Bratislava para perfeccionar su talento en la capital del país, conocida por la alta calidad de su moda.

La ciudad antigua de Praga resultaba de lo más pintoresca. Sus edificios se apretujaban unos contra otros, y en lo alto se alineaban las chimeneas, que escupían humo por encima de tejas y aleros. Los nuevos logros de la Primera República —entre 1918 y 1938— constituían un despliegue de modernidad. Entre edificios en construcción y andamios, los blancos bloques de oficinas, apartamentos y fábricas mostraban líneas puras y una estética funcional. La moda de Praga exhibía unos contrastes similares. Los

vestidos tradicionales, populares, de estilo anticuado, convivían con ropas atrevidas, renombradas por su buen gusto y elegancia.



Sombrero moderno, revista *Eva* , 1940.

Cualquiera que se paseara viendo escaparates por los elegantes bulevares de Praga —avanzando cuidadosamente entre multitudes de peatones y cruzando calles atestadas de tranvías y automóviles— quedaría impresionado con los montajes artísticos de los modernos grandes almacenes.

Los últimos diseños se exhibían sobre maniqués estilizados o suspendidos en formas cinéticas. Había rejillas en cascada de corbatas de seda y pañuelos estampados, expositores de sombreros con toda clase de turbantes, bonetes, boinas, casquetes y sombreros de fieltro. Bolsos a montones con monederos a juego. Más zapatos de los que podían usarse en la duración de una vida: de piel, de rafia, de seda, de algodón, de corcho.

Los precios se mostraban en tarjetones atractivos, con números muy llamativos. A las cazadoras de gangas se les aceleraba el pulso cuando veían los carteles de rebajas. Comprar era una actividad de ocio agradable que quizá incluyera también la visita a alguna cafetería para darse el capricho de una porción de tarta, pero solía basarse en el sentido común: la mayoría de gente, a mediados del siglo xx , poseía menos ropa, la cuidaba mucho y la complementaba con accesorios para poder variar más.

Las compradoras más avezadas recorrían el Graben, el paseo alemán de Praga, donde se encontraba Moric Schiller, un taller y tienda de telas rematado con el distintivo: «Proveedor de la Corte».



Moda de baño del verano de 1940, revista *Eva* .

En las calles comerciales más exclusivas, se anunciaban en placas de metal bruñido los nombres de los grandes

talleres, como la casa de alta costura de Hana Podolská — conocida por vestir a estrellas de cine— o las de Zdeňka Fuchsová y Hedvika Viková, que en ambos casos habían trabajado para aquella. [2](#)

La moda era un ámbito en el que la mujer no solo podía competir con el hombre, sino, en ocasiones, superarlo. Las mujeres trabajaban en todos los niveles del mundo de la costura.

La lucrativa industria de la moda de Praga se veía avalada por un periodismo y una fotografía de calidad, que se publicaba en revistas como *Pražská Móda* (Moda de Praga), *Vkus* (Buen Gusto), *Dámske akademické módní listy* (Diario de la Academia de Moda para Damas) y *Eva*.

Esta última era especialmente sofisticada y de lectura muy entretenida, dirigida a las jóvenes checas y eslovacas, como Marta Fuchs. Además de artículos sobre moda y creatividad doméstica, se otorgaba un gran espacio a los logros de las mujeres en el mundo del arte, los negocios e incluso en los ámbitos de la aviación y el motociclismo. [3](#)

En *Eva*, las modelos no solo aparecían bien vestidas, sino que se veían llenas de vida y energía, tanto cuando lucían abrigos de pieles para el otoño como cuando se las mostraba con vaporosos modelos de tafetán para el verano. La revista ofrecía un escapismo inteligente y feminista, mostrando un lujo que parecía casi alcanzable, al menos en tiempo de paz.

Cuando Marta aspiraba a trabajar en Praga a finales de la década de 1930, la moda tendía a las líneas largas y rectas optimizadas por técnicas de corte al bias en tejidos fluidos, así como cortes elegantes para los trajes. Los diseños de hombros caídos se sustituían por otros de forma cuadrada montados sobre almohadillas de crin o de algodón. El nuevo estilo, más atrevido, sugería fuerza y capacidad, dos cualidades que las mujeres iban a necesitar cada vez más, a medida que Europa se veía arrastrada al conflicto.

*Obtuve un premio para ir a París,
pero acabé en Auschwitz.*

MARTA FUCHS

Una de las columnistas checoslovacas más famosas de entreguerras fue Milena Jesenká. Poseía un gran ojo para captar el talento literario —y promocionó, entre otros, a Franz Kafka—, y era buena en el comentario político. Sus consejos de estilo para las lectoras bebían de su propia fascinación por la ropa de calidad, de su conocimiento de las tendencias internacionales y de su admiración por la lencería francesa. [4](#)

Francia era, sin duda, el corazón de la moda europea, por más potentes que fueran las tendencias de Praga y los talentos checos. El buen oficio de Marta la capacitaba para trabajar en París, lo que podría haber hecho si no hubieran intervenido unas fuerzas más poderosas que las de la moda.

Marta cortaba muy bien, cualidad muy buscada en cualquier taller de costura. Las cortadoras aseguraban que un patrón en papel pudiera convertirse en una prenda ponible. Era la cortadora la que sabía cómo disponer y orientar las telas para seguir la dirección del tejido; la que evaluaba los patrones y los sujetaba con alfileres en su sitio; la que tomaba aquellas tijeras especiales e iniciaba el corte a cámara lenta, con movimientos largos, pausados. Una vez que aquellas hojas separaban las telas, ya no había marcha atrás.

Marta no llegó a ir nunca a París.



Moda de primavera en la revista de corte y confección francesa
La Coquette , sin fechar.

Lo más cerca que estaría Marta de la moda francesa sería a través de sus lecturas de las publicaciones checas que bebían de las tendencias de París, revistas como *Nové Pařížské Módy* (Nueva Moda de París) y *Paris Elegance* (Elegancia parisina).

París era lo máximo en lo referido a la moda. Aunque Praga estaba justamente orgullosa de sus casas de moda independientes, suscitó un gran revuelo que el modista francés Paul Poiret presentara un desfile en la capital de Checoslovaquia en 1924. Las ideas parisinas se daban a conocer en las revistas especializadas, durante las semanas de la moda, en ferias de ropa e incluso mediante diseños para películas.

Durante los años de entreguerras, modistas de todos los niveles miraban a París con una mezcla de admiración y envidia. Si podían, se desplazaban a la capital francesa para

mantenerse al corriente de las nuevas tendencias de la temporada y, en caso de contar con los contactos adecuados, para conseguir sitio en los suntuosos desfiles de alta costura. Allí, altivas maniquíes se paseaban por unos salones cubiertos de tupidas alfombras y espejos dorados, y las clientas potenciales bebían champán caro al tiempo que anotaban los números de los conjuntos que deseaban adquirir. Se cubrían los hombros con estolas de marta cibelina; la luz se reflejaba en sus collares de perlas, sus joyas de oro y diamantes. El aire se impregnaba de aromas de rosas, camelias, de Chanel n.º 5 y de Shocking, el perfume creado por Schiaparelli.

Entre las bambalinas de los desfiles de nuevas colecciones todo era sudor y concentración para las modelos que desfilaban y para las encargadas de vestirlas, ajustar las prendas, dar las últimas puntadas, así como para coreógrafos y agentes de venta. La alta costura francesa se sostenía gracias a la mano de obra de miles de empleados y empleadas, en su mayoría anónimos. Las colecciones exigían el empeño de unos especialistas que podían pasarse siete años formándose para centrarse en mangas, faldas, bolsillos u ojales. Había cortadoras, como la propia Marta, y también patronistas, rematadoras y ornamentadoras, las que tenían un don especial para la pedrería, el bordado y el encaje.

La magia de la moda no se obraba por arte de birlibirloque, sino que era producto del trabajo. Y sin embargo, a pesar de las muchas horas dedicadas, del esfuerzo y de la exigencia de las clientas, tanto en los talleres de costura como en los establecimientos más sencillos no se sometía a las trabajadoras a una esclavitud literal, como sí sucedía en un campo de concentración.

Durante unos años más, Marta Fuchs trabajó por amor a la profesión a cambio de un dinero bien merecido en su taller de costura de Praga.

No te hagas nunca costurera. Sí, es cierto, a mí me salvó la vida, pero te pasas la vida sentada, cosiendo.

HUNYA VOLKMANN (DE SOLTERA, STORCH) [5](#)

¿Y Alemania? ¿Se contentaría dejando que fuera París la ciudad que brillara más de todas?

Hunya Storch, que trabajó en Alemania desde finales de la década de 1920 y durante todos los años treinta, fue testigo de primera mano de que la industria alemana de la moda no solo se resistió a las influencias francesas, sino que se convirtió en decidido agente de unas políticas discriminatorias y, a la larga, destructivas.

Hunya no había cumplido aún los veinte años cuando se trasladó desde la checoslovaca Kežmarok hasta Leipzig, al este de Alemania. El tren expreso que cruzaba la frontera y que partía de Praga recorría un paisaje ordenado de ciudades pulcras y campos bien cuidados. Tras dejar atrás el escarpado fondo de los montes Tatras, todo se veía muy plano. Hunya se sintió en casa al momento al llegar a Leipzig. Le encantaban las obras de teatro de gran calidad y las operetas, le atraían todas aquellas librerías tan bien surtidas y las últimas tendencias de moda presentes en los escaparates de aquellas tiendas tan lujosas. Se libró de su ropa provinciana y se relajó, metiéndose en el papel de chica de ciudad, disfrutando de la vida con un grupo de amigas jóvenes.

En su etapa de aprendiz, en Leipzig, Hunya creció mucho como persona y acabó montando su propio negocio, un pequeño taller que ocupaba una de las habitaciones del apartamento de su padre. Cuando este regresaba de la sinagoga cercana, servía té con limón y mucho azúcar a las mujeres que venían a hacerse ropa y que esperaban turno para ser atendidas. Lo bueno era que así él también se tomaba un té. Las clientas, por su parte, sabían que no

debían estrecharle la mano cuando lo saludaban, pues era un judío religioso. [6](#)

La lista de clientas de Hunya fue creciendo gracias al boca a boca, porque hacía muy bien su trabajo. Se le daba de maravilla sacar ideas de revistas como *Vogue*, *Elegante Welt* (El Mundo Elegante) y *Die Dame* (La Dama), que después confeccionaba a partir de sus propios patrones. Dibujaba a mano alzada sobre papel, sin necesidad de instrucciones. Cuando su hermana Dora se encontraba en Leipzig, ayudaba a Hunya a terminar los trabajos, ocupándose de los dobladillos y la plancha. Se daba por sentado que Hunya enseñaría a Dora el oficio de modista, pero por una cosa u otra, nunca se ponía a ello. A Dora le entusiasmaba la ropa bonita, y admiraba los talentos de su hermana, entre ellos, el de ser capaz de vestir a cualquier persona, fuera cual fuera su constitución.

Aunque Hunya creaba prendas llenas de buen gusto que seguían las tendencias de la moda, cada uno de sus modelos, además, era algo único. A ella le encantaba la independencia de contar con su propio taller, y aplicaba la imaginación en cada uno de los encargos que recibía. Le gustaba la complejidad, disfrutaba con los retos. Si, años después, expresó que estaba cansada de coser, era más por el trato que recibía como modista que por lo que sentía por la profesión en sí.

Ser judía y checoslovaca en Alemania no era nada fácil para Hunya. El problema no era el trabajo. En cinco años se había ganado una clientela fiel y vestía a mujeres de prestigio de Leipzig —judías y gentiles—, entre ellas a la esposa del jefe de la judicatura. El problema fundamental era la imposibilidad de publicitar su taller por no contar con visado ni permiso que le permitiera trabajar legalmente en Alemania. Después de 1936, Hunya decidió que su situación debía cambiar. A regañadientes, dejó el taller del apartamento de su padre y empezó a trabajar para sus

clientes en sus domicilios particulares. Además de ganarse la vida, se había propuesto la misión de mantener a su familia de Kežmarok enviándole dinero regularmente.



Hunya Storch, 1935.

Un retrato de 1935 muestra a Hunya bien vestida y resuelta, si bien pensativa. Va peinada a la moda, con las ondas tan en boga en la época, que tanto se conseguían con unas tenacillas como con el proceso de permanente Marcell. Bien hechas, brillantes, las ondas enmarcan un rostro ovalado. La ropa resulta a la vez discreta y atractiva: parece tratarse de una blusa o un vestido de punto con un canesú de croché, por debajo del cual asoma una prenda

interior clara, y que va abrochado con un delicado lazo de raso.

Parece mostrar deliberadamente el anillo de la mano izquierda. Durante su estancia en Leipzig, Hunya se había enamorado de Nathan Volkmann, que era apuesto, seguro de sí mismo, serio y educado. Conocía a su familia porque había cosido trajes de luto para sus hermanas tras la muerte de sus padres. Nathan también estaba enamorado de ella, pero no podían casarse; él era polaco y ella judía, y la burocracia nazi resultaba demasiado restrictiva para permitir ese enlace. Durante una época, la desilusión de Hunya fue tal que regresó a Kežmarok. Pero aquella ciudad de provincias le resultaba demasiado asfixiante, y se estrujaba el cerebro pensando en algo que le permitiera regresar a Alemania.

La respuesta parecía pasar por un matrimonio de conveniencia. El hermano de su cuñada, Jakob Winkler, aceptó la propuesta y se convirtió en su marido solo a efectos legales. No se trataba de la solución óptima, pero daba derecho a Hunya a un *Einreise* —un permiso temporal de residencia en Alemania— y a un nuevo pasaporte checo. Regresó a Leipzig. Tras un compromiso de cuatro años, finalmente se casó con Nathan y pasó a ser Hunya Volkmann. Durante un tiempo dejó la costura casi por completo, y solo aceptaba encargos por diversión o para ganar algo de dinero extra. Era muy feliz.

Vistas en perspectiva, las señales del desastre que se avecinaba estaban por todas partes: síntomas de rechazo a la moda femenina que formaba parte de una política más amplia para influir en la opinión pública, controlar la industria de la moda y desposeer a los judíos de sus bienes.

Alemania, entre las dos guerras mundiales, vivió un breve y maravilloso estallido de emancipación en cuanto a moda, feminismo y libertad artística. Sin embargo, los graves problemas económicos del país restaron brillo a los avances de la República de Weimar.

El NSDAP de Hitler parecía ofrecer una alternativa al desempleo creciente, a la inflación galopante y a una crisis de identidad nacional. El nuevo régimen nazi de la década de 1930 defendía que las parisinas elegantes y las vampiresas hollywoodienses estaban degradando a las mujeres alemanas. A las jóvenes del país se las animaba a rechazar los zapatos de tacón y a optar por botas de montaña, a lucir bronceadas por el trabajo al aire libre en lugar de aplicarse polvos de arroz o bases de maquillaje para parecer más pálidas.

La frescura, la lozanía, el atractivo tenían un único propósito: atraer a los hombres arios saludables a fin de procrear y engendrar hijos. Las mujeres mayores podían estar orgullosas de su sangre. Su ropa debía ser sencilla. Sensata. Respetable. Los corsés habían de ponerse para controlar la expansión de las siluetas de las señoras, no para recoger traseros ni para levantar escotes. La propaganda sobre el papel y la imagen de la mujer era omnipresente, constante.

En 1933, la periodista alemana Bella Fromm anotó en su diario que Hitler había declarado: «Las mujeres de Berlín deben ser las mejor vestidas de toda Europa. Se acabaron los modelos de París». ¹ Ese mismo año, el doctor Joseph Goebbels, ministro del Reich de Ilustración y Propaganda, se puso a sí mismo al frente de la «Casa de la Moda», como la llamaba Fromm; la Deutsches Modeamt, o Instituto de la Moda Alemana. Goebbels reconocía el poder de la industria de la moda a la hora de conformar la imagen, y era consciente de la importancia de esta en el control del comportamiento.



Portada de la revista *Mode und Heim* , Alemania, 1940.

Las publicaciones que simpatizaban con el régimen nazi, como *Die Mode* (La Moda) y *FrauenWarte* (Observatorio Femenino) se plegaron pronto a los ideales del partido. ⁸ A la mujer alemana se la animaba a identificarse con características vinculadas a los papeles de madre y esposa. Sus profesiones, preferentemente, debían ser reflejo de ámbitos tópicamente «femeninos», como la bondad, el cuidado, la alimentación y la ropa. ⁹

La tendencia a una moda germanocéntrica no tenía por qué ser mala en sí misma. En Leipzig, Hunya deseaba libertad para crear un estilo propio, atrevido, por más que Marta Fuchs, en Bratislava, optara por calidades de primera categoría derivadas de sus influencias checoslovacas. Quizá el Instituto de la Moda Alemana hiciera bien despreciando la

idea de que solo París podía dictar el largo de una falda o qué silueta estaba de moda.

Por desgracia, más allá de los artículos de revistas alemanas, aparentemente inocentes, sobre alegres algodones de primavera y tules para vestidos de baile, había otras incansables fuerzas en juego. Goebbels no solo quería dictar la imagen que debían ofrecer las mujeres (únicamente en papeles de apoyo), sino que pretendía controlar el poder de la industria textil.

Y eso pasaba por expulsar de ella a los judíos.

Apartar a los judíos de la industria de la moda y del sector textil en general no fue una derivada accidental del antisemitismo. Se trataba de un objetivo. Un objetivo que se conseguiría mediante chantajes, amenazas, sanciones, boicots, extorsiones y liquidaciones forzosas. Marta, Hunya, Bracha, Irene... Ninguna de aquellas mujeres judías tenía nada que ver con los gobiernos y organizaciones que perseguían esa despiadada meta. Pero todas sufrirían a causa de ella. Y harían lo posible por sobrevivir a pesar de ella.

Una de las tácticas más poderosas para conseguir el control del pueblo judío y sus bienes era apelar a una mentalidad tribal primitiva: sembrar la desconfianza hacia el «otro». Al hacer hincapié en la diferencia entre judíos y no judíos (rebautizados como «arios» en la terminología nacionalista), los nazis, deliberadamente, creaban divisiones entre «nosotros» y «ellos». Al enfatizar el elemento de cohesión del «nosotros», explotaban de manera inteligente el poder de pertenencia que se crea cuando los grupos llevan un mismo uniforme.

Tanto si eran de la Sección de Asalto (SA) como de las Juventudes Hitlerianas o de la Liga de Chicas Jóvenes Alemanas, siempre había un uniforme que unía a aquellos grupos, y solían celebrarse impactantes eventos que incluían desfiles paramilitares. Los uniformes minimizaban las diferencias evidentes entre las distintas clases sociales,

y la impresión que se daba era la de igualdad dentro del grupo étnico.

El movimiento nazi se identificaba tanto con un tipo de ropa determinada antes de llegar al poder que a sus hombres, en las calles, los llamaban «camisas pardas». La periodista Bella Fromm escribió, en 1932, que los hombres «se paseaban pavoneándose» y parecían «ebrios de su propia mascarada». Más siniestro aún resultaba el poder psicológico de su uniforme, que ayudaba a quien lo llevaba a estar a la altura de su imagen. ¹⁰ Las camisas pardas jugarían un papel muy importante en la violencia creciente dirigida contra la industria de la ropa, aunque su poder se vería pronto superado por los que vestían unas telas más oscuras: las de los uniformes de las SS.

Incluso sin uniforme, el símbolo nazi de la esvástica — negro sobre rojo— convertía una ropa neutra en una declaración de intenciones. Además de insignias de solapa y de brazaletes, había calcetines tejidos con elaborados diseños de esvásticas. Hitler recibía gran cantidad de regalos cosidos por mujeres que lo adoraban, entre ellos fundas de almohada con esvásticas bordadas, acompañados, en ocasiones, por promesas de «lealtad eterna». ¹¹

Todos los niveles del mundo de la costura estaban corrompidos por la política: una muestra de labor —un recuadro de tela que evidencia las habilidades en distintas técnicas de la joven que aprendía a coser— exhibe el típico abecedario, el nombre, la fecha y una esvástica roja bordada. ¹²

La ropa tradicional también se usaba para ensanchar la brecha entre nosotros y ellos. El *Trachtenkleidung* —el conjunto de ropa regional— había de reflejar, teóricamente, la rica herencia cultural de Alemania, por lo que en los medios de comunicación nacionalista se ensalzaba enormemente y se mostraba. Los extranjeros quedaban

excluidos de manera inevitable. Los judíos alemanes tampoco podían llevar el *tracht*, porque era solo para los arios. ¹³ El mensaje a los alemanes judíos era claro: vosotros no sois nosotros.

Las divisiones se enfatizaban más aún cuando los nazis, de manera deliberada, relacionaban la moda «extranjera» con la «identidad judía». Los ataques a las consideradas mujeres decadentes y a la moda de París servían al doble propósito de generar antipatía hacia los franceses y alimentar el antisemitismo. En cierto modo, se hacía ver que la culpa de que las mujeres alemanas usaran pintalabios rojos «de furcia» y fueran esclavas de los caprichos de la moda era de los judíos. Se trataba de un desprecio que, además de antisemita, era misógino: perpetuaba la idea de que, a menos que las mujeres se plegaran a unos estándares de vestimenta y comportamiento marcados desde el exterior, había que sexualizarlas automáticamente y demonizarlas por considerarlas putas.

Si la maquinaria propagandística de Goebbels podía establecer una relación tan directa entre la moda y los judíos era porque la industria textil dependía en gran medida de talento judío, de contactos con judíos, del trabajo de los judíos y del capital judío.

Cuando se aborda la historia de la economía, la producción textil en Europa suele pasarse por alto, a pesar de que genera inmensos ingresos, emplea a millones de personas y es un factor relevante en el comercio internacional —un elemento clave para la Alemania nazi en concreto, en su intento de acumular moneda extranjera en la década de 1930.

Aproximadamente el ochenta por ciento de los grandes almacenes y las franquicias eran propiedad de judíos alemanes en la Alemania de entreguerras. Casi la mitad de la venta de las empresas textiles mayoristas también eran

judías. De todas las personas empleadas en el diseño, la manufactura, el traslado y la venta de ropa, un gran número eran judíos. Berlín era un centro muy reconocido en la venta de ropa lista para llevar, gracias a los esfuerzos y la inteligencia de emprendedores judíos, tras más de un siglo de desarrollo.

Las revistas populares de propaganda nazi, como *Der Strümer*, no se limitaban a publicar imágenes de los trabajadores judíos del sector textil como parásitos de la industria o depredadores sexuales que se dedicaban a corromper a doncellas arias y a contaminar las prendas usadas por los alemanes arios. Las tácticas nazis pasarían de las palabras a los hechos.

Una emoción indescriptible en el aire.

JOSEPH GOEBBELS,

ENTRADA DE SU DIARIO DEL 1 DE ABRIL DE 1933

El 1 de abril de 1933, a las diez de la mañana, se inició un boicot nacional a los negocios de los judíos alemanes por parte de alemanes arios, un boicot cuidadosamente orquestado por el partido nazi. Hitler había sido nombrado canciller en enero de ese año. Los nazis solo llevaban plenamente en el poder desde marzo. Estaba claro que las medidas antijudías eran una prioridad para el nuevo régimen.

«Kauft nicht bei Juden!»

(¡No les compréis a los judíos!) [14](#)

El mensaje aparecía en carteles pegados a las paredes, o pintado en los escaparates, o garabateado en tiras de papel que se usaban para impedir el acceso a las entradas, acompañado siempre de grandes estrellas de David en amarillo y negro.

La visión de unos hombres con uniforme paramilitar plantados en el exterior de los escaparates de los grandes

almacenes contrastaba grandemente con los maniqués de escayola que, al otro lado del cristal, exhibían las elegantes novedades de primavera; y marcaban también la diferencia con respecto a la muchedumbre que se congregaba a observar y a disfrutar del espectáculo. Sus rostros lo dicen todo: los de los camisas pardas son adustos, convencidos de su verdad. Los de quienes los observan se muestran desconcertados, divertidos, coincidentes, enojados.

Una valerosa minoría desafiaba el boicot y realizaba compras simbólicas en los desiertos establecimientos de los judíos. Otros se mostraban irritados por el inconveniente y decidían que no estaban dispuestos a que les dictaran desde arriba cuáles habían de ser sus hábitos de compra.

«Yo intenté entrar porque estaba indignada —comentó una mujer—. Conocía al dueño, conocía a aquella gente. Siempre habíamos comprado allí.» [15](#)

Una costurera aria llegó a radicalizarse contra el régimen nazi tras ser testigo del trato que se daba a los judíos, un trato promovido por las autoridades nazis. Comentó que las empleadas judías en la confección de ropa «siempre eran las mejores. Virtuosas, industriosas. Yo empecé a comprar solo en tiendas judías.» [16](#)

Cuando la intimidación se convertía en violencia —incluidos proyectiles lanzados contra los escaparates de los grandes almacenes Tietz, de Berlín, propiedad de judíos—, la policía raramente intervenía. Aquellos cristales rotos eran el símbolo de la frágil sensación de seguridad que en ese momento tenían los judíos dedicados al comercio.

Tras veinticuatro horas de acoso, se desconvocó el boicot. Pero la violencia intermitente se mantuvo. Se había demostrado que, en 1933, la mayoría de alemanes no judíos aún se mostraba relativamente apática ante los actos de antisemitismo, y había puesto en contra a Gobiernos extranjeros, que protestaron contra aquellas maniobras de intimidación. Los líderes nazis se sentían exasperados ante

la reacción extranjera, porque ellos habían dejado muy claro que los únicos que habían de ser acosados eran los judíos alemanes, no los judíos extranjeros. El Gobierno rechazó las quejas contra el boicot considerándolas exageraciones propagandísticas judías. Los nazis explicaban que, si había habido problemas, a los judíos se les decía que se los habían buscado ellos solos. [17](#)

Aunque se suspendió el boicot, había establecido las bases para el aumento de la presión sobre las empresas judías, y allanó el camino para implantar vías de control del comercio más sofisticadas. Incontables empleados judíos del sector textil en Alemania, entre ellos Hunya y su taller de Leipzig, verían, poco después, amenazadas sus vidas a causa de una iniciativa lanzada en mayo de 1933 —apenas un mes después del boicot— con la idea a largo plazo de apartar a los judíos de todos los aspectos del sector textil: se trataba de la ADEFA.



Etiqueta de la ADEFA, de un vestido floreado de crepé de la década de 1930.

ADEFA: acrónimo de *Arbeitsgemeinschaft deutsch-arischer Fabrikanten der Bekleidungsindustrie* (Federación de Fabricantes Alemanes-Arios de la Industria de la Ropa). La palabra «arios» se incorporaba para enfatizar, precisamente, lo que se quería decir con la palabra «alemanes»: no judíos. La ADEFA no era más que un grupo de presión que, mediante técnicas de matonismo, pretendía

expulsar totalmente del mercado a los judíos, a los que veía como competencia. Públicamente, aspiraba a «asegurar» a los compradores alemanes —mayoristas y minoristas— que todos y cada uno de los pasos en la fabricación de ropa no se vieran manchados por manos judías. [18](#)

La etiqueta de la ADEFA se cosía a prendas arias «puras»; en ocasiones el acrónimo se presentaba en una versión estilizada en forma de águila del Reich, y en otras con las palabras enteras, a las que se añadía *Deutsches Erzeugnis* (Producto Alemán), para que no existiera confusión posible sobre la correlación exclusiva entre «ario» y «alemán». [19](#) En términos comerciales y artísticos, la ADEFA fue todo un fracaso. Sus prendas de ropa no eran nada del otro mundo. El diseño y la distribución se veían debilitados por la pérdida de talento judío y de sus contactos. Los desfiles de moda de la ADEFA no estaban muy concurridos, a pesar de toda la publicidad que se hacía de ellos y que incluía la abrupta proclama *Heil Hitler!* después de cada falca promocional. El principal beneficio de la ADEFA para el nacionalsocialismo era que proporcionaba un nivel más de legitimación a la idea de que los arios podían aprovecharse de los judíos.

La ADEFA se dismanteló en agosto de 1939. Ya había cumplido la función para la que fue creada. Sus tácticas llegaron a considerarse relativamente benévolas, comparadas con la violencia brutal que tendría lugar en noviembre de 1938.

Un grupo de alborotadores sale a destruir una inmensa fortuna en una sola noche. Y Goebbels los jalea.

HERMANN GOERING [20](#)

La mañana del miércoles 10 de noviembre de 1938, Hunya Volkmann abrió una ventana y se asomó a contemplar la calle de Leipzig en la que vivía. Le sorprendió ver a una

multitud que se alejaba a toda prisa, algunos despeinados, otros aferrados a hatillos improvisados.

—¿Qué ocurre? —les preguntó a gritos.

Fueron llegando retazos de noticias. Sinagogas quemadas. Casas cubiertas de pintadas. Escaparates rotos. Judíos apaleados hasta la muerte.

¿Era seguro salir a la calle? Los judíos de Leipzig constituían un grupo diverso, en su mayoría integrado, no guetificado, por más que existiera un barrio judío. ¿Podían ser unos blancos tan fáciles?

En Alemania, los judíos llevaban siendo expulsados de cualquier puesto de influencia desde 1933. Después llegaron las leyes nazis de Núremberg de septiembre de 1935, que despojaban a los judíos de la ciudadanía alemana, incluso la obtenida por matrimonio con alemanes no judíos. 1935 además fue el año en que se prohibió a los judíos la entrada a los baños públicos y se les disuadió de acudir a parques y teatros porque los *Volksgenossen* (los «camaradas de raza») no querían compartir aquellos espacios con judíos.

Leipzig participó también de la virulenta propaganda antisemita, además de promover las iniciativas aparentemente más civilizadas de la ADEFA. El diario *Leipziger Tageszeitung* publicaba sin el menor rubor listas promocionales de establecimientos y artesanos puramente arios. [21](#)

Entretanto, la influencia política del NSDAP había aumentado en la ciudad. Aun así, ¿quién estaba dispuesto a creer que los conciudadanos de Leipzig pudieran haberse vuelto tan perversos?

Hunya y su marido, Nathan, se quedaron en casa, juntos, en silencio, ese jueves por la mañana, a la espera de lo que fuera a suceder. Grupos de alborotadores se habían repartido por la ciudad al grito de «*Raus ihr Judenschwein!*» (¡Fuera, cerdos judíos!). Cuando Hunya oyó que llamaban a

su puerta, se preparó para la llegada de las tropas de asalto, o de la Gestapo, o de ciudadanos violentos.

Pero era su padre. Un vecino no judío le había aconsejado que abandonara la sinagoga en la que se encontraba estudiando porque iban «a ocurrir cosas malas». Minutos después, el templo fue asaltado —uno de los tres de la ciudad que resultó destruido—, y los rollos de la Torá, reducidos a cenizas.

Hechos similares tuvieron lugar por toda Alemania y por Austria: estallidos aparentemente «espontáneos» de violencia contra los judíos, que en realidad habían sido cuidadosamente orquestados por altos mandos nazis, que actuaban sin uniforme para parecer alemanes corrientes. Sus acciones incitaban a otros matones a sumarse a los actos vandálicos.

Si bien miles de espacios propiedad de judíos fueron atacados y destruidos, los grandes almacenes judíos resultaban blancos especialmente atractivos para perpetrar los ataques. Grünfeld, en Berlín, ya había sido ensuciado en el mes de junio con pintadas obscenas en las que se mostraban torturas y amputaciones a judíos. El 9 y 10 de noviembre, otros grandes almacenes corrieron la misma o peor suerte. Nathan Israel, el equivalente berlinés de Harrods, resultó destrozado, lo mismo que Tietz, KaDeWe y Wertheim. Casi todos los almacenes de la ciudad eran propiedad de judíos. [22](#)

Los asaltantes aplastaban los fragmentos de los escaparates rotos y se apoderaban de todo lo que les gustaba, a su alcance en percheros y estantes. Los camisas pardas sacaban los productos de las tiendas y lanzaban la ropa a la calle. Y, lo que era peor, sacaban a los judíos de sus camas, los golpeaban, los humillaban y los detenían. A muchos se los llevaron, y tuvieron conocimiento por primera vez de la existencia de campos de concentración.

A Rudolf Höss lo habían ascendido ese mismo año a capitán de las SS y, junto con su familia, se trasladó, en calidad de asistente, al campo de concentración de Sachsenhausen, al norte de Berlín, adonde enviaban a numerosas víctimas de pogromos, entre ellas un grupo de judíos de Leipzig. ²³ Al año siguiente, Höss se convertiría en el administrador de las pertenencias de los prisioneros en Sachsenhausen y segundo mando del campo. Su esposa Hedwig y él se acostumbrarían pronto a manejar aquellos bienes en su siguiente destino: Auschwitz.

En Leipzig, los conocidos grandes almacenes Bamberg, Hertz y Ury fueron incendiados en la madrugada del 10 de noviembre de 1938. Las brigadas de bomberos de la ciudad llegaron enseguida para asegurarse de que las llamas no alcanzaran edificios de no judíos. Pero no hicieron nada por proteger los propios establecimientos.

Se calcula que en toda Alemania se saquearon y destruyeron entre seis y siete mil negocios de judíos. ²⁴ Fueron acciones descaradas, desvergonzadas, avaladas por el Gobierno. Los alemanes tenían demasiado miedo como para intervenir, o bien estaban demasiado impacientes por beneficiarse. Aquellos rollos de tela robados en las tiendas de confección podían convertirse fácilmente en ropa nueva, ¿y quién iba a enterarse?

La devastación masiva del 9-10 de noviembre de 1938 pasaría a conocerse como *Kristallnacht*, la Noche de los Cristales Rotos. Se trata de una expresión evocadora, pero muy reveladora de que se consideró que aquellos hechos afectaban a bienes, no a personas. Cristales rotos, no vidas rotas. El *Reichsmarschall* Goering se quejó ante Goebbels: «Habría preferido que matarais a doscientos judíos en vez de destruir tantos bienes de valor.» ²⁵

Aunque la *Kristallnacht* mostró a los ciudadanos alemanes cuál era la cruda realidad de la vida para los judíos, quizá se consolaran egoístamente al pensar que aquello también le

ocurría a otra gente; que las familias que vagaban por las calles con la ropa de dormir puesta debían de haber hecho algo mal para que se los tratara de aquella manera.

Mientras los alemanes judíos temían por sus vidas y sus hogares, las mujeres arias podían seguir hojeando las revistas de 1938 para admirar las nuevas tendencias en sombreros, informarse sobre cruceros fluviales o escapadas campestres, soñar con la instalación de una piscina en el jardín trasero, desterrar desagradables olores de axila con el desodorante Odo-ro-no, concertar cita para darse un masaje y aplicarse cremas faciales en el salón de belleza de Elizabeth Arden, obtener el patrón para confeccionarse una blusa de encaje o escoger el peletero que les haría el abrigo de invierno. Dicho en pocas palabras, podían permitirse el escapismo. Los anuncios de las revistas ofrecían esmalte de uñas Cutex, hilos de coser de seda de la marca Guterman, en un arcoíris de colores, y tintes Schwarzkopf para obtener un apropiado rubio ario. Las manos sucias se lavaban con jabón Palmolive.

En un artículo de 1938 en que se cantaban las excelencias de los nuevos colores de moda, los «vestidos columna» y las chaquetas de marabú, la revista *Elegante Welt* proclamaba que el estado de ánimo que se divisaba en el horizonte era «predominantemente alegre». La periodista ahuyentaba cualquier posible inquietud con la admonición de que «las crisis económicas no son más que la voluntad indestructible de vida y optimismo de un pueblo». [26](#)

En tanto que jefe plenipotenciario del Plan Cuatrienal, Hermann Goering era el responsable de preparar la economía alemana para la guerra. Sin duda, veía los daños causados durante la Noche de los Cristales Rotos como una crisis, y consideraba que no tenía sentido que él se dedicara a planificar políticas de austeridad cuando los pogromos provocaban enormes pérdidas económicas. [27](#) Su reacción

a aquella noche de vandalismo fue una muestra de inmensa desfachatez: obligó a los judíos alemanes a pagar una cantidad desorbitada de dinero para hacer frente a los daños.

Emmy Goering, la adorable esposa de Hermann, era muy aficionada a la ropa de calidad que realzara su generosa figura. En sus memorias, admitía haberse sentido incómoda con los boicots antisemitas y dejaba claro que había hecho lo que había podido para ayudar a amigos judíos a los que habían pintado la palabra «*Jude*» (judío) en los escaparates de sus tiendas. Sin embargo, también confesó sentirse incómoda al entrar en tiendas de judíos, por los problemas que ello podría causar a su marido.

Joseph Goebbels, por su parte, se jactaba en su diario de que los berlineses estaban encantados con la *Kristallnacht*. Significativamente, destacaba el hecho de que las prendas de vestir y la ropa del hogar fueran los principales premios que se llevaban: «Abrigos de pieles, alfombras, telas caras, todo podía conseguirse sin pagar». ²⁸ Magda Goebbels, su esposa de inmaculado estilo, era partidaria de la buena moda, y se sintió muy disgustada ante el impacto de los pogromos de noviembre. Lamentaba el cierre de un taller de costura de propiedad judía: «Qué contratiempo que cierre Kohnen..., todos sabemos que cuando los judíos se vayan, la elegancia también abandonará Berlín». ²⁹

Esposas de miembros de las SS, como Emmy, Magda y Hedwig, seducidas por los privilegios, fueron testigos de la victimización de los judíos, pero decidieron que la mejor manera de enfrentarse a la incomodidad era darles la espalda. Entregadas a su absorbente papel de mujeres nacionalsocialistas, iban aprendiendo que el mundo podía remodelarse para que se ajustara a la imagen que tenían de él y para que satisficiera sus necesidades.

Entre las clientas de Hunya se habían contado algunas de las mujeres más influyentes de Leipzig. Había vestido a

judías y gentiles. Sus creaciones cubrían los cuerpos tanto de las curiosas como de las víctimas de los alborotadores. Durante la Noche de los Cristales Rotos, ella estaba dormida; pero ahora le tocaba mantenerse alerta para enfrentarse a las calamidades que no cesaban. Tenía todas sus energías puestas en la huida.

Nos contentábamos con sobrevivir día a día y, de alguna manera, mantenernos a flote.

IRENE REICHENBERG [30](#)

De nuevo en Bratislava, la actividad de la joven Irene Reichenberg era frenética. Desde marzo de 1938, centenares de refugiados llegaban a la ciudad huyendo de la persecución nazi en Alemania y en la Austria recién anexionada. Cuando los territorios checos también quedaron bajo dominio del Reich, fueron más los refugiados que huyeron a Eslovaquia, que pasó a ser autónoma en octubre de 1938. Bandas de hombres pronazis se sentían con total libertad para atacar a plena luz del día las propiedades de judíos, así como a cualquier judío que se encontraran en la calle. Había asociaciones benéficas judías que hacían lo que podían para ayudar y dar cobijo a los necesitados. En la calle Židovská se sucedían los disturbios y las peleas.

Irene no conseguía hacer entender a su padre que la brutalidad no iba a cesar; que no se trataba simplemente de otro estallido de antisemitismo, que las cosas no iban a calmarse. Pero aunque Irene se diera perfecta cuenta del peligro que acechaba, ¿qué podían hacer al respecto? ¿Adónde podían ir? Habían sido tan pobres durante toda su vida que no habían podido siquiera viajar a Viena, que se encontraba a apenas sesenta kilómetros de allí.

¿Escapar? Imposible.

«La emigración, cualquier cosa que costara dinero, era algo que no podíamos permitirnos. En absoluto. No era posible», dijo. [31](#)

Junto con su amiga Bracha Berkovič, Irene planeó otra manera de sobrevivir, una manera para la que hacían falta agujas, tela, hilo y alfileres.

¿Y ahora qué? ¿Cómo seguir?

Y bien, estábamos ahí plantadas varias niñas de la clase, niñas judías. Estábamos ahí, en la calle, y no sabíamos qué hacer, cómo seguir.

IRENE REICHENBERG [1](#)

Primavera de 1939.

Las revistas de moda anunciaban un estilo más ligero y telas más coloridas: rayones con estampados florales, pañuelos de chifón y sombreros con velo.

La realidad de marzo era mucho más dura.

Hitler vestía un abrigo largo, de cruzado doble, en su visita a Praga el 18 de marzo de 1939, que complementaba con un séquito de soldados de la Wehrmacht, tanques ligeros y armamento pesado. Inspeccionaba su nueva conquista bajo la visera de su gorra de plato. Las nubes de tormenta y la lluvia dejaron paso a un cielo variable. La multitud de civiles que le daban la bienvenida a los territorios anexionados de Bohemia y Moravia lo saludaban alzando las manos enguantadas. Unos pocos rostros, bajo los sombreros y los gorros, mostraban desconcierto. Cuatro días antes, el 14 de marzo, Checoslovaquia se había disuelto como país. Ese mismo día, Eslovaquia declaró la independencia.

Cualquiera con acceso a una radio sin cables podía oír los discursos de Hitler que se emitían en toda la nueva Gran Alemania. Una joven checa recuerda que el aparato temblaba cuando Hitler gritaba «*Juden raus!*» y los miembros de su familia tenían que cubrirse los oídos con las manos. [2](#)

«¡Fuera judíos!» Ese había sido el objetivo desde los primeros días del NSDAP, que había seguido unas etapas cuidadosamente planificadas: definir quiénes eran judíos, conminarlos a emigrar, marcarlos como «los otros», despojarlos de todo poder y empujarlos a la pobreza. Aquellas tácticas nazis serían adoptadas por casi todos los territorios que cayeron bajo la tutela de la esvástica del Reich. Y con ellas, las ganas de aprovecharse de los judíos de todas las maneras posibles.

Ambos procesos culminarían en un simulacro de taller de alta costura en Auschwitz.

La moda estaba muy lejos de los pensamientos de Irene Reichenberg en la primavera de 1939.

Su hermana, Edith, que tenía catorce años, había asumido el papel de ama de casa desde la muerte prematura de su madre, el año anterior. El hogar había dejado de ser un refugio. La violencia contra los judíos se había visto rápidamente legitimada en la nueva república de Eslovaquia. Las ventanas del barrio judío de Bratislava estaban rotas. Seguían apareciendo pintadas amenazadoras: expresiones ofensivas como «¡Cerdos judíos!» y «¡A Palestina!».



Renée Ungar en Eslovaquia, 1938.

Renée, la amiga de Irene, tuvo que escoltar a su padre, el rabino, por las calles hasta la sinagoga más próxima, porque no era seguro que caminara solo. Los judíos religiosos eran blancos predilectos del acoso.

Un retrato de Renée tomado en 1938 la muestra muy elegante con un conjunto informal: una chaqueta entallada y una falda larga, oscura, recatada. Vestir con seguridad en una misma podía ayudar a «pasar» por no judía, aunque aquellos juicios de valor eran totalmente subjetivos.

De hecho, el Gobierno eslovaco decidió que había que hacer algo más para distinguir a los judíos de los que no lo eran y permitir así una explotación y persecución más exhaustivas. A partir del 1 de septiembre de 1941 se obligaría a todos los judíos a llevar una gran estrella de David amarilla en una zona visible de la ropa. Si se quitaban abrigos o chaquetas, en la prenda de abajo también debían

lucirla. De los costureros y los kits de costura salían las agujas y los hilos empleados en aquella humillante tarea. Había quien se cosía la estrella con un punto de hilván suelto, que podía soltarse enseguida cuando no hacía falta mostrarla.

La ropa quedó contaminada por un estigma aprobado por el Estado. Con una estrella amarilla, la chaqueta de Renée dejaba de ser sencillamente parte de un conjunto de chica joven y se transformaba en una prenda de ropa que la convertía en diana.

El viaje hacia esa segregación visual no solo fue consentido por el Gobierno eslovaco, sino que fue emprendido con empeño siguiendo el ejemplo de las políticas del Tercer Reich. El Partido del Pueblo Eslovaco estaba dirigido por su presidente, el sacerdote católico radical Jozef Tiso, y por el primer ministro, Dr. Vojtech Tuka, más extremista aún. Los movía una mezcla explosiva de nacionalismo, antisemitismo e interés propio. Sus ataques a las vidas y los medios de vida de los judíos no nacían solo del odio; deseaban enriquecerse a costa de los ciudadanos judíos, y lo hacían descaradamente.

Cuando Hitler miraba desde las alturas en aquella visita a Praga de 1939, lo que hacía era inspeccionar una nueva adquisición. Ahora Alemania controlaba las importantes bases industriales checoslovacas y otros numerosos bienes del país. El expolio que no tardaría en producirse no era solo un botín de guerra, era una fuente de ingresos muy necesaria para evitar que el Reich entrara en bancarrota. ³ Las conquistas territoriales nazis se llevaban a cabo tanto por los ingresos que reportaban como por el derecho a pavonearse.

Las ansias de riqueza explicaban las leyes de 1940 que permitían al Gobierno eslovaco hacer lo que fuera necesario para excluir a los judíos de la vida social y económica del país. Las ansias de riqueza dominaron las reuniones entre

Tuka, Tiso y Dieter Wisliceny, *Hauptsturmführer* de las SS y emisario de Adolf Eichmann; enviado teóricamente por Alemania como asesor en asuntos judíos, de hecho se dedicó a organizar la logística de aprovechamiento de los activos de estos.

El impacto de esas ansias de riqueza resultaría devastador para las víctimas, pero de lo más provechoso para quienes las tenían.

Pretendo saquear, y hacerlo a conciencia.

HERMANN GOERING [4](#)

La idea de usar la guerra para pagar la guerra no era nada nuevo. Tanto los soldados alemanes como los locales se aprovechaban de los estragos de la invasión para apropiarse de lo que podían. Se trataba de algo que iba totalmente en contra de la Convención de La Haya de 1907, relativa a las leyes y usos de la guerra terrestre, que dejaba totalmente claro que los ejércitos invasores no podían saquear propiedades privadas a menos que pagaran compensaciones. Alemania era uno de los países firmantes de aquellas reglas, pero, en tanto que nación nazi, iba embriagándose de victoria a medida que borraba una frontera tras otra en Europa.

A las tropas de la Wehrmacht se las alentaba a considerar que cada conquista les permitía dar rienda suelta a su afán de poseer; una orgía de consumismo seguía a la rendición de cada nuevo país. Goering, en concreto, permitía la fácil adquisición de pieles, sedas y artículos de lujo por parte de la Wehrmacht. No había límites para las requisas perpetradas por las tropas, ni límites en el número de paquetes que se enviaban a Alemania.

A partir de la abolición de la aduana entre el Protectorado checo y Alemania, el 1 de octubre de 1940, se desató la locura por adquirir productos por parte de soldados y civiles

de visita, que vaciaban los estantes de las tiendas de pieles, perfumes, zapatos, guantes..., cualquier cosa que pudieran llevarse o enviar a casa. Algo parecido ocurrió tras la caída de París: las tropas ocupantes de la Wehrmacht adquirían tal cantidad de productos que los franceses empezaron a llamarlos «escarabajos de la patata», pues se iban cargados y encorvados de tanto peso.

¿Qué más daba si la circulación excesiva de marcos alemanes y pagarés devaluaba la moneda local? ¿Si la inflación convertía las compras en una pesadilla económica para los autóctonos? Lo importante era que los alemanes — los arios— estuvieran contentos. Hitler contaba con experiencias de primera mano sobre el descontento causado en el frente interno durante la Primera Guerra Mundial, en la que los alimentos y otros productos esenciales escasearon. No tenía la menor intención de permitir que sus propios súbditos se amotinaran. Los complacería con los botines obtenidos de pueblos «inferiores».

Los alemanes que se expandían por la Europa del Este no tenían el detalle de pagar por los artículos que se llevaban. Sus actos de rapiña en Ucrania, por ejemplo, les valieron el sobrenombre de «hienas». Los negocios de los judíos eran, sin duda, los más vulnerables al expolio, pues eran los que contaban con una menor protección. De hecho, la policía y los soldados de la Wehrmacht en la Polonia ocupada por Alemania se limitaban a observar cuándo se rompían los escaparates de las tiendas judías para que los locales — movidos por el antisemitismo y la avaricia— pudieran llevarse lo que quisieran. [5](#)

En Alemania, las madres, las esposas, las novias y las hermanas recibían paquetes sorpresa de los hombres que tenían en el extranjero, y se mostraban encantadas ante tanta abundancia. A su manera doméstica, aquellas mujeres se convirtieron en beneficiarias de la guerra. Quizá sí

desconocieran que sus ganancias eran las pérdidas de otros. [6](#)

Se producían incluso saqueos extraordinarios en ciertos momentos para llenar los escaparates alemanes antes de la Navidad.

Los judíos eran blancos concretos de otros métodos empleados para el beneficio tanto de civiles alemanes como de tropas de la Wehrmacht. Tras la invasión de Rusia de 1941, fue haciéndose cada vez más evidente que los establecimientos de suministros alemanes estaban peligrosamente mal surtidos para los combates de invierno. Hitler y Goebbels llamaron a los patriotas alemanes a donar voluntariamente las pieles y las prendas de lana que no necesitaran para el frente oriental.

En el caso de alemanes judíos, la confiscación de pieles era obligatoria, y sin compensaciones. Se inspeccionaban los guardarropas de los judíos en busca de abrigo de pieles, gorros, capas, manguitos y guantes. Incluso los cuellos de pieles de los abrigos debían descoserse y entregarse. La policía estatal castigaba con severidad cualquier negativa a colaborar. [7](#)

Y no se trataba solo de personas ricas que renunciaban a unas lujosas prendas de piel que lucían como manifestación de estatus. En una u otra forma, las pieles las llevaban miembros de todas las clases sociales y por necesidad en invierno, desde humildes pieles de conejo a elegantes visones.

Por todo el país, las colectas de prendas de invierno y equipos para las tropas se consideraban regalos de Navidad que el pueblo ofrecía al frente alemán. Se recibieron centenares de miles de artículos. Sin duda, los hombres de la Wehrmacht supieron apreciar aquel suplemento de abrigo. ¿Y los judíos que tiritaban de frío? ¿Importaba algo su sufrimiento?

*Los judíos debían entregar todas sus pieles, joyas,
equipaciones deportivas y otros objetos de valor.
Si a los guardias de la Hlinka les gustaba algo,
lo confiscaban.*

KATKA FELDBAUER [8](#)

Para financiar las guerras de Hitler y alimentar y vestir a los alemanes iba a hacer falta algo más que el saqueo a tiendas extranjeras y la confiscación de pieles. Los territorios controlados por los alemanes debían quedar libres de judíos. La *Entjudung* («desjudeización») debía alcanzarse mediante un proceso de desposesión, deportación y, por último, asesinatos masivos. Dicha desposesión era parte integral de lo que acabaría conociéndose como Holocausto.

En noviembre de 1938, *Das Schwarze Korps* —una revista de las SS— publicó un artículo en el que se afirmaba que los judíos eran «parásitos incapaces de trabajar». [9](#) Se trataba, claramente, de propaganda. Aun así, el expolio radical de propiedades y empresas de los judíos formaba parte del empeño por hacer que dicha acusación se hiciera realidad y poder justificar el maltrato contra ellos.

Básicamente, se trataba de conseguir que los judíos quedaran desahuciados en una situación desesperada. Así serían más fáciles de controlar. No era ninguna casualidad que expoliar a los judíos enriqueciera a otros.

En todos los territorios ocupados por los nazis, los judíos se convirtieron en blancos de todo tipo de robos e intimidaciones en busca de recompensas. Se pagaban sobornos para evitar acosos, para obtener visados, para no figurar en las listas de deportación a campos de trabajos forzados y guetos. Alemania marcó el ejemplo a seguir en la operativa de ese enriquecimiento. Otros regímenes observaban y aprendían de buen grado, incluida Eslovaquia. Desde los guardias de menor graduación de la Hlinka —el

Partido (paramilitar) del Pueblo Eslovaco— hasta los oficiales de mayor rango, todo el mundo quería un pedazo de la tarta.

Hunya Storch, en ese momento casada y conocida como *Frau Volkmann*, sintió el peso del expolio en Leipzig cuando, en noviembre de 1938, el Decreto para la Eliminación de los Judíos de la Vida Económica Alemana se convirtió en ley. En ella se dictaba que todos los negocios regentados por judíos debían cesar su actividad el día de Año Nuevo de 1939. El decreto llegaba tras seis años de pérdida de derechos ciudadanos y exclusión.

Para Hunya, aquello supuso la culminación de la requisa de todos sus activos, así como del despojo literal de su ropa en su traslado a Auschwitz. Las jóvenes a las que posteriormente conocería en el taller del campo de concentración —Marta, Bracha, Irene y las demás— recordaban procesos parecidos de desahucio. Y llegarían a saber qué era lo mínimo indispensable para seguir viviendo. En todos los casos se trataba de una caída prolongada y degradante, que se iniciaba con un robo descarado sancionado por el Estado.

Según el decreto de 1938, los activos judíos debían considerarse *Volksvermögen*, es decir, bienes colectivos del pueblo alemán. «Alemán» era sinónimo de «ario». No se aplicaba a elementos valiosos como joyas, obras de arte, casas, tierras y vehículos. Pero sí incluía bicicletas, radios, muebles, ropa y máquinas de coser.

Hermann Goering presidió numerosas iniciativas en Alemania que tenían como objeto usar el dinero judío para incrementar el presupuesto nazi. ¹⁰ La estrategia de desposesión más descarada se ejecutó a lo largo de toda la década de 1930. Se conocía como «arianización», y suponía la toma de empresas judías en beneficio de los llamados arios, o no judíos. La meta principal de la arianización no se limitaba a causar inquietud y dificultades. Para quienes la

ejecutaban, el premio era apoderarse de la propiedad de los negocios judíos, así como la supresión de la competencia.

Según las nuevas leyes, a un «arianizador» —un «director ario»— se le concedía el derecho de apropiarse de un negocio, por lo general sin pagar nada o abonando una cantidad nominal; eso por no hablar de los sobornos a funcionarios corruptos que gestionaban el papeleo de la arianización. Aquellas tácticas de abuso se disfrazaban con expresiones tomadas del mundo empresarial: la propiedad del negocio se transfería a un *Treuhänder* o administrador de liquidación. Podía tratarse de cualquier persona que no fuera judía y que quisiera adquirir una nueva empresa muy barata, o alguien a quien la Oficina de Administradores quisiera recompensar por algo.

En la industria de la moda, los nazis más dispuestos buscaban la ocasión de adquirir sus propias firmas de ropa arianizadas. Magda Goebbels llegó a recurrir a sus influencias para ayudar a Hilda Romatski, la propietaria aria de la casa de modas Romatski, situada en la conocida vía berlinesa de Kurfürstendamm. Esta se había quejado de la «competencia desleal» de la tienda de modas judía Grete, que se encontraba a pocos pasos, en el mismo bulvar. En un acto de pasmosa hipocresía, Magda escribió al Frente Laboral Alemán en 1937 para exigir el cierre del rival judío de Romatski, declarando que «me resulta personalmente desagradable, e insoportable, que de mí se sospeche que me visto en una casa de modas judía». [11](#)

En cambio, Hedwig Höss optaría con gran desfachatez por crear un taller de costura en Auschwitz, donde a casi todas las mujeres que formaban su elenco de modistas las habían encarcelado por el mero hecho de ser judías.

Muchos han engordado en el abrevadero de la arianización, se han puesto como cerdos.

Solo en Berlín había unas 2.400 empresas textiles propiedad de judíos, y todas ellas eran vulnerables a los depredadores. En Leipzig, base de operaciones de Hunya Volkmann, 1.600 empresas se habían vendido a la fuerza por el proceso de arianización en noviembre de 1938. Los 1.300 negocios restantes que quedaron en manos judías no durarían mucho más tiempo. [13](#) Todo por lo que Hunya había trabajado y lo que había construido le podía ser arrebatado en cualquier momento.

Una de sus tías estaba casada con un hombre apellidado Gelb, propietario de uno de los muchos grandes almacenes de Leipzig. Dora, la hermana de Hunya, había trabajado allí un tiempo. La familia Gelb les pidió a Hunya y a su marido, Nathan, que les ayudaran a enfrentarse a la arianización, un proceso de lo más estresante. Los dos hicieron lo que pudieron. Los almacenes los adquirió un propietario alemán no judío por una cantidad ridícula.

Aquello era el paraíso de los compradores. Los «arianizadores» sabían que los judíos estaban obligados a vender, y a vender rápido, además. Se apoderaban de las empresas por el cuarenta por ciento de su valor real, y en ocasiones por apenas el diez por ciento. Si las existencias se liquidaban antes de la venta, los compradores tenían la ocasión de rebuscar inocentemente entre las gangas y las rebajas de percheros y cestas, encantados de encontrar aquellas oportunidades. En realidad, muchos de ellos no eran tan inocentes, y se alegraban de sacar el máximo partido de las desgracias de los judíos.

Aquellas ventas apresuradas y forzosas no se debían solamente a las leyes de arianización: los judíos, además, estaban desesperados por salir de Alemania lo antes posible, una presión que Hunya también sentía. Alargando al máximo sus escasos recursos, consiguió visados y billetes

para que sus padres huyeran a Palestina. Ella, entretanto, visitaba diariamente diversos consulados extranjeros, sumándose a las multitudes de otros inquietos solicitantes que intentaban hacerse con documentos de emigración. Todos debían someterse a interminables entrevistas y rellenar unos cuestionarios muy complicados. Eran pocos los países que aceptaban un número ilimitado de inmigrantes; la mayoría demostraba indiferencia ante la difícil situación de los judíos de Europa.

Hunya no tuvo suerte con sus solicitudes a Palestina y Argentina, sus primeras opciones. Finalmente, sí consiguió permisos de entrada y dos billetes para irse a Paraguay. Le daba miedo la idea de cruzar medio mundo en barco para llegar a otra cultura, a otro continente, tan distinto de la vida tan protegida que había llevado en un pueblo pequeño de los montes Tatras, pero si de ese modo Nathan y ella conseguían ponerse a salvo, valía la pena el esfuerzo. Seguro que su buena mano con la costura sería valorada fueran donde fuesen.

Pero no podría ser. En el último momento, el consulado en Alemania canceló los permisos que a los judíos tanto les había costado conseguir. Y Hunya se quedó atrapada en Alemania.

En Bratislava, Irene Reichenberg conoció de primera mano el degradante procedimiento de desposesión. Desde el 2 de septiembre de 1940, todos los judíos eslovacos estaban obligados a registrar sus activos. Shmuel Reichenberg, el padre de Irene, proporcionó puntualmente detalles de su negocio de zapatería. Una fotografía de antes de la guerra muestra a Shmuel con su hija menor, Grete, la hermana de Irene. Parece sereno, quizá algo ajado, pero mudado, con camisa, corbata y chaqueta. Había centrado toda su vida en el trabajo, la familia y la sinagoga, a la que acudía cada *sabbat* . Como muchos otros, esperaba que si hacía todo lo

que le pedían y seguía las reglas, podría soportar las restricciones.

El suyo era uno de los más de seiscientos negocios de judíos en Bratislava, muchos de ellos relacionados con el sector textil. Todo optimismo que pudiera albergar respecto a su continuidad en el negocio era errado. Según la primera ley de arianización, en vigor desde el 1 de junio de 1940, a Shmuel Reichenberg le retiraron el permiso de trabajo. Aquella ley, básicamente, declaraba que los judíos no podían llevar negocios independientes de ninguna clase. Llegó a su casa, un pequeño apartamento en el número 18 de la calle Židovská. Sin trabajo, no habría ingresos. Y sin ingresos..., perderían la casa y pasarían hambre.

Irene no tuvo más remedio que adaptarse. Con el tiempo la invadirían cada vez más traumas, hasta el punto de que solo la amistad inquebrantable de Bracha y el ritmo de las puntadas con aguja e hilo la salvarían. Por el momento, contempló a su padre mientras instalaba un taburete y una mesa pequeña junto a una de las ventanas del apartamento. Extendió sobre ella sus herramientas. Los amigos y conocidos de la calle Židovská le hacían pequeños encargos, que él completaba con su maestría habitual cuando conseguía algún retal de piel y material de costura.

Seguir adelante resultaba muy difícil. Ahora trabajaba ilegalmente, pero ¿cómo si no iba a ganar algo de dinero? Las asociaciones benéficas judías estaban al límite, pues debían ocuparse de los miles de refugiados desesperados que habían huido a Checoslovaquia en la creencia de que allí estarían más a salvo que en Alemania.

Los eslovacos sin escrúpulos competían por ver quién se quedaba con la mejor empresa judía, sin la menor consideración por sus verdaderos dueños. Así ocurrió con la sastrería que el padre de Bracha Berkovič, Salomon, tanto se había esforzado por crear, y que le fue robada y entregada a un competidor católico, que se quedó con sus clientes, sus existencias, su reputación y todo lo demás.

En el curso de un año, la Oficina Económica Central de Tiso —la Ústredný Hospodársky Úrad— transfirió más de dos mil empresas judías eslovacas a nuevos propietarios arios, entre ellas la sastrería de Berkovič. Quien quisiera apropiarse de un negocio judío lo tenía muy fácil para obtenerlo mediante la arianización.

En ocasiones, al dueño original lo mantenían como empleado, sobre todo si el arianizador no tenía la menor idea de llevar el negocio. Pero otras veces se limitaban a mostrarles la puerta. Al padre de Bracha no le dieron opción: lo echaron sin más.

Con el tiempo, nada menos que diez mil empresas de judíos en Eslovaquia fueron liquidadas de acuerdo con las leyes de arianización. Los inmensos beneficios obtenidos fueron transferidos a una cuenta especial gestionada por Dieter Wisliceny, representante de las SS. De esas diez mil empresas, más de mil eran establecimientos de venta de productos textiles. Todos aquellos rollos de tela que con tanto orgullo se exhibían y tanto admiraban las compradoras..., todo se esfumó. Los arianizadores vendieron las existencias. Es posible que quienes compraban las telas no llegaran a saber de qué comercios provenían. Y también es posible que lo supieran y no les importara. [14](#)

Praga fue víctima de una rapacidad similar mediante las mismas tácticas de segregación, registro y robo. Antes de la imposición de la estrella amarilla, los judíos estaban bien asimilados en la sociedad praguense. Pero ahora, cualquier propiedad que valiera más de diez mil *koruny* (coronas checas) era confiscada y depositada en una cuenta bancaria especial de la ciudad. Siempre se extendían recibos de las operaciones para mantener la ilusión de que se trataba de una adquisición temporal. Después llegó la arianización de los negocios, incluida la fabulosa industria de la moda de

Praga, desde la alta costura hasta las humildes cosedoras que trabajaban desde sus casas.

En una fecha tan tardía como 1939, las clientas no judías aseguraban a sus talleres favoritos, regentados por judíos, que el antisemitismo nazi no afectaría a su lealtad. Seguían con ganas de que modistas judías les confeccionaran prendas inspiradas en las de Chanel, de París, o diseñadas por talentos del país. En todo caso, fueran cuales fuesen los deseos de las clientas, una vez que un arianizador se presentaba en la puerta de un taller y pedía ver las cuentas, el inventario de existencias y las fichas de todos los empleados, no se podía hacer nada para impedir la expropiación. Las empresas, a veces, se vendían a algún empleado fiel solo como medida de precaución. A partir de ahí, dependía totalmente del nuevo propietario hasta qué punto decidiera respetar el espíritu de la transferencia y hasta qué punto optara por beneficiarse de ella.

En las revistas de moda, los anuncios de tiendas regentadas por judíos y servicios prestados por ellos desaparecieron sin más. Los establecimientos físicos seguían en su sitio tras la arianización, con la misma ropa, el mismo calzado, pero los nombres judíos de las tiendas se cubrían con una capa de pintura, y las etiquetas con marcas judías se eliminaban.

Modistas como Marta Fuchs ya no tenían oportunidades legales de llevar negocios de costura. Como Hunya en Leipzig, a partir de 1938 Marta estaba concentrada en abandonar definitivamente Europa. Era lo bastante inteligente como para darse cuenta de que si los bienes de los judíos eran codiciados, las vidas de estos, por el contrario, iban perdiendo todo valor. Marta estaba alojada en el Hotel Juliš, situado en la célebre plaza Wenceslas. El hermoso bulevar acogía también el Museo Nacional, así como varios edificios de modernas oficinas, la tienda de zapatos Bata y unos almacenes inaugurados antes de la Primera Guerra Mundial.

Pero no era por nada de todo ello por lo que Marta había decidido alojarse en el Hotel Juliš. Le convenía estar cerca de los centros de transporte y de las embajadas extranjeras. Su plan desesperado pasaba por tomar un tren hasta un puerto y viajar por mar hasta Latinoamérica. Últimamente, pasaba las horas libres pegada no a las revistas de moda, sino a un diccionario de español; haciendo cola no para conseguir gangas en las tiendas, sino visados. Cuando, milagrosamente, le concedieron uno para viajar a Ecuador, ya era demasiado tarde: los alemanes estaban desarrollando nuevas políticas para atrapar a los judíos en lugar de maltratarlos para que se fueran. ¹⁵ Marta se vio obligada a regresar a Bratislava.

A partir del otoño de 1941, el «¡Fuera judíos!» pasaría a significar deportación. Se estableció un gueto en la ciudad checa de Terezín —que los alemanes llamaban Theresienstadt—, supuestamente una «ciudad modelo» solo para judíos que en realidad era un campo de tránsito hacia un destino más siniestro.

De repente me dio por aprender a coser un poco.

IRENE REICHENBERG ¹⁶

¿Qué podían hacer los jóvenes ante unas fuerzas opresoras tan poderosas? Marta, Irene, Renée y Bracha se encontraban entre las decenas de miles que pagaron el precio humano de la avaricia. Para ellas, la infatigable legislación antijudía no era solo una sucesión de palabras duras puestas sobre un papel. Era un robo de derechos y de propiedades.

Cuanto más les arrebataban, más se vinculaban y más resilientes se volvían.

La confección de ropa era un recurso laboral para muchas mujeres en las economías europeas, y en todo el mundo. Se consideraba una profesión «adecuada», «femenina», y

exigía relativamente poco equipo. En los territorios ocupados por Alemania, las mujeres se veían forzadas a recurrir a sus agujas para obtener algo de dinero con el que ganarse el pan. A la luz del día, iluminadas con lámparas o velas, entre las tareas del hogar y los cuidados a la familia, trabajaban largas horas creando prendas, haciendo arreglos, cogiendo puntos sueltos en ropas de lana y bordando piezas llenas de colorido.

Judía de Bratislava, Grete Roth empezó a recibir clases de tejedora a finales de la década de 1930, cuando vio claro que iban a liquidar el despacho de abogados de su marido. Consiguió vestir a toda su familia con ropa hecha a medida en su telar doméstico. [17](#)

En el Protectorado, Katka Feldbauer, de diecisiete años, era una alumna de sobresalientes hasta que el director de su escuela la convocó a su despacho y le ordenó que recogiera sus cosas: «Fuera judíos». Profundamente afectada, consiguió trabajo con una modista que, en realidad, era la arianizadora de un negocio judío. Ganaba una miseria y trabajaba oculta en una trastienda. [18](#) Grete y Katka acabarían compartiendo dormitorio con las modistas de Auschwitz.

Obligada a dejar la escuela, Irene Reichenberg disponía de tiempo libre y sentía la necesidad de aprender a hacer algo. Optó por la costura. Su hermana mayor, Käthe, casada con el apuesto Leo Kohn, ya había recibido formación como costurera. Su amiga Renée también cosía a escondidas, lo mismo que la hermana de esta, Gita. Por ser judía, Irene tenía prohibido el acceso a las escuelas profesionales y a la formación reglada. Aun así, conocía a una modista, una mujer polaca casada con un judío de Bratislava. A aquella mujer le habían retirado el premo de trabajo, pero estaba dispuesta a dar clases de corte y confección clandestinamente a cambio de apenas cinco coronas al día. Bracha también se apuntó a las lecciones.

A esta, su madre no le había enseñado a coser, y no se lo tomó muy en serio, a diferencia de su hermana menor, Katka. A Katka Berkovič se le daba muy bien. Aprendía las técnicas de corte más deprisa que Bracha, y no tardó en destacar en la confección de abrigos. Las dos hermanas recibían clases extraordinarias de su padre, muy preocupado por el deterioro de la vida de los judíos en Eslovaquia y desesperado por hallar la manera de proteger a sus hijos. También sacaba tiempo para enseñar el oficio de sastrería a su hijo mayor, Emil, pues a este tampoco se le había permitido seguir con los estudios.



Las hermanas Bracha y Katka Berkovič antes de la guerra.

Un retrato de Bracha y Katka de la época no permite adivinar las dificultades que prácticamente se habían normalizado en la vida diaria. Bracha abraza a su hermana y mira a cámara con ojos resplandecientes y una preciosa sonrisa. Katka parece algo más cauta, más tímida. Las dos tienen el pelo brillante, peinado en trenzas largas.

Las chicas trabaron amistad con otra aprendiz joven de aquella escuela clandestina de costureras. Se trataba de una muchacha judía llamada Rona Böszö. Rona había emigrado desde Berlín huyendo de la persecución nazi. Era una amiga maravillosa, siempre dispuesta a ayudar a las demás cuando se tenían dificultades con la costura.

Alles verwenden nichts verschwenden.

(TODO SE USA, NADA SE MALGASTA). [19](#)

En el frente doméstico, correspondía a las mujeres sacar el máximo partido a las cosas en aquellas circunstancias precarias. El delantal se convirtió en el equivalente al uniforme para el ama de casa. Representados como prendas alegres y femeninas en los libros de patrones y en las revistas para mujeres —incluso si estaban confeccionados a partir de retales de camisas viejas o manteles—, la verdad es que un mandil constituía, sobre todo, una pieza de protección y no un elemento de moda. [20](#) Los delantales que han sobrevivido de la época de la guerra en Alemania están manchados, remendados y gastados, prueba de lo necesarios que resultaban. [21](#) Ni la propaganda conseguía ocultar la realidad del trabajo duro y las carencias.



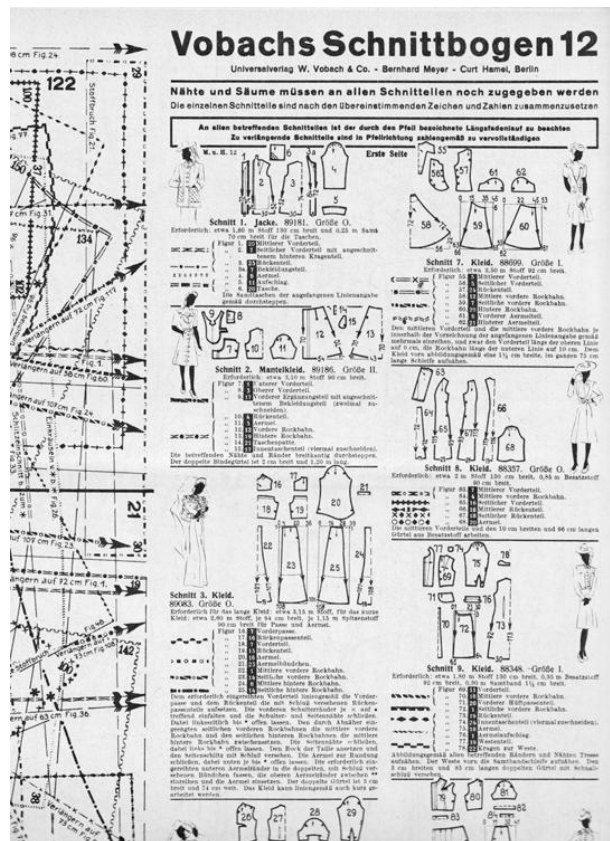
Delantales aparecidos en un número de 1941 de la revista alemana de costura *Deutsche Moden-Zeitung* .

Mucho antes de la plena movilización militar, Alemania se había dedicado a desviar recursos financieros y materiales para acelerar programas de rearmamento, por lo que los suministros a civiles eran pocos. Se suponía que el expolio y la desposesión debían compensar la escasez. Aun así, el racionamiento de alimentos se adoptó por primera vez en Alemania en agosto de 1939, poco antes de la invasión de Polonia.

Lo siguió el racionamiento de ropa dos meses después, el 14 de noviembre. Tenía efecto retroactivo desde el 1 de septiembre, y otorgaba a los civiles corrientes cien puntos en su *Reichskleiderkarte* (cartilla de cupones para ropa) para el año siguiente. Dado que un abrigo o un traje costaban sesenta puntos, no había demasiada libertad para surtir el ropero. Existían organizaciones de mujeres nazis que se esforzaban por persuadir a otras mujeres para que aprovecharan las telas sintéticas que se producían en masa y renunciaran a fibras naturales, mucho más escasas.

Para quitar presión a la fabricación de ropa producida en masa, se animaba a sastres y modistas a atender a domicilio, siempre y cuando no fueran judíos, claro está. Diversos grupos de mujeres ofrecían cursos de formación en habilidades básicas, entre ellas la costura. También se aconsejaba a las mujeres que se arreglaran la ropa que ya tenían y se la confeccionaran ellas mismas siempre que fuera posible para evitar sobrecargar la industria de prendas

listas para llevar. Era necesario aprovechar cualquier retal de tela, no se podía malgastar nada. La escasez de hilos de seda y algodón para coser implicaba que había que reaprovechar los hilos de los dobladillos o reutilizar los hilvanes.



Detalle de patrón de papel de *Deutsche Moden-Zeitung* , 1941.

Las revistas de corte y confección solían incluir patrones gratis para costureras domésticas. La calidad del papel iba empeorando perceptiblemente a medida que avanzaba la guerra. Para economizarlo, se solapaban diversos patrones de ropa en una misma hoja, y había que tener muy buena vista, habilidad geométrica y una paciencia infinita para interpretarlos.

No todo el mundo se veía afectado de igual manera por la escasez de ropa, por supuesto. Las mujeres nazis más poderosas no tenían reparos en saltarse el sistema de

racionamiento. En enero de 1940, Magda Goebbels ordenó a su secretaria privada que se opusiera a la deducción de dieciséis puntos de su saldo para poder así adquirir tres pares de medias. Magda lo argumentaba afirmando que aquellas medias le eran necesarias para ejercer su trabajo de enfermera. Al mes siguiente, Wilhelm Breitsprecher, fabricante de los zapatos Master Court, que contaba al káiser entre sus exclientes, se armó de valor y le escribió a *Frau* Goebbels para informarla de que no podría iniciar la confección de sus zapatos de piel de cocodrilo hasta que le facilitara las preceptivas cartillas de racionamiento. [22](#)

Las esposas de los altos mandos nazis no solo se sentían por encima de la ley cuando se trataba de cartillas de racionamiento, sino que seguían requiriendo a escondidas los servicios de costureras judías. [23](#) Esa misma sensación de privilegio llevaría finalmente a Hedwig Höss a crear su propia camarilla de cosedoras personales una vez que se convirtió en esposa de uno de los mandos del campo de Auschwitz. No tenía la menor intención de permitir que su nivel de exigencia disminuyera. Le daba igual quién le cosiera la ropa, con tal de verse elegante. En un retrato familiar de 1939, aparece de pie junto a su hermano Fritz Hensel, segura de sí misma con un traje y unos zapatos de color claro. En su ropa no había remiendos, parches, partes desgastadas ni manchas.

Hemos organizado talleres de judíos con la ayuda de trabajadores judíos experimentados, y con ellos confeccionaremos bienes que facilitarán en gran medida la posición de la productividad alemana.

HANS FRANK [24](#)

Una de las grandes ironías de las políticas del *Entjudung* y la arianización era que las industrias en Alemania y los territorios ocupados por los nazis se encontraron al poco

tiempo sin mano de obra cualificada para operar sus recién adquiridos negocios. La escasez de mano de obra en todas las industrias que se suponían «libres de judíos» se veía generalmente exacerbada por el insaciable apetito del ejército alemán de reclutar a más hombres que lucharan en múltiples frentes. Así, tras haber expulsado legalmente de su trabajo a costureras como Hunya y Marta, los nazis se enfrentaban a la falta de sastres y modistas. En algunas zonas se daban cursos intensivos de corte y confección para no judíos, pero esa no era una solución adecuada a corto plazo.

La respuesta al problema fue sencilla y de lo más brutal: recurrir a trabajos forzados y a mano de obra esclava.

Las llamadas para someterse a esos trabajos forzados podían llegar de un modo muy civilizado, por carta o mediante la publicación de listas de nombres. Otra opción era que la persona, simplemente, fuera retenida en la calle o sacada de su domicilio mientras el resto de la familia contemplaba la escena, impotente. Empezaron por llevarse a hombres y a niños.

Emil, el hermano de Bracha, que se formaba con su padre para ser sastre, recibió una notificación en la que se le informaba de que debía presentarse a trabajar en un punto de encuentro para hombres judíos situado en Žilina, una localidad eslovaca ubicada a unos 150 kilómetros de Bratislava. No se le informaba de nada más. La familia no volvió a verlo nunca. Tenía dieciocho años. Fuera cuales fuesen las experiencias que vivió, no tiene lápida ni tumba, solo el sombrío memorial de todos aquellos que perecieron en el campo de exterminio de Majdanek. [25](#)

El padre de Irene se unió a otros miles de judíos en el campo de trabajo de Sered', construido a toda prisa a una hora al noreste de Bratislava. Había otros campos dirigidos por fascistas eslovacos en Vyhne y Nováky. Debido a las leyes del *Codex Judaicus* dictadas por Dieter Wisliceny y el

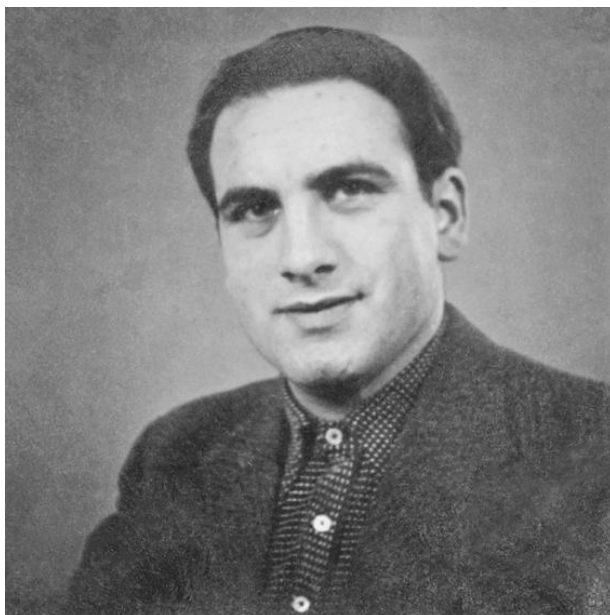
Gobierno eslovaco, todos los judíos de entre dieciséis y sesenta años podían ser llamados a trabajar según la conveniencia de los ministerios.

Bajo el mando de la Hlinka, Shmuel Reichenberg confeccionaba botas y zapatos en el campo de Sered'. En otros talleres se fabricaban muebles, ropa e incluso juguetes. La calidad de su trabajo era tal que los guardias del campo lo adoptaron como su fabricante de botas personal, al que por supuesto no pagaban. Le proporcionaban equipo y materia prima, y se paseaban por el campo y por la ciudad con calzado hecho a medida.

Había niños encarcelados en los campos y, en ellos, existía un aula rudimentaria e incluso hacían pequeñas pausas para el recreo. La hermana menor de Irene, Grete, de catorce años, que era discapacitada, pudo quedarse con su padre en Sered'. Gracias a ese grado de protección, ella también estuvo a salvo, todo un milagro teniendo en cuenta que las personas con discapacidades eran blanco de los programas de eutanasia de los nazis. [26](#)

Las fotografías que se tomaban para documentar los talleres de corte y confección en los campos eslovacos muestran a hombres y mujeres pulcramente vestidos, inclinados sobre unas relucientes máquinas de coser. Pisan los pedales, guían las telas con las manos, pero sus mentes deben de estar con los seres queridos que han quedado atrás, llenas de temores ante el futuro.

Cuando se separó de su padre y su hermana Grete en 1941, Irene no podía imaginar que ella también acabaría recurriendo a sus habilidades para sobrevivir, y para unas clientas mucho más prestigiosas.



Nathan Volkmann, marido de Hunya.

Entretanto, en Alemania, Hunya Volkmann se sentía bastante segura con un pasaporte checo, pero le aterraba que pudieran llevarse a su marido, Nathan. Era de nacionalidad polaca, y los polacos se consideraban blancos en las redadas que los alemanes llevaban a cabo para conseguir mano de obra barata. Hunya decidió que su esposo debía escapar, y le planificó una ruta de huida que implicaba llegar a Suiza a través de Italia, cruzando ilegalmente todas las fronteras, que estaban cerradas a los judíos. Fue muy duro verlo partir, pero lo cierto es que Nathan no pasó mucho tiempo fuera: regresó a casa, incapaz de soportar la idea de abandonar a Hunya.

Pasaron juntos otras seis semanas. Cuando, en el barrio judío, se iniciaron las redadas, se llevaron a Nathan. Los soldados custodiaban columnas de hombres —entre los que se encontraba él— y usaban sus porras para golpear a las mujeres que se acercaban demasiado. Ninguna de ellas podía acceder oficialmente a los barracones en los que en un primer momento instalaron a los hombres, pero Hunya, que era muy decidida, consiguió convencer a un guardia para que le permitiera ver a su marido. Ocultó el impacto

que le causó ver a un hombre pulcro y elegante convertido en un prisionero descuidado. Su encuentro fue breve e intenso. Como no podía cambiar las leyes ni abrir las puertas de los barracones, Hunya se concentró en lo único que podía hacer para ayudar a su marido: se empeñó en conseguirle unos zapatos dignos.

No se trataba de un capricho: Nathan iba a necesitar un calzado resistente para los pesados trabajos a los que tendría que enfrentarse. Haciendo acopio de fortaleza de ánimo, Hunya regresó a los almacenes Gelb, que habían sido propiedad de la familia de su tía, y le pidió al nuevo propietario que la ayudara. Tuvo que tragarse mucho orgullo, desplegar sus mejores dotes de persuasión y desembolsar una suma de dinero escandalosa para que el arianizador aceptara venderle unos zapatos. Hunya regresó a los barracones y llegó justo a tiempo para ver que se sacaban de la ciudad a las últimas filas de hombres rapados. Nathan ya se había ido, desfilando con sus zapatos gastados, y ella se quedó ahí plantada con los nuevos en la mano. [27](#)

Poco después le tocó el turno a ella.

La confección de abrigos de pieles es un arte por derecho propio y solo deben asumirla peleteros profesionales. Pero hay pequeñas prendas de pieles que la costurera media sí puede asumir.

THE PICTORIAL GUIDE TO MODERN HOME NEEDLECRAFT
(GUÍA ILUSTRADA DE COSTURA MODERNA DOMÉSTICA)

Hunya no tuvo que irse muy lejos para experimentar por primera vez lo que eran los trabajos forzados. Junto con otras judías, así como con las mujeres no judías de lo que se denominaban «matrimonios mixtos», fue expulsada de su casa y la enviaron a una nueva *Judenstelle* (zona judía) en Leipzig, donde se llevaba a los residentes hasta unas

instalaciones atestadas. Ella consiguió una habitación individual en la escuela Carlebach, que había ardido parcialmente durante la Noche de los Cristales Rotos. La impresionante escalinata de piedra de la escuela ya no daba la bienvenida a alumnos y profesores, que en su mayoría serían deportados y asesinados en los años siguientes. [28](#) Nathan enviaba su correspondencia a Hunya a esa dirección. A medida que pasaban los meses, sus cartas eran cada vez más breves y pesimistas. Lo enviaron al campo de concentración de Sachsenhausen el 26 de octubre de 1939. No sería su destino final.



Tendencias de moda en pieles publicadas en la revista *Eva* en 1940.

El nuevo trabajo forzoso de Hunya era en la empresa de Friedrich Rohde, que proporcionaba pieles para la Wehrmacht. Leipzig era conocida internacionalmente por su industria peletera, concentrada en torno a una zona llamada

Brühl. Gracias a las pieles, la ciudad había establecido fuertes vínculos con París y Londres. Una feria de peletería anual, llamada Messe, atraía a visitantes de todo el mundo. Los almacenes y talleres de Brühl estaban llenos de pieles adquiridas al por mayor en subastas, que posteriormente se limpiaban, se teñían, se curtían y se clasificaban.

Una vez procesadas, las pieles se enrollaban y se usaban para confeccionar prendas de ropa. El oficio de la peletería era muy especializado, y a él se dedicaban los judíos en una abrumadora mayoría. Había que cortar las pieles con navajas, nunca con tijeras, y coserlas con unas agujas de tres lados y punta muy afilada. Asimismo era importante controlar bien la temperatura para asegurar que no se pudrieran ni se secaran. Había que evitar las preocupantes infestaciones de insectos. Una vez forradas y cepilladas, las prendas de pieles, además de abrigar considerablemente, resultaban sensuales y glamurosas.

Así pues, ese pasó a ser el nuevo mundo de Hunya. Disponer de un trabajo relacionado con un bien esencial de guerra le proporcionaba, al menos, la libertad para salir del barrio judío. Y se aprovechaba de ella para ayudar a otras familias residentes en la escuela Carlebach. Se dedicaba a buscar tiendas que aceptaran vender alimentos a alguien que estaba en posesión de una cartilla de racionamiento para judíos. Después, introducía la comida en el gueto a escondidas.

En marcado contraste con la avaricia y la brutalidad de los arianizadores y otros antisemitas, Hunya descubrió que muchos de sus amigos alemanes eran generosos en su apoyo y sentían una gran indignación por los crímenes que se cometían contra los judíos. Hunya también mantenía excelentes relaciones con sus nuevos compañeros de trabajo y con gerentes alemanes de la fábrica Rohde, que sorprendentemente se mostraban muy respetuosos con ella. Parecía claro que, fuera cual fuese la legislación nacional, la gente seguía tomando sus propias decisiones en

relación con su manera de comportarse con los judíos. Podían maltratarlos de manera activa, observar con pasividad los maltratos de otros o bien optar por ayudarlos discretamente.

Hunya era leal a los que pasaban necesidades y, a su vez, despertaba lealtad en sus amigos, una cualidad que los nazis infravaloraban sistemáticamente entre aquellas personas a las que perseguían.

*Coser uniformes para los hombres
que se disponían a matarnos a todas.*

KRYSTYNA CHIGER, GUETO DE LEÓPOLIS [29](#)

La fábrica de pieles de Friedrich Rohde, en Leipzig, era uno de los miles de talleres que recurrían a los trabajos forzados de sus empleados, algo que se había generalizado en todos los territorios bajo dominio alemán. Famosos centros textiles de la Polonia ocupada por los nazis fueron reestructurados radicalmente para sacar el máximo partido a la fuerza de trabajo de judíos cautivos, a los que se encerraban en guetos y se les daba a escoger entre trabajar muy duramente o morir de hambre.

Alemanes como Hans Biebow, que había sido comerciante de café, se convirtieron en peces gordos de las empresas situadas en los guetos dependientes del Gobierno General del Reich, lo que antes era territorio polaco. Biebow reinaba sobre el gueto de Lodz, conocido por los alemanes como el gueto de Litzmannstadt. Mantenía relaciones cordiales con empresarios de todo el Reich y publicitaba el gran potencial del gueto para la manufactura de ropa al por mayor.

Los uniformes eran un producto fundamental en fábricas de trabajos forzados. Hunya se familiarizaría con las exigencias de la Wehrmacht en lo relativo a peletería, incluidas las chaquetas de piel de oveja, los abrigos fabricados exclusivamente con pieles y los forros de piel de

conejo. Los militares del Reich también necesitaban abrigos de cuero negro forrados de pelo, chaquetas de aviador, tabardos de lana, ropa de camuflaje, equipos para el desierto, uniformes de gala y equipaciones de combate. Además había trabajadores que confeccionaban cubrezapatos de paja que se usaban para protegerlos de la nieve en el frente oriental. Quizás a ellos los protegieran de la congelación, pero quienes los fabricaban terminaban con sangre en los dedos tras doce horas manipulando paja seca.

Otros trabajadores, en *Trennabteilung* (departamentos de separación), tenían la desagradable tarea de seleccionar uniformes alemanes usados —infestados de chinches, manchados de sangre y, posiblemente, agujereados de balas—, para decidir cuáles podían reutilizarse y arreglarse a fin de que los llevaran futuros soldados. [30](#) La empresa de Hugo Boss recurrió cruelmente a trabajo esclavo para poder entregar uniformes y ropa comprometidos por contrato con el NSDAP y las SS. Algunas de las empresas que se beneficiaban de aquellos contratos con la Wehrmacht habían sido originalmente judías y se habían arianizado sumariamente, como la sastrería Többens & Schultz en el gueto de Varsovia.

A cambio de doce horas de producción ininterrumpida, las cosedoras recibían un poco de sopa y el derecho a seguir vivas. [31](#) Ese derecho a vivir —el *Lebensrecht* — no era un término metafórico. A medida que se desarrollaba la guerra, contar con un permiso de trabajo era una de las maneras de evitar el traslado a unos destinos misteriosos que, inicialmente, tenían nombres desconocidos pero que pronto se convertirían en sinónimos de asesinatos en masa: Treblinka, Chełmno, Bełżec, Sobibor. Las mujeres que cosían uniformes en la fábrica Schwartz Co. del campo de Janowska, cerca de Leópolis, por ejemplo, eran muy conscientes de que si no trabajaban podían ser asesinadas.

Quizá algunos propietarios de los negocios instalados en los guetos justificaran ese aprovechamiento de aquellas instalaciones con el argumento de que lo hacían por la patria, de que de ese modo contribuían a la victoria final. Aun así, más lucrativos que los productos de bajo precio para la Wehrmacht eran los grandes pedidos para el comercio de ropa de civiles. Las prendas de alto nivel generaban un margen de beneficio mucho mayor. Muchas grandes empresas de Berlín, conscientes de ello, recurrían a mano de obra esclava judía, incluyendo a niños. Entre ellos, la conocida C&A y la empresa de lencería Spiesshofer & Braun, que después de la guerra pasó a llamarse Triumph. Casi una cuarta parte de los ingresos anuales de C&A en el año 1944 provenían de las prendas de ropa confeccionadas en el gueto de Lodz. [33](#)

El gueto de Lodz anunciaba con orgullo el volumen de productos que confeccionaba para el mercado civil. En la correspondencia conservada entre las empresas textiles y los directores del gueto se expresa la satisfacción mutua ante la disposición por la cual a los judíos se los expulsaba de sus trabajos y sus hogares para que crearan ropa para los alemanes, que muy bien podían congratularse por dirigir grandes almacenes libres de judíos y por comprar una moda libre de judíos. [34](#)

Delantales, vestidos, sujetadores, fajas, ropa de bebé, de hombre... Ropa de vestir y otra más funcional. Ni una sola de las prendas incorporaba una etiqueta que la vinculara al gueto ni a las manos agarrotadas de trabajadoras encorvadas que pasaban kilómetros y kilómetros de costuras por las máquinas de coser.

Los que eran sometidos a trabajos forzosos ejercían su actividad en lugares atestados y en condiciones de suciedad y mala ventilación, con equipos requisados e hilos improvisados. Y a pesar de ello producían hermosas creaciones que atraían a unas clientas de élite, que pasaban

de largo frente a escenas perturbadoras del sufrimiento de los guetos para que les probaran elegantes conjuntos hechos a medida. Hans Biebow alentaba a aquellas empresas del gueto de Lodz, y sentía predilección por las modistas y los sastres judíos más experimentados. [35](#)

Brigitte Frank, esposa de Hans Frank (el gobernador general de los territorios de la Polonia ocupada), llevaba incluso a su hijo pequeño, Niklaus, en sus salidas de «compras» al gueto. Niklaus, con los años, recordaría mirar por la ventana de su Mercedes y ver «a personas muy flacas con ropas que les iban grandes, y a niños que me miraban con los ojos enormes». Brigitte respondió a su pregunta de «¿Por qué no sonríen?» con un adusto «No lo entenderías», antes de pedir al chófer que se detuviera en la esquina para adquirir unas pieles y unos corsés «bastante buenos». [36](#)

A Lily, cuñada de Brigitte, le gustaba ir a comprar al campo de concentración de Płaszów, situado cerca de Cracovia, y les decía a las judías: «Soy la hermana del gobernador general: si tenéis algo precioso que ofrecerme, yo puedo salvaros la vida». [37](#)

El taller de moda de Hedwig Höss en Auschwitz no carecía de precedentes.

Mientras Brigitte Frank adquiría pieles y se probaba corsés y corpiños, su esposo presidía un régimen fascista especializado en la opresión y la explotación. Todos los polacos sometidos al mando alemán recibían un trato inhumano, podían ser maltratados y se les podía despojar de sus bienes y ejecutar. En Polonia, los judíos sufrían niveles aún mayores de persecución, a veces por parte de compatriotas antisemitas a los que no hacía falta azuzar demasiado para que les destrozaran las tiendas y los puestos y asustaran a los clientes. Cuando se crearon los guetos, algunos polacos lamentaron el sufrimiento de sus

vecinos judíos, y otros se apropiaron enseguida de sus empresas y negocios. [38](#)

Se han conservado documentos que detallan los crímenes de los polacos, entre ellos de unidades policiales, que se sumaron a la «caza del judío» de los alemanes y buscaban a aquellos que se habían ocultado. Su botín podía ser una pequeña suma de dinero, pero más frecuentemente el cazador con «suerte» recibía como recompensa la ropa del judío al que había entregado para su ejecución. A ese nivel tan sórdido, el robo de posesiones de personas judías llegaba al extremo de despojar a los cadáveres de su ropa. Un campesino al que ordenaron enterrar a unos judíos abatidos por unos policías colaboracionistas se llevó un traje, unos zapatos y una bufanda por las molestias, pero más tarde se quejó: «Solo después descubrí que había un orificio de bala en la espalda de la chaqueta». [39](#)

Esos eran asesinatos esporádicos. Por toda la Europa Oriental, escuadrones nazis de asesinos altamente organizados y bien equipados iban de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, masacrando a comunidades judías enteras. A todas aquellas decenas de miles de víctimas se las obligaba, antes, a desprenderse de la ropa. Para qué desperdiciar su ropa en las zanjas y las fosas comunes.

Todo ello ocurría bajo los auspicios de Hans Frank. La familia Frank se convertiría en parte del círculo social de Hedwig Höss cuando Rudolf y ella se trasladaron de la zona de Berlín al Gobierno General y al nuevo campo de concentración de Auschwitz.

Hedwig fue un paso más allá que Brigitte Frank y sus compras de corsés en el gueto; ella llegaría a adquirir a sus propias corseteras favoritas, aunque, felizmente para ellas, a principios de la década de 1940 aquellas mujeres vivían ajenas al destino que les aguardaba. A medida que iban construyéndose los guetos y las máquinas de coser traqueteaban en las fábricas textiles, las dos especialistas

en corsés que algún día tomarían las medidas a Hedwig para confeccionarle las piezas de lencería todavía se encontraban más o menos a salvo en sus casas.

Una de ellas era Herta Fuchs, prima de Marta Fuchs, una joven muy bonita de la localidad eslovaca de Trnava. Herta estaba acabando su formación como especialista en corsetería cuando el destino la llevó por un camino distinto, hasta un grupo de clientas muy diferente. [40](#) Y la otra era Alida Delasalle, una comunista francesa originaria de Normandía que sería detenida en febrero de 1942 por distribuir panfletos antinazis, propaganda que escondía entre las capas de tela rosa de los corsés de sus clientas. [41](#)

De no haber sido por la guerra, por la opresión nazi, por el deseo de Hedwig Höss de lucir una silueta más marcada, Herta y Alida no habrían llegado a conocerse. Unos trenes procedentes de extremos muy alejados del Tercer Reich llevaron a esas dos mujeres, así como a Bracha, Irene, Marta, Renée, Hunya y a millones de otras cautivas, hasta una clase de civilización nueva y perversa, la de los horrores estructurados de un campo de concentración.

*Un día recibimos un envío de abriguitos de pieles para
niños bellamente bordados, que venían de Rumanía o de
Ucrania. Todas ahogamos un grito,
y se nos escapó más de una lágrima al verlos.*

HERTA MEHL, CAMPO DE CONCENTRACIÓN
DE RAVENSBRÜCK [42](#)

Los judíos de Trnava, ciudad natal de Herta, la prima corsetera de Marta, se encontraban entre los eslovacos a los que, en 1939, se informó de que no podrían seguir comprando a las mismas horas que los no judíos, y de que debían desprenderse de sus joyas y sus prendas de pieles.

[43](#)

En el Reich alemán, las pieles que se recaudaban de donaciones benéficas e incautaciones se clasificaban y remodelaban para uso militar. Uno de los centros en los que se llevaba a cabo aquella desagradable tarea era el campo de concentración para mujeres de Ravensbrück, a unos cien kilómetros al norte de Berlín. Ahí se enviaba a las prisioneras detenidas por crímenes contra los nazis, por el ejercicio de la prostitución y por crímenes con violencia; teóricamente, para ser reeducadas, pero en la práctica se hacía para sostener la economía alemana y el ejército alemán mediante trabajos forzados en talleres de las Waffen-SS.

MANTEAUX POUR DAMES AU BON MARCHÉ — PARIS



T-209. Beau MANTEAU en peaux d'autruche noir. Entièrement doublé. Longueur 1*10. 1275. En qualité supérieure. 1850. En très belle qualité. 2300.	T-210. Élegant MANTEAU en vison noir très souple et mûre. Entièrement doublé. Longueur 1*10. 1895. En qualité supérieure. 2200. En bel astrakhan noir, façon london. 1575.	T-211. MANTEAU, forme nouvelle, en bel agnel, façon caquet. Entièrement doublé. Longueur 1*10. 1595. En astrakhan noir, façon london. 1750. En astrakhan façon loure dorée. 2500.	T-212. Très joli MANTEAU en astrakhan noir, plumes penes, entièrement doublé. Longueur 1*10. 3500. En qualité supérieure. 5200. En très belle qualité. 6900.

12 Adresse télégraphique : Boucicaut-Paris-80.

Abrigos de pieles mostrados en el catálogo francés de Bon Marché, invierno de 1939-1940.

Ravensbrück se convirtió en algo así como un centro textil, porque oficiales de las SS como el general Oswald Pohl, administrador jefe de toda la industria de las SS, consideraba que el textil era un sector femenino. ⁴⁴ En 1941, se jactaba de que «el hecho mismo de nuestras metas culturales lleva a nuestras empresas por ciertos caminos que un empresario puramente privado jamás osaría transitar». ⁴⁵

Entre 1940 y 1941, los negocios creados por las SS en Majdanek, Stutthof y Auschwitz eran el nuevo dominio de Rudolf Höss.

El taller de peletería de Ravensbrück era un lugar sucio y polvoriento. Las pieles robadas en cualquier punto de un Reich en expansión volvían a cortarse para confeccionar con ellas chaquetas, guantes y forros para los soldados del frente. Algunas, a su llegada, estaban infestadas de gusanos.

Muchas de las prendas lucían etiquetas de las mejores peleterías de Europa y más allá. Las mujeres que se dedicaban a deshacer costuras para «arreglar» prendas de zorro, marta cibelina, visón y rata almizclera hallaban a menudo joyas y monedas extranjeras cosidas en el interior. Todas aquellas cosas se entregaban a las mujeres de las SS, que se encontraban en otras mesas, y acababan ingresándose en una cuenta bancaria especial del Reich a la que iba a parar el botín de guerra.

¿Por qué mantenían ocultos aquellos tesoros? Pues porque, cada vez más, las pieles que se clasificaban no eran simplemente de judíos que seguían en libertad; se las robaban a los judíos que sistemáticamente eran deportados a los campos de concentración y a los centros de exterminio. Los deportados ocultaban objetos de valor, en la inocente suposición de que les resultarían útiles en sus destinos. Inconscientes de los planes que pergeñaban a

todos los niveles los burócratas de la administración nazi, creían que solo los estaban reubicando para trabajar.

El trabajo era, en parte, una de las motivaciones para vaciar los guetos de judíos. Heinrich Himmler recorrió los talleres de Ravensbrück en la primavera de 1942. Dio órdenes de que los turnos de producción en cadena de uniformes de las Waffen SS pasaran de ocho a once horas. Cuando los jefes nazis del Reich y el Gobierno General se quejaron argumentando que vaciar los guetos implicaría colapsar la producción, les aseguraron que los talleres de sastrería, peletería y zapatería se reabrirían en los campos de concentración.

*La vida era casi imposible,
pero lo peor aún estaba por llegar.*

RENÉE UNGAR [46](#)

A las jóvenes modistas de Bratislava les llegaban inquietantes rumores sobre los campos. A los judíos checos los estaban deportando a los guetos de Lodz, Minsk y Riga, así como al campo cercano de Terezín, que los alemanes llamaban Theresienstadt. Resultaba tranquilizador saber que Terezín contaba con talleres muy activos, entre ellos fábricas de costura que manufacturaban grandes cantidades de prendas de vestir baratas para Alemania. Una de sus fábricas la dirigía el expropietario de un gran salón de moda de Praga, que podía escoger, de entre las recién llegadas, a costureras a las que reconocía y a las que daba trabajo. [47](#)

El trabajo era una cosa, pero los campos, en último extremo, servían para un propósito mucho más ambicioso y horrible. Una serie de conversaciones de máximo secreto entre Hitler, Himmler y un grupo muy escogido de mandos de las SS idearon la estructura general del plan. Los detalles se perfeccionaron en reuniones como la conferencia que

tuvo lugar en la villa junto al lago Wannsee el 20 de enero de 1942, en la que se abordaron los métodos para ejecutar la «solución final» a la «cuestión judía». Europa, Gran Bretaña y Rusia debían quedar totalmente libres de judíos, y no solo a causa de la expulsión económica, las concentraciones en guetos o la emigración: paso a paso, se iba llevando a cabo el genocidio. Durante un tiempo, el trabajo daría derecho a seguir viviendo. Cualquiera que fuera considerado una «boca inútil» sería eliminado de manera permanente. Para sobrevivir un poco más, la productividad era la clave. [48](#)

Fueran cuales fuesen los rumores sobre los guetos y los campos de concentración, a las jóvenes modistas y a sus familias, en Bratislava, les costaba tomárselos en serio.

«Si necesitan nuestro trabajo, no van a dejarnos morir de hambre», pensaba Renée Ungar, la hija del rabino.

Los hubo que huyeron a Hungría, si tenían dinero para prolongar algo la salvación. Pero la mayoría debía esperar la llamada del destino. Para Marta, Bracha, Irene, Renée y otras mujeres eslovacas, esa llamada llegó en marzo de 1942.

La estrella amarilla

Desde septiembre de 1941, llevé la estrella judía hasta el momento de mi deportación.

HERTA FUCHS [1](#)

En los archivos de Yad Vashem se conserva una colección muy particular de rostros: cientos de documentos de identidad de víctimas del Holocausto procedentes de Eslovaquia. A esos rostros se les rinde tributo en blanco y negro. Algunos son retratos de estudio, con fondo negro y una iluminación favorecedora. Otros son capturas informales, como una escena de calle, un patio trasero, una pared con ventanas. Las fotografías están recortadas en cuadrados, muchas de ellas con los bordes en sierra.

A diferencia de los modelos idealizados que se muestran en revistas de moda de la época, esos retratos de los documentos de identidad han captado a personas reales con sus ropas de diario; gentes de todas las edades, con todo tipo de cuerpos. En el caso de las mujeres, su individualidad se muestra en ciertos detalles de sus prendas de vestir además de en sus rostros. Un bonito cuello abotonado, un turbante recogido en un nudo, unos cuadros escoceses, unas preciosas mangas abullonadas. Aparecen topos, franjas de dos tonos, plisados, drapeados, lazos,

corbatines, zigzags. Sombreros ladeados, jerséis, cárdigan, abrigos, pañuelos de adorno metidos en los bolsillos. El pelo se oculta, se peina hacia atrás, se eleva en cortes Pompadour o se doma con rizos, tirabuzones, ondas y moños.

Medias sonrisas, sonrisas enteras, miradas pensativas.

Aunque cada una de las fichas muestra a un ser único, el sello estampado sobre el ángulo de todas las fotografías nos recuerda que, para el Gobierno fascista eslovaco, no son ciudadanos corrientes: son judíos. A diferencia de otros eslovacos, que contaban con documentos de identidad normales, a los judíos se les decía que sus papeles de identificación no eran válidos. Debían obtener otros nuevos en la oficina judía principal de Bratislava. Los retratos llevan el sello de la Ústredňa Židov Bratislava y las iniciales ÚŽ (Centro Judío).

Una de las fichas archivadas muestra a una joven que exhibe una sonrisa divertida y enseña los dientes. Tiene una cabellera abundante y un cuello blanco de croché añadido al vestido. Hay un nombre escrito pulcramente con pluma estilográfica sobre la frase impresa «*Vlastnoručný podpis majiteľa*» (firma manuscrita del portador). Ese nombre es el de Irene Reichenberg. Las apariencias pueden resultar engañosas. Si bien la firma manuscrita de ese carnet de identidad que ha sobrevivido parece pertenecer a Irene Reichenberg, hija de Shmuel el zapatero, la imagen, sin duda, no es la de ella, sino la de otra joven de Bratislava que tristemente perecería en el Holocausto. [2](#)

Irene Reichenberg, de la calle Židovská n.º 18, se había registrado puntualmente en el Centro Judío, tal como le habían ordenado, a pesar de la inquietud que sentía ante el porqué de aquellas listas. Por la ciudad circulaban rumores de deportaciones a campos de trabajo o al gueto de Terezín. Se hablaba incluso de un lugar llamado Auschwitz. «Nadie

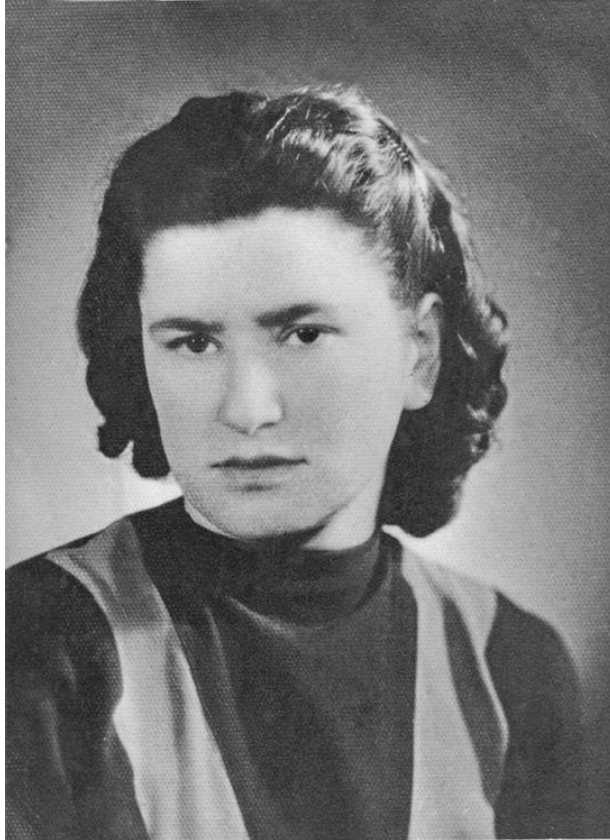
sabía en realidad qué era aquello, no teníamos ni idea», comentaría Irene más tarde.

Pero la gente sí sabía lo bastante como para darse cuenta de que había detenciones y desapariciones, razón por la cual, en todo el Tercer Reich, se producían muchos movimientos clandestinos en relación con la falsificación de documentos, a fin de obtener identidades «seguras». De hecho, Käthe, la hermana de Irene, estaba casada con Leo Kohn, impresor que, durante la guerra, se dedicaba a falsificar documentos de identidad. Leo pretendía evitar todas las detenciones y redadas falsificando documentos para él mismo, su mujer y su hermano Gustav. Alteró ligeramente su apellido, de Kohn a Kohút, que significa «gallo» en eslovaco, porque era menos judío. Ese subterfugio le fue bien durante varios años, en los que cooperó con una célula clandestina de comunistas judíos eslovacos, junto con un joven judío llamado Alfred Wetzler, «Freddie». [3](#)

Cambiarse el nombre y conseguir documentos de identidad falsificados eran maneras de intentar evitar las detenciones y las deportaciones.

La «Irene Reichenberg» del documento de identidad compartía nombre y apellido con Irene, la modista, pero las similitudes en su caligrafía son una mera coincidencia. [4](#)

La Irene que nos ocupa vivía sin ocultarse en el barrio judío, lo mismo que muchas otras familias judías obligadas a abandonar otras zonas de la ciudad. Y no era solo que su nombre y su dirección constaran en el Centro Judío; a partir de septiembre de 1941, los judíos estaban obligados a llevar la estrella de David amarilla en el lado izquierdo del pecho. Algunas personas tenían el valor de llevarla con orgullo. Otras sentían que se trataba de una humillación. Era una manera más de marcar a los judíos como diferentes, como «los otros».



Käthe Kohn/Kohút (de soltera, Reichenberg).

En Leipzig, la modista Hunya Volkmann veía su estrella amarilla como una vergüenza. Se la cubría con el bolso, a pesar de que se imponían multas a quienes la ocultaran. Cuando se hacía pasar por aria, debía tener presente llevar siempre el importe justo para el tranvía, pues de ese modo no le hacía falta mover el bolso de posición para sacar el dinero.

No era solo la vergüenza la que hacía que Hunya se cubriera la estrella. Simultáneamente al trabajo que desde hacía largos meses llevaba desempeñando en la fábrica de pieles Rohde, en la clandestinidad se dedicaba también a hacer encargos personales. Cuando se encontraba en la ciudad, convencía a los tenderos para que le vendieran productos prohibidos que no quedaban cubiertos por cartillas de racionamiento. Después los distribuía entre sus amigos del barrio judío, entre ellos dos muchachos

desesperados, judíos de Cracovia que habían escapado de las deportaciones con papeles arios falsificados, pero que necesitaban cruzar la frontera para ponerse a salvo. Es digno de mención que el capataz de la fábrica Rohde no solo proporcionara a Hunya una importante cantidad de dinero para que aquellos chicos sobornaran a los guardias de la frontera, sino que también le facilitara para ellos documentos de identidad falsos y uniformes alemanes con los que disfrazarse.

Los traslados de Hunya de un lado a otro de la ciudad también le servían para ayudar a hacer llegar dinero, oro, diamantes y documentos que pertenecían a sus amistades judías a aliados alemanes que les prometían custodiar aquellas propiedades hasta que la guerra hubiera terminado y pudieran recuperarlas. Un día aterrador, a Hunya la paró la Gestapo y la siguió hasta su casa. Tuvo el tiempo justo de dejar unas bolsas de pertenencias que la habrían incriminado en la portería del edificio antes de que la interrogaran. Le preguntaron por qué llevaba cien marcos encima. «Los he ganado honradamente. Trabajo en un taller que confecciona uniformes para soldados. Tengo un buen salario. Y no gasto en nada.»

Milagrosamente, su nombre no fue añadido a ninguna de las listas de traslado de judíos que, con regularidad, eran deportados desde Leipzig. Ese instante de alivio quedó opacado enseguida por la llegada de un telegrama. Tras una separación de tres años y medio durante los cuales su marido solo le había enviado una carta desde un lugar llamado Auschwitz-Monowitz, Hunya recibía la noticia de que su amado Nathan estaba muerto. Los documentos oficiales, con posterioridad, fecharon la fecha de su fallecimiento el 4 de marzo de 1943, en el campo de exterminio de Auschwitz, lugar que no tardaría en resultarle demasiado conocido a Hunya. [5](#)

El siguiente mensaje que recibió era de los dos muchachos polacos a los que había ayudado a huir. La informaban de que no tenían ropa. Ella les envió algunas cosas del ropero de Nathan, que había conservado. Él ya no iba a necesitarlas.

La gente abandonaba sus apartamentos, compraba documentos de identidad falsificados por cantidades de dinero astronómicas, pero no servía de nada.

IRENE GRÜNWARD [6](#)

A finales de febrero de 1942, aparecieron unos grandes carteles en paneles y quioscos callejeros de Eslovaquia en los que se informaba de que las jóvenes judías solteras de más de dieciséis años debían presentarse en ciertos puntos de encuentro para incorporarse a un campo de trabajo. En marzo, guardias de la Hlinka empezaron a aparecer en casas y apartamentos para insistir en la exigencia.

Irene, Marta, Bracha, Renée... Todas eran vulnerables.

¿Cuál era la mejor opción para escapar de la deportación?

¿Vivir de manera abierta y sincera, confiando en que, de algún modo, lo peor no sucedería, por más que en ese momento no se supiera qué podía significar «lo peor»? ¿Conseguir, quizá, un preciado certificado de «exención» que declarase que el portador era un judío de valor? ¿Huir con papeles falsificados, atravesando incluso fronteras en busca de un país no contaminado por políticas fascistas? ¿O renunciar a lo que quedaba de vida normal para esconderse en sótanos, bajo los tablones de los suelos, tras paredes falsas, y depender de la bondad —o la avaricia— de aquellos a quienes pudiera persuadirse para que ofrecieran refugio durante un período indeterminado de tiempo?

Las modistas y sus familias se enfrentaban a un embrollo de decisiones imperfectas.

Fueron miles los judíos que se ocultaron en Eslovaquia. Centenares de miles en toda Europa y Rusia. Los que los escondían se enfrentaban a la dificultad de alimentar más bocas con un acceso limitado a los alimentos, así como a la de evitar ser descubiertos. El castigo por ocultar a judíos era la detención o la muerte. Para algunos, el temor era inasumible; incluso cuando sus vecinos les suplicaban apoyo, no podían dárselo. En todos los países había gente dispuesta a obtener una recompensa por delatar a judíos, o a sobornar a estos para seguir guardando silencio. ¿En quién se iba a confiar?

Tras las primeras oleadas de deportaciones, cuando las noticias de los asesinatos en masa estaban más extendidas y resultaban más creíbles, la desesperación llevaba a los judíos a tomar decisiones, pues temían de manera inminente por sus vidas y su libertad: se ocultaban y soportaban grandes sufrimientos mientras se encontraban ocultos porque les parecía que no tenían alternativa.

Además de Käthe Kohút, que se ocultó con su esposo, Leo, las hermanas mayores de Irene, Jolli y Frieda, que estaban casadas, esperaban no ser señaladas para la deportación, pues las primeras redadas se concentraban solo en las mujeres solteras. La propia Irene se encontraba en casa con su hermana menor, Edith, que cumplía los dieciocho años en 1942. La cuñada de Irene, Turulka —casada con su hermano Laci y hermana de Marta Fuchs—, anticipaba que habría redadas de mujeres casadas. Se fue a Budapest y más tarde huyó a las montañas eslovacas con los partisanos, junto con Laci. Hungría era un destino popular entre los judíos que intentaban evitar las redadas fascistas. En aquel momento, parecía un lugar seguro. Simcha, el sobrino pequeño de Hunya, que en esa época tenía cuatro años, iba vestido de niña para evitar que algún curioso exigiera inspeccionarlo en busca de una circuncisión que lo delatara como judío. A los niños les contaban cuentos constantemente para mantenerlos tranquilos.

Muchos años después de la guerra, Simcha y su familia realizaron una visita «a sus orígenes» de Lapšanka, donde conocieron a la familia de Silon, el hombre que había ayudado a llegar al pueblo a los Fenster. Los nietos de Silon se sintieron muy conmovidos al darse cuenta del papel que su abuelo había jugado en la salvación de vidas judías. El propio Silon escribió que «había algunas buenas personas entre los muchos asesinos eslovacos». [1](#)

Si tantos judíos en peligro intentaban esconderse, ¿por qué Irene y las otras no lo hicieron cuando llegaron las llamadas a su deportación? En primer lugar, estaba la cuestión del dinero; si no lo tenías, no podías pagar comida, refugio ni sobornos. En segundo lugar, las mujeres a las que se pedía que se presentaran para ser deportadas creían sinceramente que serían enviadas a campos de trabajo. El Gobierno les aseguraba que solo se ausentarían durante un número determinado de meses para trabajar. Por último y más importante, les decían que si no se presentaban en el lugar y a la hora convenidas, se llevarían a sus padres en vez de a ellas. Herta Fuchs, la prima de Marta, se encontraba escondida en una granja cuando su madre, muy alterada, le pidió que regresara a casa para que no deportaran al resto de la familia.

La amenaza era demasiado fuerte como para ignorarla.

No esperábamos ir de pícnic, pero lo que encontramos fue el principio del puro horror.

RIVKA PASKUS [8](#)

Unos agentes de la guardia de Hlinka llamaron a la puerta de Židovská n.º 18. Irene y Edith Reichenberg debían presentarse en la fábrica Patrónka a las ocho de la mañana del lunes 23 de marzo. Por todo el barrio judío de Bratislava

se sucedieron convocatorias similares a lo largo de la semana. ⁹

¿Qué llevarse? ¿Qué ropa ponerse?

No se trataba de consideraciones frívolas. Vestir con cierta elegancia podía implicar que las mujeres se sintieran más seguras de sí mismas, e incluso que las trataran con más respeto. Hubo chicas que se prepararon para el viaje vistiendo sus mejores ropas y peinándose para la ocasión.

Pero también había que tener en cuenta los aspectos prácticos.

—Llévate lo más esencial —le ordenaron los guardias de la Hlinka a Irene.

Si iban a trabajar, seguramente necesitarían ropa resistente y cómoda. Les habían recomendado que llevaran una muda de ropa de trabajo, zapatos fuertes y mantas de abrigo, sin exceder en ningún caso un total de cuarenta kilos. El invierno había sido duro, había nevado mucho, y en marzo seguía haciendo frío; los abrigos eran básicos.



Nueva moda en abrigos de primavera en 1942,
de la revista de moda y costura *Mode und Wäsche* .

Las revistas de moda de la primavera de 1942 muestran imágenes de mujeres despreocupadas, sonrientes, que aparecen con unos abrigos entallados con cinturones, de dobladillo ondulado, o bien con unas espaldas plisadas de fabulosa caída. Ello contrastaba totalmente con la realidad de las deportadas eslovacas, que se vestían a toda prisa y añadían gorros de lana, bufandas y guantes previendo que deberían trabajar con mal tiempo. Algunas muchachas se cubrían con más capas de ropa para así poder llevárselo todo.

El límite de peso daba como para llenar un petate o una maleta pequeña. Tras un proceso de empobrecimiento tan prolongado bajo el régimen fascista, había muchas jóvenes y mujeres que apenas poseían ropa con la que preparar el equipaje.

Metidos entre las mudas de ropa interior y medias limpias había recuerdos de casa y sencillos objetos personales, como peines, espejos, pastillas de jabón y compresas. Si habían conseguido ahorrar algo, las mujeres llevaban un monedero. Las que tenían más mundo llevaban billetes y monedas metidos en la ropa para que estuvieran más a salvo. Los paquetes de alimentos para el viaje se envolvían en papel y se ataban con cordeles.

Entonces llegaron las últimas horas antes de partir de casa. El último *sabbat* en familia. El último paseo por las calles tranquilas antes del toque de queda. La última comida. Los últimos mensajes, abrazos y besos. [10](#)

Irene y Edith se mantenían juntas a pesar de los empujones de la multitud de mujeres que se habían concentrado en Patrónka, una fábrica de municiones vacía cerca de la estación de tren de Lamač, a las afueras de Bratislava. Renée Ungar, la hija del rabino, también se encontraba allí. Alojaban a cuarenta mujeres en cada una

de las estrechas estancias de la fábrica. Las que tenían suerte contaban con unos sacos rellenos a modo de colchones, las demás dormían sobre paja esparcida sobre el suelo. Los lavabos eran muy poco higiénicos y claramente nada adecuados.

Durante los primeros dos días, una organización benéfica consiguió llevarles comida *kosher*. Después ya era cuestión de comer lo que les daban, y convencerse de que era bueno. Para intentar poner algo de orden en ese caos, los agentes de la guardia Hlinka asignaban un brazalete a una mujer de cada uno de los dormitorios, que era la que quedaba al mando. Se trataba de un pequeño avance de la vida futura en el campo, en que unas ordenanzas escogidas entre las propias prisioneras asumían el cumplimiento de las reglas.

Quizá las mujeres más jóvenes fueran lo bastante resistentes como para soportar las condiciones, pero seguían traumatizadas por haber sido arrancadas de sus hogares. Algunas gritaban y lloraban desesperadamente. Los guardias de la Hlinka las golpeaban para advertir a las demás de que más les valía estarse calladas. Las ventanas, las puertas y las verjas estaban selladas. Era imposible escapar.

Entre las mujeres de más edad que hacían esfuerzos por adaptarse a las incomodidades se encontraba Olga Kováčz, que tenía unos treinta y cinco años cuando la deportaron de Patrónka. Olga viajaría en el mismo convoy que Marta Fuchs. Y era costurera. [11](#)

Bracha Berkovič podría, tal vez, haberse arriesgado a esconderse a la vista de todos para evitar el traslado. Su aspecto era considerablemente «ario», por lo que podría haber pasado por una eslovaca católica en vez de una judía. No se encontraba en casa cuando tuvo noticia de las deportaciones. En marzo de 1942, de hecho, su «casa»

estaba bastante lejos de Bratislava, porque a su familia la habían reubicado forzosamente en una localidad pequeña cercana a la frontera polaca, a unos 150 kilómetros al sur de Auschwitz, según sabría luego.

Los miembros de la familia Berkovič estaban entre los más de 11.000 judíos expulsados de sus hogares en Bratislava a fin de dejar sitio a los arios. Realojados en Liptovský Svätý Mikuláš, compartían una sola habitación en un desván. El baño se encontraba varias plantas más abajo. Sin empleo, con la comida escaseando y tras haber perdido todos sus ahorros, vivían una existencia humillante.



Fotografía de la familia Berkovič en 1942. Bracha está de pie, la segunda por la derecha; Katka también aparece de pie, la primera por la izquierda.

A principios de marzo, solo dos semanas antes del traslado, la familia más próxima de Bracha posó para un retrato de grupo. A pesar de toda la degradación de las nuevas restricciones que les habían impuesto, la cámara capta a la perfección su esencia de personas respetables, capaces, inteligentes. Las habilidades de Salomon Berkovič como sastre quedan claramente evidenciadas en los trajes que ha confeccionado él mismo para él y sus dos hijos. Está sentado con su esposa, Karolína, separado de ella por su hijo menor, Moritz, un joven adorable y muy listo, buen jugador de ajedrez. La chaqueta Norfolk y el sombrero ladeado proporcionan a Moritz un aire adulto.

El hijo mayor, Emil, está de pie justo detrás de Moritz. A él se lo llevarían a trabajos forzosos. Durante el resto de su breve vida ya no necesitaría nunca más llevar camisa, corbata ni traje.

A Irena, la hija menor de los Berkovič, la llamaban Pimpi. Había sido una niña delicada, que había sobrevivido a una neumonía que casi le cuesta la vida. A pesar de su fragilidad era muy inteligente y una alumna aplicada. Debió parecerles a todos un golpe de suerte que Moritz y ella fueran demasiado jóvenes para ser incluidos en las primeras redadas de Eslovaquia. Pimpi y Bracha estaban muy unidas.

Bracha, que se ve muy segura de sí misma y muy madura con su peinado recogido, le pasa el brazo por encima del hombro a Pimpi en un gesto de afecto. El cuello de su blusa de topos contrasta con el traje. En el extremo izquierdo está Katka, la hermana mediana y sastra de talento por derecho propio, que lleva un discreto vestido a cuadros.

Esa fue la última vez que la familia se fotografiaría junta.

A mediados de marzo, Bracha había decidido quitarse la estrella amarilla y viajar a Bratislava para visitar a Irene. Al regresar de la ciudad, supo que unos guardias de la Hlinka habían detenido a su hermana menor, Katka, y se la habían llevado a un campo de retención situado en la cercana localidad de Tábor Poprad (el campo de Poprad). Bracha se creyó todas las promesas según las cuales se trataba de llevarla a un puesto de trabajo. ¿Por qué no iba a creerlo? Era verdad que en Alemania y los territorios ocupados hacía falta mucha mano de obra.

Como no quería que Katka se enfrentara sola a lo desconocido, Bracha, voluntariamente, se presentó en la comisaría de policía más cercana y se entregó. Un agente la llevó de inmediato al punto de concentración de Poprad.

—No te escapes —le dijo medio en broma—, o me meterás en un buen lío.

Poprad ya estaba lleno de centenares de jóvenes y mujeres. Entre ellas, una muchacha de diecinueve años a la

que Bracha conocería más adelante: Alice Strauss. Alice era modista. [12](#)

Bracha fue la última en llegar, y casi pierde el convoy de transporte. [13](#)

*¡Ha llegado la hora de que se enriquezcan
los eslovacos!*

FERDINAND ĎURČANSKÝ, MINISTRO ESLOVACO DE
INTERIOR Y ASUNTOS EXTERIORES, FEBRERO DE 1940

No tenían bastante con hacer redadas de jóvenes judías para ponerlas a trabajar. Los agentes de la guardia Hlinka del campo de retención de Patrónka también les robaban. Renée, la hija del rabino, comentó que aquellos nazis eslovacos «eran alumnos aventajados de sus maestros alemanes». [14](#) A su llegada, a las jóvenes y a las mujeres les quitaban las joyas, los relojes, las plumas estilográficas, el dinero..., incluso las gafas. Las maletas y las bolsas, que con tanto esmero habían organizado, también les eran confiscadas. Levantaban con ellas grandes pilas en el patio de Patrónka. Algunas mujeres eran obligadas a firmar un documento por el que renunciaban a todos sus derechos de propiedad sobre sus pertenencias y por el que se comprometían a no emprender nunca acciones para su restitución. [15](#)

Rivka Paskus, que acabaría viviendo con las modistas de Auschwitz, fue lo bastante lista como para usar su reloj de pulsera como soborno, y así consiguió enviar un mensaje de advertencia a su hermano para que «lo sacrifiques todo y huyas». [16](#) Michal Kabáč, un agente de la guardia Hlinka, confesó más tarde —al parecer sin el menor remordimiento— que los guardias podían escoger la ropa que quisieran del equipaje de las mujeres. Él se quedó con un par de zapatos, los envolvió y los envió a su casa.

Sin duda, los hombres recurrían a su poder sobre las mujeres para obtener sexo a cambio de favores. Algunos de aquellos agentes habían ido a la escuela con las chicas a las que ahora custodiaban y de las que abusaban. [17](#)

Aquellos sobornos y confiscaciones eran minucias comparadas con las iniciativas del Estado para aprovecharse de los judíos eslovacos. Tras convertir a los judíos en parias empobrecidos, ahora los acusaban de ser parásitos. Así, el Gobierno eslovaco tenía todas las de ganar: podía satisfacer las exigencias alemanas de mano de obra y a la vez desposeer aún más a los judíos de sus bienes. De ese modo, cuando los alemanes, en febrero de 1942, exigieron ciento veinte mil trabajadores forzados eslovacos, el presidente Jozef Tiso propuso el envío de veinte mil judíos. La oferta fue aceptada, y de ahí las redadas.

El oficial de las SS Dieter Wisliceny era el negociador de los acuerdos que tenían que ver con la deportación y la desposesión de los judíos. En marzo de 1942, Wisliceny había sido informado de los planes finales para los judíos europeos, tal como se habían concretado en la infame conferencia de la villa de Wannsee ese enero. Su jefe, Adolf Eichmann, se había reunido con él en Bratislava y le había revelado la orden verbal del Führer —y la escrita de Himmler— de proceder a la *Endlösung* (solución final) con los judíos. Wisliceny quedó muy impresionado con un documento de bordes rojos firmado por el propio Himmler «que le daba todo el poder necesario para que lo usara como mejor le pareciera». Así, dispuso que los veinte mil judíos se dividirían en dos grupos; una mitad se enviaría al campo de concentración de Majdanek y la otra a otro lugar, designado como «Campo A». [18](#)

En las actas de las reuniones de la conferencia de Wannsee se detallan las estimaciones de la población judía de cada país ocupado por los alemanes, o ambicionado por

ellos, entre ellos los 88.000 judíos de Eslovaquia. En dichas actas se manifestaba que el Gobierno eslovaco no se negaría a cooperar con la aplicación de esa nueva fase de la *Endlosung* : la de las deportaciones. ¹⁹ El presidente Tiso, el primer ministro Tuka y sus colaboradores aceptaron de buen grado. Tanto que acordaron pagar a los alemanes quinientos *Reichsmark* por judío deportado. Sobre el papel, aquella suma había de servir para pagar por la «formación profesional» de los judíos. ²⁰ Una fortuna en marcos alemanes que se sacó íntegramente de los activos de los judíos. Y ahí estaba el quid de la cuestión: si a los judíos se los enviaba a otra parte, sus domicilios y sus bienes quedarían abandonados, listos para su redistribución.

Una vez que la remesa de trabajadores solteros fue deportada, incluidos los primeros millares de muchachas y mujeres, Tiso manifestó que era degradante que las familias que se habían quedado dependieran de las ayudas del Estado, por lo que sus miembros serían los siguientes en ser deportados. Antes de partir, aquellos deportados debían cumplimentar una *Vermögenserklärung* , una declaración de bienes. Básicamente, debían enumerar todo lo que poseían, por humilde que fuese. El mismo patrón se repetía por todos los territorios alemanes. Había incluso instrucciones para el etiquetado de las llaves de las casas, y sobre dónde dejarlas al abandonar el domicilio por última vez. Los bienes judíos pasaban a ser propiedad nacional.

Ni Irene, ni Bracha, ni las demás mujeres retenidas en Patrónka y Poprad tenían la menor idea de que sus familias serían engañadas tan despiadadamente; que todo y todos aquellos a los que habían dejado en sus casas iban a estar tan enteramente a disposición del Gobierno. En apenas cinco meses, Eslovaquia deportaría a 53.000 judíos. ²¹ Las jóvenes modistas fueron de las primeras en partir.

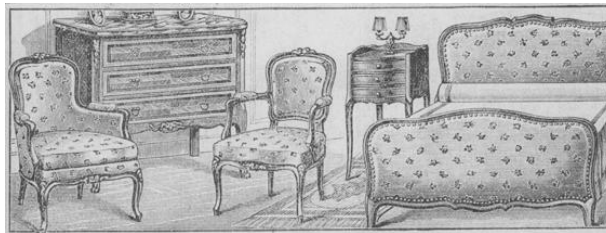
Los nazis y sus aliados fueron perfeccionando las tácticas de deportación y desposesión, ocultándolas siempre tras eufemismos como «administrado», «manejado», «remitido» o «confiscado»; nunca se hablaba de saqueos, de botín, de robo. Mientras las pertenencias de los judíos se amontonaban en múltiples almacenes, salas e incluso iglesias de Praga y Bratislava, colecciones similares de artículos se acumulaban en todos los países contaminados por la avaricia nazi. No se trataba de una misión improvisada; Hitler había autorizado la creación de una fuerza especial dirigida por Alfred Rosenberg conocida como ERR, *Einsatzstab Reichsleiter Rosenberg*.

Además de apoderarse de tantas obras de arte y piezas de oro como podían en los territorios ocupados, el propósito de la ERR era dismantelar viviendas judías, redistribuir las propiedades y obtener grandes beneficios. ²² Existía incluso presión sobre el Servicio Alemán de Seguridad para que acelerase el ritmo de deportación de los judíos, a fin de poder apropiarse de más pertenencias. En algunos casos, los vecinos no esperaban a que los domicilios se vaciaran, y aparecían con sus carretillas para apropiarse, sin autorización, de todo lo que les gustara. Eso era algo que las autoridades veían con malos ojos: querían quedarse ellas con lo mejor.

El producto del expolio de la ERR era clasificado por internos de campos de concentración cercanos, cubiertos con batas y delantales blancos. El trabajo se documentaba perfectamente mediante fotografías que se descubrieron después de la guerra. A las mujeres, en concreto, se les asignaba la tarea de preparar fardos de artículos textiles. Los oficiales nazis seleccionaban los tejidos de mejor calidad, edredones, ropa del hogar, alfombras, y se los quedaban ellos, aunque Hitler y Goering tenían preferencia cuando se trataba de obras de arte. El plan de Hitler era llenar un museo de nueva construcción en Linz con los

grandes tesoros europeos. Goering simplemente codiciaba artículos de lujo para él y su familia. Sus residencias estaban atestadas de objetos que pertenecían a judíos. Su esposa, Emma, optaba por no informarse sobre su procedencia.

Al terminar la guerra, durante el juicio al que se le sometió, Goering declaró ante el tribunal de Núremberg: «Niego categóricamente que mis actos estuvieran dictados por el deseo de subyugar a pueblos extranjeros mediante guerras, de asesinarlos, expoliarlos ni esclavizarlos». ²³ Las pruebas de lo contrario resultan abrumadoras. Alfred Rosenberg contaba con el visto bueno personal de Hitler para redistribuir las pertenencias de los judíos entre miembros del partido y personal de la Wehrmacht. ²⁴ Y los peces gordos del régimen nazi no eran los únicos que se beneficiaban del expolio. Había almacenes con bienes saqueados que se organizaban prácticamente como tiendas, pero sin etiquetas con los precios. De hecho, uno de los mayores establecimientos de esa clase ubicados en París se conocía con el sobrenombre de Galeries Lafayette, en referencia a los conocidos grandes almacenes. Los compradores podían pasearse por entre los pasillos admirando la exposición perfecta de unas vidas totalmente desmanteladas.



Muebles expuestos en el popular catálogo francés de compras Bon Marché, invierno de 1939-1940, que recuerda a los conjuntos de muebles y artículos saqueados que se mostraban para su adquisición por parte de nuevos propietarios.

Aquí, conjuntos de dormitorios o comedores; allí, una amplia selección de vajillas, cochecitos de bebé, juguetes... Y pianos dispuestos en los lados para ahorrar espacio. Distribuidos sobre estantes se encontraban cuberterías de todo tipo, artículos de cristal, joyas y ornamentos. Había máquinas de coser, costureros, artículos de mercería y para zurcir. Para los que tenían gustos literarios, librerías... y una selección de volúmenes con que llenarlas. [25](#)

Otros depósitos se parecían más a tiendas de segunda mano o mercadillos. Ahí se recogían objetos cotidianos como hueveras, bates de críquet y pantallas de lámparas. Al no tener un valor económico destacable, se consideraban *ramschlager* o artículos «basura», curiosidades del día a día; cosas que se encontraban en mesillas de noche, al fondo de cajones o en los rincones de los desvanes. Para sus legítimos propietarios no eran basura. La modista parisina Marilou Colombain comentó lo «impactados y desmoralizados» que se sintieron los franceses cuando empezó el saqueo. [26](#)

Más que las pérdidas económicas y culturales, era la reducción de unas vidas domésticas seguras a una serie de objetos impersonales lo que demostraba en mayor medida la eliminación exhaustiva de las existencias de los judíos. Los bienes saqueados valían más que las personas que los habían comprado, fabricado o cuidado.

Sin duda, los artículos expoliados se empaquetaban para su traslado con mucho más esmero que el que se dedicaba a sus propietarios judíos cuando a estos les llegaba el turno de montarse en aquellos trenes.

Cada semana, centenares de convoyes llenos de artículos saqueados partían de distintos puntos en dirección a Alemania.

En los vagones de carga se transportaban bienes metidos en paja, todos ellos perfectamente etiquetados: «Cortinas de encaje», «cortinas fruncidas», «almohadas»,

«sábanas»... [27](#) Las ERR se comunicaban con Goering, que estaba a cargo de todo el tráfico ferroviario del Reich, para permitir que un tren tras otro transportaran el botín desde Francia, Holanda, Bélgica, Noruega y el Protectorado, las tierras polacas y más lugares, hasta el corazón del Reich.

Los civiles no judíos no solo se alegraban mucho de recibir muebles, ropa y artículos textiles «nuevos». Algunos artículos se subastaban sin que nadie se molestara por ocultar siquiera su procedencia. Las casas de subastas en las principales ciudades europeas trabajaban en estrecha colaboración con los mandos de las ERR y obtenían enormes beneficios vendiendo objetos expoliados. Los que aspiraban a conseguir muebles antiguos, alfombras importadas y buenos candelabros podían pujar hasta cansarse. Las pertenencias de los judíos no tardaban en encontrar nuevos hogares. Sus sábanas cubrían nuevos colchones, su lencería realzaba nuevas figuras, sus cafeteras servían bebidas calientes a nuevos dueños.

En Leipzig, Hunya habría visto carteles y anuncios de periódicos que informaban a los ciudadanos de las subastas de bienes judíos. Incluso los muebles de los hospitales, las escuelas y los orfanatos judíos se requisaban y se vendían a otros pujadores municipales. [28](#)

La Cruz Roja Alemana, una organización nazi de facto separada de la Cruz Roja Internacional, recibía de buen grado todas las donaciones. De hecho, la Cruz Roja Alemana ayudaba a coordinar la distribución de grandes cantidades de pertenencias procedentes de las incautaciones, para beneficio exclusivo de los arios. Un ama de casa que hubiera perdido su domicilio durante un bombardeo podía empezar de nuevo con los regalos que recibía de la asistencia social en forma de cortinas, manteles, ropa de cama, toallas, zapatos, ropa, cubertería y vajilla. La Wehrmacht alemana también se beneficiaba con el envío de relojes y ropa de abrigo.

¿A ellos qué les importaba que un armario nuevo, o una camisa, o unos platos, hubieran viajado desde Praga o desde cualquier otro punto del Reich? Entre los alemanes se comentaba a media voz que más les valía ganar aquella guerra, porque si no los judíos regresarían y reclamarían sus cosas. [29](#)

A los primeros deportados de Eslovaquia se les dijo que regresarían a casa muy pronto. A medida que se concentraba a las jóvenes y las mujeres, procedentes de pueblos y ciudades del oeste de Eslovaquia, en el campo de retención de Patrónka, el hacinamiento empeoraba y, para muchas de ellas, resultaba casi un alivio que les ordenaran prepararse para un traslado. No fue eso lo que sintió Irene Reichenberg al mirar desde la ventana del dormitorio al patio de abajo. Sus guardias habían encendido una hoguera e iban arrojando documentos a las llamas: eran documentos de identidad. Su propia fotografía del carnet, con su firma y el sello del Centro Judío, estaría reduciéndose a cenizas junto al resto.

Irene supo entonces que el viaje que les aguardaba no sería de ida y vuelta. No se esperaba que regresaran nunca.

*Ahora a los judíos los deportan al Este.
Un procedimiento bastante bárbaro.*

ENTRADA DEL DIARIO DE JOSEPH GOEBBELS,
27 DE MARZO DE 1942 [30](#)

Durante la guerra, las líneas de ferrocarril de todos los territorios alemanes estaban muy transitadas de día y de noche. Los combatientes partían hacia las zonas en conflicto; los heridos regresaban. Los bienes saqueados se trasladaban a sus nuevos hogares; sus anteriores propietarios abandonaban sus domicilios por última vez.

Todas y cada una de las deportaciones de personas a los campos de concentración y exterminio se programaban con

precisión milimétrica, al minuto. Todas las estaciones de la ruta contaban con copias de dichos horarios. Era muy habitual ver trenes de carga larguísimos. A menudo, desde el otro lado de las tablas de madera de los vagones llegaban gritos pidiendo ayuda o un poco de agua. En ocasiones aparecían unas manos por los huecos de ventilación tapados con rejillas. Unas veces, desde los trenes, se arrojaban notas. Otras veces se arrojaban cadáveres.



1941, página de atlas en la que se muestra la expansión alemana en la anterior Checoslovaquia. En la parte inferior del mapa, Bratislava recibe el nombre de Pressburg.

Para los judíos y otros enemigos del régimen nazi, todas las rutas ferroviarias convergían en destinos de mal presagio.

Las muchachas y las mujeres judías del campo de retención de Patrónka daban por sentado, o más bien esperaban, que seguirían trabajando en algún punto de Eslovaquia. Se comentaba que en un campo de trabajo se contribuía a la producción de los famosos fabricantes de zapatos Bat'a: la empresa T&A Bat'a, propiedad del emprendedor Jan Antonín Bat'a. ³¹ 132 El padre de Irene Reichenberg era zapatero; seguro que, con tiempo y

formación, sería capaz de remendar calzado. Otros rumores más siniestros sugerían que podían estar a punto de llevarlas al frente del Este para «elevar la moral» de las tropas alemanas. Mejor no pensar en ello.

Irene y su hermana Edith permanecieron juntas durante la concentración en Patrónka. Las pusieron en filas y las hicieron desfilar hasta la cercana estación de Lamač, rodeada de campos verdes. El tren que aguardaba sobre los raíles estaba concebido para el transporte de ganado, una pista poco sutil de que habían sido degradadas a la categoría de bestias, bestias, eso sí, vestidas aún con sus mejores ropas, que transportaban en algún petate, en algún bolso de mano. En cada uno de aquellos vagones cargaban a cuarenta mujeres y jóvenes. Había dos cubos en un rincón. Nada de comida ni bebida. Las puertas correderas se cerraron y quedaron selladas. Agentes de la guardia Hlinka y la policía eslovaca las escoltarían hasta la frontera. Cuando la locomotora se puso en marcha y los enganches se tensaron, los vagones, tras ella, se pusieron en movimiento bruscamente.

Irene y Edith iban en el segundo convoy que transportaba a mujeres judías desde Patrónka, dos de las 798 que se dirigían al mismo lugar, aunque no todas hallarían el mismo destino. Muchas de ellas eran compañeras de colegio de Irene. [32](#) No sabían adónde iban; nadie les había dicho nada. Se compartían postales. En la penumbra, aquellas jóvenes escribían en ellas mensajes a sus seres queridos y las arrojaban a la nieve con la esperanza de que los ferroviarios las encontraran y las franquearan. [33](#)

Viajando en el mismo tren, con el mismo miedo y las mismas incomodidades, iban las modistas Marta Fuchs y Olga Kováčz.

Por el diminuto ventanuco de ventilación se captaban retazos de campos fríos, casas de madera, cumbres nevadas. Irene suponía que se dirigían al norte. El tren pasó

por la ciudad de Liptovský Svätý Mikuláš, donde vivía la familia de Bracha en el apartamento del desván, y después por Žilina, donde hizo una breve parada; a continuación llegaron a la localidad de Zwardón, a unos cuarenta minutos de la frontera polaca. Ahí, a oscuras, hubo un relevo de guardias: los de la Hlinka dejaron paso a los de las SS. Los eslovacos, a partir de ese punto, renunciaban a toda responsabilidad y regresaban a casa, listos para cargar los siguientes vagones de transporte.

Durante ese trayecto de casi cuatrocientos kilómetros, las viajeras tenían tiempo de suponer para qué eran aquellos dos cubos: allí no había retretes.

Desde Zwardón, el tren seguía otros ochenta kilómetros adentrándose en la Polonia ocupada.

La ruta de Bracha hacia el norte se había iniciado en Poprad. Con su hermana Katka, viajaron en el cuarto convoy de mujeres judías que salió de Eslovaquia. Eran 997 en total, y partieron el 2 de abril de 1942. Algunos de los vagones de transporte de ganado que partían de Poprad llevaban trozos de tiza en su interior, por lo que las pasajeras podían escribir su destino, una vez que lo conocían, y ayudar así a correr la voz en Eslovaquia. En aquellos convoyes que partían de Poprad también iban las modistas Borishka Zobel y Alice Strauss. Borishka era una cortadora de patrones muy capaz. Una de las compañeras de viaje de Alice era una joven polaca que descifraba la ruta por la que iban pasando. Comentó que le parecía que se dirigían a Auschwitz. Y no se equivocaba. [34](#)

No paraban de llegar trenes. Gradualmente, las vidas de las modistas iban convergiendo.

Cuando las costureras francesas Alida Vasselin y Marilou Colombain fueron deportadas desde Francia en enero de 1943, Auschwitz ya era algo más que un rumor. Alida, la especialista en corsetería, había soportado largos meses en diversas prisiones e interrogatorios de la Gestapo. Ella,

sistemáticamente, negaba toda implicación con la resistencia, incluso tras el impacto que le supuso la ejecución de su marido, Robert. Marilou, una partisana parisina, llevaba en la cárcel desde su detención, el 16 de diciembre de 1942.

El 23 de enero, las dos mujeres se unieron a otras presas políticas francesas para ser trasladadas desde Francia hasta Auschwitz. A diferencia de los traslados de la RSHA organizados por el departamento de Adolf Eichmann, a aquellas mujeres no las habían detenido por ser judías. De las 230, 119 eran comunistas o afiliadas a organizaciones de izquierdas y, por tanto, consideradas una amenaza para la ideología de derechas nazi. Su encarcelamiento y deportación los auspiciaba una política conocida como *Nacht und Nebel* (Noche y niebla); la intención era hacerlas desaparecer en una oscuridad neblinosa, trasladadas de prisión en prisión.

Las mujeres de ese convoy de invierno soportaron un viaje espantoso durante varios días gélidos. Aquellas francesas que habían recibido paquetes mientras se encontraban en prisión se habían vestido con todas las prendas de abrigo de las que habían podido hacer acopio, poniéndose encima, en algunos casos, todo lo que poseían.

Alida seguía llorando la muerte de su marido. Marilou vivía el duelo por su hijo pequeño, fallecido de difteria hacía poco. Desconocía el paradero de su esposo, Henry, al que también habían detenido. La camaradería era lo único que permitió resistir a aquellas mujeres hasta su llegada a Auschwitz el 26 de enero. El tren permaneció detenido en una vía muerta el resto de la noche. A la mañana siguiente, los vagones de animales se alinearon frente al andén de madera de la estación del ganado y se abrieron los portones. [35](#)

Hunya Volkmann, una de las más resueltas del futuro grupo de modistas, llegó a Auschwitz un día asfixiante de

junio de 1943. El suyo fue el último tren de judíos que salió de Leipzig. La policía vino a buscarla al gueto a las cinco de la madrugada del 15 de junio de 1943. Ella tuvo ocasión de evitar la detención; le ofrecieron un escondite a cambio de mil marcos, y unos amigos arios le dijeron que le proporcionarían cobijo sin cobrarle nada. Muy cansada tras todos aquellos años de tensión, decidió partir con las demás. No quería ser la única judía con vida en Leipzig. [36](#)

A diferencia de la violencia y los tumultos de anteriores redadas en Leipzig, en las que se introducían con malas maneras largas colas de adultos y niños en los trenes, cuando llegó el turno del último traslado, los judíos se mostraron calmados, casi resignados. El gueto había quedado vacío, y había alojamientos libres a la espera de nuevos inquilinos. En la calle quedaban unos pocos objetos perdidos, amontonados como basuras.

Hunya se unió a los demás en la cárcel de Leipzig, en Wächterstrasse, el punto de encuentro. En ese último convoy también viajaría personal del hospital judío y otros empleados de la comunidad hebrea. Los que habían sido sus alojamientos en el gueto parecían lujosos comparados con el suelo sucio en el que debían acostarse ahora; apenas había sitio para estirar las piernas, para dormir. Hunya reconocía muchas caras entre la multitud. Las amigas se mantenían juntas, charlaban e incluso bromeaban para pasar el rato. Ella confiaba en acumular resistencia para hacer frente a cualquier cosa. Su fortaleza era contagiosa, e iba a resultar muy necesaria.

Tras dos días de incomodidades y temores, las condujeron de la cárcel a la estación de tren principal de Leipzig, donde su convoy ya esperaba. Hunya no pudo evitar pensar en el día en que llegó a la ciudad, una joven de Kežmarok, ingenua y ambiciosa, dispuesta a aprender su oficio. Ahora la estación estaba llena de los colores adustos de los

uniformes, y no de la variedad de ropas de los tiempos de paz.

Encontró sitio en el vagón de ganado con una amiga, la dentista Ruth Ringer, y con el esposo de esta, Hans, que era médico en el hospital. Por un instante le vino a la mente el tren del terror, una de las atracciones de feria que llevaba a los pasajeros de sobresalto en sobresalto. Pero no, aquello no iba a ser ningún trayecto en ningún parque. [37](#)

Se sucedían los kilómetros. Al principio todo era bastante civilizado, a pesar del calor sofocante del día. Hunya había tenido más suerte que la mayoría: poco después de su detención, una aprendiz de la fábrica de pieles en la que había trabajado le trajo una cesta con alimentos, cortesía de su anterior jefe de la fábrica. Aquel gesto de amabilidad no solicitado fue tan bienvenido como las provisiones, que ella compartió con sus compañeras de viaje en un intento de animarlas. Ya habría demasiada tristeza al final del trayecto; al menos durante unas horas podían mantener la alegría.

Su buen carácter difuminaba un poco la amargura. Casi olvidaban dónde estaban, adónde se dirigían.

En una de las paradas, se sumó al convoy un grupo de personas mayores, discapacitadas, procedentes de un hogar de ancianos. Las personas que las ayudaban se sentían impotentes ante sus enfermedades graves y sus ataques. Dos hombres tuvieron que forcejear con una enfermera que, presa de la desesperación, intentó quitarse la vida. Los enfermos empeoraban; cada vez que el tren se detenía, sacaban a los muertos y vaciaban los cubos.

El tren se detuvo una última vez. Una farola iluminó un cartel inmenso: AUSCHWITZ . Ahora ya no se oían bromas, ni conversaciones animadas. Solo temor. El último tren había llegado, y de los centenares de judíos que iban a bordo, solo dos sobrevivirían hasta la liberación.

Justo antes de que los hombres fueran separados de las mujeres, el doctor Ringer se volvió hacia su esposa, Ruth, y

le dijo: «No te separes de Hunya. Tengo el presentimiento de que sobreviviré». [38](#)

Irene, Bracha, Katka, Marta, Alice, Olga, Alida, Marilou, Borishka, Hunya...

Fuera cual fuese el tren en el que las hubieran deportado, todas las recién llegadas a Auschwitz debían enfrentarse al mismo momento aterrador en que las puertas se abrían y empezaban los gritos: «*Los, los! Heraus und einreihen!*» (¡Muévanse! ¡Salgan y formen filas!).

5

El recibimiento de rigor

Nos aguardaba el recibimiento de rigor: muchos gritos y muchos golpes.

HUNYA VOLKMANN [1](#)



Bracha Berkovič antes de la deportación. Bien vestida, con el pelo brillante y sonriendo a la cámara.

A Bracha Berkovič le preocupaba su equipaje. Llevaba una maleta en el vagón de ganado y no se había separado de ella en todo el trayecto desde Poprad, pero ahora le gritaban «*Raus! Raus!*» para que se bajara de un salto. No conseguía alcanzar su maleta, y había gente por todas partes, y perros furiosos sujetos con correas, y hombres de las SS con sus uniformes, y además debía vigilar a su hermana Katka.

—No te preocupes —le gritó un guardia de las SS—. Te lo llevaremos todo.

¿Cómo iban a saber de quién era cada cosa?, se preguntaba.

La altura del salto desde el tren hasta el andén de madera, que tenía unos quinientos metros de longitud, era considerable. Una escalera, también de madera, conectaba la «rampa» (que era como llamaban allí al andén) con la calle. Los convoyes destinados al campo de concentración se detenían en esa vía lateral. [2](#)

A poca distancia de la rampa estaban las casas de los ferroviarios que trabajaban en la concurrida línea principal que, pasando por Auschwitz, conectaba Viena, en Austria, con Cracovia, en Polonia.

Bogusława Głowacka, de catorce años, vivía en una de aquellas casas. Trabajaba de doncella para uno de los oficiales de las SS, y en ocasiones mantenía contacto con las prisioneras de los talleres de costura y zapatería cuando hacía recados en el campo principal de Auschwitz. Bogusława comentó que era imposible no ver los trenes cuando los descargaban. «En cuanto el tren se detenía, se desencadenaba un gran estruendo: los gritos de los oficiales de las SS, los sollozos y los lamentos de las personas a las que obligaban a descender, el ladrido de los perros, los disparos.» [3](#)

Durante unos momentos, los recién llegados permanecían ahí de pie, al aire libre, como civiles. Personas normales.

Miraban a su alrededor y veían a hombres que, en los campos, llevaban la ropa de trabajo rayada. «Creíamos que eran personas con trastornos mentales», dijo una de las muchachas nuevas, dando por sentado que las cabezas rapadas y los uniformes indicaban que eran pacientes de algún manicomio. [4](#)

Bracha mantenía la cabeza muy alta, a pesar de que las únicas pertenencias que le quedaban eran las ropas que llevaba puestas, además del frasco de vitaminas que guardaba en el bolsillo; un valioso regalo de despedida de su madre.

Entonces se iniciaba la marcha; paso a paso, iban alejándose cada vez más de la normalidad. Al poco tiempo giraban al sur, siempre dentro de un perímetro de alambradas y torres de vigilancia, y seguían por un camino flanqueado por edificios de ladrillo y madera.

Con el tiempo, otros convoyes, en los que iban familias y personas de edad, fueron recibidos por unos tranquilizadores camiones que incorporaban el símbolo de la Cruz Roja. «Donde está la Cruz Roja las cosas no pueden ser tan malas», pensó una chica eslovaca que llegó en julio de 1942. [5](#) Por entonces no sabía que Oswald Pohl, administrador general del campo de concentración, era también presidente de la junta de administración de la Cruz Roja Alemana. De ese modo se creaba un siniestro mecanismo de cooperación. Los camiones que inspiraban confianza a los recién llegados se usaban, de hecho, para conducir a la gente directamente a las cámaras de gas. En julio, ya estaban en marcha las medidas para asesinar a los recién llegados que se consideraban excedentes de mano de obra. A partir de ese mes, las personas que llegaban a Auschwitz en aquellos convoyes se seleccionaban en el mismo andén: los que vivirían y los que morirían inmediatamente.

En los meses de marzo y abril de 1942, cuando llegaron los primeros trenes procedentes de Eslovaquia, aún no se seleccionaba a los candidatos a la cámara de gas. Las mujeres habían ido a trabajar. Pasaban por delante de canteras, hornos de cocción de cerámica y vertederos de ladrillos en su camino hacia la verja del *Stammlager*, o campo principal, también conocido como Auschwitz I. La verja, forjada por el interno Jan Liwaz, que era herrero, se encontraba originalmente a la entrada de Auschwitz, pero el complejo había crecido mucho desde que se creó su perímetro de seguridad original. La costurera Alice Strauss alzó la vista al pasar por debajo y se fijó en el cartel que recorría la parte superior, toda una declaración escrita en hierro forjado: «*Arbeit macht frei*» (El trabajo os hace libres).

[6](#)

El convoy de Bracha, procedente de Poprad, llegó muy tarde el 3 de abril y no se pudo iniciar el proceso de recepción de inmediato. Condujeron a las mujeres a través del campo hasta una hilera de barracones de ladrillo. Los edificios se habían construido para obreros de la industria, para que estuvieran cerca del nudo ferroviario de la ciudad, y después se usaron para el ejército polaco. A partir de 1940, bajo el mando del recién llegado comandante Rudolf Höss, se construyó una segunda planta y un desván sobre cada uno de aquellos barracones. Ahora podían albergar a centenares de prisioneros más. Diez de los treinta edificios se habían diseñado para las mujeres de los primeros convoyes de judías que llegaron a Auschwitz. Bracha, Katka y las demás fueron llevadas hasta uno de ellos.

En uno de los lados de aquellos diez edificios se alzaba una alta barrera de cemento, acabada de construir, que dividía la zona de las mujeres de la de los hombres. En el otro, una pared de cemento las separaba del mundo exterior. Del otro lado de esa pared se encontraba la cómoda casa del comandante, situada en la calle Legiónów.

La había construido en 1937, poco antes de la guerra, un soldado polaco conocido como sargento Soja, que fue desahuciado casi sin previo aviso el 8 de julio de 1940 bajo la atenta mirada de un agente armado de las SS. Todo el barrio debía quedar libre para los ocupantes alemanes.

Hedwig Höss creó un hogar para ella y su numerosa familia en la casa de Soja. Estrenó un libro de invitados en 1942. Los visitantes podían desenroscar el capuchón de una pluma estilográfica y escribir sus mensajes de agradecimiento por la hospitalidad de Rudolf y Hedwig.

Para las recién llegadas a los barracones del campo de prisioneros no hubo amable anfitriona ni cálida acogida. Las mujeres eslovacas se hallaban de pronto a las órdenes de otras prisioneras llamadas *kapos*, jefas, o directoras de escuadrón. Eran, sobre todo, mujeres alemanas —no judías— encarceladas por ser consideradas delincuentes o «enemigas del Estado», que habían sido trasladadas al campo de concentración de Ravensbrück poco antes de que llegara el primer convoy de eslovacas. Su experiencia las ayudaba a sobrevivir al sistema del campo y sabían que convertirse en funcionarias de prisiones era una manera de obtener ventajas. Para muchos prisioneros de los campos de concentración, y para la sociedad de la posguerra, la palabra *kapo* pasó a ser sinónima de crueldad y violencia. Los testimonios de supervivientes pusieron en evidencia que aquellas *kapos* que, bien por su temperamento, bien por unas circunstancias intolerables, eran personas degradadas, se convirtieron realmente en verdugos además de en víctimas. Aun así, no todas las que eran obligadas a ejercer de *kapos* abusaban de su posición. Cuando, con el tiempo, la escogieron *kapo* del Estudio Superior de Confección, Marta Fuchs sería una de las que se aprovecharía de su puesto de prisionera privilegiada para garantizar cierta seguridad y dignidad a las mujeres de su grupo de trabajo.

A su llegada a Auschwitz, Marta era solo una interna desconcertada más arrojada a un entorno hostil.

Bracha y su hermana se encontraron en un edificio vacío, con paja esparcida por el suelo. De alguna manera, empezó a correrse la voz: ocultad vuestras cosas porque si no os las quitarán. Bracha y Katka se unieron a la cadena de muchachas que se iban pasando pertenencias para depositarlas en los aleros del tejado del barracón, cosas como peines, jabón y pañuelos. Por increíble que resultara, Bracha se dio cuenta de que se encontraba al lado de una mujer de las SS en aquella cadena humana: habían enviado a guardias de las SS desde Ravensbrück al mismo tiempo que a las prisioneras. Ahora Bracha se vio a sí misma negociando: «Si me ayuda, le daré parte de mis vitaminas».

Ese fue un momento surrealista, pero a Bracha aquella experiencia le resultaba de lo más rara. Vio que una de las mujeres eslovacas había conseguido introducir una lata de sardinas en el edificio. Al momento, una *kapo* se la requisó y empezó a devorar el contenido. Bracha lo observaba todo atónita. No concebía que alguien llegara a entusiasmarse tanto con una lata de sardinas. No tardaría en entenderlo.

Aquella primera noche dispusieron de un lugar en el que lavarse, y retretes que funcionaban, pero el baño estaba asqueroso, y las letrinas se revelaron escasas para un grupo tan numeroso. Les dieron incluso algo de comer: una especie de gachas espesas que allí llamaban *kasha*. Como Bracha no pudo terminárselas todas, dejó el cuenco sobre el alféizar de una ventana. Se lo robaron. Una vez más le asombró ese comportamiento.

A la mañana siguiente, después de beber un poco de agua sucia y tibia, Bracha miró por la ventana y se fijó en el barracón contiguo. Alguien vestido con un uniforme ruso la saludaba, y gesticulaba de manera extraña con movimientos de cabeza, como si estuviera loca. Le sonaba su cara... ¿Era posible? Una vez más, la incredulidad se

apoderó de ella. Aquella joven era su mejor amiga, Irene Reichenberg.

El convoy que había trasladado a Irene desde Bratislava había llegado unos días antes, el 28 de marzo. Ahora intentaba explicarle a Bracha por qué tenía ese aspecto tan raro. Con los dedos hizo el gesto de unas tijeras que se acercó a la cabeza. «Te cortarán el pelo...» [7](#)

¡No habléis y no perdáis el sentido del humor!

EDITA MALIAROVÁ A AMIGAS DE BRATISLAVA
QUE PASABAN POR EL MOMENTO
DE INGRESAR EN EL CAMPO [8](#)

Bracha Berkovič fue una de las más de seis mil mujeres y jóvenes judías trasladadas desde Eslovaquia en nueve convoyes entre el 26 de marzo y el 29 de abril de 1942. Los suyos fueron los primeros transportes específicamente para judíos organizados por el departamento de Adolf Eichmann, la RHSA (*Reichssicherheitshauptamt*, u Oficina Principal de Seguridad), en llegar a Auschwitz. Junto con las mil prisioneras trasladadas desde Ravensbrück, fueron las primeras internas de sexo femenino. Las habían seleccionado para trabajar e, inicialmente, su entrada en Auschwitz se había calculado para someter a las obreras. Además, se trataba de un proceso deliberado de humillación brutal, tanto física como emocionalmente.

A las supervivientes, después de la guerra, les preguntaban: «¿Por qué no os resistíais?». Las que soportaban el procedimiento y sobrevivían solo eran capaces de explicar que apenas daban crédito a lo que estaba sucediendo. Como expuso posteriormente una de las compañeras de Bracha, «el enemigo tenía armas y nosotras estábamos desnudas y todo fue muy rápido». [9](#) ¿Qué iban a hacer aquellas jóvenes eslovacas cuando las llevaban a unos baños y les ordenaban que se desnudasen?

La reacción inmediata era de confusión. Las *kapos* y los agentes de las SS estaban siempre cerca para subrayar las órdenes con gritos y golpes. «¡Deprisa, deprisa!» También debían quitarse las joyas. Katka, la hermana de Bracha, no fue capaz de quitarse uno de los pendientes lo bastante rápido y un agente de las SS le dio tal bofetón que se lo rompió. En convoyes posteriores, algún guardia aún más impaciente les quitaba los anillos que se quedaban atascados en aquellos dedos temblorosos, dejando manos retorcidas y ensangrentadas. [10](#)

Así era como iban desprendiéndose de capas y más capas, eliminando las pruebas de la vida anterior al campo, retirando los indicadores más evidentes de su individualidad.

Se quitaban los abrigo de invierno, que eran inversiones caras y, como tales, se conservaban con esmero, y se dejaban atrás. Se desprendían de los jerséis y los cárdigan, a menudo tejidos a mano, que acumulaban bolitas allí donde los brazos se frotaban contra el cuerpo. Algo más vacilantes, se desabotonaban las blusas, se bajaban las cremalleras laterales de vestidos y faldas, arrugadas tras el viaje, quizá con cercos de sudor. [11](#) Después se quitaban los zapatos o las botas, los dejaban juntos, era la costumbre; la parte interior de las suelas ligeramente curvada, adaptada a los pies de sus dueñas, los tacones pelados de tantos pasos que habían dado. A continuación llegaban los calcetines, quizá nuevos, quizá desgastados. Las medias se soltaban de las fajas y los ligueros. Las piernas quedaban desnudas. Los pies, fríos sobre el cemento.

En todo momento los ojos se fijaban en los ojos de las demás para confirmar que aquello estaba ocurriendo en realidad; que era verdad que las obligaban a desnudarse en público.

El ritual de desnudarse suele reservarse a la intimidad de un dormitorio o a la consulta de un médico, quizá al

vestuario de una piscina o al probador de una tienda, tras una cortina. Las mujeres y las jóvenes solteras que llegaban a Auschwitz en aquellos convoyes no se habrían desnudado prácticamente nunca por completo ante la mirada de otras personas, descontando, quizá, a alguna hermana con la que compartieran dormitorio. Esa obligación de desnudarse no solo las despojaba de su identidad a medida que iban quitándose las prendas de ropa; también las privaba de su dignidad.

En la Europa de mediados de siglo xx existía un «lenguaje» muy definido en cuanto a la ropa para lo público y lo privado. Estaba la ropa de calle, los trajes de chaqueta, los vestidos elegantes, los abrigos, los bolsos de mano, los sombreros y los uniformes escolares; después, en casa, podía existir algo más de informalidad, zapatillas mullidas, ropa de punto, delantales, batas. La ropa interior se reservaba, sin duda, para el espacio más privado, más íntimo, del dormitorio, y no era para mostrarla en la fría sala de un campo de concentración.

Aunque las recién llegadas que pasaban por ese proceso experimentaban la humillación de tener que desnudarse, para las mujeres y las jóvenes existían capas añadidas de vergüenza. El decoro seguía siendo un valor femenino básico en la sociedad de la época, por más que hubiera iconos que derrocharan *sex appeal* y mujeres que vistieran provocativamente. Las «buenas» chicas debían mostrarse «decentes», y nada de dobladillos por encima de las rodillas, y nada de escotes; los hombros solo se dejaban al descubierto en pleno verano. Regía una compleja serie de reglas sociales muy sutiles que había que seguir y que implicaban que la ropa debía ser atractiva pero no demasiado provocadora. Para las mujeres judías ortodoxas, las mangas cubrían el brazo hasta el codo o hasta la muñeca, y no se mostraban ni clavículas ni rodillas.

La ropa era siempre objeto de escrutinio. La presión de los demás era la que inclinaba la balanza sobre si un modelo resultaba moderno o anticuado y de mal gusto. Las señoras mayores criticaban la ropa que se consideraba más provocativa que bonita; los hombres, por el aspecto, decidían si una mujer estaba «disponible» o quedaba fuera de su alcance. En la vida real, las mujeres y las chicas eran rápidamente censuradas por no vestir apropiadamente, pero en Auschwitz les gritaban si no se desnudaban lo bastante deprisa.

Y demasiado deprisa le llegaba el turno a la última capa: la ropa interior.

En condiciones normales, desabrocharse los sujetadores y retirar tentativamente los tirantes de los hombros en presencia de hombres se habría considerado un estriptis: un acto seductor y en absoluto recatado. Desvestirse en Auschwitz era una distorsión perversa tanto del concepto de seducción como del de recato. No había alternativa. No podían negarse. Tenían que quitarse los sujetadores. Obedeciendo órdenes, se bajaban los corsés.

Para las adolescentes que aún se sentían incómodas con sus cuerpos recién salidos de la pubertad resultaba durísimo mostrar sus curvas, o lo que ellas percibían como falta de curvas. Es muy posible que las jóvenes solteras sintieran la misma inseguridad en relación con la sexualidad. El cuerpo femenino era un aspecto de la intimidad que solo se compartía con el marido, e incluso en ese caso existían defensas: sábanas y saltos de cama. Para las mujeres de más edad, despojarse de sus fajas y sus corsés suponía la dificultad añadida de dejar al descubierto unos cuerpos alterados tras años de partos, trabajo duro o descuido.

La última prenda de ropa interior —la ilusión final de protección— era la que más les costaba quitarse. Las bragas. Podía tratarse de «pololos» que llegaban justo por encima de la rodilla y quedaban firmemente sujetos mediante tejidos elásticos; picardías abrochados con tres

botones minúsculos a los lados; o braguitas francesas con remates de encaje y bordados florales. Blancas, rosas, azules, amarillas; viejas, nuevas, bonitas, prácticas, impecables, desgastadas... Fueran como fuesen, debían quitárselas, doblarlas y depositarlas con el resto de la ropa, aún tibias del contacto con los cuerpos, últimos vestigios de una vida que ahora se dejaba a un lado.

Algunas mujeres sostenían esa última prenda, las bragas, delante de los genitales, en un gesto desesperado de decencia. Les habían inculcado que la manera de vestir influía en el trato que los hombres les daban, que la ropa recatada era una protección que evitaba desde silbidos y groserías hasta los horrores secretos, impronunciables, del abuso sexual y la violación. [12](#)

Cuando las mujeres de uno de los convoyes de Poprad avanzaban desnudas, muy juntas, un agente de las SS susurró: «Vaya, deben de haberlas sacado de un convento: ¡son todas vírgenes!». [13](#)

¿Cómo lo sabía? Porque cuando los guardias las registraban en busca de objetos de valor ocultos, las violaban manualmente.

Así pues, ese era el contexto en el que se desnudaban las mujeres, las jóvenes recién llegadas, mientras los guardias de las SS maldecían y las insultaban, las llamaban putas y cerdas. Existía una humillación más: la menstruación en público. Las compresas y toallitas de la década de 1940 se llevaban bien fijadas por dentro de las bragas, bien sujetas a una tira elástica que rodeaba la cintura. En cualquiera de los dos casos, era tabú mostrar esas cosas a nadie, y mucho menos a una multitud. Tener que quitarse las compresas y seguir sangrando mientras las vejaban por su falta de higiene era un aspecto del maltrato que todas las mujeres tendrían que soportar cuando menstruaban, hasta que el estrés y la desnutrición —y, según se decía, unos polvos que echaban a la comida— causaban la retirada del periodo. El

día del ingreso en el campo, la sangre descendía sin freno por las piernas, y a ella se sumaba el sangrado de las brutales inspecciones en las partes íntimas.

En todo momento había hombres y mujeres de las SS observándolas. Con odio. Con indiferencia. Con placer perverso. Unos médicos de las SS examinaban a las mujeres desnudas como si fueran ganado en un mercado: ¿eran fuertes, estaban sanas, servirían para trabajar? Las mujeres se mantenían unidas, hallaban consuelo en amigas y hermanas, aun cuando cada cuerpo desnudo era un espejo de los otros. A pesar de todo el trauma, afloraba un desafío: una resiliencia que contrarrestaría el impacto; una compasión que alcanzaría a las mujeres desesperadas que contemplaban la posibilidad de lanzarse corriendo contra la alambrada eléctrica.

Una muchacha de veintiún años de los montes Cárpatos escogió su propia respuesta ante las miradas de los miembros de las SS. Según dijo: «Decidí no sentirme avergonzada, humillada, degradada, desfeminizada y deshumanizada. Sencillamente, los miraba sin verlos». [14](#)

En cuestión de minutos, me habían despojado de todo vestigio de dignidad humana y me volví indistinguible de todas las demás mujeres que me rodeaban.

ANITA LASKER-WALLFISCH [15](#)

Cuando Bracha tenía dieciséis años, decidió cortarse las trenzas. Le gustaba su nueva imagen; otros lamentaron la pérdida. Se trataba de un tránsito visible de la infancia a un estilo más maduro, más adulto.

El pelo se consideraba uno de los marcadores más definitivos de la «feminidad». Si los hombres llevaban el cabello corto, cortado a navaja y domesticado con distintas grasas, el pelo de la mujer debía ser más abundante. En casa, para los peinados se recurría a trenzas, horquillas,

pasadores y tenacillas calientes, con cuidado de no chamuscar las ondas y los rizos. Los salones de peluquería conseguían unos efectos aún más sofisticados gracias a extraordinarios artilugios eléctricos para realizar permanentes que te hacían parecer una Medusa de goma. Los estilos de moda los imponían las estrellas de cine, y se complementaban con cintas, flores y vistosos pasadores.

Las mujeres alemanas, en burla desafiante a los ataques aéreos, llevaban un peinado que se conocía como «Todo despejado». Aunque poco sutiles, los tintes servían para tapar las canas o para transformar un pelo oscuro, «judío», en rubio ario. Se trataba de una estrategia frecuente y desesperada a la que recurrían las judías con la esperanza de evitar las redadas y las deportaciones.

Los postizos se llevaban por diversión. En algunos comercios se vendían rizos cosidos a bandas, o tirabuzones incorporados a horquillas. El pelo postizo también podía ser un elemento básico del aspecto de las judías ortodoxas a causa de la tradición según la cual las mujeres casadas debían raparse al cero y sustituir su pelo por una peluca, algo que se conoce como el *sheitl*. Según ciertos relatos religiosos, el pelo de la mujer se consideraba un poderoso imán para los hombres, de ahí la necesidad de que las mujeres casadas evitaran tentar a cualquier hombre salvo a su marido y, por tanto, de que se cubrieran el pelo con un pañuelo o turbante, o cortándoselo por completo. La mujer casada podía comprarse una peluca o confeccionarse una con su propio cabello cortado y conservado antes del matrimonio, o incluso podía recurrir a las trenzas de alguna hija.

A su llegada a Auschwitz, fuera suyo o postizo, fuera claro u oscuro, rizado o liso, muy peinado o muy sencillo, las rapaban a todas.

Desde la ventana de su barracón, Irene había advertido a Bracha de que eso era lo que le iba a ocurrir, y lo había hecho con gestos, juntando el dedo índice y el corazón

como si fueran unas tijeras. Los filos de las navajas y las tijeras se desgastaban enseguida. Los barberos, que también eran prisioneros —eran todos hombres—, sujetaban mechones de pelo de las mujeres desnudas y los cortaban como podían, dejando otros mechones sin cortar, sobresaliendo de las cabezas. Cuando Irene llegó a Auschwitz y vio a las chicas del primer convoy ya rapadas, se preguntó: «Dios del cielo, ¿qué crimen han cometido? ¡Qué aspecto tienen! ¿Qué han hecho con ellas?». [16](#)

Y lo peor estaba por llegar. «¡Separa las piernas!», gritaban los guardias. Muchas mujeres lloraban en silencio mientras les rasuraban el vello púbico. Se trataba de una violación en toda regla. Las habían despojado de su identidad, de su dignidad, de su recato. Una superviviente intentaba, tiempo después, describir la escena. En su descarnado texto se muestran, en un lenguaje lleno de desconcierto, unos desnudos sin pelo. «¿Esa eres tú? ¡Qué figura tan bonita tienes! ¿Dónde estás?» [17](#)

Las hermanas y las amigas se veían sin reconocerse, tal era el poder del cabello para otorgar identidad. Algunas mujeres se echaban a reír al verse tan cómicas. Bromeaban y decían que se parecían a sus hermanos. A otras les consolaba algo el hecho de que todas sufrieran juntas. Algunas permanecían ahí plantadas, aferradas a mechones de su pelo perdido, como si se agarraran a su último pedazo de humanidad.

Cuando Bracha se cortó las trenzas, a sus dieciséis años, le pagaron por el pelo. Su pelo se convirtió en un artículo; tenía un precio. Cuando a las mujeres las rapaban a la fuerza en los campos de concentración y los centros de exterminio, se hacía sobre todo por cuestiones de higiene, «para evitar los piojos», pero el pelo no se desperdiciaba.

Ya en 1940, Richard Glücks, uno de los subordinados de Himmler, dio la orden de que al pelo cortado en los campos de concentración se le diera uso, y de que se separara por

sexos. [18](#) El pelo masculino, más corto, podía convertirse en fieltro o hilarse para conseguir madejas. Los mechones de las mujeres, más largos, se convertían en hilos con los que se tejían calcetines para las tripulaciones de los submarinos y medias para los trabajadores de los ferrocarriles alemanes, servían como forros de botas o envoltorios para impermeabilizar las cabezas de los torpedos.

El pelo se lavaba y se colgaba en tendederos, en las plantas superiores de los crematorios de los campos. El calor de los hornos en los que se incineraban los cadáveres secaba los cabellos, de los que se ocupaban equipos de «peinadores» en una combinación de actividades espantosa... [19](#) Había empresas de cardado de lana que pagaban cincuenta peniques por kilo de pelo, que se seleccionaba en los campos y se embalaba en sacos para su envío. El pelo era una buena fuente de ingresos para la administración de Auschwitz; los envíos se agrupaban el día cinco de cada mes. [20](#)

La industria textil era competitiva desde hacía mucho tiempo en el campo de la innovación. Durante los años de la guerra, supervisaban el procesado de cabello francés, que se hilaba para convertirlo en un tejido usado para la confección de zapatillas, guantes y bolsos. [21](#)

En el curso de once meses, los administradores de los campos de exterminio de Treblinka, Sobibor y Bełżec, enviaron a Berlín veinticinco camiones de cabello femenino.

Y no era esa la peor forma de reciclado humano. En 1946, el doctor checo Franz Blaha, prisionero en Dachau, testificó bajo juramento sobre la horripilante práctica del curtido de pieles humanas que posteriormente se usaban en pantalones de montar, guantes, zapatillas y bolsos. [22](#) Se decía que la amante de Himmler, Hedwig Potthast, poseía un ejemplar del *Mein Kampf* de Hitler impreso en piel humana. [23](#)

Esa era la mentalidad que modelaba el universo en el que Irene y Bracha acababan de entrar.

Todo era tan irreal que no alcanzaba a asimilarlo... Nadie nos explicaba nada sobre lo que estaba sucediendo ni sobre lo que estaba a punto de suceder.

BRACHA BERKOVIČ

Había llegado la hora de lavarse.

Por centenares, las mujeres desnudas se apretujaban en un baño cuadrado de un metro y medio de profundidad. Sin jabón. Sin toallas. A Irene le pareció una experiencia horrible. Bracha estaba totalmente perpleja. La versión de los polvos de talco que se usaba en el campo era un puñado de DDT, que se usaba para la *Entlausung*, es decir, para despiojar.

Cuando Hunya Volkmann llegó a Auschwitz desde Leipzig en 1943, el baño ya había sido reemplazado por unas duchas. Se encontró metida en un cuarto de baño sucio al que allí denominaban «sauna», recién construida en Auschwitz II (Birkenau). Ya desnudas, a las nuevas prisioneras se las había dividido en dos grupos, uno de mujeres mayores o con problemas de salud evidentes y otro de jóvenes, que estaban más en forma. Hunya, implícitamente, entendió qué significaba aquel agrupamiento. Los dos grupos se separaron; uno se fue hacia la vida y el otro hacia la muerte. Aunque había doblado su ropa tal como le habían ordenado, Hunya desafió las instrucciones y no se quitó las botas para ducharse, pensando que así las protegería del robo. Se ubicó debajo de una ducha, esperando la salida del agua.

Pero no salió agua.

Las cámaras de gas de los campos de exterminio nazis, camufladas como duchas, se conocen hoy como uno de los elementos más destacados del asesinato en masa

industrial. A pesar de ello, el paso de unos escuadrones de la muerte móviles que acababan con sus víctimas individualmente a aquellos sistemas modernos de destrucción llevó su tiempo. Y el proceso tuvo muchos vínculos, unos vínculos siniestros y significativos, con la ropa y con el hecho de desvestirse.

Tras decidir que disparar contra civiles junto a trincheras y zanjas suponía un uso poco eficiente de balas y fuerza de trabajo, los nazis se concentraron en métodos de asesinato más perfeccionados que fueran menos traumáticos para los asesinos. Los experimentos iniciales empezaron con las denominadas inyecciones de eutanasia, seguidas de envenenamientos por inhalación de gas en furgonetas: se usaban los humos de los tubos de escape para matar a personas atrapadas en el interior de unos camiones sellados. Pero ninguno de esos métodos se adaptaba bien a la logística del genocidio. Fue en Auschwitz donde llegó la inspiración, debida, en parte, a los procesos relacionados con la ropa.

El problema eran los piojos, o más concretamente la enfermedad mortal que transmiten: el tifus. Los piojos se reproducen en condiciones de calor, suciedad y hacinamiento. Las mujeres que llegaron a Auschwitz en abril de 1942 descubrieron que sus barracones estaban infestados de piojos y chinches, que se habían alimentado de la sangre de anteriores prisioneras. Una de las razones originales para aquellos rapados y rasurados tras la llegada era el intento de eliminar los lugares donde criaban los piojos y chinches. Estos buscan los pliegues de la piel, o de la ropa. Proliferan bajo los cuellos, en el fondo de los bolsillos, en costuras y dobladillos. Resultaban tan peligrosos para la salud que los grupos de resistencia clandestinos intentaban usar chinches infectados de tifus como armas asesinas contra las SS, colocándolos bajo los cuellos de camisas y chaquetas. [24](#)

El comandante del campo, Rudolf Höss, estaba preocupado, y con razón, ante el peligro de una epidemia de tifus. Se trataba de una situación absurda: las condiciones del campo eran antihigiénicas y peligrosas tanto porque no existía la infraestructura para proporcionar unas condiciones de limpieza como porque a los prisioneros se los consideraba comparables a una plaga y, por tanto, indignos de unos mínimos de bienestar.

Y sin embargo los miembros de las SS no querían verse contaminados por las mismas condiciones que sí consideraban adecuadas para los internos.

Mientras Hedwig Höss y otras familias de las SS que vivían en el exterior del campo disfrutaban de sus abluciones de agua caliente con jabón y usaban ropas y sábanas lavadas por criadas procedentes de la localidad vecina, las mujeres que llegaban en los convoyes no gozaban de los mismos lujos. Bracha, Irene y las demás salieron de aquel baño comunitario y constataron que su ropa había desaparecido, que se la habían llevado para someterla a un tratamiento. Ese tratamiento sería, precisamente, el que evolucionaría hasta convertirse en el sistema usado en las cámaras de gas.

Para impedir que las chinches infectaran la idílica vida doméstica de las SS se efectuaban frecuentes cuarentenas y desparasitaciones, y se creó un centro especial de fumigaciones en el Bloque 3 del campo principal de Auschwitz. A partir de 1940, año en que Höss pasó a ser el primer comandante del campo, se puso a trabajar en dicha cámara a un prisionero llamado Andrej Rablin.

La sala estaba llena de las ropas de los internos, infestadas de piojos. Se añadían cristales de cianuro de hidrógeno —de nombre comercial Zyklon B— y se sellaban las puertas. Tras una espera de veinticuatro horas, Rablin y sus ayudantes accedían con máscaras antigás, después de encender un extractor. Con el tiempo, el proceso se fue perfeccionando mediante la instalación de sistemas de calor

y ventilación, y la ropa estaba lista para usarse solo quince minutos después de que se hubiera dispersado el gas. El *Lagerführer* Karl Fritzsch estaba al mando de las operaciones de fumigación y desinfección. Fue idea suya probar el Zyklon B con las «plagas» humanas: los prisioneros de guerra rusos. Höss le dio el visto bueno. [25](#)

Entretanto, la esposa de Fritzsch se beneficiaba de la mano de obra forzosa de una adolescente polaca llamada Emilia Żelazny, que le frotaba la ropa para que en ella no anidaran las chinches. [26](#)

Fritzsch y su equipo aprendieron por experiencia lo que costaba quitarle la ropa a un cadáver; resultaba mucho más eficaz obligar a las víctimas a desvestirse antes de morir. ¿Cómo conseguir que obedecieran sin suscitar conductas rebeldes ni disturbios? Pues diciéndole a la gente que iban a lavarse. Así fue como se ideó ese sistema de engaño.

A finales de 1942, Maximilian Grabner, *Untersturmführer* de las SS, se subió al tejado del nuevo crematorio del subcampo de Birkenau, en Auschwitz, y les gritó a los judíos recién llegados en el nuevo convoy: «¡Ahora os bañaréis para desinfectaros! ¡No queremos epidemias en el campo!». Ordenó a los que lo escuchaban que doblaran bien la ropa y que dejaran el calzado bien aparejado «para que lo encontréis fácilmente después del baño». [27](#)

Dos edificios requisados a polacos en la zona cercana de Brzezinka —Birkenau, en alemán— se habían reconvertido en cámaras de gas. La Casita Roja se puso en marcha en marzo de 1942; la Granja Blanca estuvo lista para gasear en junio de ese mismo año. Existían prototipos para unos planes más ambiciosos: cuatro centros de muerte contruidos exprofeso con los últimos avances. Bracha e Irene llegarían a conocerlos bien; ellas también formarían parte de los equipos obligados a construirlos. Karl Bischoff, *Sturmbanführer* de las SS, era el jefe constructor de las cámaras de gas y los crematorios en los campos de

Auschwitz. Otto Moll, *Hauptscharführer* de las SS, era el responsable de asegurar que la gente se desnudara de manera ordenada. [28](#)

Frau Moll y *Frau* Bischoff eran clientas más que probables del taller de moda que pronto iba a crear Hedwig Höss. La villa de esta se encontraba a un tiro de piedra del crematorio original de Auschwitz I, reconvertido a partir del viejo barracón del ejército polaco que se usaba como almacén de nabos. Rodeado de flores, césped y árboles recién plantados, resultaba un lugar muy poco amenazador.

Las víctimas se desnudaban en una sala exterior. Las mataban en grupos, de diez en diez.

En las nuevas instalaciones construidas para este propósito en Birkenau, las antesalas estaban hábilmente diseñadas para que parecieran los vestuarios de unas duchas auténticas. Dos de aquellos «vestuarios» podían albergar a cuatro mil personas simultáneamente. A los recién llegados les tranquilizaba leer carteles en muchas lenguas en los que se leía «A los baños y salas de desinfección» y «La limpieza trae la libertad». Había colgadores numerados en aquellos vestuarios.

En las cámaras de gas propiamente dichas se colocaron alcachofas de ducha de mentira. A algunas víctimas se les entregaban toallas y jabones para mantener el engaño. Las espitas de gas entraban en la cámara por el techo, no por las alcachofas de las duchas. Mientras las víctimas esperaban la caída de un agua que nunca llegaba, el veneno se iba propagando. Al otro lado de los gruesos muros de cemento de la cámara de gas, una patrulla de trabajo especializada conocida como *Sonderkommando* se dedicaba a recoger la ropa.

Nos proporcionaban la ropa del campo, y nos cambiaban nuestros zapatos buenos por unos zuecos de madera.

Hunya Volkmann, de pie bajo la alcachofa de la ducha, era, en realidad, una de las pocas, una integrante de la afortunada minoría escogida para vivir y trabajar en Auschwitz-Birkenau. Se encontraba en un baño de verdad, no en una cámara de gas. La razón por la que no salía agua era que las duchas de la sauna se habían estropeado ese día. Se secó como pudo con unos harapos húmedos y, desnuda a excepción de sus botas, se fue a que le entregaran la ropa del campo.

Irónicamente, a pesar de todos los esfuerzos para matar chinches y piojos en los barracones de fumigación, las prendas que se entregaban a los prisioneros estaban infestadas de ellos.

No había uniformes para las mujeres prisioneras judías que llegaron primero, en la primavera de 1942. A Irene, Bracha, Marta y sus compañeras les entregaron equipo militar. A algunas, unos uniformes de invierno verdes, de lana; a otras, su equivalente de verano, de algodón y de color caqui. Irene se fijó en el dibujo de la hoz y el martillo de los botones, y supo que aquellos uniformes eran rusos. Todavía mostraban rastros de sus antiguos propietarios, como impactos de bala, sangre reseca, manchas fecales. Quizá hubieran fumigado los equipos, pero no los habían lavado.

Ya en 1940, la escasez de ropa se traducían en que no era posible cubrir las cuotas que correspondían a los prisioneros. En consecuencia, eran pocas las mujeres que recibían los icónicos vestidos de rayas azules y grises que se asocian a los campos de concentración nazis. Las que sí llegaban a ponérselos hallaban poca comodidad en aquellas prendas de lienzo áspero que dejaban las piernas al desnudo, a diferencia de los trajes de los hombres, también rayados, que incluían unos pantalones sin bolsillos. Aquellos

uniformes se los fabricaban los propios prisioneros en los talleres de confección de los campos.

Cuando las costureras Alida Delasalle y Marilou Colombain llegaron con el primer grupo de presos políticos franceses en enero de 1943, les entregaron un conjunto completo que incluía el vestido rayado, un chaleco sin mangas, bragas grises hasta las rodillas y unos calcetines grises muy bastos. Cada cual tomaba lo que le daban: mujeres corpulentas embutidas en chaquetas demasiado pequeñas; otras mucho más menudas perdidas en el interior de sus prendas rayadas de arpillera. En tanto que no judías, Alida y Marilou eran «afortunadas» y contaban con un vestuario completo. Por lo general, a las judías no se les permitía usar ropa interior.

En los meses y años posteriores a la llegada de los primeros convoyes de judíos, el flujo de nuevos internos era constante. La demanda superaba la oferta. Cuando Hunya Volkmann llegó a Auschwitz en julio de 1943, la ropa de personas llegadas anteriormente ya se reciclaba para su distribución. El comandante Rudolf Höss lamentaba que «ni siquiera usar la ropa y el calzado del exterminio de los judíos sirve para paliar la escasez de vestuario». [30](#)

La distribución de la ropa era una experiencia caótica e incluso dolorosa. Envueltas en gritos, insultos, pitidos de silbatos y chasquidos de látigos, las mujeres corrían hasta unos tableros sostenidos en caballetes, donde les arrojaban un equipo de ropa y unos zapatos. En ocasiones, los guardias se subían a las montañas de prendas, como si fueran cabras, e iban arrojándolas al azar. Mujeres acostumbradas a vestirse con esmero, incluso con elegancia, descubrían que tenían que apañarse solo con una blusa de seda, o con un camisón de chifón, o con una chaqueta de niña; con un traje de lana gruesa en pleno verano, o con un vestido de verano en lo más crudo del invierno.

Aún les quedaba por vivir una humillación más. Los zapatos y las botas también se asignaban sin el menor miramiento, a menudo desparejados. Había zapatillas de raso, zapatones calados, sandalias, zapatos de tacón alto. Les quedaban grandes, o pequeños, o anchos, o demasiado estrechos. Por culpa de aquella desconsideración grotesca por las tallas, el estilo o la comodidad, las mujeres parecían actrices salidas de una obra de teatro surrealista.

Tanto si usaban uniformes rusos, vestidos a rayas o ropas desparejadas de civiles, todas las mujeres llevaban una raya roja o blanca pintada de arriba abajo en la espalda, que las marcaba como prisioneras.

Las que tenían menos suerte disponían solo de unos zuecos de madera. Ese era el caso de Bracha, Irene y las demás mujeres de los primeros convoyes. Tropezaban en la nieve, y desde el principio iban con los pies siempre helados y llenos de rozaduras.

Hunya intentó por todos los medios conservar sus botas, un calzado mínimamente decente, cuando le entregaron la ropa del campamento en julio de 1943, pero una de las prisioneras más veteranas del campo se las vio y le exigió:

—Dame tus zapatos. ¡Quiero tus zapatos!

Hunya no cedió.

—No, los necesito para trabajar.

—¿Trabajar? —respondió la interna, burlona—. Te quedan cinco días de vida y estarás bajo tierra.

La indignación de Hunya pudo más que ella y maldijo en alemán y en yidis. No se molestó siquiera en bajar la voz.

—¡Muérete tú dentro de cinco días, y que te entierren a ti!

A su alrededor, las demás prisioneras la miraban atónitas. Era inconcebible que alguien se mostrase tan desafiante. Por desgracia, ni siquiera su admirable confianza en sí misma le sirvió a Hunya para conservar sus botas, y se vio obligada a intercambiarlas por unos zuecos de madera. A pesar de ello, no se acobardó. Le preguntó a una celadora

joven cuándo podrían hacer sus necesidades las recién llegadas. En Auschwitz, incluso una pregunta tan sencilla como esa podía ser merecedora de un castigo brutal. Sorprendentemente, la celadora no actuó. En un intento de desactivar el conflicto, se volvió a una oficial de mayor rango y le comentó:

—A esta todavía no le han enseñado a respetar a los que mandan.

Una vez más, Hunya exteriorizó su enfado.

—¿Y cómo vais a enseñarme respeto vosotras? Sois mucho más jóvenes que yo. ¡Sois vosotras las que deberíais aprender a respetar a vuestros mayores! [31](#)

Milagrosamente, la joven celadora dio un paso atrás —aquellas palabras debían de haberle tocado alguna fibra sensible— y les cedió el paso a las letrinas. Se encontraban en un estado tan lamentable que Hunya casi se arrepiente de haber pedido usarlas. Después, cuando los guardias ya no podían oírlas, las demás prisioneras se rieron por lo ridículo de toda la escena. Aquella risa era una especie de válvula de escape para aliviar las tensiones, y nacía también de la admiración que sentían por el atrevimiento de Hunya.

Un tesoro valiosísimo, máspreciado que el oro... ¡Una aguja! Esa aguja se convirtió en nuestra salvación.

ZDENKA FANTLOVÁ [32](#)

En circunstancias normales, la mujer que se llevó las botas de trabajo de Hunya no habría recurrido nunca al robo ni a la intimidación. En Auschwitz, los buenos modales y la moral se iban pervirtiendo a medida que las internas luchaban por mantenerse con vida. Un buen calzado era necesario para sobrevivir, como Hunya ya sospechaba. Las prisioneras descalzas corrían el riesgo de recibir palizas, o incluso una sentencia de muerte. Algunas usaban sus zapatos a modo

de almohada y dormían apoyando la cabeza en ellos para asegurarse de que nadie se los llevaría durante la noche.

Robar a las otras internas estaba muy mal visto; en cambio, las internas no consideraban que fuera delito robar a las SS. Existía incluso una palabra de argot, en clave, para referirse a esos robos: «Organizar». Organizar no era necesariamente un acto producto del egoísmo, y los beneficios podían afectar a un gran número de prisioneras. Muchas de ellas, instintivamente, se mostraban dispuestas a cooperar. Organizar servía para estrechar lazos de amistad y para crear contactos en un entorno hostil que perseguía reducir a las personas a sus más bajos instintos.

Los pequeños actos de bondad y generosidad eran de gran importancia en los campos. Los ejemplos brillan más aún porque contrastan con el espantoso trasfondo de las privaciones. Una adolescente consiguió intercambiar comida por pañuelos, bufandas y guantes que había recogido de un cubo de basura. Entonces compartió esa comida con otras internas. Por su parte, las receptoras de aquellos artículos intercambiados estaban encantadas con sus nuevos tesoros. ³³ A una interna que era doctora le regalaron dos trapos —unos bienes preciadísimos—, que usó para confeccionarse un pañuelo y un limpiador de dientes; ³⁴ y una mujer que trabajaba con un grupo de demolición, en invierno, decidió compartir un único mitón de lana que iban pasándose todas de mano en mano. ³⁵

También había una interna checa que cogió unas medias gruesas, de mucho abrigo, que una campesina polaca de la zona dejó caer expresamente, pues había visto a las prisioneras trabajar en el exterior del campo bajo la nieve y a unas temperaturas de 20 grados bajo cero. Las amigas de la muchacha decidieron que se pondrían las medias un día cada una. «La habría abrazado y le habría besado la mano —recordaría más tarde—. Fue un regalo maravilloso e inesperado. Casi no dábamos crédito.» ³⁶

Las mujeres acostumbradas a economizar aplicaban su ingenio a la tarea de mejorar sus precarios equipos. La tela áspera de los uniformes del campo no tardaba en absorber la historia de sus nuevas portadoras. Se deshilachaba y se desgarraba con las pesadas obras de construcción, se empapaba y se pudría cuando drenaban ciénagas, se cubría de barro cuarteado y reseco, se impregnaba del olor a transpiración y disentería, se manchaba del pus de los abscesos, la oscurecía la sangre. Pero a pesar de todas las adversidades, las internas se esforzaban por no perderse el respeto a sí mismas.

Cuando una mujer, de milagro, se hacía con una aguja, las amigas la compartían generosamente. A las internas les estaba terminantemente prohibido poseer ese tipo de cosas, y aun así saber coser era una de las habilidades que más contribuían a la autoestima de las prisioneras, por el mero hecho de ser capaces de arreglarse la ropa para que les sentara algo mejor. Fruncían las faldas que les quedaban demasiado anchas; bajaban los dobladillos para cubrirse un poco más las piernas; se estrechaban los vestidos muy grandes.

Como se robaba mucho, las mujeres, cuando podían, «organizaban» algún calcetín viejo o una gorra para confeccionar con ellos bolsos. Se trataba de una especie de monederos prohibidos que se ataban a la cintura por debajo de la ropa donde apenas cabía un mendrugo de pan o, en el caso de las prisioneras más «ricas», un peine sin púas.

Organizar ropa interior era una prioridad para muchas mujeres con la fuerza suficiente como para pensar en el futuro a meses vista. Resultaba tremendamente incómodo emprender las tareas físicas más pesadas sin sujetador, y más cuando los tejidos de las ropas que llevaban eran tan ásperos. Las internas se confeccionaban sujetadores con restos de camisas, pedazos de trapo e hilos de manta. Si no

conseguían una aguja de acero con la que coser, recurrían a alguna paja rígida. [37](#)

No se trataba solo de comodidad, de aspectos prácticos: una prisionera limpia y aseada presentaba ventajas incuestionables sobre otra que fuera sucia y vestida con harapos: demostraba iniciativa en la organización, fuerza de voluntad para lavarse a pesar de unas condiciones espantosas y un sentido de la identidad preservado. Incluso los agentes de las SS reaccionaban más positivamente ante las prisioneras que exhibían señales externas de confianza interior.

La ropa es una seña de humanidad.

TZVETAN TODOROV [38](#)

Una de las frases más memorables de Hunya era: «*Kleider machen Leute, Haderlumpen machen Läuse*», es decir, «La ropa hace a la persona, los harapos hacen a los piojos». Hunya sabía, por dolorosa experiencia propia, que la ropa y la dignidad están relacionadas y que son muestra de estatus, o de falta de él. La expresión «los harapos hacen a los piojos» significa tanto que estos prosperan en condiciones de suciedad como que a la gente que lleva harapos la tratan como a piojos.

Los campos de concentración eran un microcosmos distorsionado de moda y clase. Las *kapos* privilegiadas podían adquirir calzado digno, los mejores uniformes y accesorios de lujo, como eran delantales, medias, bufandas y ropa interior; sus inferiores solían llevar las peores ropas. En el nivel más bajo de la jerarquía estaba la desnudez, que implicaba vulnerabilidad, humillación, violación y, en último extremo, muerte.

En la cúspide de la jerarquía —el equivalente a la alta costura de los campos de concentración— estaban las guardias. Para ellas, los uniformes de las SS, confeccionados

por mano de obra esclava, constituían la prueba de que eran seres superiores. Algunas de las guardias que llegaban a Auschwitz estarían ya acostumbradas a llevar uniforme por su tiempo pasado en la *Bund deutscher Mädel*, la BDM, una rama femenina del movimiento juvenil alemán.

El uniforme mismo era un importante incentivo para las nuevas reclutas, aunque estas fueran solo, y siempre, auxiliares en el mundo nazi, totalmente androcéntrico, y no contaran con impresionantes galones ni insignias, como los de los hombres. En todo caso, pasearse con atuendo militar resultaba empoderador. Fueran hombres o mujeres, los guardias podían dejar abandonadas sus conciencias junto con sus ropas de civil. Con los uniformes puestos, simplemente, «cumplían órdenes».

Las prisioneras agotadas, famélicas, admiraban aun sin querer a aquellas SS saludables, comparativamente superhumanas, en su aterradora magnificencia. Ello, a su vez, facilitaba que estas se hinchieran de superioridad y las trataran de «subhumanas», como al parecer merecían. A los guardias les resultaba mucho más fácil maltratar a las prisioneras si su aspecto no era del todo humano; si se ajustaban a insultos como «alimañas», «escoria» o «cerdas», que no dejaban de dedicarles. Era importante que los guardias no se identificaran con las prisioneras. Cuanto mayor fuera el abismo entre unos y otras, más fácil les resultaba justificar la brutalidad e incluso el asesinato en masa, como si, en el fondo, solo estuvieran exterminando a parásitos.

El hecho de que guardias e internas tuvieran el mismo aspecto cuando estaban desnudas era irrelevante: la ropa marcaba la diferencia. Y esa diferencia tenía el poder de una representación teatral. Los «intérpretes» salían vestidos de negro y de verde; su «público» eran unas siluetas flacas, apagadas. Mientras que las prisioneras tiritaban cuando se llevaba a cabo el interminable trámite de pasar lista, las mujeres de las SS tenían gruesos abrigos y unas capas

negras impermeables con capucha. Mientras que las internas soportaban la agonía de la congelación en manos y pies, las guardias contaban con botas de cuero, leotardos de lana y guantes. Y si las presas desfallecían entre barro, heces, sangre y piojos, las agentes de las SS se presentaban pulcras, con la ropa limpia, peinadas y bañadas.

La apariencia lo era todo.

Las guardias toleraban cierto grado de acicalamiento en las internas que ejercían alguna función, como por ejemplo los delantales bordados a mano muy en boga entre las *kapos* más privilegiadas, pero les molestaba cualquier distorsión en el orden «natural» de las cosas. Una manera de castigar a las internas era confiscarles la ropa. Cuando las que trabajaban en la fábrica de municiones de Auschwitz empezaron a coserse unos bonitos cuellos azules y rojos en los uniformes, una guardia de las SS se los arrancó con violencia. Ellas los sustituyeron por otros a los que bautizaron como cuellos «Petöfi», en honor al poeta revolucionario húngaro. [39](#)

En los primeros días de existencia de Auschwitz, cuando llegaron los primeros judíos, el aspecto de Bracha Berkovič desconcertó a una guardia, que le dijo: «No pareces para nada judía. ¿Por qué no dices que eres aria y ya está?». Habría podido implicar un mejor trato, pues los judíos ocupaban las posiciones más bajas de la jerarquía del campo. Bracha se negó. Se enfrentaría a lo mismo que pudiera ocurrirle a su hermana Katka, y se mantendría junto a amigas como Irene y Renée.

La primera labor de costura de Bracha en Auschwitz no fue remendando ni arreglando el espantoso uniforme ruso que le habían asignado. Como a todas las demás recién llegadas, le entregaron dos recortes de tela con cuatro dígitos impresos en cada uno de ellos. Uno debía fijárselo en la parte frontal izquierda de la chaqueta, y el otro debía

llevarlo siempre encima para poder mostrarlo como identificación o recibir las raciones de comida.

Después de despojarlas de sus identidades visibles, ahora los nazis las sustituían por números.

Irene ya se había dado cuenta de que las que llegaban de Ravensbrück llevaban unos triángulos invertidos llamados *Winkel* bajo aquellos números. Pronto descubriría que el triángulo rojo significaba que su portadora era una presa política, que el verde era para delincuentes, que el negro significaba «asocial» (en su mayoría trabajadoras sexuales). Las letras impresas sobre aquellos triángulos indicaban la nacionalidad, por ejemplo, la P era de «polaca». A Irene le asignaron su número, el 2786, y a su hermana menor, Edith, el siguiente, el 2787. En aquel mismo grupo estaban las modistas Marta Fuchs, con el 2043, y Olga Kovács, con el 2622.

Bracha y su hermana Katka, que llegaron en el cuarto convoy de Eslovaquia, eran los números 4245 y 4246. La prima de Marta, Herta Fuchs, del quinto convoy, recibió el número 4787. Las francesas Alida Delasalle y Marilou Colombain eran el 31659 y el 31853 respectivamente, números que muestran hasta qué punto había crecido la población del campo en enero de 1943. Cuando Hunya Volkmann llegó en julio de ese mismo año, el complejo de Auschwitz estaba abarrotado. Hunya se convirtió en la prisionera 46351. Finalmente, en mayo de 1944, los números de las internas empezaron a asignarse a partir del 1, pero seguidos de las letras A o B para camuflar el gran número de ingresos. A los deportados que se enviaban directamente a la muerte no se les asignaba ningún número, y solo se les indicaba que formaran en filas ordenadas para dirigirse a los vestuarios.

En el caso de las primeras mujeres deportadas, la numeración grabada directamente sobre la piel se produjo tres meses después de su ingreso, en junio de 1942, después de que los guardias constataran que no podían

llevar el control de sus identidades, pues se producían muchas muertes. Los números tatuados eran fáciles de comprobar incluso en cadáveres.

Las mujeres que habían sobrevivido hasta junio formaban cola frente a dos muchachos eslovacos que las iban tatuando en el brazo izquierdo. La número 2282 — anteriormente conocida como Helen Stern— le pidió a su tatuador, un joven llamado Lale Sokolov, que no tuviera prisa con la operación, pues quería aprovechar para preguntarle si sabía algo sobre sus familiares que estaban internados en el campo de los hombres. Como consecuencia de ello, sus números se veían más grandes que los de la mayoría. ⁴⁰ Bracha también tenía unos números más grandes de la cuenta en la piel, en su caso porque fue el tatuador el que quiso preguntarle por sus familiares, que estaban internadas en los barracones de las mujeres.

Todos los números quedaban registrados en un complejo sistema de tarjetas que archivaban y administraban miembros de las SS e internas. La prisionera comunista Anna Binder, del primer convoy procedente de Ravensbrück, fue destinada a la oficina. Una por una, iba rellenando las fichas de datos de cada interna, incluyendo el nombre, la fecha de nacimiento, la profesión, etcétera. Entre el gran número de recién llegadas, registró el ingreso de Marta Fuchs. Ese fue su primer contacto y, significativamente, no sería el último.

En aquellos días del invierno de 1942, de abundantes nevadas, varias jóvenes sanas, en la flor de la vida, se transformaron en unas criaturas temblorosas, irreconocibles, casi sin edad ni sexo. Ahí estaban, formando en filas de a cinco, desnudas, violentadas, rapadas, numeradas, cargadas con ropas militares usadas.

Habían dejado de ser alumnas, amas de casa, modistas, secretarias, amantes, dependientas, hijas, sombrereras, cantantes, gimnastas, maestras, enfermeras... Ahora eran,

simplemente, *zugangi* (internas), objetos despreciados, numerados, sin nombre.

«Así —dijo Irene Reichenberg, plantada junto a su hermana Edith y sus amigas de Bratislava—, así es como hemos venido a trabajar.» [41](#)

Solo si sobrevivían al primer año, el trabajo se convertiría en su salvación, no en pesadilla.

6

Quieres seguir viva

Todas conocíamos e identificábamos las emociones en conflicto que se dan cuando la mano de la persona que tienes al lado es lo único en ese mundo en lo que puedes apoyarte y, a la vez, quieres seguir viva, aun cuando tu amiga ha sido escogida para morir.

HUNYA VOLKMANN [1](#)

Bracha era una persona optimista.

Incluso tras meses de traumas insistía en animar a las demás —a Irene, a Katka, a Renée— para que siguieran adelante, para que resistieran.

—Ya lo veréis —les decía—. Cuando acabe la guerra nos reuniremos todas a tomar té con pastas.

Irene se reía a carcajadas ante una idea tan descabellada.

—La única manera de salir de aquí es por la chimenea —respondía amargamente.

Todas veían el humo que se elevaba desde el crematorio, al otro lado de sus barracones, en el campo principal. A veces el viento lo traía sobre el patio donde se pasaba lista, que quedaba frente a las cocinas, donde ellas debían permanecer de pie, en fila, durante horas, hiciera el tiempo que hiciera, para que las contaran a todas hasta que los números cuadrasen; algunas veces, unas cenizas muy

livianas caían sobre el jardín de Hedwig Höss, la esposa del comandante, y se posaban en las hojas de los árboles, sobre el césped y las rosas.

En cuanto al té con pastas, se trataba del sueño de un mundo desaparecido. En Bratislava, el Café Carlton, de estilo *art nouveau*, era uno de los lugares de encuentro más elegantes; lo frecuentaba una clientela distinguida, y estaba decorado con muebles dorados y adornos de color borgoña. No podía estar más lejos de la realidad. Para las prisioneras de Auschwitz, el «café» de la mañana no era más que agua sucia, un agua que se hervía con achicoria o bellota molida, o quién sabía con qué otros productos sin identificar. El almuerzo consistía en agua con nabos, lo que allí se conocía como «sopa». La hervían en un caldero muy hondo y la servían durante una pausa de media hora. Si no disponías de cuenco, no te daban tu ración. Así de simple.

Los primeros días en el campo, Irene se negaba a comer. «¡Apesta!», decía con desagrado. Aunque su familia era pobre y por su cumpleaños le regalaban un huevo como si fuera una gran cosa, estaba acostumbrada a comidas preparadas con mimo, no a bazofia que no se echaría ni a los cerdos de las pocilgas. La ración diaria de pan se asignaba a última hora de la tarde, tras horas interminables pasando lista. Y solo les daban doscientos gramos. Se trataba de un mazacote duro que costaba digerir. El menú lo completaba una mermelada mala o margarina, y de tarde en tarde recibían algún pedazo de salchicha.

A Irene le habían dicho que aquellas salchichas estaban hechas con carne de caballo; sin duda, no eran *kosher*.

Estresada y asqueada, perdió el apetito por completo. Aunque con el tiempo el hambre regresó. De hecho, todas enloquecían de hambre. Renée, la hija del rabino, contemplaba horrorizada las peleas de algunas mujeres para conseguir un pedazo más de pan en la penumbra del barracón, a la hora de la cena. Las más fuertes se aprovechaban de las débiles, que se quedaban sin nada que

comer. Renée censuraba esos actos de salvajismo y no participaba de ellos, pero entendía bien los impulsos primitivos que los motivaban.

A medida que pasaban las semanas, las mujeres iban perdiendo el color, las curvas, la salud. La diarrea crónica, allí conocida como *Durchfall*, era un efecto secundario humillante y debilitador.

Por esas mismas fechas, Johan Paul Kremer, un médico de las SS recién llegado a Auschwitz, escribía una entrada en su diario elogiando su primera comida en el Club Waffen-SS, cercano a la estación de ferrocarril. Entre los platos que le sirvieron había hígados de pato con tomates rellenos y ensalada. El doctor Kremer anotó: «El agua está infectada, así que tomamos agua-seltzer, que sirven gratis». Dos días después se prescribió a sí mismo gachas, infusión de menta y pastillas de carbón para parar la diarrea. Las internas no contaban con esos mismos remedios. [2](#)

Hedwig Höss alimentaba a su familia con las verduras que cultivaba en su huerto y con carnes de buena calidad. Además, presionaba a sus sirvientas, que eran internas del campo, para que robaran comida de los almacenes de Auschwitz y la llevaran a su despensa.

Un día, Bracha se cruzó con una joven muy demacrada cuando caminaba por la calle principal del campo. Aun así la reconoció: era su amiga Hanna, compañera de colegio en Bratislava. La familia de Hanna era acomodada, y bastante refinada. Antes de la guerra, su madre expresaba a menudo su deseo de que su hija, que era rellenita, fuera más delgada para poder ajustarse al patrón promovido por la moda. Se lamentaba así: «Ojalá perdiera diez kilos o más; entonces sí sería guapa». [3](#) De haber visto a su hija tan esquelética, la madre se habría sentido horrorizada. [4](#)

Al invocar un día en que el grupo de amigas recobraría la libertad de sentarse en un café y regalarse un té con

pastas, un día en que no hubieran de pelearse por la comida y pudieran limitarse a saborearla, ¿estaba Bracha siendo ingenua o resiliente? ¿O acaso las dos cosas a la vez?

Los recuerdos de Bracha, que veía a su madre guisando un pollo *kosher* , o añadiendo unas pasas a la masa del *strudel* , eran solo eso: recuerdos. Aquellos sabores ya no podía recuperarlos, como no podía recuperar el abrazo de la mujer que los había creado. En los primeros meses de vida en el campo, los más duros, no había ninguna razón para mantener la esperanza. El ingreso en Auschwitz había despojado a las mujeres judías de su ropa, su dignidad, su identidad y sus engaños.

Aun así, Bracha se preguntaba: «¿Cuándo volveremos a casa?». Todavía se empeñaba en sobrevivir contra las incesantes políticas nazis basadas en el beneficio y el exterminio. Y lo que es más, estaba decidida a velar por su hermana Katka, y también por su mejor amiga Irene. Esta, a su vez, se aferraba a su hermana Edith.

Los grupos de apoyo como ese eran básicos para la supervivencia, y constituían un elemento humanizador de la experiencia para muchas internas, a pesar de una minoría recalcitrante que solo velaba por su propio destino. Amigas y familiares compartían literas y mantas. Iban juntas a los baños cuando tocaban a diana, a las tres de la madrugada. Permanecían hombro con hombro largas horas, mientras pasaban lista, sujetando a cualquiera que se desmayara, susurrando palabras de apoyo a quien hubiera recibido una paliza. Caminaban juntas al amanecer, y juntas franqueaban aquella verja con la inscripción «*Arbeit macht frei*». Se buscaban unas a otras al final de las agotadoras jornadas de trabajo para compartir los pocos mendrugos de pan con restos de margarina.

El 17 de julio de 1942, todas aguardaban juntas, formando fila en la carretera del campo, listas para que Heinrich Himmler pasara revista. Era el invitado más importante. Himmler había acudido a inspeccionar sus activos. A

Himmler y a Höss los condujeron hasta el interior del campo en un mercedes descapotable. Diversas cámaras se instalaron a lo largo del recorrido para filmarlos mientras se interesaban por las instalaciones y conversaban. La orquesta de Auschwitz tocaba la *Marcha triunfal* de *Aida*, la ópera de Verdi. A los presos les habían ordenado que se aseoaran, se vistieran con ropa y zuecos limpios. Había fotógrafos preparados para captar imágenes favorecedoras de las SS para la posteridad. Las medallas, los galones y las insignias destacaban en los uniformes negros de los oficiales.

Los miembros de las SS eran las estrellas destacadas, y los prisioneros y las alambradas actuaban como decorado de fondo.

¿Se percataron siquiera de que había prisioneras esperando en posición de firmes vestidas con el uniforme ruso? Aun en el caso de que se hubieran dado cuenta, no las habrían registrado como individuos, como seres humanos. Eran solo trabajadoras.

A una de las internas la empujaron para que se adelantara en la fila. Se trataba de una costurera amiga de Bracha llamada Margaret Birnbaum, a la que apodaban Manci. Manci todavía tenía algo de carne sobre los huesos a pesar de las raciones de miseria, por lo que la obligaron a desnudarse y a permanecer desnuda delante de Himmler como ejemplo de lo que era una obrera sana, de cuerpo apto para el trabajo. Después de todo, Auschwitz era un complejo industrial. La inmensa *Interessengebiet* (zona de interés), con múltiples campos satélites, estaba pensada originalmente para que generara grandes beneficios a las SS, que sirvieran de apoyo a las ambiciones de Himmler, sediento de poder. ⁵ La mano de obra esclava de prisioneras como Irene, Bracha, Katka y Manci era un elemento fundamental de las industrias de Auschwitz, y generaba tanto productos como beneficios.

¿Cómo pensaba Himmler hacer cuadrar las necesidades económicas con los planes generales de los nazis de conseguir una Europa libre de judíos? El conflicto lo resolvió promoviendo activamente un número creciente de deportaciones de judíos a Auschwitz y hacerles trabajar el máximo tiempo posible en condiciones inhumanas hasta que murieran o ya no pudieran trabajar, momento en que eran asesinados. Las órdenes de Himmler al comandante del campo Rudolf Höss implicaban exterminar a los judíos que no pudieran trabajar, con el fin de dejar sitio a otros. ⁶ No existen registros de lo que pensó al ver a la modista Manci Birnbaum exhibida frente a él. Tras su inspección ocular, Himmler se fue a cenar con Rudolf y Hedwig y con otros capitostes nazis.

El mismo mes de la inspección, Höss se reunió con Dieter Wisliceny, el emisario de Eichmann en Eslovaquia. Juntos abordaron la cuestión de los judíos eslovacos, descritos por Höss como los trabajadores más expertos y especializados.

⁷ El propio Höss aseguró que aplicaba unas políticas adecuadas a fin de asegurar el despliegue correcto de los prisioneros según su formación profesional y capacidades de trabajo. Hizo mención especial de aquellos con «una experiencia profesional importante y poco común», como talladores de diamantes, pulidores de lentes, fabricantes de herramientas o de relojes, a los que consideraba «un tesoro histórico, protegidos en todo momento». ⁸ Otras profesiones bien valoradas eran las de constructor, albañil, electricista, carpintero y cerrajero.

Todas ellas eran, tradicionalmente, profesiones masculinas. ¿En qué lugar dejaba eso a las mujeres deportadas? Su género jugaba en su contra. ¿De qué podían servir madres, amas de casa, sombrereras, en un mundo de mugre, ladrillo y cemento? Las manos acostumbradas a las agujas, las máquinas de escribir, el ordeño de las vacas, el amasado del pan y las vendas ahora debían aplicarse a

unos trabajos manuales que solían considerarse propios de hombres.

*Me dieron un pico. Yo no sabía cómo usarlo
y casi no podía levantarlo; aprendí a base
de culatazos de escopeta.*

DRA. CLAUDETTE BLOCH [9](#)

Si el optimismo de Bracha había de surtir efecto, las mujeres deberían sobrevivir a los desafíos físicos y mentales de trabajar en las condiciones más brutales para satisfacer las megalómanas fantasías industriales y agrícolas de las SS. Los cimientos del «Reich de los Mil Años», prometido por Hitler en sus muestras de retórica grandilocuente, los construían esclavos y esclavas. Algunas de ellas pueden verse de fondo en fotografías tomadas para conmemorar el paseo de inspección de Himmler. En las imágenes en blanco y negro aparecen unas formas sin nombre vestidas con ropas anchas. En su corazón, son mujeres. Para quienes las observan, son solamente medios para alcanzar un fin.

A las siete de la mañana, después de pasar lista, las mujeres esperaban para saber a qué grupos de trabajo — llamados *kommandos* — las destinarían.

En vez de coser, las modistas dragaban aguas estancadas, cavaban zanjas de desagüe, fortificaban orillas de ríos y drenaban ciénagas. En su época de miembros de la Liga Artaman, Himmler y Höss habían hablado sobre las ambiciones de los alemanes de «sangre pura» de echar raíces profundas en el Este mediante la colonización y el desarrollo agrícola. Ahora había llegado el momento de hacer realidad su sueño rural, pero el trabajo agotador lo llevarían a cabo unos judíos «subhumanos», no los robustos arios de la ideología de la Liga Artaman.

Parcialmente desnudas, las mujeres avanzaban descalzas por aguas sucias, contaminadas, para arrancar de raíz la

vegetación. La mitad de ese *kommando* dedicado a eliminar las malas hierbas murió de malaria. Muchas, exhaustas, se hundían y no podían ser rescatadas a tiempo.

El *Unterscharführer* Martin, jefe de las SS del *kommando* de las ciénagas, se jactaba de la gran cantidad de mujeres que habían muerto mientras trabajaban. «Solo llevaban bragas», decía sonriente mientras saboreaba el momento.

[10](#)

Los guardias no eran meros observadores pasivos. Una costurera judía de Transilvania vio a una agente de las SS mostrar qué había que hacer para ahogar a una prisionera en una charca pequeña.

Las *kapos* también administraban sus dosis de violencia. Katka, la hermana menor de Bracha, que casi siempre se sentía muy débil, sufrió una herida en una pierna mientras trabajaba, herida que no tardó en infectársele. No caminaba tan deprisa, y la golpeaban brutalmente en la espalda.

Bracha fue testigo y experimentó el sufrimiento. Pero ni eso alteró su convencimiento: «Eso no puede pasarme a mí».

No menos peligrosas que los *kommandos* de las ciénagas eran las patrullas de demolición. Solo con sus manos, las mujeres derribaban las casas que habían sido abandonadas a toda prisa por sus legítimos propietarios polacos cuando se les ordenó que salieran de la zona de interés de Auschwitz. Runge, una agente de las SS, estaba al frente del *kommando* de demolición. Había adiestrado a su perro para que atacara cuando se lo pidiera. Normalmente, la mera amenaza de su intervención bastaba para espolear a las trabajadoras. En caso contrario, la jefa soltaba al perro y los resultados eran espantosos e incluso mortales.

Las casas polacas se demolían a pico y pala. Irene no salía de su asombro ante la cantidad de esfuerzo que se requería. Después de retirar todo el mortero, los ladrillos se cargaban en una carreta tirada por caballos..., pero sin caballos. Irene

y otras diecinueve mujeres se ataban al carro y tiraban de él hasta un almacén de construcción. Los ladrillos y demás materiales rescatados se reutilizarían para construir otros edificios de la prisión. Irene también trabajaba construyendo los caminos que conectaban las numerosas zonas de interés, todo ello bajo un sol abrasador. Otras internas se tambaleaban en las grandes zanjales de arena, que cavaban y cargaban con palas en carretas que después debían empujar para sacarlas de la cantera.

La lucha por la supervivencia resultaba tan extenuante que pocas mujeres pensaban en desafiar, en resistirse. Ello no quiere decir que no se dieran actos ocasionales, satisfactorios, de sabotaje, como el de la joven polaca a la que un agente de las SS bañó con el contenido de unos cubos de heces, y que cavaba las zanjales expresamente mal para que se desmoronaran al momento. [11](#)

Con el paso de los días, cada vez eran menos las mujeres que regresaban a los campos de trabajo. Los funcionarios registraban aquellas muertes como «*auf der flucht erschossen*» (abatidas cuando huían), algo que sin duda era una invención. Los agentes de las SS provocaban a las prisioneras para que se dirigieran hacia las alambradas; muchas veces les tiraban prendas de ropa al otro lado para que tuvieran que ir a recogerlas, y cuando lo hacían, las mataban a tiros. [12](#) Renée Ungar comentó que era evidente que a los nazis, en realidad, no les importaba lo más mínimo el trabajo que ellas hacían; en último término, lo importante era que las trabajadoras fueran destruidas. [13](#)

Los caminos por los que transitaban las mujeres unían diversos pueblos que habían sido arrasados para crear nuevos campos de labranza, piscifactorías, invernaderos, establos y aviarios. Rudolf y Hedwig Höss, ahora sí, habían hecho realidad el paraíso rural soñado durante la primera época de su noviazgo y matrimonio.

Uno de aquellos caminos conducía a una aldea llamada Brzezinka, en polaco, y Birkenau en alemán. Aquellas mujeres llegaron a conocer bien ese paisaje. A partir del 10 de agosto de 1942, las trasladaron de los barracones 1 al 10 del campo principal de Auschwitz a ese nuevo complejo de edificios de Birkenau, Sector B-1.^a, que solo llevaba cinco días abierto a las internas. Tras la partida de las mujeres, los barracones del campo principal fueron desinfectados con Zyklon B. Las que podían caminar se trasladaron a pie (el trayecto era de unos cuarenta minutos) al encuentro de un nuevo infierno.

Los barracones de Birkenau eran sórdidos y estaban muy mal contruidos; eran apenas una pared de ladrillo con ventanas que no podían abrirse, levantados por prisioneros rusos muertos ya hacía tiempo en un paisaje desolado. Irene, que ocupaba el barracón 9, se plantó frente a las literas triples de obra, contruidas con ladrillos y cemento. En cada una de aquellas literas, llamadas *koje*, debían meterse seis mujeres. ¿Podían dormir seis mujeres en un espacio de menos de dos metros de anchura? No tenía sentido preguntárselo. No había alternativa. Casi un año después, Hunya Volkmann fue trasladada a ese mismo barracón. Para entonces, un *koje* podía llegar a albergar hasta a quince mujeres. Edificios prefabricados pensados para cien personas acogían ahora a mil mujeres.

Birkenau significa «bosque de abedules». Quedaban aún esqueletos gráciles de aquellos árboles de tronco plateado por la zona. A su sombra, dos edificios abandonados. Uno de ellos, una granja de color rojo y aspecto tranquilo, al que rebautizaron como Búnker 1. El otro, una casa blanca, pasó a conocerse como Búnker 2. Una mujer eslovaca que segaba heno en los campos cercanos ese mes de julio echó un vistazo a una de aquellas casas. Vio una habitación grande con tuberías por las paredes y el techo que confluían en lo que parecían salidas de ducha. Ese mismo día, horas más tarde, descubrió que se trataba de una cámara de gas.

Cerca de allí vio que estaban cavando zanjas para arrojar en ellas los restos humanos. [14](#)

Las primeras víctimas de aquellos edificios reconvertidos eran judías consideradas «no aptas» para el trabajo. Entre ellas, todas las jóvenes metidas en camiones para su traslado desde el campo principal: habían viajado hacia su muerte. En el verano de 1942, a los judíos los deportaban directamente a Auschwitz para su exterminio, con el pretexto de que iban a empezar una nueva vida agrícola en la zona.

A las internas, incluidas las modistas, les asignaron la tarea de ampliar el campo subterráneo de Birkenau. Himmler había ordenado que debía albergar hasta doscientas mil prisioneras. La diferencia de estatus entre prisioneras y miembros de las SS se notaba también, literalmente, en la arquitectura del campo: se aplicaban más conocimientos al diseño y los equipamientos de las cámaras de gas que a los sistemas de alcantarillado o las instalaciones de higiene. Katka, la hermana de Bracha, frágil y lesionada, trabajaba en la construcción de un crematorio nuevo, construido exprofeso, sin una sola herramienta. Cuando concluía su jornada laboral tenía que lavarse en un charco, o abrirse paso a empujones para llegar al grifo. Había uno solo para doce mil internas, a pesar de que se estaban instalando unas bombas de agua modernas en los crematorios para asegurar el pleno suministro. [15](#)

Las presas llegaron a construir también un nuevo ramal ferroviario que conectaba el complejo de Birkenau con la línea principal Viena-Cracovia. Extendían el balasto y las traviesas de dos tramos de vía, para que un tren pudiera descargar mientras llegaba otro. [16](#)

En Auschwitz, todos los caminos parecían conducir a la muerte. Si la enfermedad y el hambre no las mataban, lo harían unas condiciones de trabajo brutales. ¿Era de

extrañar que Irene creyera que la única manera de salir de allí fuera «por la chimenea»?

Mientras las mujeres aguardaban en fila a que les asignaran sus trabajos, a Katka se le caía el alma a los pies: siempre parecían encargarle las peores tareas. Bracha sabía que no podían seguir así indefinidamente. La pregunta era cómo y cuándo les asignarían algo mejor. ¿Era posible que incluso llegaran a sacar partido de sus conocimientos como modistas? Circulaban rumores sobre la existencia de *kommandos* de trabajos menos arduos, e incluso sobre un lugar donde, desde el 22 de agosto de 1942, a sus trabajadoras se las alojaba en unas condiciones tolerables. Se trataba del edificio de la administración de las SS, conocido como el *Stabsgebäude*. Allí vivían las internas que trabajaban en la Oficina de Registros, junto con las mujeres seleccionadas para ser sirvientas domésticas de las familias de las SS, así como un grupo selecto perteneciente al *kommando* llamado *Obere Nähstube*, Estudio Superior de Confección.

Cerca del bonito arco de ladrillo que daba acceso a la entrada principal de Birkenau había un edificio de madera: el Bloque 3. Era una fábrica de confección; no tenía nada que ver con el Estudio Superior de Confección, un lugar de élite. En 1943, a la modista comunista francesa Marilou Colombain la llevaron hasta allí y le asignaron un puesto de trabajo durante un mes en el *kommando* de costura de Auschwitz II. Su guía por las instalaciones de Birkenau era una prisionera belga, vivaracha y alegre, llamada Mala Zimetbaum. Mala trabajaba como *Läuferin*, o mensajera. Era un trabajo que le valía una cierta confianza por parte de los miembros de las SS, pues implicaba moverse por todo el complejo del campo haciendo encargos para ellos. Todas las modistas acabaron conociendo a la indómita Mala. [17](#)

En la fábrica de confección, Marilou se dedicaba a coser uniformes alemanes. El calor era sofocante, y en el aire

flotaban fibras de tejidos y pelusas. Había dos turnos de unas treinta mujeres. Unas trabajaban de día y las otras de noche. Arreglaban equipos militares, zurcían calcetines viejos de las SS, cosían cruces en la ropa de las internas para marcarla y confeccionaban ropa interior. Algunas de aquellas piezas eran recicladas. A una muchacha judía le entregaron unas bragas hechas de una tela muy fina, con ribetes oscuros. A pesar del extra que suponía para ella recibir una prenda de ropa interior —algo muy excepcional para las judías—, se sintió absolutamente asqueada. La prenda se había confeccionado a partir de un *talit*, un manto de oración judío. Aquella era una manera más que tenían los nazis de usar la ropa para degradar. [18](#)

Una de las *kapos* de la fábrica de confección era una costurera eslovaca llamada Božka, salvada de morir en la cámara de gas gracias a sus habilidades. Hacía todo lo que podía por apoyar a las demás mujeres del *kommando* y les permitía zurcir y parchear en secreto para ellas mismas cuando lo necesitaban. [19](#) Un agente de las SS, Friedrich Munkel, estaba a cargo de los talleres de confección y sastrería de Birkenau. Nunca golpeaba a las internas, y algunas veces incluso les ofrecía cigarrillos. [20](#) Según una de las trabajadoras del turno de noche, incluso las mujeres de las SS que custodiaban los *kommandos* eran más tontas que crueles. [21](#) Lo mejor de todo era que el grupo de costura trabajaba a cubierto: no estaba expuesto al sol abrasador ni a la nieve ni al frío. Y sus componentes podían estar sentadas. En ocasiones, las *kapos* les permitían cantar.

Con todo, el *kommando* de confección era solo una pausa en el viaje hacia la muerte. Los turnos de doce horas resultaban agotadores, sobre todo porque la luz era escasa y había que forzar mucho la vista. Las mujeres, desnutridas, se inclinaban sobre las máquinas de coser. Las que cantaban perdían el aliento cuando las atacaba el tifus. Si no se respetaban las cuotas diarias, otros supervisores más

brutales podían aparecer de pronto y descargar su violencia contra las cosedoras. Durante el turno de noche, la habitación se iluminaba con los fuegos de las chimeneas de los crematorios. Retumbaban las paredes al paso de los camiones que llevaban los cadáveres a los hornos. Y había colas de personas vivas que desfilaban bajo el arco de la entrada, camino de las cámaras de gas.

Varias de nosotras, las mujeres de las SS, contábamos con unos látigos cortos fabricados en los talleres de los campos, y con uno de ellos, varias veces, yo misma azoté a las prisioneras.

IRMA GRESE [22](#)

—Acabaremos todas gaseadas —dijo una de las compañeras de Hunya, reproduciendo el pesimismo de Irene y su vaticinio de la chimenea.

Hunya, que era optimista, llevaba tiempo hablando de lo que haría cuando saliera de Auschwitz. Las pesimistas no tenían sitio para tales fantasías.

—Entonces, hagamos una apuesta —propuso Hunya—. Cuando finalmente estemos en la cola de la cámara de gas os doy permiso para que me abofeteéis vosotras a mí, pero si salimos de aquí con vida, os abofetearé yo a vosotras. [23](#)

La actitud desafiante de Hunya solía meterla en líos, aunque fuera sin querer, como la vez que recibió un bofetón porque estaba tan cansada que no fue capaz de sacarse las manos de los bolsillos en presencia de un guardia. Por suerte, había quienes la admiraban por ello, por lo que no carecía de aliadas.

Y esas aliadas fueron las que le asignaron un puesto en un *kommando* que trabajaba bajo cubierta. No se dedicaban exactamente a confeccionar vestidos, pero al menos sí tenía que usar sus habilidades textiles: se trataba del grupo encargado de tejer, conocido como *Weberei*.

Tras ser recibida por la agente de las SS Weniger, que «daba la bienvenida» a las trabajadoras a sus puestos golpeándolas en la cabeza con una porra de goma, Hunya encontró un lugar en el que sentarse en aquella habitación ordenada. Un centenar de mujeres rasgaban trapos para convertirlos en cintas de unos tres centímetros de anchura. Allí escaseaban las tijeras, por lo que las partes más duras se rasgaban con los dientes. Algunas de esas cintas se entrelazaban para fabricar cuerdas de unos cinco centímetros de grosor y de un metro de largo, que supuestamente se usaban para lanzar granadas de mano. Otros trapos y retales volvían a tejerse para hacer con ellos acolchados de tanques y calafatear submarinos.

Hunya trenzaba látigos, y sus dedos se movían al ritmo de las notas distantes de la orquesta de mujeres de Birkenau, obligada a recibir a las recién llegadas. Esos látigos, confeccionados con lino o celofán, eran usados al antojo de los guardias de los campos. En 1944 había tres mil trabajadoras en el *kommando* de tejido. Cuando dejaban de ser útiles, las trasladaban con total facilidad a las cámaras de gas y las sustituían por otras de entre el numeroso grupo de prisioneras de Birkenau. [24](#)

Los sobornos y los contactos con las presas más influyentes —las que tenían asignada la misión de establecer las cuotas de trabajo para los nazis— eran una manera de entrar en la lista de labores privilegiadas. Ni siquiera Bracha, que era muy decidida, tenía aún la influencia ni los contactos para que la colocaran en la fábrica de confección ni en el *kommando* de tejido, y mucho menos en el Estudio Superior de Confección.

Todas las mañanas, cuando las seleccionaban, las mujeres se preguntaban qué les depararía su jornada laboral. Un día, a Bracha la escogieron para una tarea misteriosa en el Bloque 10.

El edificio estaba limpio. En él había unas enfermeras muy amables y médicos con batas blancas. Y mujeres tendidas en camas de verdad, una en cada una. Algunas contaban incluso con habitaciones para ellas solas. Se llevaban a cabo algunos procedimientos médicos. Al principio, nada preocupante. Pero entonces, una persona con cierta conciencia se llevó aparte a Bracha y le dijo: «Si te quedas aquí no pasarás frío, pero ya nunca podrás tener hijos».

El Bloque 10 era el infame edificio de los experimentos médicos en los que se esterilizaba a las mujeres recurriendo a los métodos más espantosos y acientíficos. Por suerte, a Bracha ya nunca volvieron a llamarla. Se preguntaba si, a pesar de su optimismo, todo tenía que ver con la suerte, buena o mala. ¿Cuál era la suya? ¿Podía crearse su propia suerte?

Y entonces, unos nueve meses después de su llegada a Auschwitz, su suerte cambió a mejor. La seleccionaron para formar parte del *kommando* Canadá.

—¿Qué es Canadá? —preguntó.

El andén era un hervidero de todos los colores. Había mujeres francesas envueltas en abrigos de pieles, con medias de seda, ancianos desamparados, niños de pelo rizado, abuelitas, hombres en la flor de la juventud, algunos de ellos con trajes modernos, otros vestidos con sus ropas de trabajo.

PERY BROAD, *ROTTENFÜHRER* DE LAS SS

¿Qué era Canadá?

Canadá era un lugar maravilloso lleno de tesoros que se renovaban sin cesar.

El mayor mercado negro de Europa.

Una morgue de cadáveres perdidos.

Según la mitología del campo, habían escogido ese nombre para denominar los diversos lugares donde se

almacenaba el producto de los saqueos porque representaban una tierra de abundancia, que es lo que en su día se decía que era Canadá.

En Canadá, Bracha encontró algo que se aproximaba un poco a su sueño optimista del café con pastas: aceitunas y limonada.

Hacía ya un tiempo, a principios de abril de 1942, cuando se bajó de aquel vagón para ganado en la vía muerta del campo de concentración de Auschwitz, a Bracha le habían asegurado que se encargarían de su maleta. Y, estrictamente, no había sido mentira. Los equipajes de los deportados tenían más valor que las personas que los habían preparado y transportado, y las SS hacían todo lo que estaba en su mano por sacar provecho de ellos. Se había organizado un gran complejo de almacenes y trabajadores en Auschwitz con el único propósito de clasificar y redistribuir el contenido de esos equipajes, así como los artículos que los internos llevaban en la mano cuando iban camino de las cámaras de gas, y la ropa aún tibia de los que se desnudaban para ir al encuentro de la muerte.

Canadá acogía toda la riqueza trasladable de aquellos grupos desconcertados que salían de los trenes día tras día, noche tras noche.

El sistema de procesado de equipaje estaba perfectamente estructurado. Una llamada telefónica desde una de las estaciones principales alertaba al campo de la llegada de un nuevo convoy. Las prisioneras del *Aufräumungskommando* (patrulla de limpieza) salían de sus barracones llevadas por un agente de las SS motorizado, y eran conducidas hasta la estación de tren. Había un margen de dos o tres horas para cada convoy, cada uno de los cuales contaba con entre veinte y sesenta vagones de carga. En cada uno de ellos viajaban cien personas. El procedimiento de llegadas fue perfeccionándose con el tiempo: aturdir, desconcertar, organizar, seleccionar. Si los

primeros convoyes de judíos a Auschwitz habían sido solo de mujeres, y después solo de trabajadores, al poco tiempo ya deportaban a familias enteras, a aldeas enteras.

Separaban a los hombres de las mujeres. No había tiempo para las despedidas. Un médico de las SS examinaba a todas y cada una de las personas que se situaban en fila en paralelo al tren. Con un movimiento de dedo los hacía ir hacia la izquierda o hacia la derecha. ¿Que no podían caminar? Ningún problema. A los recién llegados enfermos, discapacitados o ancianos los ayudaban a subir los peldaños de una escalera portátil que los conducía al remolque de un camión y los llevaban a dar un agradable paseo por el campo. El resto se ponía en marcha.

La única colección de fotografías conocida que deja constancia de la llegada de convoyes se recoge en un álbum de mayo de 1944, durante el momento álgido del exterminio de los judíos de Hungría. No son composiciones preparadas, pero sí existe censura en ellas; no hay instantáneas de perros tirando de sus cadenas, ni agentes de las SS golpeando a civiles desconcertados, ni niños gritando porque acaban de perder a sus seres queridos, ni cadáveres sacados a rastras de los vagones.

Una secuencia de imágenes titulada *Frauen bei der Ankunft* (Mujeres a su llegada) muestra a judías de los Cárpatos marcadas con estrellas amarillas. La ropa que llevan contrasta con los trajes a rayas de las integrantes del *kommando* de recogida. Son un recordatorio del mundo real: faldas estampadas, chales de calceta, zapatos con botones..., delantales, cuellos de marinero, chaquetas de punto, abrigos a medida..., botas, boinas, calcetines arrugados...

Las fotografías del álbum aportan una visión muy conmovedora de unas personas —en su mayoría sin nombre, y desamparadas— que se están transformando en *häftlings*: internas. El otro aspecto de la censura es que, en dicho álbum, no aparece ninguna imagen en la que se

muestre la actividad temerosa de los vestuarios, ni el pánico ni la claustrofobia de las cámaras de gas. Por lo general, solo el diez o el veinte por ciento de cada convoy se mantenía con vida y se destinaba a trabajos forzados. Algunas de esas personas acabarían en el *kommando* Canadá. [25](#)

Durante todo el proceso de selección, varios hombres de la patrulla de vaciado sacaban el equipaje de los vagones arrojándolo fuera y amontonándolo en inmensas pilas. Se tardaba más en clasificar el equipaje que a las personas. Entretanto, el maquinista del tren permanecía cerca, revisando alguna pieza hasta que encontraba la ocasión de robar algo también él. No había duda de que los ferroviarios conocían la naturaleza del destino final de sus cargas. Los miembros de las SS estaban por ahí, de pie, con las armas a punto, contando los minutos que les faltaban para recibir su ración extra de vodka: un quinto de litro por cada convoy.



Anuncio de maletas Moritz Mädlers aparecido en la revista alemana *Die Dame* en 1939.

Los recién llegados a Auschwitz traían consigo equipajes de todas las clases imaginables. Bolsos, cajas, cajones, baúles, maletas..., sillas de ruedas, bastones, cochecitos de bebé... Todo lo cargaban en carretas los de la patrulla de recogida, tras lo que procedían a eliminar los efluvios de los vagones de carga para que los trenes pudieran regresar de nuevo a la línea principal, a toda máquina, en busca de nuevas víctimas.

Tras toda aquella actividad, ya solo quedaba barrer los restos. Papeles de periódico arrastrados por el viento, latas vacías de comida y juguetes abandonados. [26](#)

Se montaba una hoguera con toda aquella amalgama de desechos: libros de oraciones, ropas harapientas y fotos familiares.

En su época de máxima actividad, aquella patrulla de recogida estaba formada por entre doscientos y trescientos prisioneros. Entre ellos se encontraba un joven eslovaco llamado Walter Rosenberg, aunque la historia lo recuerda por el nombre que adoptó, Rudolf Vrba. Vrba proporcionaba los músculos: cargaba con el botín hasta Canadá I, cercano al campo principal. Este se dejaba en un gran patio rodeado de edificios y alambradas, con torres de vigía en las cuatro esquinas, que pertenecía a una empresa de armamento de las SS conocida como la D.A.W. [27](#) Vrba lo llamaba «el almacén de los ladrones de cuerpos».

Una vez abiertas, el contenido de las maletas, los bolsos y los hatillos se iba distribuyendo sin muchos miramientos sobre unas mantas, que unos hombres arrastraban hasta los edificios de barracones cercanos. Cuando a Vrba lo ascendieron de empleado de andén a porteador en Canadá, quedó hipnotizado ante la visión de las muchachas eslovacas que trabajaban allí. Verlas fue «un pequeño rayo de sol en mi vida», diría. [28](#)

Las mujeres de aquella sección de Canadá eran conocidas como *Rotkäppchen*, es decir, «gorras rojas», por los pañuelos de ese color con que se cubrían la cabeza.

Ese fue precisamente el *kommando* al que se unió Bracha, para lo que debía caminar casi cuatro kilómetros de ida y cuatro de vuelta desde su barracón de Birkenau. La seguirían su hermana, Katka, e Irene, Marta Fuchs, Herta Fuchs y muchas otras judías eslovacas. Bracha y su hermana trabajaban en turnos distintos, por lo que regresaba al barracón por la mañana a ver a Katka, que a continuación se iba a realizar su turno de día. El *Rotkäppchen* debía trabajar las veinticuatro horas porque los convoyes no dejaban de llegar y el equipaje seguía acumulándose. [29](#)

Rotkäppchen, en alemán, también es el término que se usa para nombrar a Caperucita Roja, y en las tareas de

aquellas «gorras rojas» había algo que recordaba a los cuentos infantiles: Canadá era como una de esas casas de los ogros que salen en los cuentos: el escondite de un tesoro formado de pequeñas maravillas, mágicas para las internas que las habían adquirido. El *Scharführer* Richard Wiegler, un hombre rubio y corpulento de unos treinta y cinco años, era el que estaba al mando de Canadá en el campo principal. Y era un ogro, sí, pero en la vida real. No le costaba nada propinar veinticinco latigazos a cualquier prisionero al que se pillara robando. Aun así, era posible coger restos de comida de los equipajes de los recién llegados, antes de que fueran enviados a la *Fressbarracke*, el «barracón de engullir», que se encontraba cerca de la cocina del campo, y fueran las SS las que se beneficiaran de ellos.

Rudolf Vrba, esquivando la porra de goma de Wiegler, conseguía robar para las gorras rojas limones, chocolate y sardinas, escondidos en hatillos hechos con mantas. Irene era una de las afortunadas que recibían pan y chocolate de Vrba, al que llegó a conocer bien. En una ocasión, abrió uno de aquellos hatillos y descubrió que Vrba había escondido un frasco de agua de colonia. ¡Todo un lujo! En lugar de lavarse, se puso un poco. Las gorras rojas, más adelante, tuvieron ocasión de devolverle los favores ocultándolo en lo alto de una montaña de objetos saqueados cuando tuvo el tifus —y, en consecuencia, corría el peligro de ser gaseado—, y trayéndole pastillas y limonada hasta que se curó y pudo volver al trabajo.

Bracha tenía motivos para temer al *Scharführer* Wiegler en Canadá. Veía con sus propios ojos el placer perverso que sentía cuando obligaba a los hombres a realizar rutinas físicas de castigo en el patio de las instalaciones (flexiones, sentadillas), hasta que no podían más. En una ocasión, volviendo del retrete exterior, mientras atravesaba el patio, Wiegler le dio un golpe en la cabeza con la porra de goma sin el menor motivo y la dejó aturdida, dolorida e indignada.

Pero tuvo que reprimir el enfado y consolarse pensando en las ventajas de las que gozaba. Mientras revisaba unas prendas de ropa en el barracón Canadá a principios de 1943, notó que había algo en el bolsillo de un vestido y encontró lo que en un primer momento le parecieron unas ciruelas. Se metió una en la boca y se quedó atónita. Era la primera vez que probaba las aceitunas, llevadas hasta el campo por deportados griegos.

Como en cualquier cuento infantil, en Canadá también había historias románticas, sobre todo a medida que las fuerzas y la salud de los internos que trabajaban allí iban mejorando. A sus veintiún años, Bracha todavía se consideraba demasiado joven para tener novio. Otras mujeres escogían a un *kochany*, que era como llamaban a los amantes en el argot del campo. Había escarceos más pasajeros y algunas relaciones más serias. Vrba incluso ejercía de intermediario entre un *kapo* llamado Bruno y una bella muchacha vienesa llamada Hermione, que también era *kapo* de las mujeres eslovacas del *kommando*. Bruno intentaba ganarse a Hermione con colonia, jabón y perfumes franceses. A ella le encantaba poder escoger ropas fabulosas, vestirse con blusas y faldas caras que combinaba con unas botas negras resplandecientes.

En el otro extremo de los romances, estaba la amenaza siempre presente de la violencia sexual. Vrba respetaba a las internas y decía que «de algún modo, la dureza del lugar se suaviza un poco gracias al calor femenino». Pero otros hombres —guardias y *kapos*, hinchados de la comida y las bebidas alcohólicas que robaban— veían a las mujeres como cebos, las acosaban en los lavabos abiertos, e iban tras ellas entre las montañas de ropas, maletas y edredones. La violación era un horror más en la vida del campo.

Los nazis habían convertido aquellas ropas en montañas, y las rodeaban montados en bicicletas, blandiendo látigos y

precedidos por perros ladrones.

MARCELINE LORIDAN-IVENS [30](#)

El trabajo de Bracha consistía en separar la ropa de los fardos que traían a rastras porteadores como Rudi Vrba. Irene también se encargaba de subirse a aquellos montículos para separar la ropa en distintas categorías, como lencería, prendas en buen estado, piezas deshilachadas. Si iban con cuidado, las internas podían llegar a agenciarse ropa interior para ellas e ir cambiándola a medida que la necesitaban. Irene valoraba mucho esa inyección de autoestima.

Había veces en que Bracha conseguía sisar cigarrillos. Los compartía con amigas, que los usaban en sus trueques. Canadá creaba un tipo de economía descabellada en la que unos diamantes podían intercambiarse por un poco de agua fresca, y unas medias de seda por pastillas de quinina.

Las internas no consideraban que quedarse con cosas, o bien «organizarlas» para otras prisioneras, fuera robar. Compartir las con las amigas contribuía al nacimiento de la generosidad y era un desafío a la escasez y la barbarie que alentaban las SS. Los objetos cotidianos que se encontraban en los bolsillos y los monederos eran tesoros para ellas. Pañuelos, jabón, pasta de dientes... eran algunos de los artículos más preciados. Y los medicamentos valían más que el oro.



Oferta de relojes del catálogo de ventas de Bon Marché,
invierno de 1939-1940.

Un día, Bracha se encontró con un reloj de pulsera y no pudo resistir la tentación. Disponer de un reloj propio era una manera de recuperar la sensación de control del tiempo, más allá de los gritos con que las llamaban a filas, las despertaban o las convocaban a las comidas.

Sin embargo, a las trabajadoras del *kommando* las registraban regularmente cuando abandonaban el lugar, y una *kapo* alemana descubrió su nueva adquisición y como castigo la golpeó con tal fuerza que acabó con un ojo morado. ³¹ Tuvo suerte de que no volvieran a asignarle trabajos al aire libre, y más aún de que no la mataran. Los trabajadores de Canadá no siempre conseguían librarse de las cámaras de gas mediante sobornos.

Sacar cosas a escondidas de aquel lugar era tan arriesgado que las mujeres debían hacer acopio de mucho aplomo y no poco ingenio. Fijaban objetos con alfileres al interior de las mangas, a pañuelos, o los introducían en aquellos monederos ocultos. Llegaban incluso a meterse latas de comida entre las piernas y así desfilaban delante de los agentes de las SS. Con todo, también se realizaban inspecciones internas por sorpresa, y de ese modo pillaban a las que ocultaban cosas dentro de sus cuerpos.

En todo caso, una de las mejores maneras de burlar los controles era llevarse puesta la ropa robada. Así era como se beneficiaba Hunya Volkmann. Desde que le habían robado sus botas buenas, llevaba ya un tiempo desplazándose como podía al trabajo, en el cobertizo del telar, con aquellos zuecos de madera que no eran de su número, que le dejaban los pies hinchados, magullados e infectados. Una de las trabajadoras de Canadá —una muchacha parlanchina y encantadora llamada Kato Engel— decidió ayudarla, pues las dos eran de Kežmarok. Kato se fue descalza hasta Canadá para poder regresar a los

barracones con unos zapatos para Hunya. A esta le llegó tan hondo ese gesto que a partir de ese momento siempre la llamaba «mi ángel».

En cuanto a los centenares de miles de zapatos que, en Auschwitz, no tenían dueño, los que podían recuperarse se enviaban a los zapateros remendones para que los arreglaran, tras lo que se ponían a disposición de los civiles del Reich, que seguían gozando de la libertad de pasearse por las calles de sus pueblos y ciudades, de visitar a sus amigos, quizá de acudir a establecimientos a tomar café con pastas. Una mujer que realizaba trabajos forzados en la fábrica de zapatos Salamander de Berlín se pasó la guerra entera remendando los que se habían quedado sin dueño, y dedujo que todas aquellas toneladas de calzado que les llegaban sin etiquetas ni instrucciones representaban «un mundo infinito de dolor». [32](#)

Un día, cuando Bracha estaba revisando una chaqueta de punto de señora, se dio cuenta de que los cinco botones se veían demasiado abultados. Le picó la curiosidad. Miró detrás de ellos y vio que cada uno, en el reverso, ocultaba una reloj diminuto: se trataba de un tesoro portátil de riqueza para quien en algún momento fue su dueño. En esa ocasión, no se atrevió a quedarse con ninguno.

De hecho, existía un equipo de especialistas cuyo trabajo consistía en revisar aquellas montañas de ropa y calzado, altas como edificios, en busca de tesoros ocultos como diamantes, oro y dinero en efectivo. Podían hallarse cosidos en el interior de unas hombreras, dentro de un corsé o metidos en un dobladillo. En todo caso, cuando encontraban algo de valor lo llevaban a la *Schatzkiste*, una cámara de saqueo custodiada por las SS. Camiones enteros se trasladaban posteriormente a las bodegas del cercano edificio de la administración de las SS, el *Stabsgebäude*, donde un equipo de personas se dedicaba a cuantificar aquellas inmensas riquezas antes de enviarlas a Berlín.

Un oficial de las SS llamado Bruno Melmer supervisaba aquellos productos del saqueo que llegaban de todos los campos de exterminio. Lo que no era dinero en efectivo se entregaba al Reichsbank, con la connivencia plena del presidente de la entidad, Walter Funk, o se vendía en la Casa de Empeños Municipal de Berlín. ³³ El comandante Höss era muy consciente del oscuro corazón comercial de Auschwitz. Durante el juicio al que fue sometido después de la guerra, admitió que el oro extraído de los dientes de los cadáveres se fundía y se enviaba a Berlín. ³⁴

Siempre que podían, las trabajadoras del *kommando* Canadá enterraban objetos de valor para impedir que los nazis se beneficiaran de ellos. Los billetes también eran una excelente alternativa al papel higiénico. En ocasiones, con algo de suerte y maña, era posible sacar objetos valiosos de Canadá. Sin que las SS lo supieran, uno de los *kapos* de Canadá, Bernard Świerczyna, formaba parte de la resistencia clandestina de Auschwitz, al igual que varias integrantes privilegiadas del mismo *kommando*. Los objetos de valor que pasaban por allí jugarían cierto papel en la financiación de los intentos de huida, así como en el extraordinario levantamiento que vivió el campo en otoño de 1944.

Las SS no solo codiciaban los tesoros más evidentes. Los artículos textiles también tenían mucho valor, pues se necesitaban para vestir a los ciudadanos alemanes, dejar sitio libre en las fábricas para armamento y elevar la moral en el frente interno. Katka, la hermana de Bracha, era una de las trabajadoras que preparaba nuevos hatillos de ropa a partir de las pilas clasificadas, separadas según tipos y calidades. Concretamente, ella se ocupaba de los abrigos — algo bastante adecuado, dadas sus habilidades en su confección, habilidades que había heredado de su padre Salomon—. Las piezas seleccionadas se fumigaban primero con Zyklon B y después se guardaban en paquetes de diez.

Los artículos más ponibles se enviaban a Alemania diariamente en trenes de carga junto con unos albaranes firmados.

Höss dejó constancia de que podían llegar a salir de Auschwitz veinte trenes todos los días cargados con artículos. Él no admitía que fuesen robados. Todo lo contrario: había recibido una orden que declaraba que los administradores del campo de concentración eran los propietarios legales de cualquier artículo que previamente perteneciera a internos fallecidos. [35](#) En ocasiones, la ropa se enviaba a otros campos de concentración a través de la Oficina para la Gestión de Bienes de Segunda Mano.

Wiegler organizaba la logística de los convoyes cargados con los fardos de ropa. Podía tratarse de camisas de hombre de gran calidad un lunes, de pieles un martes, de ropa interior infantil al día siguiente, y así sucesivamente. [36](#) Al igual que los que se apropiaban al por mayor de las pertenencias de los judíos en sus ciudades de origen, los carroñeros nazis se aprovechaban ahora de sus últimas posesiones, las prendas de ropa que llevaban puestas y que les quitaban.

Las que no eran reutilizables se clasificaban como *Klamotten* (trapos). Unas desafiantes trabajadoras de Canadá, siempre atentas a la posible presencia de miembros de las SS, se dedicaban en secreto a rasgar y destrozar prendas en buen estado, para privar de ese modo a los nazis al menos de parte de su botín. [37](#) Allí no se desperdiciaba nada, ni siquiera los harapos, que se rasgaban en tiras y se aprovechaban en el taller del telar: Hunya tenía los dedos en carne viva de tanto pasarlos por aquellos trapos para confeccionar los látigos. Si no, los enviaban a una fábrica textil en Memel para que los trituraran y los convirtieran en papel. O se enviaban al campo de concentración de Płaszów, cerca de Cracovia, donde se convertían en alfombras que confeccionaban otras

internas judías. ³⁸ Las personas sometidas a trabajo esclavo en una fábrica de Grünberg, Alemania, no elucubraban sobre las ropas viejas que se rasgaban y volvían a tejerse en las salas de ruecas. Sabían que los envíos diarios llegaban desde Auschwitz, y sabían que ese sería también su destino final cuando estuvieran demasiado enfermas o deterioradas para seguir trabajando. ³⁹

Ya se tratara de zapatos que aún conservaban la forma de los pies de sus dueños, o de trajes hechos a medida, o de canastillas de bebé con nombres y dibujos bordados, cada artículo clasificado en Canadá era la prueba de un asesinato en masa. Bracha, Irene, Katka y las demás tenían que vivir siendo conscientes de ello. Cuando, en Birkenau, abrieron unas nuevas instalaciones de Canadá en 1943, sus trabajadoras pasaron a ser testigos directos de lo que ocurría en las cámaras de gas.



Algunos de los barracones del Canadá de Birkenau, con un aspecto excepcionalmente ordenado. Miles de internas trabajaban allí clasificando montañas de artículos confiscados.

Inicialmente, las nuevas instalaciones de Birkenau — llamadas Canadá II— se encontraban en un almacén inmenso entre los crematorios III y IV, en el área denominada B-IIg. Ocupaba la extensión de cinco barracones, aunque con el tiempo se llegó a un total de

treinta, cada uno de ellos de 55 metros de largo, alineados a ambos lados de un camino lo bastante ancho como para permitir el paso de convoyes de camiones. En el exterior de ese nuevo emporio del saqueo se plantaron césped y flores que se cuidaban con esmero.

Las jóvenes internas tomaban el sol allí durante las breves pausas veraniegas. Llevaban unas blusas blancas, limpias, y modernos pantalones. Inmortalizadas por la cámara de un fotógrafo de las SS en 1944 mientras repasan hatillos y maletas, se las ve sanas, se diría que incluso «normales». «Sonreíd», les pidió el fotógrafo, y ellas debieron obedecerle. Todo aquello formaba parte de la ilusión nazi, pensada para confundir a los recién llegados o a los inspectores de la Cruz Roja; para dar la impresión de que allí no ocurría nada malo. [40](#)

Esas mujeres de cuerpos capaces eran la patrulla *Weisskäppchen* : las «gorras blancas». Manejaban la ropa y los equipajes que llegaban directamente de los vestuarios de las cámaras de gas. Más allá del césped plantado en el exterior de los barracones, veían con claridad las filas de personas que iban a ser gaseadas. A Bracha la trasladaron unos meses al Canadá de Birkenau. Y allí vio, sin poder hacer nada, que se llevaban a las cámaras a casi todas sus compañeras de clase de la escuela elemental judía ortodoxa de Bratislava, compañeras con las que había compartido la misma pasión por las melenas cortas y los cuellos de volantes.

Las gorras blancas veían que, cada vez, un miembro de las SS se encaramaba al enrejado de los crematorios para echar un cesto de cristales por una abertura: era el Zyklon B. Para entonces, Bracha había visto tantas muertes por enfermedad y violencia que ya había dejado de registrar cadáveres.

Fue Katka, la hermana de Bracha, la que encontró el abrigo. Precisamente ella: la especialista en confección de

abrigos.

Lo reconoció al momento: su propio abrigo, el de la familia, que había tenido que quitarse cuando hubo la redada que acabó en su deportación. Lo cogió y volvió a ponérselo, no sin antes pintarle la raya roja vertical en la espalda que lo convertía en prenda aceptable para una prisionera. En aquella misma pila de ropa que había que clasificar también estaba el abrigo de Bracha, recuerdo de la época anterior a Auschwitz.



Valiosísimas para quienes las llevaban, y en cambio tan poca cosa para los nazis, las fotografías, las cartas y otros recuerdos personales se quemaban como si fueran basura. Este retrato familiar de los Berkovič, de 1937, muestra a sus padres (sentados en los extremos izquierdo y derecho), a sus tres tíos (en la última fila) y a sus abuelos (en el centro). Todos menos uno fueron asesinados.

Katka sabía exactamente qué significaba el hallazgo de aquellos abrigo: que sus padres estaban muertos. Cuando se preparaban, ellos también, para ser deportados, Karolína y Salomon, seguramente, metieron en su equipaje los abrigo de sus hijas con la esperanza de entregárselos a su llegada al campo. Pero no. Los habían llevado hasta Lublin en junio de 1942 y allí los habían asesinado poco después, probablemente en el centro de exterminio de Majdanek, tras lo que sus pertenencias habían sido trasladadas a Auschwitz para su redistribución.

Katka no tuvo tiempo para asimilar las implicaciones trágicas del hallazgo de los abrigo. Las montañas de ropa

crecían cada día más. Quizá más adelante hubiera tiempo para llorar sus muertes, para preguntarse cómo habían sido los últimos minutos de vida de sus queridos padres. Salomon, sordomudo, atrapado en un mundo silencioso de angustia sin palabras, y sin su mujer al lado para guiarlo o consolarlo; Karolína, desvistiéndose con manos temblorosas, con miedo a morir sin ver a sus hijas nunca más. Los dos se convirtieron en humo, en cenizas y en recuerdos que salieron por la chimenea del crematorio.

Herta Fuchs, la prima de Marta, encontró un vestido y unos zapatos que pertenecían a su hermana Alice mientras caminaba cerca de la cámara de gas, testigo mudo de la pérdida de otra vida amada.

Renée Ungar, la amiga de Irene, supo que su familia había sido deportada a Auschwitz en junio de 1942. Encontró su ropa en Canadá, y así fue como se despidió de ellos por última vez.

La propia Irene se sintió muy cerca de la desesperación cuando encontró la ropa de su hermana Frieda, asesinada en julio de 1942. Frieda estaba casada y tenía un niño pequeño. A las madres con hijos las seleccionaban siempre para morir en el momento mismo de su llegada. [41](#)

¿Era posible seguir adelante? ¿Mantener el optimismo de Bracha?

Irene, al menos, había podido reencontrarse con su otra hermana casada, Jolli, cuando a esta la admitieron en el campo, y seguía compartiendo la vida con su hermana menor, Edith, por lo que quizá sí hubiera motivos para seguir viviendo a pesar de los horrores.

Pero entonces Jolli enfermó. Y Edith también.

Tifus.

Los piojos campaban a sus anchas en los barracones de Birkenau, más aún que en el campo principal de Auschwitz. A Irene le repugnaban los sacos de paja sobre los que dormían. Prácticamente los veía moverse, llenos como

estaban de colonias de piojos que le infestaban rápidamente el pelo, los pliegues de la piel y la ropa. En su primer verano en Auschwitz, asistió a un brote epidémico de tifus que mataba a centenares de personas todos los días. Las mujeres que regresaban a los barracones, sucias del trabajo en los comandos exteriores, sacaban fuerzas de donde no las tenían para compartir unas gotas de agua del grifo, que solo funcionaba unas pocas horas al día.

A las prisioneras las regañaban a gritos por ir sucias... y las regañaban a gritos por intentar lavarse. Las *kapos*, con varas y con perros ávidos de carne humana, contribuían al caos general. En una ocasión, Herta Fuchs intentó conseguir agua para lavarse los pantalones. Un guardia la descubrió, le dio veinticinco latigazos en el trasero desnudo y la sacó a patadas del cuarto de baño. ¿Cómo iban a poder aquellas mujeres mantenerse libres de piojos?

Debilitadas por la fiebre y la desnutrición, sus sistemas inmunitarios, sencillamente, no aguantaban más. A Irene le horrorizó encontrar a una muchacha a la que reconoció bebiendo agua de un charco sucio: el tifus le daba tanta sed que estaba desesperada. Era Rona Böszi, la refugiada berlinesa que había compartido clases de costura clandestinas con Irene en Bratislava. Esa fue la última vez que vio a Rona.

A principios de diciembre de 1942 se dieron las primeras campañas de *Antlauzung*, las grandes desparasitaciones. Temiendo que la enfermedad infectara al personal de las SS, los médicos ordenaron desinsectaciones drásticas. Birkenau se confinó. No se trabajaría y quedaba prohibida la entrada en los barracones. Los sacos de paja se quemaron y se fumigaron los edificios.

A mujeres y niñas las obligaron a desnudarse en el exterior, y a echar la ropa en cubos. Las prendas las desparasitaban unas lavanderas que llevaban máscaras antigás, y se ponían a secar en los tejados, o sobre extensiones de tendederos de alambre, si es que era posible

que se secara algo a temperaturas bajo cero. Las internas, en masa, eran obligadas a sumergirse en agua fría, las rapaban y les frotaban el vello corporal con un desinfectante apestoso. Simultáneamente, dos mil prisioneras fueron seleccionadas para dirigirse a las cámaras de gas.

Hunya vivió una de las últimas desparasitaciones. Desnuda, mal rapada y degradada, se tambaleaba por el llamado patio de secado. Era una de las treinta mil mujeres que pasaban por el mismo trance. Se sentía entumecida, aturdida, y apenas notaba el calor del sol. Mientras que algunas mujeres cogían una ropa que parecía constituir una mejora respecto a las que vestían antes, Hunya (como casi todas) iba al encuentro desesperado de la familiaridad de sus propias prendas, por más que estas se encontraran en un estado lamentable. Cuando finalmente las encontró, sintió tal alivio que no pudo reprimir las lágrimas.

Durante aquellas desinsectaciones de invierno, había más ropa colgada en los tendederos que personas vivas para recogerla: el frío había matado a las más débiles.

Pocos días después, los piojos volvieron a hacer acto de presencia.

A Jolli y Edith, las hermanas de Irene, las aceptaron en el Revier, un barracón exclusivo para prisioneras gravemente enfermas que, en una muestra de optimismo, llamaban «hospital». Allí, personal médico formado por los propios internos suplicaba a los pacientes que no se quejaran de los piojos porque, si lo hacían, las SS vaciarían todo el edificio y las enviarían a todas a su fumigación final con Zyklon B. Irene les dijo a sus hermanas que todas las noches les traería algo de Canadá: un pedazo de pan, lo que encontrase. Un día, al terminar su turno de trabajo, se acercó al barracón y se encontró a Jolli muerta en la cama, al lado de Edith. [42](#)

Katka, la hermana de Bracha, coincidió con Edith en el Revier, mientras la ayudaban con la herida de la pierna, que no se le curaba. Irene sostenía una vela mientras una amiga que estudiaba Medicina —Manci Schwalbová, deportada a Auschwitz en el segundo convoy procedente de Eslovaquia— hacía todo lo que podía por curarle la herida. Todas las noches, Manci le sajava la pierna infectada, pero a la mañana siguiente el dolor y la hinchazón regresaban. Había pocos medicamentos, y únicamente vendas de papel. Todas hacían lo que podían por las demás; la lealtad era muy importante, y más en ausencia de una asistencia médica mínimamente digna.

Una noche, Bracha se despertó en el barracón y vio que Katka se acercaba de puntillas hasta su litera.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó, aliviada al ver a su hermana, pero a la vez confundida—. Deberías estar en el hospital.

—He tenido un mal presentimiento —le respondió Katka—. Me he escapado por la ventana.

—¿Edith está contigo?

—Ella ha preferido quedarse y descansar...

Al día siguiente, a los enfermos del Revier los sacaron del hospital y los dejaron fuera. Había llegado el momento de llevar a cabo una selección. Irene, mientras pasaban lista a las que eran «aptas para trabajar», contemplaba a un gran contingente de soldados con perros que entraban en el campo. La *Rapportführerin* de las SS Elisabeth Dreschler controlaba la salida del campo mientras las brigadas de trabajo desfilaban frente a ella. Señalaba con el índice: izquierda, derecha. A Irene la dejó pasar.

«Selección» es un término inocente fuera de contexto. En tiempos más felices, una podía seleccionar el hilo de la derecha para coser una tela, o un sombrero que combinara con un conjunto, o un pastel de la carta de una cafetería. En un campo de concentración nazi, «selección» era una palabra cargada de miedo. Significaba tambalearse al filo de

la muerte, casi siempre para acabar cayendo. Se seleccionaba a los recién llegados en los andenes, se enviaban a izquierda o derecha, a morir o a vivir un poco más. Se seleccionaba a prisioneros que aguardaban desnudos, sometidos al escrutinio de médicos de las SS; al menor atisbo de enfermedad o lesión, los hacían dejar allí su ropa y los duchaban con veneno. En el Revier también se realizaban selecciones para hacer borrón y cuenta nueva.

El comandante Höss, siguiendo órdenes de Himmler, debía hacer sitio en Auschwitz para todos los judíos que llegaban desde Alemania, a fin de que la madre patria pudiera declararse oficialmente «libre de judíos». Höss planteó objeciones: no había sitio. «Haga sitio», replicó Himmler.

A veces, los procesos de selección que se llevaban a cabo duraban horas y se desarrollaban en unas condiciones extremas. Mujeres y muchachas sanas, físicamente capaces, eran seleccionadas y conducidas al crematorio a morir.

En ocasiones, aquellas selecciones adoptaban la apariencia de pruebas de capacidad física. Cansadas, hambrientas, a las prisioneras se les pedía que corrieran por la calle principal del campo, flanqueadas por hileras de agentes de las SS pertrechadas con palos. Las que se detenían o se rendían eran llevadas a un lado. Quizá no fueran conscientes de que, literalmente, corrían para salvar la vida; quizá estaban tan exhaustas que les daba igual. [43](#)

Una de las pruebas más sádicas consistía en seleccionar para la muerte a todas las que no consiguieran superar de un salto una cloaca cavada en una zanja, que recorría la calle principal de Birkenau, la Lagerstrasse. Conocida como *Köningsgraben*, la zanja era el lugar preferido de las SS para sus palizas y asesinatos. Katka, que tenía el corazón débil y la pierna hinchada, infectada, no era capaz de dar ese salto. Por suerte, Bracha y otra muchacha la levantaron y la ayudaron a cruzar.

—¡Eh! ¿Por qué saltáis tan juntas? —gritó una de las guardias.

Bracha, como siempre, tenía una respuesta ingeniosa a punto.

—Ah, es que queríamos formar una fila perfecta...

La agente las dejó pasar.

Otras veces, las selecciones eran más concretas: los barracones destinados a hospitales de prisioneras se vaciaban de pacientes. El doctor de las SS Johan Kremer describía en su diario personal que, el 5 de septiembre de 1942, a las mujeres seleccionadas en la enfermería de prisioneras en Birkenau las desnudaron del todo al aire libre y las introdujeron en camiones para llevarlas al Bloque 25: el bloque de la muerte. «Les suplicaban a los agentes de las SS que las dejaran vivir, y lloraban», amplió durante el juicio al que fue sometido al terminar la guerra.

En la entrada de su diario referente a ese día en Auschwitz, el doctor Kremer también destacaba que había disfrutado de un excelente almuerzo de domingo compuesto de sopa de tomate, pollo con patatas y col roja, todo ello rematado por un «helado estupendo». [44](#)

Un espantoso día de otoño en que a los enfermos del Revier los habían sacado a la calle y a Irene la habían considerado apta para el trabajo, regresó al terminar su jornada en el comando por la tarde y se encontró el Revier desierto. En el exterior, una montaña inmensa de zapatos desparejados, incluidos los de Edith, de dieciocho años. Irene sabía muy bien qué significaban aquellos zapatos. Su hermana pequeña estaba muerta. Se echó al suelo y, destrozada, empezó a gritar de dolor.

Ya no quería seguir viviendo.

IRENE REICHENBERG

Irene estaba echada en la litera de arriba, comida por las chinches que anidaban en los sacos de paja que hacían las veces de colchones. No quería bajar. No iría a trabajar. Cuando Bracha regresó de su turno de noche, la encontró llorando.

—Alguien me ha robado la manta —dijo Irene entre sollozos. No le quedaba voluntad para luchar por ella.

Pero Bracha tenía voluntad de sobra para las dos, e insistió.

—¡Aquí no puedes quedarte! Tienes que levantarte..., trabajar.

En el barracón había otra amiga de su misma ciudad.

—¿Por qué no te acercas a las alambradas? —le susurró.

Las vallas de alambrada separaban las distintas zonas del complejo del campo. Estaban salpicadas por torres de vigía, y a su alrededor patrullaban guardias con perros. Aquellas verjas estaban electrificadas con alto voltaje, y las mantenía un interno electricista llamado Henryk Porębski. Era responsabilidad suya llevar a cabo comprobaciones periódicas en toda la extensión del alambrado. «Ir a la alambrada» no significaba escapar, significaba suicidarse.

Los prisioneros más desesperados atravesaban la zona de la muerte por delante de la verja electrificada. Si los centinelas no disparaban contra ellos al momento, se exponían a una descarga eléctrica mortal. Sus cadáveres, entonces, quedaban colgados en las alambradas un tiempo como ornamentos macabros; una advertencia a los demás, o quizá una tentación. Antes de que los prisioneros de una brigada especial retiraran los cuerpos sin vida con unos ganchos fijados a unos palos, los oficiales de los servicios de identificación de la Sección Política (*Erkennungsdienst*) acudían a fotografiarlos desde todos los ángulos. Por la noche, unas mujeres policías con uniformes de trabajo azules patrullaban a la caza de las internas con intenciones suicidas. Incluso esa medida de autodeterminación les era

negada a las desgraciadas que vivían atrapadas en Auschwitz.

Irene había visto a gente echarse sobre la alambrada. Y los había visto humear.

—No, no me voy a las alambradas —dijo.

Todos los días, la amiga de Eslovaquia volvía al barracón y le decía:

—Vamos a las alambradas.

—Si vais, moriréis —replicaba Bracha—. Y les estaréis haciendo un favor a los fascistas. Tenéis que sobrevivir, no morir. ¡Tenéis que vivir!

Bracha estaba decidida a sobrevivir a Auschwitz. A tomarse un café con pastas en Bratislava. A contar su historia.

Irene dudaba, pero su desesperación era difícil de vencer. «Nadie puede sobrevivir a esto —pensaba—. ¿Por qué habría de sobrevivir yo?»

No era la única en sucumbir a la desesperanza. Se trataba de un fenómeno común en los campos de exterminio; el cuerpo y la mente se iban cerrando lentamente en protesta ante el trauma físico y emocional. Finalmente, se instalaba una apatía total. Sin poder bañarse, alimentarse, animarse con nada, esas personas destruidas se convertían en esqueletos tambaleantes, ya casi muertas antes de que las SS acabaran con ellas.

Sin embargo, lejos de mejorar, las cosas empeoraron aún más. Pocos días después, Irene tuvo unas fiebres muy altas. Ahora ella también estaba enferma. Parecía la excusa perfecta para rendirse y salir por la chimenea.

Pero Bracha no pensaba consentirlo.

—Tú no te quedas aquí. ¡Tú te vienes conmigo! —le anunció antes de arrastrarla hasta el trabajo. Poco después de salir del barracón, llegaron unos camiones y se llevaron a las que se habían quedado dentro para trasladarlas a los crematorios.

Un día tras otro, Bracha obligaba a Irene a acudir a Canadá. Irene tenía otra amiga allí, una *kapo*, a la que suplicaba que le consiguiera quinina, que según decía necesitaba para que le bajara la fiebre, pues estaba muy enferma. Bracha registraba las maletas y las bolsas de Canadá en busca de medicinas; aquella noche, Irene acabó con la palma de la mano llena de píldoras. No tenía ni idea de para qué servían, pero le agradeció el regalo a Bracha. Más tarde, cuando esta ya estaba dormida, Irene tomó la decisión de tragárselas todas, sin importarle una posible sobredosis, sin importarle no despertar nunca más. Sería un alivio a sus sufrimientos.

Irene no despertó a la mañana siguiente.

Pasó tres días y tres noches inconsciente, durante los cuales Bracha la cuidó lo mejor que supo. Y entonces... Milagro. Irene abrió los ojos. Se sentía mareada, se tambaleaba. Pero la fiebre había remitido. [45](#)

Su desesperación se mantenía intacta. Recuperar la salud no cambiaba las circunstancias; no le devolvería a sus hermanas. Irene tomó una decisión definitiva; se trasladaría al Bloque 25, el infame barracón de la muerte en el que mantenían a las víctimas hasta que les llegaba el turno de entrar en las cámaras de gas.

El Bloque 25 lo llevaba una muchacha eslovaca llamada Cylka. Había llegado a Auschwitz con apenas dieciséis años, y todavía vestía su bata del colegio. Malvadamente corrompida por las SS, Cylka había dejado atrás su vida anterior junto con su ropa de antes. Parecía un ángel, pero era temida por casi todas las demás prisioneras. No llevaba los harapos de las internas corrientes, sino una gabardina, un pañuelo en la cabeza y unas botas impermeables.

Cuando otra interna de Birkenau le preguntó cómo podía ser tan brutal con las pobres mujeres que aguardaban la muerte en el Bloque 25, Cylka respondió: «Seguramente sabrás que metí a mi propia madre en el carro que la llevó a

la cámara de gas. Deberías comprender que para mí ya no hay nada tan espantoso que no pueda hacer. El mundo es un lugar terrible. Y así es como me vengo de él». [46](#)

Irene había decidido que Cylka sería su carcelera en la antesala de la muerte.

—¿Qué quieres? —le preguntó una mujer apoyada en el muro del Bloque 25.

—Entrar —respondió Irene.

—Antes tienes que borrarle de la lista de tu barracón, y después traer aquí tu tarjeta. Entonces te admitiremos.

Irene regresó a su barracón, derrotada por la perversión de la burocracia del campo, que implicaba que no podía ser asesinada hasta que todo el papeleo estuviera en orden.

—No pienso entregarte tu tarjeta —dijo con firmeza la jefa de bloque al que pertenecía su barracón. Se trataba de una eslovaca de Žilina. Tenía treinta y pocos años, aunque a Irene, que acababa de cumplir los veinte, le parecía una anciana—. De mí no vas a sacar nada. Ya verás, algún día pasearás por el Corso de Bratislava.

Sus palabras le recordaron a la promesa del café con pastas de Bracha.

Si no podían permitirse el lujo de sucumbir a la desesperación, entonces ¿por qué no entregarse al optimismo?

Lo que evitó que Irene acabara suicidándose fue una red de amor y lealtad. Para Irene, Bracha, Katka y Hunya la suerte viró a su favor el día en que Marta Fuchs, la inteligente cortadora de ropa, apareció en Canadá I, llevando a un *Scharführer* por escolta. Marta parecía sosegada, se mostraba confiada y se dedicaba a escoger telas de una pila de género.

Marta tenía una nueva cliente.

Quiero vivir aquí hasta que me muera

Hier will ich leben und sterben.

(Quiero vivir aquí hasta que me muera.)

HEDWIG HÖSS [1](#)

Marta Fuchs, extraordinaria modista de Bratislava, estaba sentada en un columpio del jardín del comandante.

A su alrededor, las rosas trepaban por los enrejados. Las abejas zumbaban sobre los luminosos parterres tapizados de plantas, libando el néctar que usaban para fabricar miel en el panal del huerto. Crecían las hojas nuevas en los árboles jóvenes. Todavía no estaban lo bastante altos como para ocultar la vista de los tejados de los barracones que se alzaban al otro lado del muro del jardín. Al hermano pintor de Hedwig Höss, Fritz, le encantaba salir temprano para inmortalizar las flores a la luz matutina.

El cielo que se extendía sobre Marta, aún sentada en el columpio, era el mismo que sus amigas veían en el campo. Si alzaban la vista, todas contemplaban las mismas nubes, el mismo sol. Y sin embargo, se encontraban en dos mundos totalmente distintos.

Hedwig llamaba a su jardín «el paraíso».

Unos caminitos empedrados de fantasía invitaban a pasear bajo las sombreadas pérgolas, alrededor del estanque ornamental, a acercarse hasta el magnífico invernadero acristalado, hasta el fresco pabellón de piedra en el que habían instalado dos mullidos sofás verdes, una alfombra sobre el suelo de madera y una estufa, que se encendía cuando la temperatura lo requería. ² Aprovechando los escasos días de descanso, el comandante se unía a su familia en torno a una elegante mesa de pícnic con bancos a juego, cubierta de un encantador mantel azul.



Conjuntos de jardinería de la década de 1940, de la revista de costura alemana *Mode und Wäsche*.

Se dice que, cuando recogían las frutas del huerto, Hedwig les recordaba a sus hijos que debían «lavar bien las fresas, porque tienen ceniza». ³ De hecho, el crematorio 1 de Auschwitz se encontraba justo al otro lado del muro.

No muchos años antes, unos jóvenes Hedwig y Rudolf habían soñado con una vida familiar en el campo gracias a los proyectos de la Liga Artaman. Heinrich Himmler había compartido con ellos aquella fantasía granjera. Ahora, la pareja casada había hecho realidad su sueño, y cultivaba verduras en el huerto de su casa. Más significativamente aún, había establecido una serie de enormes subcampos agrícolas en la zona de interés de Auschwitz, incluido el pueblo de Rajsko, del que se habían apropiado.

Se trataba de un sueño que había sido posible gracias al trabajo esclavo. El paraíso de Hedwig y las fincas agrícolas de Rudolf eran, básicamente, plantaciones con esclavos. La ética de honradez, de sangre y suelo promovida por la ideología de Artaman la llevaban a cabo unos trabajadores esclavizados. Una perversa simbiosis biológica vinculaba además a amos con víctimas: las verduras de Rajsko se fertilizaban con las cenizas humanas, que todavía contenían restos de huesos no calcinados por completo. [4](#)

El jardín de la villa de los Höss, que se extendía en paralelo al campo principal de Auschwitz, había sido diseñado y construido por prisioneros, que también eran los encargados de su mantenimiento. Entre 1941 y 1942 (los primeros años en que lo disfrutaron los Höss), un comando de 150 internos convirtieron el jardín en el paraíso que Hedwig tanto adoraba.

Hedwig y Rudolf no eran la única familia de las SS que deseaba contar con un refugio de verdor. Las propiedades requisadas a los polacos se convertirían en lugares más idílicos para los miembros de las SS que se instalaban en ellas. Lidia Vargo, del *Grassabstechen kommando* (la brigada de siega), comentó que los judíos «no tenían derecho a ver hierba verde», y que los obligaban a recortar rectángulos de tierra con prado de todo el perímetro del campo para trasladarlos en carretillas hasta los céspedes de los miembros de las SS. A Lotte Frankl, del *Gartenbau*

kommando (la brigada de la horticultura) la obligaban a cantar marchas militares alemanas mientras cavaba y creaba los jardines de las SS, calzada con zuecos de madera, sin calcetines. [5](#)

Charlotte Delbo, deportada a Auschwitz con las costureras Marilou Colombain y Alida Delasalle, explicaba que llevaban los delantales sucios de tierra porque se dedicaban a trabajar en los jardines de las SS. [6](#) Los excrementos humanos del *Schei ßkommando* se usaban para fertilizar los huertos de verduras. Primo Levi, prisionero italiano, afirmaba que las cenizas humanas se usaban para cubrir los caminos en torno al pueblo en el que residían los miembros de las SS.

Stanisław Dubiel, prisionero número 6059, se sumó al equipo de jardinería de los Höss en abril de 1942, coincidiendo con el momento en que Marta Fuchs llegaba a Auschwitz. Con él trabajaba el interno rumano Franz Danimann, preso número 32635, que trabó amistad con Marta mientras se ocupaba de las frutas y las verduras. Danimann era un veterano de las prisiones nazis, a causa de sus actividades comunistas, que había llevado a cabo en Austria desde hacía mucho tiempo.

Dubiel entró a sustituir a otro jardinero, Bronisław Jarón, un biólogo polaco y profesor universitario que había sido ejecutado. Hedwig no parecía nunca satisfecha con los esfuerzos de Dubiel. Siempre lo enviaba a Rajsco a por más tiestos, más semillas, más plantas, como si ese fuera su centro de jardinería privado. Y sin pagar nada, claro está.

Hedwig llegaba incluso a desviar combustible coque de los suministros del campo para calentar su invernadero en invierno. Sus plantas de interior estaban bien a gusto mientras, a escasos metros de allí, los prisioneros debían darse masajes en los pies, con síntomas de congelación, y se acurrucaban como podían en unos barracones gélidos. Ese era el mismo invernadero que se usaba para cultivar las

flores que se enviaban todas las Navidades a Berchtesgaden para Adolf Hitler y Eva Braun. [7](#)

Como en cualquier plantación, los «propietarios» de los esclavos daban por sentado que la apariencia servil de sus trabajadores implicaba también un espíritu servil. Pero era todo lo contrario. Tanto los prisioneros como los sirvientes polacos usaban su situación de relativa libertad para propiciar vínculos activos con la red clandestina de Auschwitz. Franz Danimann, el jardinero de Hedwig, era un miembro clave de la organización secreta *Kampfgruppe Auschwitz*, el Grupo de Combate de Auschwitz. [8](#) En una ocasión en que las prisioneras quisieron ganarse el favor del doctor de las SS Eduard Wirths —un favorito del comandante pero también alguien relativamente benévolo con los prisioneros que trabajaban en puestos médicos—, otro de los amigos de Marta —el interno Hermann Langbein, que también pertenecía al *Kampfgruppe Auschwitz* —permitió que robaran rosas del invernadero de Hedwig para enviarlas a *Frau* Wirths por su cumpleaños. Por desgracia, Hedwig fue invitada a la fiesta. El ambiente, cuando esta reconoció sus flores, fue descrito como «tenso de principio a fin». [9](#)

Cavando, arando, sembrando, Dubiel pasó a ser parte del paisaje del huerto, y no le costaba demasiado escuchar conversaciones y posteriormente compartir información con la red clandestina. Durante la segunda visita de Heinrich Himmler a Auschwitz en 1943, Dubiel oyó que Höss declaraba que estaba convencido de que, con sus acciones en el campo, estaba sirviendo a su patria. [10](#)

Parece evidente que, por más desagradable que le resultara su trabajo, Höss actuaba por convicción, no por coacción. Su participación en el genocidio podría haberse considerado como un mero «acatamiento a unas órdenes», pero Höss no flaqueaba en su apoyo a un régimen que emitía, hacía posible y justificaba dichas órdenes. Obedecer

las instrucciones de exterminar a decenas de miles de personas inocentes era algo logísticamente difícil, pero no ha sobrevivido ninguna prueba que demuestre que eso fuese en contra de sus creencias más básicas, en una Europa en la que los «subhumanos» estaban siendo sustituidos por alemanes de bien.

Marta Fuchs seguía en el columpio, en el jardín que cuidaban Dubiel y Danimann. Había sido deportada, degradada y vestida con ropa de prisionera, pero no había sido derrotada. Hedwig había requerido los servicios de Marta para que esta la ayudara a mantener su estilo de vida privilegiado. Y ella se aprovecharía de esa posición para salvar vidas.

Ahora lamento profundamente no haber pasado más tiempo con mi familia.

RUDOLF HÖSS [11](#)

—Puedes columpiarte si quieres —le dijeron a Marta las hijas pequeñas de los Höss—. Nosotras te vigilaremos para asegurarnos de que no te escapas. [12](#)

Para Brigitte, de ocho años —su nombre completo era Inge-Brigitte, y la llamaban Püppi—, no había nada raro en el hecho de tener prisioneros en la casa y el jardín.

«Siempre estaban contentos y querían jugar con nosotros», comentó muchas décadas después. [13](#) Heidtraut, Kindi, tenía dieciséis meses más. A menudo, a las dos hermanas las vestían igual. Había un hermano mayor, Klaus, que ya había cumplido los doce años en 1942, y otro, Hans-Jürgen, un pequeño rechoncho de cinco años muy aficionado a los caramelos. No cuesta suponer quién cosía las ropas de los niños.

Para los hijos de los Höss, el jardín era un patio de juegos. En verano se refrescaban en la piscina, que era pequeña pero contaba con su propio tobogán. Se divertían con los

dálmatas de la familia en el césped y construían castillos en el rectángulo de arena. En invierno salían a dar paseos en trineo, y al volver a casa les esperaban abrazos y tazones de chocolate caliente. Los prisioneros les fabricaban juguetes: un avión de madera enorme para Klaus, con un propulsor motorizado, y para Hans-Jürgen, un coche a escala que funcionaba y que podía conducir, imitación de los vehículos de las SS.

A Marta, en un principio, la habían llevado allí para que ejerciera de criada para todo, para que se ocupara de la casa y de los niños, a los que les gustaba pasar el tiempo con visitas que acudían del otro lado de aquellos muros de ladrillo. A su vez, a las internas les encantaba ver a los niños felices, y en ocasiones desarrollaban relaciones de afecto con ellos. En una ocasión conmovedora, un interno jardinero muy querido vino a despedirse de los niños. Hedwig no les explicó que, después, se lo habían llevado y lo habían ejecutado ante el «Muro de la Muerte», en las inmediaciones del Bloque 11 del campo. [14](#)

A Hans-Jürgen, a Kindi y a Püppi les caía bien Marta —era una joven simpática por naturaleza—, y no les importaba que se sentara en su columpio. Marta sabía que debía andar con más cuidado con Klaus, el mayor. Ya era miembro de las Juventudes Hitlerianas, y se había convertido en un matón. Leo Heger, el chófer de los Höss, decía que Klaus disparaba a los prisioneros con su tirachinas. Danuta Rzempeil, una adolescente polaca del pueblo reclutada para limpiar los zapatos de los niños y echar una mano en la cocina, recordaba a Klaus como un niño malo al que le encantaba pegar y azotar a los prisioneros. [15](#) «Tío Heini» —el mismísimo Heinrich Himmler— le había regalado un uniforme de las SS de su talla, y se sabía que contaba cosas de los prisioneros que, según él, merecían un castigo.

Hedwig también transmitía unos informes parecidos a su marido cuando este llegaba del trabajo. Al desprenderse de

su uniforme, este se desprendía también de su papel de comandante de un centro de exterminio. Püppi, mucho después, lo describiría como «el hombre más agradable del mundo». [16](#)

Sus hijos, por supuesto, no sabían nada del verdadero horror del trabajo de su padre. Eran demasiado jóvenes para ser responsables de algo; eran inocentes. Como lo eran todos los bebés y los niños asesinados en el campo bajo el mando de Höss, incluidos familiares muy jóvenes de Bracha, Irene y sus amigas.

Un día, Hedwig hizo saber que necesitaba con urgencia a alguien que le hiciera un abrigo de pieles a partir de varias piezas que ya tenía.

—Eso puedo hacérselo yo —dijo Marta.

El arreglo fue todo un éxito. Y Marta se convirtió en costurera a jornada completa en casa de los Höss. Su nuevo taller no era un salón moderno. Hedwig había convertido los espacios del desván en habitaciones separadas. Allí se alojaban las sirvientas alemanas que cumplían sus *Arbeitsdienst* (sus tareas laborales), entre ellas las hijas de la gobernanta, Elfryda, así como la criada polaca Aniela Bednarska.

Si bien Elfryda, aparentemente, disfrutaba al ver que golpeaban a las prisioneras, Aniela les pasaba a escondidas mensajes de otras presas y también robaba comida de la bien surtida despensa de los Höss. Aniela admitiría que Rudolf era leal con el servicio doméstico y los jardineros, llegando incluso a llevarles cestas de comida y botellas de cerveza a los hombres en ocasiones especiales. Con el tiempo, Hedwig despidió a las dos criadas alemanas por ser «demasiado perezosas». Las sustituyó por dos testigos de Jehová encarceladas en Auschwitz por razón de su fe.

Según Hedwig, las testigos de Jehová eran las mejores criadas porque nunca robaban nada. También estaba el pequeño detalle de que no había que pagarles un sueldo,

aunque oficialmente las familias de las SS debían remitir veinticinco marcos a la administración del campo a cambio de contar con presidiarias como servicio doméstico.

Una trabajada verja de hierro forjado conectaba el jardín y la casa de los Höss. Unos peldaños conducían a la puerta trasera y a la cocina, donde Hedwig pasaba muchos ratos cocinando ella misma. Marta, enamorada de las artes, se habría interesado por las pinturas que colgaban en las paredes de la casa. Algunas habían sido escogidas por un pintor polaco hecho prisionero, Mieczysław Kościelniak, y eran todas producto del saqueo. Otras eran originales del hermano de Hedwig, Fritz Hensel, casi todas paisajes de la zona de Auschwitz y del río Sola, que pasaba muy cerca de la casa.

Presidía el dormitorio un gran óleo con flores. Hedwig colgaba la ropa en un armario de cuatro cuerpos con puertas de cristal esmerilado en las que se reflejaban las dos camas individuales. Los cajones de la cómoda contenían la ropa interior que había conseguido de las maletas de las deportadas asesinadas. Se había llegado a apropiar incluso de ropa interior enviada a sus criadas, a las que, a cambio, entregaba prendas viejas y descartadas. [17](#)

Un prisionero polaco llamado Wilhelm Kmak acudía a menudo a casa de los Höss a tapar con pintura los garabatos y rayaduras de los niños en las paredes. Le pedía a las costureras que no disuadieran a los pequeños de seguir rayando las paredes, pues las visitas a aquella casa eran su único contacto con el mundo civil. [18](#)

El estudio de Höss era un espacio muy privado, lleno de libros, cigarrillos y vodka. Entre todos los libros, había uno sobre las aves de Auschwitz escrito durante el mandato de Höss. Inspirado por su amistad con la maestra de sus hijos, Käthe Thomsen, y su esposo de las SS, Reinhardt —aficionado a las aves, además de agrónomo del campo de concentración—, Höss dio instrucciones para que nadie

disparara contra los pájaros de Auschwitz. Los prisioneros, en cambio, eran blancos propicios.

Las urracas hacían sus nidos en los altos álamos que rodeaban el campo; algo del todo apropiado en un lugar regentado por personas aficionadas a robar todo lo que les entraba por el ojo.

Los muebles de nogal del estudio y el comedor adyacente los habían fabricado los prisioneros en los talleres del campo, lo mismo que los que decoraban la sala de juegos infantiles de la planta superior, pintados de vivos colores. De hecho, la familia Höss se mostraba tan cercana con el responsable de los talleres, Erich Grönke —alguien que en su día había sido delincuente profesional—, que el pequeño Hans-Jürgen decía que no podía dormirse a menos que Grönke entrara a darle las buenas noches.

Grönke era el director de la Bekleidungswerk Stätten-Lederfabrik, un taller de ropa del campo que ocupaba una antigua curtiduría. Visitaba a diario la casa de los Höss y les llevaba sillas tapizadas en cuero, maletines, bolsos, maletas y zapatos; también centelleantes lámparas de araña y juguetes para los niños. Hedwig firmaba autorizaciones para que le trajeran artículos producto del saqueo, entre ellos manteles, toallas, vestiditos y un chaleco bávaro gris, de lana, de segunda mano. Ese chaleco era para Hans-Jürgen.

Allerlei Neues aus unserem Handarbeitskorb

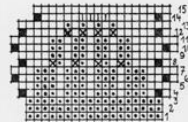
Aparte Stridarbeiten und schöne Vorlagen für Kreuzstiche



I Kleidchen in Spinnstich

No. 1 — Kleidchen in Spinnstich für drei- bis vierjährige Mädchen.

Zur Anfertigung des reizenden Kleidchens sind erforderlich: ein einfarbiges, feines, weißes oder hellblaues, 2 lange und 4 kurze Stricknadeln Nr. 2½, eine Rundstricknadel in gleicher Größe, 1 Gürtelnadel Nr. 2 und zwei kleine Verstellknöpfe. Mädchen und Knecht werden in einem Spinnmuster, das nach der Strickweise zu arbeiten ist, gestrickt. Vorder- und Rückenteil der Wäsche sind im Aufschlagengewebe, wobei stets nur rechte Maschen zu stricken sind, ausgeführt. Man arbeitet die Größe nach einem



Ia Strickweise für das Spinnmuster des Kleidchens Abbildung I

passenden Maschenstich, den wohl jede Mutter vorrätig hat. Bei der Strickweise arbeiten die offenen Quadrate rechte Maschen, Quadrate mit Punkt linke Maschen, Kreuzstich Quadrate 2 Maschen hoch zusammenstricken. Quadrate mit geradem Strich in der Mitte 2 Maschen rechts zusammenstricken, Kreuzstich Quadrate 1 Aufschlag. Die Reihe immer von rechts nach links arbeiten. Die Strickweise gibt einen Musterlauf, der stets zu wiederholen ist. Zwei Maschen nach vom unteren Rand aus in Randem gestrickt. Man beginnt mit 30 bis 35 Zoll langem Aufschlag, dessen Ma-

ßenmaß durch 18 teilbar sein muß. Die Maschen gibt man auf die Rundstricknadel und arbeitet etwa 12 Zoll im Spinnmuster. Dann folgt 1 Reihe rechter Maschen. In dieser Reihe sind in gleichmäßigen Zwischenräumen 10 rechte Maschen abgemessen, daß die Reihe 20 Zoll weit wird. Hierauf strickt man mit den langen Nadeln über die Hälfte der Maschen den Rückenteil, über die anderen den Vorder- und Rückenteil der Wäsche in links- und rechtsgehenden Reihen im Aufschlagengewebe. Beim Rückenteil sind in 5 Zoll Höhe in der Mitte der Strickerei für den Knopfknopf in 5 Zoll breite Maschen abgemessen. Über die Maschen rechts und



II Gestricktes Kleidchen

ße davon wird dann je separat gearbeitet. Der Rückenteil ist in 4 Zoll Höhe in der Mitte für den Knopf zu teilen. Hier oben Knecht strickt man 90 Maschen an, verteilt sie auf 4 kurze Nadeln, strickt sie ganz gerade und teilt etwa 5 Zoll im Spinnmuster. Sind alle Teile fertig, spannt man Vorder- und Rückenteil der Wäsche nach dem Knecht. Der untere Rand von Rücken und Knecht ist in Wogen zu bannen. Darnach näht man die Teile zusammen. Der eine Aufschlag ist mit 1 Reihe, der andere mit 3 Reihen feiner Maschen zu befüllen. Alle übrigen Ränder befüllt man zuerst mit 1 Reihe feiner Maschen, dann mit einer Rei-

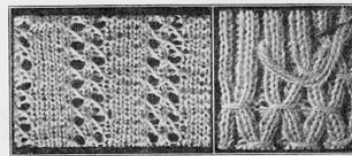


III Gestrickte Bluse für Mädchen

Se Vorschau für letztere Arbeit man strickt 1 Reihe Maschen in eine feine Wäsche des unteren Randes, dann fortlaufend im Wechsel 5 Aufschlägen, 1 feine Wäsche in die zweite feine Wäsche. Gestrickten und das Kleidchen mit feinen gebildeten Schlingen und den Verstellknöpfen.

II Gestricktes Kleidchen für zwei- bis vierjährige Mädchen

Als Material braucht man etwa knapp 1½ Pfund mittelfeine Spinnwolle in beliebiger Farbe, 2 lange Stricknadeln Nr. 3, 1 Gürtelnadel Nr. 2, zwei kleine Knöpfe. Gestricktes Kleidchen: Rücken und Knecht des Kleidchens sind in dem nachfolgenden, durchstrichenen Strickmuster zu stricken. 1. Reihe: Kreuzstich 4 rechte Maschen, 1 Aufschlag, 2 Maschen rechts zusammenstricken, 1 Umklapp, 2 Maschen zusammenstricken. — 2. Reihe: Alle Maschen und Umklapp links abstricken. — 3. Reihe: Alle Maschen rechts abstricken. — 4. Reihe: Alle Maschen links abstricken. — 5. Reihe: 4 Reihen links wiederholen; Reihe die untere Reihe Strickweise. Rückenteil und Wäsche sind im Spinnmuster, 2 rechte Maschen.



IIa Arbeitsprobe zur Ausführung der durchstrichenen Strickerei und der Zusammenstricken des Kleidchens Nr. II

Patronos de calceta alemanes para ropa de niña. Mancí, la peluquera judía de Hedwig, convenció a la señora para que se agenciara a una prisionera que tejiera prendas de punto para sus hijos, y de ese modo la interna Ella Braun consiguió un puesto.

La ropa que Hedwig adquiría del saqueo de Auschwitz se enviaba al taller del desván para someterla a los arreglos correspondientes. Según se contaba en la familia, hacía que le quitaran los botones a todo y que les pusieran otros, pues le desagradaba la idea de tener que abrochar y desabrochar los mismos que habían tocado manos judías. [20](#)

Marta no fue la primera de las costureras en trabajar para Hedwig, ni la única. Pero sí sería la más influyente de todas, y la que más duró en su puesto.

Una de las mejores amigas de Hedwig era Mia Weiseborn, casada con uno de los guardias del campo. Era una costurera de gran talento, y bordó con hilo de oro una pieza especial para Hedwig: el escudo heráldico de la familia Höss

en una tela de seda color púrpura. Para las labores de costura de todos los días, Hedwig contaba con una costurera polaca, Janina Szczurek, de treinta y dos años, que no podía negarse a acudir a la casa de la calle Legiónów. Temerosa, con motivo, de los ocupantes nazis, Janina se llevó consigo a una de sus aprendices para que la ayudara, una mujer llamada Bronka Urbańczyk.



Uniformes escolares femeninos presentados en una edición de 1944 de la revista de costura alemana *Mode Für Alles* (Moda para Todas).

Hedwig no era una jefa generosa. Janina dejó de trabajar con ella porque solo le pagaba tres marcos y un plato de estofado por toda una jornada. Inquieta ante la posibilidad de quedarse sin su ayuda, Hedwig le ofreció diez marcos, y

Janina regresó. Una vez de regreso, se alió con Agniela Bednarska, la gobernanta, para que la ayudara a sacar a escondidas medicamentos y a enviar mensajes donde se necesitaban. Además, con la excusa de que debía reparar la máquina de coser, tenía ocasión de conversar con hombres presos, con los que compartía información sobre la evolución de la guerra.

Por su parte, Agniela le pasaba a Janina paquetes de comida, que escondía en ramos de flores cogidas del jardín mágico de los Höss, que Hedwig, amablemente, le permitía arrancar. [21](#)

Un día, los hijos de los Höss se acercaron corriendo a Janina y le pidieron que les cosiera unos complementos para un juego al que querían jugar. Ella, obediente, hizo lo que le requerían. Al regresar a casa, el comandante se encontró a Klaus con un brazalete de *kapo* sobre la manga de la camisa, y a sus hijos pequeños paseándose por el jardín como prisioneros, cada uno de ellos con un triángulo de un color cosido a la ropa. Rudolf les arrancó aquellos emblemas de tela, y les prohibió que en adelante se entretuvieran con ese tipo de juegos. Cuando Janina, finalmente, abandonó la casa de los Höss, seguramente se alegró de librarse de aquellos dramas. Y Hedwig se ahorró los salarios de las costureras recurriendo a judías que trabajaban gratis, como esclavas.

Hedwig no era, ni mucho menos, la única que se aprovechaba de la amplia oferta de mano de obra del campo de concentración. Aunque no se conservan registros de todos los prisioneros que trabajaban en servicios, en un documento administrativo de Auschwitz se enumeran las familias de las SS que recurrían a testigos de Jehová para los trabajos domésticos. Unas noventa mujeres de esa confesión se alojaban en el *Stabsgebäude* con los *kommandos* de confección y limpieza de ropa. En mayo de 1943, se realizó una petición formal para que fueran

deportadas a Auschwitz más testigos de Jehová que ayudaran a las familias numerosas. [22](#)

Todas las familias de las SS hacían un uso hipócrita de la mano de obra de los presos. El doctor Hans Münch, del Instituto de Higiene de Auschwitz, fue quizá quien mejor lo expresó. Dijo que todo el mundo tenía *Dreck am Stecken*, «barro en el bastón». Y lo aclaró del siguiente modo: «Estaba claro que todo el que podía tenía a un sastre esperando en algún sitio para que le cosiera los uniformes u otras cosas». [23](#)

Existen numerosos ejemplos que ilustran la complicidad de las SS. Un agente del cuerpo que trabajaba en la fábrica de munición le pidió a una interna que le cosiera un osito de peluche para su hijo, con un sombrero tirolés y pantalones a juego. [24](#) Una oficial de las SS exigió que le confeccionaran una bonita muñeca de trapo como regalo de Navidad, con unos tirabuzones dorados que había sacado de un almacén de pelo humano. La costurera en cuestión se armó de valor y le respondió que, en lugar de cabello, usaría hilos de seda para bordados. [25](#)

La auxiliar de las SS Irma Grese llevaba ese privilegio hasta el extremo, y contaba con su propia modista particular, a la que enviaba a hacer sus recados por todo el campo. Grese, que tenía solo diecinueve años cuando llegó a Auschwitz tras un período de formación en Ravensbrück, era una joven de una belleza excepcional, y las prisioneras la llamaban «ángel rubio», pues no podían evitar comparar su lamentable aspecto con el de la joven, que se paseaba con unos trajes hechos a medida y un peinado impecable.

Una modista prisionera, Madame Grete, tenía motivos más que justificados para temer a Grese, que era una sádica pura y que acudía a ella hecha una furia si no satisfacía sus exigencias irrealizables. Madame Grete, en el pasado, había estado a cargo de su propio salón de modas en Viena, pero ahora tenía que coser a cambio de cuatro mendrugos de

pan. Según su relato, los roperos de Grese estaban llenos a rebosar de prendas de alta costura procedentes de París, Viena, Praga y Bucarest, todas ellas impregnadas de perfumes saqueados. [26](#)

Hedwig Höss, en tanto que esposa del comandante, disfrutaba aún de más ocasiones para la explotación. Hedwig se había acostumbrado a la superioridad confiada del nacionalsocialismo. Y le resultaba de lo más conveniente sacarle todo el partido.

Solo un pequeñísimo número de miembros de las SS no se enriquecían en los lugares de destrucción.

HERMANN LANGBEIN [27](#)

Esta fotografía se tomó para celebrar el nacimiento de la pequeña Annegrete Höss, en noviembre de 1943. En el espacio reservado al «lugar» del certificado de nacimiento de Annegrete consta «Auschwitz». En el retrato, Rudolf y Klaus visten uniformes de las SS. Püppi y Kindi llevan dos vestidos-blusón idénticos, con mangas abullonadas. Hedwig se ha puesto un elegante vestido de tarde, ribeteado, de topos blancos. Vistos a través del filtro de la ideología nazi, son la encarnación misma de la familia aria.



Retrato de la familia Höss en 1943.

La cámara que se usó para tomar la fotografía era un regalo del «tío Heini», es decir, de Heinrich Himmler. Los uniformes los había confeccionado mano de obra esclava. Muy probablemente, los demás vestidos se habían cosido con telas robadas, o seguramente los habían sacado de las pertenencias de deportados asesinados y los habían adaptado.

Marta cosía para Hedwig una ropa que encajaba a la perfección con la imagen de una familia alemana perfecta. En sus juegos en casa, o en el jardín, las niñas de los Höss se veían encantadoras con sus trenzas y sus batas de algodón conjuntadas. Los chicos iban con sus camisas y sus pantalones cortos. Lavaban toda la ropa antes de ponérsela, por supuesto, lo que no podía decirse de la ropa de los prisioneros.

Los niños no tenían la menor idea sobre la procedencia de sus ropas. Hedwig sí lo sabía muy bien. Enviaba a sus criadas al taller de confección de Grönke, y a Marta a «comprar» a los grandes almacenes de Canadá.

Fue allí donde Bracha vio a Marta por primera vez.

Bracha y Katka se habían convertido en dos selectas cosedoras para las SS en Canadá. Bracha, junto a sus dos hermanas, las tres del sur de Eslovaquia, había sido reclutada por el jefe *Scharführer* Wiegler. Sentadas, se dedicaban a coser en Canadá I, en un altillo interior con balcón tapizado de estantes anchos en los que se almacenaban telas, retales y material de costura, y en el que se encontraba también la máquina de coser que usaba Bracha. Todo provenía de las montañas de artículos producto del saqueo: algunas cosas del equipaje de los deportados; otras, de tiendas de judíos «arianizadas».

Y allí entró Marta. Hablaba húngaro (muchos eslovacos pasaban con facilidad de una lengua a la otra), e informó a Bracha de lo que necesitaba llevarse de los estantes. Esta se levantó al momento para encontrar lo que le pedía, y empezó a desenrollar telas.

—¿Te refieres a algo así?

—Puede ser... O en otro color —dijo Marta. Y así siguieron conversando.

Tal era la abundancia de materiales que no hacía falta llevar ningún control de las existencias y, claro está, tampoco hacía falta pagar nada jamás.

Los miembros de las SS se servían a su antojo en los almacenes de Auschwitz en los que se guardaba el producto del expolio. En una zona, los artículos se exhibían como en las vitrinas de los grandes almacenes: perfumes, lencería, pañuelos, cepillos para el pelo. Y la apropiación no era solo un vicio femenino. Todo lo contrario: los agentes de las SS se llevaban dinero, plumas estilográficas, relojes. El doctor

de las SS Johan Kremer enviaba con regularidad paquetes con caprichos a sus amistades de Alemania.

«Los prisioneros me permitían coger algunas cosas de entre aquellos artículos, como por ejemplo jabones, pasta de dientes, hilos, agujas, etcétera», explicó durante el juicio al que fue sometido después de la guerra, y añadió que eran cosas «necesarias para el uso cotidiano». [28](#) A los propios prisioneros, en cambio, no se les permitía disponer de aquellos productos «necesarios», ni siquiera si eran suyos, ni siquiera los que se habían traído al campo desde sus casas.

Las criadas polacas de la zona obligadas a trabajar en los domicilios de las SS aseguraban haber visto en ellos pertenencias de uso diario que eran de judíos, desde ropa de cama a joyas, y que cargaban baúles antiguos con objetos de valor y los enviaban a Alemania. Hedwig Höss mantenía bien surtidos a sus familiares en la madre patria gracias a los paquetes que enviaba desde Auschwitz.

El expolio era descarado y, sin embargo, totalmente ilegal, según la declaración firmada por todo el personal de Auschwitz: «Tengo conocimiento, y así se me ha informado en el día de hoy, de que se me aplicará la pena de muerte si me apropio de pertenencias de los judíos». [29](#)

La enfermera civil Maria Stromberger, que llegaría a ser una de las aliadas de Marta Fuchs en la resistencia de Auschwitz, se negó a firmar aquella declaración, manifestando, indignada: «¡Yo no soy una ladrona!». [30](#) Incluso Himmler, que sabía muy bien que las arcas nazis estaban llenas de objetos de valor judíos, se expresaba en contra del robo al tiempo que felicitaba a sus hombres por mantenerse «decentes», mientras estos asesinaban a decenas de miles de judíos en matanzas que se extendían por Europa del Este y los territorios rusos ocupados: «Teníamos el derecho moral, teníamos el deber para con nuestro pueblo de destruir al pueblo que quería destruirnos.

Pero no tenemos derecho a enriquecernos con siquiera unas pieles, un reloj, un solo marco, un solo cigarrillo o ninguna otra cosa». [31](#)

Es evidente que el motivo por el que se prohibía robar a los rangos inferiores de las SS era para frenar la fuga de los recursos que el Estado quería mantener centralizados. Los peces gordos de Berlín deseaban acumular más ganancias para sí mismos.

El robo entre las filas de las SS llegó a ser tan extremo que, finalmente, una comisión de investigación se desplazó hasta Auschwitz. El oficial de asuntos legales Robert Mulka ordenó registros a las mujeres de las SS y encontró joyas y lencería que se habían llevado de Canadá. Las condenas iban de dos a tres años de cárcel. En cambio, los asesinatos no autorizados y las torturas más sádicas no se investigaban: eran el pan de cada día en el campo de exterminio.

En varios casos, el saqueo fue la perdición de los agentes de las SS mucho después de que Auschwitz fuera liberado.

Uno de los que fueron a juicio fue Maximilian Grabner, el sádico y asesino *Untersturmführer* de las SS. Algunos *kapos* de los talleres de Grönke le llevaban a Grabner artículos expoliados, que él enviaba a su familia de Viena. (También ordenó a su suboficial, el cabo Pyschny, que cazara zorros para que su mujer pudiera confeccionarse un nuevo abrigo de pieles.) Después de la guerra, un hombre que había sido prisionero en Auschwitz oyó hablar de una familia en Viena que recibía con frecuencia cajas procedentes de la Alta Silesia, la región en la que se encontraba el campo de concentración. Se alertó a la policía, y el criminal de guerra fue detenido y posteriormente, en 1947, ejecutado. Aquellos paquetes precipitaron su caída y su muerte. [32](#)

La avaricia también provocó la detención del *Scharführer* de las SS Hans Anhalt, que se enviaba a sí mismo numerosos paquetes con objetos de valor procedentes de

Canadá. Al terminar la guerra, empezó a llevarlos a casas de empeño para obtener dinero. No despertó sospechas hasta 1964, cuando, al registrar su casa, descubrieron los restos del botín de Canadá, incluidos maletines caros y guantes de piel. A Anhalt lo condenaron a cadena perpetua.

[33](#)

Uno de los últimos hombres de Auschwitz en ir a juicio fue Oskar Gröning, que se dedicaba a contar y clasificar los objetos de valor confiscados a las personas que llegaban al campo. En 2015, fue declarado culpable de contribuir al asesinato en masa. Él mismo declaró que el robo era «una práctica absolutamente común en Auschwitz.» [34](#)

Los votos de obediencia de los SS, que prometían morir por el Führer y el Reich eran una excusa muy útil para todos aquellos que pretendían quedar exonerados de sus crímenes al término de la guerra y recurrían al argumento de que «yo solo cumplía órdenes». Sin duda, los miembros de las SS en Auschwitz escogían qué órdenes cumplir con agrado y cuáles pasar por alto.

Solo habían invitado a las esposas de los nazis de mayor rango. Muchas de ellas eran absolutamente horrendas, otras, muy elegantes. Se suponía que nuestros diseños de moda debían contribuir a cultivarlas.

DETLEV ALBERS, DISEÑADORA DE MODA DE BERLÍN, SOBRE UN PASE ANTE LAS ESPOSAS DE LOS SS EN LA RESIDENCIA DE LOS GOERING [35](#)

Un destacado juez de las SS comentó que a los líderes de las SS en Auschwitz no se los registraba en busca de bienes robados; era a los de menor rango a los que se perseguía por sus infracciones. Rudolf Höss se manifestó en contra de las transacciones del mercado negro, pero en cambio no se cuestionaba la procedencia de los elementos de su casa bien amueblada y su bien provisto jardín. Sin duda, también

era cómplice en la obtención de productos y en la protección de los miembros de las SS que se los procuraban, incluido el hombre que le escogía bellas telas «arianizadas» cuando realizaba viajes para ir de compras en nombre de la administración del campo. [36](#) El rango tiene sus privilegios.

En el Tercer Reich, las diferencias de rango debían enfatizarse para mantener la estructura de poder. Hedwig Höss había sido anfitriona de invitados influyentes e ilustres, como el general de las SS Oswald Pohl, jefe de las empresas industriales de la organización, que comió una generosa ración de asado de cerdo y tomó café de verdad y refrescante cerveza durante una cena de gala celebrada en su casa de Auschwitz en septiembre de 1942. [37](#) Hedwig no contaba con Marta solo para que le confeccionara la ropa que más le gustara, sino que necesitaba contar con un fondo de armario que reflejara su estatus en tanto que esposa del comandante.

Hedwig no resplandecía con el brillo de la enjoyada Emmy Goering, ni iba tan impecablemente peinada como Magda Goebbels, pero recibía a dignatarios de alto rango y a industriales importantes, así como a sus esposas.

Los hombres dominaban las esferas política y militar del Tercer Reich. El papel de Hedwig, en consonancia con la ideología nazi, era doméstico. Entre bambalinas, con un delantal puesto, instaba a las internas a llenar la despensa de comida procedente del mercado negro del campo — azúcar, cacao, canela, margarina—, y les pagaba con cigarrillos por el riesgo extremo que corrían.

Durante las cenas, vestida con elegancia, ofrecía a sus invitados banquetes exquisitos. Allí no había el menor atisbo de los racionamientos propios de la guerra ni de los cupones de alimentos. Fritz, el propio hermano de Hedwig, en relación a su hospitalidad, comentó: «Me sentía cómodo en Auschwitz, había de todo y en abundancia». [38](#)

No muy lejos de allí, Bracha, Irene, Katka y Hunya daban sorbos a una sopa de nabo y se comían como podían sus mendrugos de pan duro. Rudolf Höss tenía razón cuando describía Auschwitz-Birkenau como «otro planeta» cuando llevaba a Fritz a realizar una visita guiada por el campo. [39](#)

Con motivo de la segunda visita de Himmler al campo en enero de 1943, Hedwig sirvió un desayuno tan delicioso que llegó tarde a una demostración sobre el funcionamiento de las cámaras de gas. Las víctimas escogidas tuvieron que soportar la espera encerradas en aquella sala de cemento salpicada de duchas falsas. Tras el recorrido por el campo, con un frío espantoso, Himmler podría entrar en calor en la casa, en la que habían instalado un moderno sistema de calefacción. Cuando Adolf Eichmann fue de visita, describió la residencia de Hedwig como «agradable y acogedora». [40](#)

El libro de invitados de la casa estaba lleno de dedicatorias y cumplidos: «Gracias, mamá Höss...»; «Os deseamos salud, felicidad y alegría»; «He pasado muchas horas de descanso con viejos amigos». [41](#)

La razón de ser de la esposa nazi era engendrar hijos y apoyar a su marido. Hedwig estaba más que a la altura en su cometido: invitaba a viejos amigos a la casa, así como a camaradas del campo para que Rudolf pudiera relajarse un poco tras una dura jornada haciendo posible el genocidio. Organizaba pícnicos y salidas a caballo a orillas del río cercano, e incluso excursiones a un centro de vacaciones de las SS llamado Solahütte, donde oficiales y auxiliares de sexo femenino descansaban tomando el sol, cantaban con el acompañamiento de un acordeón, paseaban por los prados y recolectaban arándanos. [42](#)

El personal de las SS podía divertirse con representaciones teatrales, ópera en vivo y estridentes sesiones de canto en grupo, así como con proyecciones de películas. Contaba, además, con un casino y una biblioteca. Había numerosos

restaurantes en la ciudad más cercana, como el Ratshof y el Gashof zur Burg.

En tanto que personalidades más destacadas de Auschwitz, Hedwig y Rudolf disfrutaban de asientos de primera fila en todos los espectáculos, y, cuando asistían, se vestían para la ocasión. La música era un aspecto importante de la vida del campo para las SS. Los domingos, una orquesta formada por prisioneros (todos hombres) tocaba en la plaza situada entre la residencia de los Höss y el edificio del crematorio.

En Birkenau había una orquesta de mujeres. Tocaron vales vieneses y la *Rapsodia húngara* de Liszt durante un concierto especial de verano. La esposa de un alto mando de las SS asistió con su familia, y lo hizo ataviada con una falda tradicional austríaca de generosas proporciones. Su hijo llevaba un cartel colgado al cuello en el que declaraba ser el hijo del *Lagerführer* Schwarzhuber, de las SS. No quería que lo confundieran con un niño judío y que lo gasearan. [43](#)

Para los conciertos vespertinos, a la solista de la orquesta se le facilitaba un vestido de noche escotado de color rojo sacado de Canadá. El resto de sus componentes vestían de manera idéntica, con vestidos confeccionados en el taller de Birkenau. La costurera húngara Ilona Hochfelder recordaba haber cosido unas blusas blancas y rojas para la orquesta que se combinaban con faldas negras o azul marino. Su recompensa fue un terrón de azúcar y una manzana. Ilona, antes de la deportación, había trabajado para la ilustre casa Chanel de París. Al oír la música quedó tan conmovida que quiso hablar con el director. [44](#)

Hunya Volkmann no tenía unos recuerdos tan sublimes de aquella orquesta, a pesar de que, cuando vivía en Leipzig, adoraba asistir a conciertos. En Auschwitz y Birkenau, a los músicos los obligaban a tocar melodías alegres para los prisioneros que desfilaban camino del trabajo, y también a

su regreso. A Hunya le parecía un ritual discordante, aterrador, y veía a los músicos «como fantasmas de otro mundo». [45](#)

Otro de los papeles que debía asumir Hedwig era el de figura maternal para las guardias del campo. Su edad media era de veintiséis años; algunas eran adolescentes. Se sometían a un adiestramiento deshumanizador, pero seguían siendo muy humanas, y cargaban con todo su propio espectro individual de vicios consentidos y virtudes reprimidas. Acudían a Hedwig para compartir con ella sus preocupaciones; le contaban lo mucho que sufrían a causa de la brutalidad que debían ejercer en su trabajo. El único «consuelo» que ella podía ofrecerles era que, cuando la guerra hubiera terminado, sus problemas también llegarían a su fin: todos los judíos estarían muertos. [46](#)

Cuando Hedwig y Rudolf tenían que salir de Auschwitz para asistir a algún acto, podían llamar a Maria Mandl, *Lagerführerin* de las SS, para que cuidara de los niños. Mandl, que odiaba a los judíos con saña y convicción, era mecenas de la orquesta femenina y, además, le encantaban los niños. En el álbum de fotografías de los Höss aparece con un traje de baño moderno en la plataforma del río Sola, dispuesta a darse un chapuzón con las niñas de la familia. La enfermera Maria Stromberger describió a Mandel como «la encarnación del diablo». [47](#)

Una noche, Hedwig y Rudolf decidieron pasar un rato en el casino ubicado en la cantina de los oficiales. En una variación de la anécdota que contó la costurera Janina Szczurek sobre que los niños jugaban a ser prisioneros, la amiga bordadora de Hedwig, Mia Weiseborn, les cosió brazaletes e insignias para que todos pudieran jugar a ser *kapos* que golpeaban a una prisionera. En ese caso, su blanco era una interna real, Sophie Stipel, la cocinera. En el «juego», a Sophie la ataban a una silla y la golpeaban con toallas empapadas en agua con jabón. Al parecer, Hedwig y

Rudolf no se mostraron muy impresionados al regresar a casa y encontrarse con esa escena. [48](#)

A partir del momento en que mi mujer se enteró de lo que yo hacía, ya casi nunca deseábamos mantener relaciones sexuales.

RUDOLF HÖSS [49](#)

La casa era un refugio para unos hombres de las SS muy desestabilizados mentalmente por sus incesantes actos asesinos. *Frau* Moll venía a contarle a Hedwig que su marido Otto, muchas veces, lloraba en sueños. La conversación la oyó una de las costureras de la casa. ¿Sabía *Frau* Moll que, entre otras atrocidades, Otto había sumergido personalmente a bebés vivos en grasa humana hirviendo? Marianne Boger, casada con uno de los torturadores más brutales del campo, comentó que su marido, con frecuencia, llegaba a casa agotado a las horas de las comidas, y que estaba preocupada por su estado de nervios. [50](#)

La lencería y los saltos de cama jugaban su papel en el alivio de los hombres, pues el sexo conyugal se consideraba una especie de calmante para los agentes de las SS. Hans Delmotte, un médico de la organización, tenía profundos escrúpulos ante las ejecuciones en masa, por lo que a su mujer, Klara —una mujer imponente que vestía en tonos blancos y negros, a juego con su gran danés—, la llevaron a Auschwitz a fin de que ejerciera de desahogo sexual para su esposo. [51](#)

Emocionalmente introvertido, y a menudo agobiado por el peso de las tareas administrativas, Rudolf Höss, supuestamente, hallaba desahogo sexual con una prisionera no judía que había sido responsable de la clasificación de objetos de valor en Canadá: Nora Hodys, apodada Diamond. Höss llegó a conocerla gracias a la afición de Hedwig por los

muebles de buena calidad; había hecho venir a Hodys a la casa para que arreglara un tapete y, después, una vez que quedó demostrada su habilidad con la aguja, le pidió que confeccionara otros dos tapetes, así como unas cojinerías, unas alfombras de dormitorio y varias colchas. Además, proporcionaba a los Höss joyas que sacaba del almacén de los expolios.

En agosto de 1942, Hodys fue invitada a celebrar el cuarenta cumpleaños de Hedwig en el jardín de la familia. Ha sido identificada en una de las fotos de la época que ha sobrevivido, con Hans-Jürgen en el regazo y Püppi a su lado. Va peinada con grandes tirabuzones recogidos con una cinta de colores. El vestido, abotonado por delante, es discreto y recatado. Aunque el comandante criticaba con dureza a los guardias de rango inferior que mantenían relaciones sexuales con prisioneras, ello no le impidió insinuarse a Hodys.

Fu el jardinero, Stanisław Dubiel, quien los vio abrazándose. También aseguraba haber oído a Hedwig discutir con su marido sobre «esa mujer». Hedwig hizo que echaran a Hodys en cuanto Rudolf se ausentó de casa. Según Hodys, el comandante la visitaba para mantener unas relaciones sexuales no negociables mientras estaba en la prisión del campo; y aseguraba haber sido obligada a abortar poco después. Estaba prohibido mencionar su nombre en la familia Höss. Años después, Hedwig garabateó las siguientes palabras encima de un relato impreso sobre la aventura de su marido con Hodys: «Ese romance inventado del que nadie conoce la verdad». [52](#)

En cuanto a la propia vida sexual de Hedwig en Auschwitz, a pesar de los rumores de unos achuchones en el cenador de la casa con un director de cantina de una fábrica de calzado de la cercana localidad de Chełmek, mantenía la imagen de la perfecta esposa y madre nazi.

Rudolf aseguraba que el sexo entre ellos era infrecuente a partir del momento en que ella se enteró de la verdadera naturaleza de Auschwitz, de que se trataba de un campo de exterminio. Ello suscita la pregunta de cuántas esposas de las SS sabían de la escalada en el genocidio y, lo que es más importante, a cuántas les importaba.

Höss le había prometido a Himmler que el programa de exterminio se mantendría como un asunto de Estado secreto. El propio Himmler lo había declarado «una página de gloria no escrita de nuestra historia que jamás debe ponerse por escrito». ⁵³ Mientras Himmler recorría los escenarios de las matanzas por toda la Europa del Este, le iba enviando cartas regularmente a su hija Gudrun en las que la mantenía informada sobre su salud y su gran carga de trabajo. Aprovechaba cualquier ocasión para adjuntar paquetes con caprichos: enviaba coñac y libros, jabón y champú, bombones, galletas, leche condensada, telas, bordados, vestidos, pieles...

Aunque Marga Himmler estaba comprometida con las ideologías nazi y artaman —consideraba que los judíos eran «escoria» y deseaba «que los pusieran entre rejas y los obligaran a trabajar hasta la muerte»—, su marido no le escribía nada sobre los exterminios que ordenaba y presenciaba. Marga, a pesar de contar con prisioneros de Dachau trabajando en sus tierras, debía ser protegida de ciertas realidades sórdidas. ⁵⁴

Hedwig, por su parte, sintió curiosidad durante un evento social con Fritz Bracht, que era *Gauleiter* de la Alta Silesia, territorio en el que se encontraba Auschwitz. Su familia y él vivían cerca de Katowice. Bracht había sido anfitrión de Heinrich Himmler durante la gira que este había realizado en 1942 a la zona de interés de Auschwitz. A petición expresa de Himmler, Hedwig Höss también fue invitada. Durante las cenas formales, la costumbre era que las mujeres se «retirasen» del comedor para que los hombres

pudieran tratar cuestiones políticas y de negocios. En una ocasión, Bracht habló muy abiertamente de la verdadera naturaleza del campo de exterminio en presencia de Hedwig. Ella, posteriormente, le preguntó a su marido si los comentarios del *Gauleiter* eran ciertos; y Rudolf admitió que lo eran. [55](#)

Hedwig no era ajena al discurso de odio nazi. Había asimilado de buen grado las máximas de la Liga Artaman. Había criado a sus hijos en las inmediaciones de los campos de reeducación de Dachau y Sachsenhausen. Vivía en una casa requisada a su legítimo propietario, llevaba ropas arrebatadas a los muertos, y la servían unos trabajadores esclavizados que habían sido arrancados de sus vidas y sus familias. ¿Realmente podía ser una revelación para ella enterarse de que el veneno de la propaganda antijudía se había ido convirtiendo gradualmente en el veneno de los cristales de Zyklon B soltados en una cámara sellada?

Si Marta, que cosía en el desván de la casa de los Höss, veía desde allí el campo y se daba cuenta de cómo trataban a los demás prisioneros, ¿cómo podía Hedwig estar tan ciega? Si los polacos del lugar comprendían bien el significado de aquellas columnas de humo que salían de las chimeneas, y de toda aquella gente que llegaba pero se esfumaba, ¿cómo podía Hedwig ser tan ignorante de ello? Quizá es que solo veía lo que quería ver: su precioso jardín, sus cuadros, sus tapetes, sus vestidos.

Otras esposas de las SS se consolaban evitando todo conocimiento de los crímenes cometidos por sus maridos. Las criadas limpiaban de excrementos las botas de los oficiales de las SS cuando regresaban a casa del trabajo, y les lavaban la sangre de los uniformes. ¿Y el olor que salía del campo? «Era solo el olor a ajo de la fábrica de salchichas», aseguraba Elfriede Kitt, casada con un médico del campo que llevaba a cabo espantosos experimentos con los presos. *Frau* Kitt trabajaba con su esposo como

asistente. Cuando libraba, se permitía disfrutar de telas y perfumes que sacaba del campo. [56](#)

La nueva esposa del doctor Mengele era más directa cuando se trataba de obtener información de su marido.

—¿De dónde viene ese olor?

—No me lo preguntes —replicaba él.

Y ella, obediente, ignoraba el tema, a pesar de que sabía a qué labores médicas se dedicaba su esposo y cuál era su papel seleccionando a gente para matarla. Llegaron incluso a tratarla de difteria en el hospital de las SS que se encontraba frente al crematorio. [57](#)

—He oído que gaseáis a mujeres y a niños ahí. Espero que tú no tengas nada que ver con eso —le dijo Frieda Klehr a su marido.

—Yo no mato. Yo curo —la tranquilizó él. [58](#)

El doctor Klehr asesinó personalmente a muchos miles de prisioneros con inyecciones de fenol en el corazón, ataviado con una bata blanca de laboratorio o con delantal rosa de goma y guantes del mismo material. A partir de 1943, estuvo a cargo del comando de desinfección, y usaba el Zyklon B tanto para desparasitar ropa y barracones como para gasear a prisioneros.

Eryka Fischer, una mujer muy atractiva, dormía en sábanas de seda y llevaba lencería con su monograma. Su esposo, el doctor Horst Fischer, era responsable de seleccionar a los recién llegados en el andén de Birkenau. *Frau* Fischer dejaba que su criada polaca jugara a disfrazarse con ropa glamurosa. Durante la estancia de *Frau* Fischer en el hospital de las SS, se puso fin al «campo gitano» de Birkenau. Su marido fue muy sincero respecto a aquella acción, y le dijo que los gitanos se habían «ido con el humo». [59](#)

Por más que supieran de los exterminios en masa de judíos, polacos, prisioneros de guerra, gitanos, sintis, homosexuales y muchos otros grupos, ¿las esposas de

miembros de las SS podían considerarse cómplices? ¿Eran meras espectadoras, o su grado de intimidad con los ejecutores era tal que podía decirse que estaban manchadas con la misma culpa? Aunque las mujeres nazis quedaban enfáticamente excluidas de los papeles políticos y militares más proactivos en el régimen, apoyaban a los hombres que dictaban y aplicaban aquellas políticas. Y lo que es más relevante: aquellos actos no eran delictivos en el Tercer Reich. Quizá resulte más pertinente plantear si a esas mujeres les importaba el destino de aquellos a quienes sus hombres perseguían.

Frau Faust, directora de la Cruz Roja en Auschwitz, se echaba a gritar y llamaba a la policía cuando alguna interna judía le suplicaba un pedazo de pan.

Frau Wiegleb, esposa del *Scharführer*, para la que Bracha cosía en Canadá, ofrecía tarta a las prisioneras que acudían a trabajar en su casa o en su jardín.

Frau Palitzsch, casada con el hombre al que el movimiento de resistencia llamaba «el mayor cabrón de Auschwitz», era un alma bondadosa según su criada polaca. En una ocasión en que *Frau* Palitzsch se quejó del mal trabajo de una de las internas en su casa, esta fue sometida a torturas. [60](#)

Greta Schild, esposa de un guardia de Auschwitz, regaló por Navidad a su criada polaca dinero, dulces y un delantal. Cuando la madre de Greta la visitaba para ayudarla a cuidar de su bebé recién nacido, se plantaba junto a la ventana y veía trabajar a los prisioneros en las zanjales de grava y, entre lágrimas, no dejaba de repetir «no tendría que ser así». [61](#)

Kathe Rohde, siempre impecable, inundaba de regalos y telas a su criada polaca. Le encantaban las fiestas y las cosas bonitas. Los artículos que procedían de Canadá eran sometidos a un lavado exhaustivo con una solución de permanganato de potasio. Y su alegría fue inmensa cuando oyó que empezaban a producirse deportaciones en masa de

judíos desde Hungría en verano de 1944, porque con ellos llegarían «montañas de tesoros». [62](#)

Y después estaba Hedwig.

Mi abuela era una mujer mala y avariciosa que se aprovechaba descaradamente de su posición como esposa del comandante.

REINER HÖSS [63](#)

Se decía que Hedwig era leal a las internas que trabajaban en su casa y su jardín. Les ofrecía comida, cigarrillos y ramos de flores. Su esposo y ella intercedían para impedir traslados, castigos e incluso ejecuciones. Marta llegó a salvar la vida gracias a Hedwig y Rudolf. Al jardinero de los Höss, Stanisław Dubiel, le salvaron la vida tres veces, y aun así él mismo oyó a Hedwig referirse a su esposo como al *Sonderbeauftragter für die Judenvernichtung in Europa* (plenipotenciario especial para el exterminio de judíos en Europa). Hedwig también había declarado que, a su debido tiempo, incluso a los judíos ingleses les llegaría la hora. [64](#)

Quizá el hecho de que el comandante y su esposa salvaran a sus propios trabajadores esclavos era cuestión de conveniencia, porque simultáneamente miles de judíos llegados a Auschwitz en centenares de convoyes eran asesinados de inmediato, o encontraban la muerte tras unos sufrimientos inimaginables.

Mientras trabajaba como modista para Hedwig Höss, Marta debía hacer equilibrios entre un papel dual de servicio y subterfugio. Por una parte, su trabajo era valorado, y se había convertido en un rostro habitual en la casa; por otra, sabía por amarga experiencia cómo sufrían los prisioneros en los campos y estaba decidida a sacar partido de su posición protegida para ayudar a los demás. Marta consiguió contar con otra judía para asistirle en el taller del

desván, y de ese modo libró a otra mujer del infierno de Birkenau. [65](#)

Un día, Hedwig subió al desván y se sentó a ver cómo cosían las dos mujeres. Y empezó a hablar.

—Trabajáis deprisa y bien. ¿Cómo es posible? Al fin y al cabo, los judíos son parásitos y artistas del engaño, y antes no hacían nada, se pasaban los días sentados en los cafés. ¿Dónde habéis aprendido a trabajar así? [66](#)

La admiración de Hedwig estaba trufada de antisemitismo. ¿Veía a Marta como a una judía o como a un ser humano?

Hedwig no era la única que admiraba el talento de Marta para la costura. Las demás esposas de miembros de las SS empezaron a envidiar el servicio personal que proporcionaba la costurera. Ellas también querían aprovecharse del talento judío para renovar sus armarios. ¿Por qué iba a ser *Frau* Höss la única en disfrutar de todas las ventajas?

Hedwig vio entonces la ocasión de ampliar el taller de costura del desván. Pensó en la creación de un establecimiento nuevo: un selecto salón de moda instalado dentro del campo de concentración que proveería de alta costura a la élite nazi.

Ya fueran meras espectadoras, simpatizantes o colaboradoras, las esposas de los miembros de las SS en Auschwitz pasarían a convertirse en las futuras clientas de Marta en ese salón. El destino de muchas otras mujeres llegaría a depender de sus caprichos con la ropa. El sistema de explotación del campo estaba pensado para depauperar y destruir a los internos; Marta lo usaría para intentar salvar a sus compañeras.

De entre diez mil mujeres

De entre diez mil mujeres en Birkenau, al menos quinientas eran buenas costureras, pero si carecían de contactos, no tenían suerte.

BRACHA BERKOVIC

«Va a tocar tu número.» Esa era una expresión que se usaba en las conversaciones cotidianas del campo.

Que a un preso del campo de concentración lo señalaran por el número podía suponer el último paso antes del final. Un día, a principios del verano de 1943, llamaron a Irene Reichenberg por su número: 2786.

Dar un paso adelante y separarse del grupo solía significar, en el mejor de los casos, que los problemas estaban a punto de empezar. Era mucho mejor no atraer la atención de los guardias, pero Irene oyó su número y dio un paso al frente temiéndose lo peor. ¿Qué más le daba su destino? Todavía lloraba las muertes de sus tres hermanas, Frieda, Jolli y Edith; todavía coqueteaba con la idea de la muerte como vía de escape.

A Irene la enviaron a las oficinas de administración de Birkenau, situadas junto a la hoy infame entrada de ladrillos del campo. Allí le ordenaron que se desnudara y unos doctores la examinaron antes de preguntarle:

—¿Cuál es tu profesión?

—Modista —respondió ella.

Esa sencilla respuesta le salvó la vida y la ayudó a mantener la cordura.

A Irene acababan de escogerla para unirse a un grupo selecto de modistas en el nuevo salón de moda que Hedwig Höss había creado en Auschwitz. Lo llamaban el *Obere Nähstube*, es decir, el Estudio Superior de Confección. A ella la habían seleccionado no porque fuera la más habilidosa, ni porque tuviera más experiencia en su campo, sino porque estaba emparentada por matrimonio con la nueva y extraordinaria *kapo* del salón, Marta Fuchs. (El hermano de Irene, Laci, estaba casado con Turulka, la hermana de Marta.) Marta había informado a la agente de las SS a cargo del estudio —la *Rapportführerin* de las SS Ruppert— de que al salón llegaban demasiados encargos para tan pocas trabajadoras.

—¿Y has pensado en alguien? —quiso saber Ruppert.

—Sí. Reichenberg, Irene, número 2786.

Una vez a salvo en el taller, Irene empezó a insistirle a Marta:

—Mira, tengo una buena amiga, Berkovič, Bracha, número 4245. Es maravillosa. ¿Podrías solicitar también sus servicios?

No le costó mucho convencer a Marta. Dos meses después de la llegada de Irene, el salón dio la bienvenida a Bracha, que no tardó en anunciar:

—Tengo una hermana que...

Y así, dos semanas después, llamaron a Katka Berkovič, número 4246, para que se ocupara de la confección de abrigos y trajes.



Moda de otoño para trajes en *Mode Für Alle* , 1944.

En otoño de 1943, el Estudio Superior de Confección había pasado de dos a quince mujeres empleadas, cifra que no dejaría de aumentar.

Allí donde las SS seleccionaban a gente para morir, Marta, al escoger a sus ayudantes, las estaba seleccionando para que tuvieran más posibilidades de sobrevivir. Inevitablemente, las primeras escogidas eran mujeres a las que conocía. Así era como funcionaban los privilegios en los campos. Las redes de contactos, o de «protección», resultaban básicas. El ejemplo de Marta reclutando a modistas en Auschwitz demuestra lo estrechos que eran los

lazos de familia y nacionalidad para los internos judíos, así como para los otros grupos allí encarcelados. Cuando las familias eran separadas, la angustia, naturalmente, podía conducir a la desesperación, como le había sucedido a Irene.

Alguna que otra forma de contacto o colaboración resultaba básica para la supervivencia mental, y esa fortaleza mental, a su vez, proporcionaba a la gente una mayor resistencia física.

El comandante Höss se burlaba de aquellas muestras de lazos familiares entre judíos diciendo: «Se aferran los unos a los otros como sanguijuelas». Pero acto seguido se contradecía a sí mismo denostando lo que él veía como falta de solidaridad entre judíos. «En su situación —escribió—, se diría que habrían de protegerse unos a otros. Pero no, es todo lo contrario.» ¹

A pesar de que frecuentemente alardeaba de entender a la perfección la mentalidad de los prisioneros, Höss no solo se sacudía la responsabilidad de crear tanto las condiciones para la solidaridad como para las disputas internas, sino que evitaba toda expresión de compasión ante las complejas experiencias humanas soportadas por los internos de Auschwitz. Reconocer la existencia de unos instintos normales de amor, lealtad y autopreservación habría implicado reconocer que los prisioneros eran plenamente humanos.

Eso era algo a lo que Höss se resistía con todas sus fuerzas: si los presos eran humanos, el tratamiento que les daba solo podía considerarse inhumano. Le resultaba más cómodo crear una barrera protectora de prejuicios que pensar en sí mismo —claramente un hombre cariñoso, familiar, que en casa leía cuentos infantiles a sus niños a la hora de acostarse— como en un monstruo.

Höss estaba al corriente de ese sistema de favoritismos entre los prisioneros privilegiados, pero optaba por ignorar

el hecho de que él y su régimen eran los responsables de ese entorno de antagonismo en el que demasiada gente luchaba por muy pocos recursos. Y, así, criticaba a las mujeres que competían por obtener los mejores trabajos en los campos:

cuanto más seguro era un puesto, más deseable resultaba y más se luchaba por conseguirlo. No había consideración por los demás. Era una lucha en la que todo estaba en juego. No se escatimaban recursos, por más depravados que estos fueran, a fin de conseguir tal puesto o mantenerlo. Casi siempre, los vencedores eran los que demostraban tener menos escrúpulos. [2](#)

Auschwitz albergaba a grandes cantidades de prisioneros que eran verdaderos delincuentes —incluidos violadores y asesinos—, que no tenían nada que ver con los civiles que habían sido detenidos por motivos de raza, religión, tendencia sexual o cultura. Los supervivientes de cualquier procedencia, sin duda, hacían todo lo que podían por alcanzar puestos de un estatus y un poder relativos. Los veteranos del sistema, que habían sobrevivido durante meses y años contra todo pronóstico, eran respetados y, con frecuencia, temidos.

Los que habían soportado más tiempo eran conocidos como los «números bajos», números que llevaban tatuados desde los primeros años de su llegada a Auschwitz. Siendo como eran las más «antiguas» del sistema, era inevitable que las judías eslovacas números bajos —las que habían llegado al campo de concentración con los primeros convoyes de mujeres— supieran sacar partido de las situaciones siempre que fuera posible. Habiendo conseguido unos puestos muy buscados, algunas se valían de ellos para favorecer a unas pocas y organizaban camarillas muy cerradas, semicriminales, pero otras creaban grupos más sanos, cuyas motivaciones eran el espíritu de cooperación y

la generosidad, características que, o bien Höss no veía, o no se atrevía a reconocer.

Höss observaba a los internos de Auschwitz como si fueran una especie diferente, enjaulados en un zoo salvaje, y no seres humanos a los que su propia organización había forzado a entregarse a duras tácticas de supervivencia. Su fría condena («No tenían consideración por los demás») resulta especialmente espeluznante a la vista de la frialdad con la que él mismo ejercía la autoridad respecto a los asesinatos en masa.

Y, además, se trata de algo constatablemente falso en el caso de la *kapo* Marta Fuchs.

Dicho de otro modo, Marta se aprovechaba de sus privilegios para ayudar a otras personas. El nuevo estudio de confección se convertiría en un refugio desde el que rescatar al máximo número posible de mujeres de Birkenau.

Así como gran parte del tradicional dominio de la costura por parte de las mujeres acabaría siendo su salvación, aquel mundo compartimentado por sexos en lo referente al trabajo también permitiría a las prisioneras ayudarse unas a otras, pues en el sistema administrativo de las SS eran las internas judías las que se ocupaban de mecanografiar, archivar y llevar los registros de las vacantes de trabajo. Lo hacían desde el edificio de administración de las SS, el llamado *Stabsgebäude*.

Katya Singer era una judía checa que llevaba dos años trabajando en la sección administrativa de Auschwitz, concretamente ocupándose de los libros de registros de las prisioneras. Sin duda, se aprovechaba de sus contactos para obtener favores. Cuando un agente de las SS le preguntó por qué le insistía tanto para que ayudara a ciertas prisioneras, ella respondió parcamente: «Son mi gente». ³

El personal de secretaría del *Stabsgebäude* también aprendería a usar el complejo sistema de fichas al que recurría el movimiento de resistencia del campo. El

Lagerbuch que Katya llevaba se convirtió en una herramienta básica para el análisis estadístico de los trabajadores. El *Arbeitsdienst* (registro de trabajo) indicaba cuántos prisioneros estaban disponibles para determinadas profesiones. El *Arbeitseinsatz* (departamento de despliegue laboral) tenía como función suministrar mano de obra prisionera allí donde se requería.

La Oficina DII de la Central Económica recibía mensualmente la notificación de cuántos prisioneros estaban disponibles para determinadas profesiones. Los *kapos* de los distintos comandos de trabajo presentaban peticiones semanales a la administración, declarando el número de trabajadores requeridos y sus características. Las internas en los puestos administrativos correspondientes recomendaban a trabajadores adecuados para los puestos. Podían recompensar a amigas destinándolas a *kommandos* en los que el trabajo era mejor o vengarse de prisioneras que no les caían bien decidiendo su envío a brigadas en que las condiciones eran más duras.

Así, Marta podía repasar el exhaustivo índice de fichas y ver cuáles de sus amigas se encontraban en el campo, y a qué números podía convocar.

Por su parte, las prisioneras sumidas en la pesadilla de Birkenau hacían todo lo posible por establecer contactos. Y no lo hacían solo porque quisieran obtener alguna mejora; era cuestión de vida o muerte. Renée Ungar, la hija del rabino y amiga de Irene, de Bratislava como ella, tuvo un trabajo temporal de oficina hasta octubre de 1942, fecha en que fue arrojada de nuevo al gran grupo de la mano de obra no cualificada.

Debilitada por la fiebre tifoidea y la malaria, Renée sabía que probablemente no duraría mucho. Noche y día pensaba en la manera de salvarse. Hizo correr la voz de que podía trabajar de secretaria o costurera, y cuando ya le parecía que no iba a resistir más, fue aceptada en el *kommando* de Marta en el Estudio Superior de Confección.

Renée se mostró muy sincera sobre su golpe de suerte. Sabía que había modistas de alta costura atrapadas en Birkenau y que ella, en cambio, no era ni siquiera una costurera profesional aún. Marta la tranquilizó: trabajaría y aprendería. Incluso cuando alcanzó una posición de relativa seguridad, no conseguía olvidar a las otras jóvenes que morían por miles, incluidas algunas de sus amigas.

Rudolf Vrba, el eslovaco que había sido tan amable con Irene en Canadá, reconocía que los privilegios de las mujeres de su país con números bajos no les salían gratis. Según expresó: «Si hoy gozan de ciertos privilegios, con anterioridad han pasado por espantosos sufrimientos». [4](#)

De los primeros convoyes que llegaron a Auschwitz en 1942, más del noventa por ciento de las personas murieron en los primeros meses. De las diez mil judías deportadas desde Eslovaquia, solo unas doscientas regresarían a casa.

[5](#)

Ya averiguaremos si sabes coser. Si resulta que nos has mentado, te enviaremos al Bloque 10.

LAGERFÜHRERIN DE LAS SS MARIA MANDL [6](#)

Hunya Volkmann, número 46351, a pesar de su dignidad y su resiliencia innatas, también se sentía próxima a la desesperación cuando oyó que la llamaban por el número. El suyo no era de los bajos: no contaba con esa ventaja. Agotada por la exigencia física del duro trabajo en el telar, embotada por la fiebre y debilitada por unos abscesos infectados muy dolorosos, Hunya no tuvo más remedio que apuntarse en la lista del hospital. Le repugnaban las condiciones del Revier de las prisioneras. Las camas estaban cubiertas de heces. No había sábanas y era imposible lavarse. Las chinches se paseaban libremente por su cuerpo desnudo. Las compañeras de cama se convertían enseguida en cadáveres.

A Hunya la salvaron la amistad y la lealtad, dos cosas que los nazis no lograron desterrar a pesar de todos sus abusos. En el Revier, la cuidó Otti Itzikson, una amiga que había trabajado en el Hospital Judío de Leipzig. Aunque no era mucho lo que podía hacer por ella en sentido médico, consiguió ocultarla en la zona del edificio destinada a no judías el día en que seleccionaron a todas las pacientes judías para matarlas. A la número 46351 no la metieron en el vagón de las muertas vivientes destinadas a la cámara de gas.

Después de cuatro semanas aferrándose a la vida, le dieron el alta. Regresó a su barracón, donde sus amigas la recibieron con una noticia increíble: había sido llamada a ocupar un puesto en el *Stabsgebäude*, un lugar legendario. Pero al encontrarse en ese momento en el Revier, había perdido la oportunidad; a ningún enfermo se le permitía estar cerca de las SS.

—No te preocupes —la tranquilizaban sus amigas—. Seguro que volverán a llamarte.

De hecho, la clave de la petición de traslado de Hunya fue Canadá.

Algunas mujeres de su ciudad natal de Kežmarok estaban clasificando documentos de los equipajes expoliados en Canadá cuando se encontraron con el pasaporte de Hunya. Alertaron enseguida a una de sus primas, una mujer llamada Marishka, que trabajaba como secretaria de un alto mando de las SS en el *Stabsgebäude*. Marishka se lo comentó a Marta Fuchs, y fue entonces cuando se emitió la petición. [1](#)

Hunya ya casi no se atrevía a tener esperanzas de una segunda oportunidad. Cuando esta llegó, siguió nerviosa porque la enviaron al Bloque 10. Todas las historias de terror que circulaban por el campo sobre el Bloque 10 eran ciertas. Se trataba de un lugar donde se ejercían las torturas

médicas, donde médicos de las SS dirigidos por Josef Mengele experimentaban con sujetos humanos vivos.

Hunya, junto con otras candidatas al puesto de modista, debía esperar los resultados de un examen médico. Todas las personas que trabajaran en contacto con miembros de las SS debían ser declaradas aptas y libres de infección. Las heridas de Hunya se iban curando, pero todavía se notaba febril a causa de su enfermedad; las probabilidades de no pasar la prueba eran altas. Una vez más, la suerte y la decencia humana jugaron su papel: una de las enfermeras del Bloque 10 conocía a la familia de Hunya y agitó rápidamente el termómetro antes de que el médico pudiera leer la temperatura que marcaba.

Volvieron a desparasitar a Hunya. Aun así, el médico de las SS era reacio a acercarse a ella. Desde su asiento le ordenaba que se volviera a un lado y a otro, y anotó su veredicto sin siquiera mirarla. Para él no era más que otro cuerpo. Para ella, su decisión tendría unas implicaciones que le cambiarían la vida.

Después llegó la angustia de esperar los resultados. Al final, Hunya oyó que pronunciaban su nombre. Había superado el examen.

Emocionada y nerviosa a partes iguales, Hunya se marchó corriendo a su siguiente convocatoria, una entrevista de trabajo. Cuando llegó, otras candidatas ya estaban cosiendo. Una a una, llamaban a las internas a presentarse frente a las examinadoras. Solo escogieron a dos, y una de ellas era Hunya. La número 46351 fue oficialmente trasladada al *Stabsgebäude*.

Abandonamos completamente el infierno.

KATKA BERKOVIČ [8](#)

Qué alegría alejarse unos dos kilómetros del aire contaminado de Birkenau, dejar atrás las vías muertas del

ferrocarril, cruzar las afueras de la localidad y pasar por las calles que llevaban al complejo principal de Auschwitz. El destino de Hunya —el *Stabsgebäude*, que se encontraba en la calle Maksymiliana Kolbego n.º 8— era más grande que la mayoría de los edificios del campo, contaba con cinco plantas en total y estaba rematado por un tejado a dos aguas de agradable simetría. Cuando los alemanes se apropiaron de las tierras y las propiedades para construir el nuevo complejo del campo de concentración, le confiscaron ese elegante edificio al Monopolio Polaco del Tabaco. Había sido construido durante la Primera Guerra Mundial y en ese momento alojaba todo el entramado burocrático de Auschwitz.

Himmler pretendía que la zona de interés de Auschwitz se convirtiera en un centro agrícola e industrial que contribuyera al esfuerzo bélico, así como al afianzamiento del poder de las SS. La multitud de iniciativas exigía miles de trabajadores, así como una administración adecuada. El *Stabsgebäude* era el núcleo de todo el complejo y «estaba infestado de prisioneras judías», afirmaba Höss en tono de burla, por más que se aprovechara de toda aquella mano de obra a la que no pagaba nada. El *Stabsgebäude* también alojaba a guardianas de las SS, criadas-internas de las familias de las SS (casi todas ellas testigos de Jehová) y diversos comandos de limpieza y zurcido de ropa. Además, estaban los almacenes de municiones, un salón de belleza y una peluquería para las guardias, dormitorios en el sótano para las trescientas trabajadoras internas y el taller de confección de Hedwig Höss.

La cómoda residencia de Hedwig se encontraba a apenas diez minutos de allí, junto a los muros perimetrales del campo principal de Auschwitz. Lo bastante cerca para acercarse si debía probarse alguna prenda. Marta estaba muy familiarizada con la ruta, porque, además de cumplir

con sus deberes de *kapo* del Estudio Superior de Confección, debía regresar a aquella casa a trabajar.

A su llegada al *Stabsgebäude*, Hunya apenas tuvo tiempo de fijarse en el jardín bien cuidado, en la alambrada electrificada y en las torres de vigía. No sabía que acababa de cruzar el patio en el que se había pasado lista por primera vez en la historia de Auschwitz, ni que los primeros prisioneros en llegar al campo se habían alojado en ese mismo edificio. No tenía manera de anticipar que, en las décadas venideras, este sería reconvertido en una espaciosa escuela de formación profesional para estudiantes polacos. Lo único que pensaba era que debía de estar soñando.

La encargada de acompañar a Hunya llevó a las dos nuevas costureras frente a una de las puertas del sótano y gritó:

—¡Aquí está el último cargamento!

Se oían los golpes de las que lavaban la ropa, y de las cocinas llegaban olores a comida. Eran detalles sencillos, recuerdos de una vida normal.

Apareció una joven bonita, miró a Hunya de arriba abajo y frunció el ceño. Pero al momento sonrió y dijo:

—¡Eres tú!

Consciente de que llevaba un vestido de arpillera y los calcetines atados con cuerdas, consciente de que estaba muy demacrada, de que cada vez tenía más canas y el cuerpo raquítico, Hunya replicó secamente.

—¿Y qué esperabas? ¿Que estaría igual que en Kežmarok?

Se conocían desde antes de la guerra, pero Hunya se había transformado tanto en Birkenau que estaba prácticamente irreconocible. La joven se disculpó varias veces por su error e invitó a Hunya a lavarse antes de encontrarse con las demás internas eslovacas en el nivel más bajo del sótano del *Stabsgebäude*, el *Flickstube* (el cuarto de los remiendos).

Para Hunya, fue algo totalmente increíble dejar atrás las miserias de Birkenau y recibir una acogida tan cálida y alegre. Todas se alegraron muchísimo de verla. La reunión se desmadró un poco, lo que atrajo la atención de la líder de grupo, la interna responsable del orden general, la limpieza y la distribución de alimentos.

La líder de grupo del *Stabsgebäude* era Maria Maul, una prisionera política cristiana de Alemania. A causa de su fervorosa militancia comunista, había estado entrando y saliendo de cárceles y campos de concentración desde que los nazis llegaron al poder en 1933. ⁹ Era respetada porque se mostraba razonable. Aun así, exigió saber a qué se debía todo aquel alboroto.

—Es Hunya —le respondió la joven con voz alegre—. ¡Hacía años que no la veíamos!

Hunya notó que alguien le posaba una mano en el hombro y, al volverse, vio a Marta Fuchs, la *kapo* del Estudio Superior de Confección. Marta le sonrió y se presentó.

—¿Quieres subir al estudio de las modistas?

Que le dieran a escoger después de meses de órdenes y violencia le resultaba insólito, y sintió que recuperaba parte del respeto por sí misma.

—En realidad —dijo—, como ya es un poco tarde, creo que empezaré mañana por la mañana.

Ese sencillo acto de afirmación resultaba de lo más curativo a alguien cuya independencia le había sido tan radicalmente arrebatada.

Cuando Marta se ausentó, las demás mujeres la advirtieron de que debía moderar el tono: cualquier otra *kapo* la habría castigado severamente por responder en esos términos.

Las SS exigían limpieza a las prisioneras que entraban en contacto con ellas, y que llevaran la ropa inmaculada.

La vida en el *Stabsgebäude* era el cielo comparada con el resto del campo, pero seguía habiendo barrotes en las ventanas de los dormitorios. En la entrada de las oficinas, un gran cartel resumía el estatus ambiguo de las internas que trabajaban allí:

EINE LAUS DEIN TOD

(Un piojo es tu muerte)

Por una parte, el miedo de las SS al tifus y otras enfermedades se traducía en que los prisioneros tenían acceso a agua corriente, duchas en buen estado y retretes con cadena en el bloque de administración. Por otra parte, todo síntoma de contagio con origen en los presos podía implicar desde la expulsión del *Stabsgebäude* hasta una más que probable muerte en Birkenau. Y las condiciones en el *Stabsgebäude* eran demasiado buenas como para renunciar a ellas.

Como no había suficientes camas para todas en el inmenso dormitorio del sótano, las mujeres dormían por turnos. Pero al menos así tenían las camas para ellas solas. Cuando las del turno de día se levantaban para irse a trabajar, las del turno de noche se subían a aquellas camas aún calientes; a Hunya le tocaba compartir con una lavandera que quedaba exhausta tras pasarse la noche entera lavando las sábanas sucias de las SS. En condiciones normales, aquellas literas se habrían considerado incómodas, y prácticamente no había ropa de cama: solo una sábana cubriendo el colchón de paja, y una única manta para taparse. Pero, para los parámetros de Auschwitz, aquello era un lujo de cinco estrellas. Con el tiempo Hunya «organizaría» una colcha para su litera.

En aquellos primeros días en el *Stabsgebäude*, Hunya se recreaba en la novedad de disponer de tiempo para lavarse y vestirse todas las mañanas. El toque de diana era a las cinco de la mañana y pasaban lista a las siete en el amplio pasillo del sótano, no al aire libre, no bajo el sol inclemente ni bajo la lluvia o la nieve. Además, se trataba de un trámite rápido para que todas pudieran iniciar su jornada laboral. A Hunya le encantaba ver a las mujeres corriendo por el pasillo con las puntas de los pañuelos con que se cubrían la cabeza flotando al aire como «una bandada de crías de ganso que salieran del agua y sacudieran la cola». [11](#)

También existía la posibilidad de usar a escondidas las instalaciones del *kommando* de lavandería (el *Wäscherei*), situado en el sótano inferior, para lavar los uniformes. El personal administrativo del *Stabsgebäude* llevaba un uniforme de rayas y un pañuelo blanco en la cabeza; las modistas iban con vestidos grises de algodón, delantales blancos y batas marrones. La colada de las SS se lavaba siempre a mano hasta que se procedió a la instalación de máquinas en el anexo del campo en 1944, y un equipo de cien mujeres trabajaba en turnos de día y de noche.

Había grandes tinas de agua fría para hundir en ella la ropa sucia, y otras para hervirla; tabloncillos de lavar y rodillos para escurrir y aplanar. La ropa se secaba en el desván.

En el *Bügelstube* (el cuarto de la plancha), cuarenta mujeres sudorosas trabajaban sin descanso, en turnos de día y de noche. Al comandante Höss le gustaba que sus camisas estuvieran lisas y almidonadas como si acabaran de salir de la tienda. Una de las compañeras de dormitorio de Hunya, Sophie Löwenstein, de Múnich, tenía el dudoso honor de lavarle la ropa interior al doctor Mengele, a la *Oberaufseherin* Irma Grese y al *Lagerkommando* Josef Kramer, todos ellos unos sádicos. [12](#)

La comida era la misma que se servía a todos los prisioneros. Igual de mala e igual de escasa. Constaba de un

sucedáneo de té o de café, sopa de nabo con alguna piel de patata de vez en cuando, pan con margarina y salchicha. Salía de la cocina del campo principal, que estaba al otro lado de la calle, y los cocineros, a veces, añadían alguna porción extra de grasa para poder untar con ella el pan. La bazofia de Birkenau le había destrozado el estómago a Hunya y ahora le costaba digerir el rancho medio decente que servían en el *Stabsgebäude* . Como todas las demás, sufría los síntomas de una desnutrición prolongada.

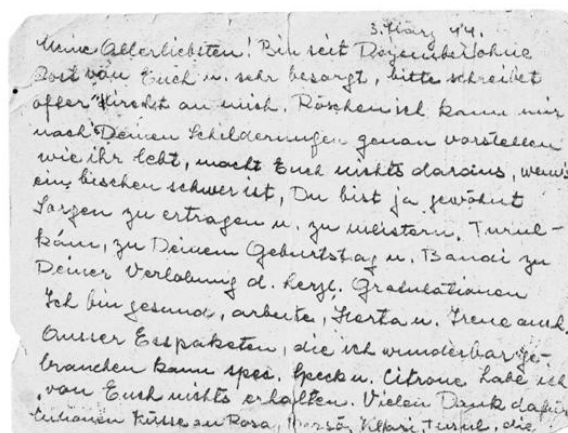
En todo caso, ya no tenía que pelearse para poder comer algo cada día, lo que suponía una mejora sustancial respecto al salvajismo imperante en las comidas en Birkenau. La comida la servían en platos de verdad, y las internas comían en el pasillo del sótano o en las literas. El Estudio Superior de Confección contaba incluso con un calentaplatos para calentar las sopas del mediodía. Las agentes de las SS llevaban a veces a las costureras terrones de azúcar o chocolatinas en señal de gratitud, o quizá movidas por un sentimiento de culpa.

Mejor aún; cuatro veces al año, a las prisioneras del *Stabsgebäude* les correspondía un paquete del almacén postal. Esos paquetes, originalmente, iban destinados a otros prisioneros de Auschwitz, pero las SS nunca se los entregaban. Casi todos los alimentos que contenían se estropeaban antes de ser redistribuidos, porque los mejores productos se los quedaban las SS, pero en alguna que otra ocasión las mujeres tenían suerte. Y siempre compartían lo que les tocaba.

Más aún, a las mujeres del *Stabsgebäude* les permitían algunas veces enviar y recibir correspondencia, o establecer comunicaciones a través de canales ocultos. Algunos mensajes enviados con postales que se han conservado demuestran que recibían paquetes de amistades que vivían en sus localidades de origen. Una de las mejores amigas de Marta en el *Stabsgebäude* , la vivaz y menuda Ella

Neugebauer, escribió a la calle Liptovská n.º 5 de Bratislava para dar las gracias a Dezider Neumann por enviarle dos quesos, chocolate, beicon, salchichas, tomates, conservas, nata y almendras. ¡Todo un festín! [13](#)

La propia Marta escribía a su familia a escondidas y expresaba su gratitud por los envíos (sobre todo por el beicon y los limones), y también enviaba «millones de besos» a sus seres queridos. [14](#) El sello de la postal mostraba el retrato de Adolf Hitler de perfil, por supuesto.



Detalle de la postal de Marta Fuchs, 3 de marzo de 1944.

La diferencia más evidente entre las trabajadoras del *Stabsgebäude* y las internas de Birkenau era algo que Hunya había experimentado de primera mano: su aspecto físico. El paso de una ropa de nivel inferior a unos atuendos mejores causaba una honda impresión en todas las mujeres lo bastante afortunadas como para ser seleccionadas. Con todo, ese hecho también alteraba la bien establecida puesta en escena nazi de unos guardias que se veían poderosos y unos presos que parecían alimañas. Para mantener esa distinción entre los «superhumanos» y los «subhumanos», las trabajadoras del *Stabsgebäude* seguían teniendo que llevar el pelo muy corto. Las mujeres de las SS contaban con

cuatro esteticistas a mano para que sus privilegios resultaran más evidentes, así como con una peluquería.

Disponer de ropa limpia, decente, contribuía a restablecer la sensación de humanidad. En el *Stabsgebäude* existía una tolerancia mucho mayor hacia las internas que llevaban ropa no uniformada. Una de las amigas de Bracha en el bloque de administración, la deportada griega Erika Kounio, «organizó» una blusa rosa de Canadá. La llevaba bajo su vestido rayado de presidiaria. Le parecía todo un lujo, y se atrevía incluso a mostrar un atisbo de rosa en el escote. En verano de 1944, las SS ya habían normalizado tanto sus interacciones con el personal del *Stabsgebäude* que decretaron que a las internas se les entregaran vestidos a la moda. Evidentemente, no existía ninguna partida de gastos para tal extravagancia: la ropa nueva procedía de Canadá.

Esa temporada estaban muy de moda los vestidos de topos —como puede apreciarse en las fotografías de judías «procesadas» a su llegada a Birkenau en verano de 1944—, por lo que había muchos donde escoger entre los que se sacaban del equipaje de las deportadas o entre los que llevaban puestos y tenían que quitarse. Así, aquellos uniformes de color gris azulado se cambiaban por vestidos azules de topos blancos. Y aunque estaba encantada con la cómoda elegancia de su nuevo modelo, Erika Kounio se preguntaba qué le habría ocurrido a la infortunada mujer que lo llevaba antes que ella. Se decía a sí misma que tenía que armarse de valor y ponérselo, y recordar todo lo que oía o veía en el *Stabsgebäude* . [15](#)

Además de la personalización y la dignidad que proporcionaba una ropa limpia y decente, también se daba el hecho de que el personal de las SS tenía ocasión de trabajar, en el *Stabsgebäude* , con algunas prisioneras altamente cualificadas y muy inteligentes. E inevitablemente se veían obligadas a reconocerles su humanidad en una u otra medida. Por ejemplo, las internas

francesas que llevaban a cabo labores científicas en los laboratorios agrícolas cercanos eran tratadas casi como colegas por parte del director de las granjas de Auschwitz, el doctor Joachim Caesar, *Obersturmbannführer* de las SS.

Rudolf Höss veía con muy malos ojos aquel relajamiento. «Costaba distinguir a los empleados civiles de los prisioneros», se quejaba. Y lo que era peor, cuanta mayor humanidad se viera en las internas, más peligro existía de relaciones sentimentales entre los guardias de las SS y sus trabajadoras judías. «Cuando un soldado de las SS, inflexible, les negaba algo, ellas se limitaban a conquistarlo con sus preciosos ojos hasta que obtenían lo que querían.»

[16](#)

Höss pretendía mantener la distinción entre los SS y los trabajadores esclavos. Hedwig y otras esposas de miembros de las SS, por su parte, querían mantener su distinción en tanto que mujeres bien vestidas de la élite del país.

El equipo de Marta en el Estudio de Confección del *Stabsgebäude* trabajaría para ellas.

Creábamos prendas de un nivel considerable.

IRENE REICHENBERG [17](#)

Para Hunya, las primeras semanas en el *Stabsgebäude* fueron como unas vacaciones, y eso que empezó a trabajar un día después de su llegada. Ese día, concretamente, era un *sabbat*, pero los nazis, deliberadamente, ignoraban cualquier tipo de observancia religiosa de sus trabajadoras esclavas. No estaba permitido ningún elemento de la vida judía: el trabajo precedía a todo lo demás.

Según Rudolf Höss, el trabajo hacía que el día a día del prisionero resultara más tolerable porque suponía una distracción ante «lo desagradable de la vida cotidiana en prisión». Höss fue el promotor del infame cartel con el lema «*Arbeit macht frei*» instalado a la entrada del campo

principal de Auschwitz. Se había originado en el primer campo de concentración nazi, el de Dachau. Y Höss se tomaba bastante en serio su significado: «El trabajo os hace libres». Dado que él mismo había estado preso en la década de 1920 —por su participación en un asesinato con violencia—, había experimentado en carne propia la pérdida de autoestima y motivación que podía nacer de la ociosidad forzada. Durante su encarcelamiento, le asignaron un empleo de sastre.

En sus memorias, Höss se explayaba sobre el valor del trabajo y afirmaba que este podía conducir, literalmente, a la libertad. Lo cierto es que en los primeros campos de concentración, algunos prisioneros podían ser liberados según el capricho de la Gestapo o las SS, pero no existía una relación verificable entre su trabajo y su liberación.

En tiempos de guerra, la mayor parte de los prisioneros de los campos eran explotados sin descanso para apoyar las industrias bélicas. La única libertad que podía llegarles era mediante la muerte. Con todo, una de las ideas de Höss sí reverberaría entre las trabajadoras del Estudio Superior de Confección. Según él, si un prisionero «encuentra trabajo en su campo, o alguna actividad adecuada a sus habilidades, alcanzará un estado mental que no se alterará por más desagradables que le resulten las circunstancias». [18](#)

A diferencia de las secretarías internas de la Sección Política de Auschwitz, que debían tomar notas taquigrafiadas de los procedimientos durante los interrogatorios y las torturas, el taller de costura era un buen comando. Hunya lo llamaba «el paraíso» comparado con la dureza del trabajo en Birkenau. Y no era la única que se sentía protegida allí. Irónicamente, en el mundo exterior el estatus de las modistas era bajo, porque el mundo de la moda estaba dominado por hombres. Ahora, en cambio, las habían elevado a trabajadoras privilegiadas.

Durante su primer día de trabajo, Marta presentó a Hunya a las otras veinte chicas. Todas aquellas veteranas — incluidas Irene, Renée, Katka y Bracha— se mostraron desde el principio amigables y la acogieron con los brazos abiertos. La mayoría de modistas eran judías.

Estaban Mimi Höfflich y su hermana de Levoča, Eslovaquia. Mimi tenía unos rizos rubios que le asomaban por debajo del pañuelo. Estaba especializada en camisas y ropa interior.

Y Mancí Birnbaum, del norte de Eslovaquia, una costurera muy profesional que también tenía una hermana, Heda, que trabajaba en Canadá contando objetos de valor expoliados de los equipajes de los judíos. Mancí era la mujer que había tenido que desfilarse desnuda frente a Himmler durante la inspección que este realizó al campo principal de Auschwitz en julio de 1942.

A sus treinta y cinco años, Olga Kováčz, húngara, se mostraba claramente maternal con las más jóvenes. Era una persona tranquila y de fiar. Había visto cómo se llevaban a su hermana a la cámara de gas; no le cabía la menor duda de que Auschwitz era el infierno.

Las eslovacas Lulu Grünberg y Baba Teichner siempre estaban juntas, eran como hermanas. Lulu estaba prometida con el hermano de Baba. Era la coqueta, la femenina, la de los ojos traviesos, y siempre soñaba con regalarle un estofado con *sauerkraut* (chucrut) y *strapačky*, unas bolitas de masa de patata. Ella fue la que acuñó la frase: «¡Dejadme comer *strapačky* antes de morir!», y a sus amigas les encantaba meterse con ella por eso. Baba era más fortachona, aunque su nombre significaba «muñeca». Había sido deportada con el primer convoy de judíos procedentes de Eslovaquia.

La joven Šari, también de Eslovaquia, trasladada desde la cercana fábrica de I.G. Farben, siempre se estaba quejando, y a menudo no sin razón. [19](#)

Una hermosa mujer llamada Katka, de Košice, no era muy buena costurera, pero la protegían, quizá por su belleza. La apodaban la Kato Rubia, para diferenciarla de la otra Katka, la hermana de Bracha.

Quizá la menos talentosa del grupo era también la más joven: Rózsika Weiss, de catorce años. La llamaban con el diminutivo Tschibi, que venía de la palabra *csirke*, es decir, «Gallinita». Berta, la tía de Rózsika había ayudado a Marta a montar el Estudio Superior de Confección, pero había muerto poco después. Marta le prometió que cuidaría de Gallinita. La adoptó como aprendiz, y se dedicaba a recoger alfileres y a realizar otras tareas básicas. Rózsika no habría sobrevivido mucho tiempo por su cuenta: una vida más salvada.



Alida Delasalle fotografiada tras su llegada, en enero de 1943, y su ingreso. «Pol. F.» significa «presa política, francesa». La imagen fue tomada en el departamento de identificación del campo, el *Erkennungsdienst*. Poco más tarde, ese mismo año, dejaron de fotografiar a los deportados: eran demasiados. Muchos negativos se destruyeron durante la evacuación del campo, pero se conservaron unos treinta mil.

Herta Fuchs, de Trnava, Eslovaquia, tampoco era una modista de primera, pero era la prima de Marta, y además su presencia en el taller resultaba una bendición, porque siempre sonreía y era de lo más agradable.

Entre otras costureras, había dos muchachas polacas llamadas Ester y Cili; también Ella Braun, Alice Strauss, Lenci Warman y Hélène Kaufman, así como, posiblemente, una mujer alemana llamada Ruth. Los detalles de sus vidas,

y sus destinos, siguen siendo incompletos e invitan a aclararlos.

Después estaban las prisioneras comunistas no judías, las francesas Alida Delasalle y Marilou Colombain. Alida, al ser mayor, era algo así como una figura materna para las jóvenes. Y apoyaba a su paisana cuando Marilou se sentía abatida.

Las dos mujeres de mayor rango entre las trabajadoras del taller eran, sin duda, las más talentosas, y las dos eran cortadoras. Una de ellas era Borishka Zobel, de Poprad, en el norte de Eslovaquia, que demostraba un oficio extraordinario y era muy inteligente. Y la otra, por supuesto, era la íntima amiga de Borishka, la *kapo* Marta Fuchs.

Marta solo tenía veinticinco años en 1943, pero ya era una modista y una *kapo* muy respetada. No era en absoluto débil, pero su determinación y su energía reposaban siempre en la compasión, lo que hacía de ella una mujer justa y a la vez generosa.

La sala de costura producía no solamente prendas hermosas de diario, sino también elegantes trajes de noche, unos modelos que las damas de las SS, seguramente, no habrían imaginado ni en sueños.

HUNYA VOLKMANN [20](#)

Fuera cual fuese su nivel inicial —ya fueran expertas o aprendices—, con la guía de Marta, las mujeres del Estudio Superior de Confección adquirirían reputación como modistas de élite. Sus logros profesionales resultan más dignos de mención teniendo en cuenta el entorno en el que trabajaban.

El taller se ubicaba en el primer sótano del *Stabsgebäude*. Cuando llegaban Hedwig Höss y otras clientas de alto rango de las SS, se encontraban con la visión de unas costureras pulcras y aseadas sentadas en torno a una larga mesa de

trabajo, cosiendo a la luz de dos ventanales y de unas lámparas eléctricas. Como si hubieran concertado una cita normal y corriente en un salón normal y corriente, iniciaban las consultas con Marta.

Las clientas normales que encargaban ropa nueva en las décadas de 1930 y 1940 escogían modelos a partir de algún desfile, o bien hojeaban tendencias en revistas de moda como *Die Dame* o *Deutsche Moden-Zeitung* (La Dama o Diario de Moda Alemana, respectivamente).

Para las modistas domésticas, había populares revistas «para amas de casa» que ofrecían patrones de papel gratuitos con cada número. Existían diversos e ingeniosos sistemas de creación de patrones al alcance de las que cosían desde sus casas, entre ellos los patrones de sastrería de Union Schnitt, que exigían contar con unas habilidades matemáticas precisas. Con el desarrollo de la guerra, el suministro de papel empezó a escasear de manera notoria a lo largo y ancho del Reich, obligando a la cortadora a descifrar los múltiples patrones que se superponían en las dos caras de una única hoja de papel finísimo.

En marzo de 1943, la revista *Die Dame* cerró, incapaz de mantener la producción. Junto con *Der Bazar*, había sido la revista de moda más longeva de Alemania. Su fin subrayaba de manera exacta hasta qué punto la guerra había impactado en la industria de la moda.

El estudio de moda de Auschwitz no tenía problemas de suministros. Contaba con muchas revistas que las clientas potenciales podían hojear para coger ideas, revistas en las que aparecían vestidos de día, abrigos, trajes de noche, prendas de dormir, lencería y ropita de bebé. También había una carpeta con diseños más selectos. Las que tenían mejor ojo (entre ellas Hunya) eran capaces de recrear una prenda con solo mirar un original, o incluso a partir de un dibujo. Marta era una artista de gran talento y sabía trasladar patrones al papel, a mano alzada si era necesario. Tanto Marta como Borishka creaban patrones en papel de dos

dimensiones o plantillas de cartulina que posteriormente se usaban para cortar piezas de tela que se cosían para crear vestidos de tres dimensiones. A continuación, la clienta escogía telas y remates, y entonces Marta «iba de compras».

En sus expediciones para adquirir artículos en Canadá, Marta era escoltada por la agente de las SS a cargo del salón de modas, la *Rapportführerin* Elisabeth Ruppert. Descrita como cetrina y silenciosa, Ruppert se mostró como una guardia sorprendentemente amable durante el tiempo que pasó en el taller de moda. Su comportamiento en el *Stabsgebäude* es un importante recordatorio de que las SS no deben caracterizarse como una masa homogénea de autómatas malignos. Eran seres humanos con virtudes y defectos humanos. Y como tales, eran responsables de su comportamiento dentro del sistema del campo de concentración, un comportamiento que podía ser bueno o malo.

Aunque Ruppert, por lo general, seguía el reglamento de las SS, le interesaba tratar bien a las modistas, porque cosían para ella a escondidas y sin cobrar. La habitación de Ruppert se encontraba al otro lado del taller. Les llevaba la ropa que quería que le zurcieran a las costureras y las dejaba tranquilas. Otras agentes de las SS murmuraban que Ruppert era demasiado amable, que su posición era muy cómoda, razón por la cual, al cabo de un tiempo, la trasladaron a Birkenau.



Vestidos elegantes que aparecieron en la revista de confección *Les Patrons Universels*, 1943.

Las mujeres del *Stabsgebäude* le suplicaron que no se fuera, porque parecía tener un buen corazón. Una vez en Birkenau, el comportamiento de Ruppert se deterioró, en consonancia con el entorno. Supervivientes húngaras del sector B1 1b la recuerdan maltratadora y brutal. En el Estudio Superior de Confección la sustituyó una polaca *Volksdeutsche* (de origen alemán), corpulenta y poco ágil. Las modistas no cosían para ella.

A diferencia de las cosedoras domésticas, las modistas del Estudio Superior de Confección no vivían con la presión de tener que cumplir con medidas de austeridad que afectaban a las civiles de todo el mundo, agotadas por la larga guerra. Allí no había que reciclar sacos viejos, ni calcetines, ni paracaídas para diseñar nuevas prendas; no había que reutilizar hilos sueltos cuando escaseaban los carretes. La

abundancia de Canadá suministraba telas y toda clase de material de costura: botones, hilos de seda para bordar, tijeras, cremalleras, broches de presión, hombreras, cintas métricas. Todos y cada uno de aquellos artículos habían pertenecido a otro sastre, a otra modista.

Incluso las máquinas de coser que usaban —fabricadas por empresas como Singer, Pfaff y Frister & Rossmann— eran producto de confiscaciones. Era tanto el material que se acumulaba en los talleres de Auschwitz que, de hecho, estaba asegurado por un consorcio de compañías de seguros alemanas, incluidas Allianz y Viktoria, que al parecer no tenían problemas para dar su apoyo a la explotación y los trabajos forzados en los campos. [21](#)

El hecho de que el Estudio Superior de Confección estuviera tan bien equipado, con unos elementos tan modernos, lo corroboró otra modista judía, Rezina Apfelbaum.



Rezina Apfelbaum antes de la guerra,
con un vestido hecho por ella misma.

Rezina llegó a Auschwitz desde el norte de Transilvania a finales de mayo de 1944. Le tatuaron el número A18151 y la pusieron a trabajar en unas condiciones muy duras. Conoció el Estudio Superior de Confección un poco a escondidas: de hecho, la metió en el *Stabsgebäude*, por la noche, un guardia alemán. Ese oficial —cuyo nombre se desconoce— había escogido a una bella muchacha húngara de cabellos rubios llamada Lilly para que fuera su amante. No hay constancia de cuáles eran los sentimientos de Lilly hacia el oficial; en todo caso, no tenía elección: hacía lo que tenía que hacer para sobrevivir.

Ese miembro de las SS quería que su «novia» fuera bien vestida, por lo que tras un largo día de trabajo a la intemperie, Rezina debía pasarse las noches cosiendo ropa hecha a medida para Lilly. Le cortó y le cosió un ropero completo, desde blusas y vestidos hasta algún abrigo largo, todo en secreto, en el estudio. A cambio, el oficial la llevaba a la cocina de las SS y le daba comida extra.

Rezina, a su vez, repartía el festín con doce familiares que compartían la misma cama de madera en su barracón de Birkenau, entre ellas, dos hermanas, su madre y unas tías. Gracias a sus actos, todas se libraron de morir de hambre. Una vez más, la costura salvó vidas. En el caso de Rezina, esos actos eran aún más destacables, pues había tenido que vencer muchas resistencias para poder formarse como modista profesional, ya que su familia no consideraba que se tratara de una profesión lo bastante respetable para una muchacha de su origen. [22](#)

¿Estaba al corriente Marta Fuchs de la presencia de aquella intrusa nocturna? Si era así, nunca comentó nada al respecto. A ella, profesionalmente, le preocupaban los encargos diurnos, y no paraban de llegarle pedidos. El proceso de confección de ropa se iniciaba con el diseño,

pasaba por el patronaje, la selección de telas, la creación de un *toile* —un boceto en tela— hecho de percal, y acababa con la prenda terminada, que debía probarse y ajustarse.



Diseños de camisón y lencería para *Les Patrons Universels* , 1943.

Durante los años de la guerra, algunos de los diseños más populares eran los vestidos de día que llegaban justo por debajo de la rodilla, los jerséis de punto, calados de manga corta, la lencería cortada al bias, que realzaba las curvas, y unos elegantes trajes de dos piezas. Los camisones y los saltos de cama eran largos. Para la noche, las mujeres de las SS no tenían por qué preocuparse por el frío aunque llevaran vestidos de telas finas y generosos escotes: habían requisado gran cantidad de abrigos de pieles y estolas.

Además de la ropa hecha a medida, a Hunya, Irene, Bracha y las demás las obligaban a introducir

modificaciones en prendas de gran calidad escogidas entre las pilas generales de artículos de Canadá, para que les sentaran bien a sus nuevas dueñas. Actualmente no existen registros de las marcas de alta costura que se encontraban en aquellos almacenes de Canadá. Chanel, Lanvin, Worth, Molyneux..., eran todos nombres muy codiciados en el mundo de la moda de entreguerras, además de muchas otras marcas prestigiosas de todos y cada uno de los países invadidos por los nazis.

En las décadas de 1930 y 1940 era bastante habitual, incluso en clientes de clase media, llevar a arreglar ropa ya hecha a modistas y sastres para que les sentara mejor. Para las mujeres corrientes no era en absoluto habitual tener acceso a modas de alto nivel: no estaban acostumbradas a escoger lo que querían por capricho, como ahora sí hacían las mujeres de las SS en Auschwitz.

Entre ellas, Marta y Borishka eran las encargadas de decidir qué costurera trabajaría en cada proyecto. La labor principal de cada una de ellas era crear un mínimo de dos vestidos a medida por semana. Gran parte del trabajo se hacía a mano, sobre todo los retoques y los acabados. En lugar de estar en contacto con la áspera arpillera, deshilachada, acartonada por la suciedad y llena de chinches, por los dedos de las modistas pasaban sedas, satenes, algodones ligeros y linos crujientes. Pespunteando, cosiendo dobladillos y sisas, creaban unas piezas funcionales que, además, resultaban atractivas. Las prendas nuevas, con sus bordados, ribetes, trenzados y fruncidos, estaban hechas para realzar las figuras, no para degradar ni deshumanizar. Su trabajo era un estallido extraordinario de belleza en un campo en que, por lo demás, se chapoteaba en el fango.

Lo más extraordinario de todo era que, como *kapo*, Marta Fuchs recibía encargos de vestidos de más allá de las alambradas del campo, del corazón mismo del Tercer Reich. Hunya sabía de la existencia de un libro secreto en el que se

detallaban pedidos y que incluía «los principales nombres de la Alemania nazi». ²³ Solo cabe la especulación sobre los nombres que constaban en dicho libro de pedidos, y si las mujeres que los llevaban sabían que la ropa la confeccionaban internas judías de Auschwitz. En la actualidad, no se conserva ningún libro de pedidos en los extensos archivos del Museo Estatal de Auschwitz-Birkenau. Con toda probabilidad, se destruyó durante la caótica purga llevada a cabo en 1945, durante la que desaparecieron numerosos documentos incriminatorios en Auschwitz a fin de borrar pruebas escritas.

Fueran cuales fuesen aquellas ilustres clientas de Berlín, no era raro que hubieran de esperar seis meses para recibir sus encargos, dado que las mujeres de miembros de las SS residentes en Auschwitz tenían prioridad. Sus pedidos debían acometerse de inmediato. Y Hedwig Höss pasaba por delante de todas las demás.

Bracha veía a Hedwig cruzar por delante del taller camino de su prueba. A ojos de la modista, se veía una mujer de lo más corriente. La maternidad había redondeado su figura, y ya se acercaba a la mediana edad. Curiosamente, Bracha no sentía odio por aquella mujer ni por ninguna de las esposas de miembros de las SS, pues daba por sentado que se encontraban tan atrapadas en las circunstancias de la guerra como ella misma. La preocupación principal de Bracha era trabajar y mantenerse a salvo.

Marta supervisaba las pruebas de ropa bajo la atenta mirada de una guardia de las SS. Rózsika, la Gallinita, estaba a su lado y la ayudaba; todavía podía haber cambios antes de dar la prenda por terminada. Los sábados, a las doce en punto del mediodía, llegaban los peces gordos de las SS a recoger los pedidos de sus esposas. Los nombres de aquellos capitostes eran sinónimo de violencia, tiranía y asesinato en masa.

Tras la euforia inicial de sentirse a salvo en el *Stabsgebäude*, Hunya reconocía que, sobre todo las muchachas más jóvenes, se resentían de tener que trabajar tanto y en unas condiciones de tanta presión. Ellas se habían formado para trabajar en ese oficio, sí, pero la tensión de coser para guardias y esposas de las SS siempre estaba presente. No olvidaban en ningún momento que se dedicaban a vestir al enemigo.

La interacción entre modista y clienta es especialmente íntima. La costurera rodea con cinta métrica su cuerpo semidesnudo; está al corriente de todos sus defectos físicos. Quizá percibe las inseguridades de su clienta, y tiene que jalearse sus muestras de vanidad. En condiciones normales, una prueba de ropa es un momento amable, lleno de conversaciones, en que clienta y costurera hablan de la prenda en cuestión. En el caso de las modistas de Auschwitz, esas conversaciones estaban trufadas de diversas capas de tensión. Los miembros de las SS habían hecho siempre todo lo posible por distanciarse física y simbólicamente de los «subhumanos», que era como llamaban a los internos.

Y sin embargo, allí, unas prisioneras judías plantaban sus manos sobre los cuerpos de esposas de nazis destacados, les cogían el dobladillo, les estrechaban cinturas y les disimulaban costuras. En cualquier momento, la clienta podía censurar cualquier muestra de familiaridad de una interna, y el resultado podía ser un castigo o la expulsión de aquel puesto de trabajo tan codiciado. Ese tipo de relaciones también implicaba que las SS estaban obligadas a admitir que las internas eran seres humanos, algo que iba en contra de todo lo que les habían enseñado durante su adoctrinamiento.

Una de esas complejas relaciones se daba cuando Elisabeth Ruppert, la guardia de las SS, se paseaba con su uniforme y sus botas entre las filas de las mujeres que trabajaban. Hunya, con la cabeza gacha, se concentraba en

la aguja y el dedal en aparente muestra de sumisión: había pasado mucho tiempo desde que la habían desnudado, golpeado y humillado en Birkenau.

Un día, Ruppert se detuvo a admirar el talento de Hunya para la costura y dijo:

—Cuando termine la guerra, pienso abrir un gran taller de modistas en Berlín contigo. Jamás imaginé que las judías supieran trabajar, y mucho menos tan bien.

—Ni lo sueñes —murmuró Hunya en húngaro.

—¿Qué has dicho? —replicó la guardiana.

—Que será un placer —pronunció, esta vez en alemán. [24](#)

«Cuando termine la guerra...» Para una guardia era fácil fantasear sobre una tienda de modas imaginaria en la que trabajara un elenco de obedientes judías. Para las internas, la posibilidad de no vivir lo bastante para ver el fin de la guerra era muy real. Por más tranquilo que fuera el ambiente en el estudio de costura, más allá de ese refugio, en los campos, se seguía llevando a cabo el espantoso proceso por el que unas personas sanas se convertían en esqueletos temerosos; por el que unas personas vivas se convertían en humo, cenizas y fragmentos de huesos.

Katka, la hermana de Bracha, no se hacía ilusiones sobre la precaria naturaleza de su trabajo en el salón de modas. Conocía a una mujer de las SS que había pagado un soborno para conseguir cierta prioridad con su encargo. Era la misma que la había golpeado con tanta dureza durante el horrible procedimiento de ingreso en Auschwitz, en el que había tenido que desnudarse, hasta el punto de que se le había roto un pendiente cuando intentó quitárselo.

Pero en ese momento se había producido un cambio de dinámica porque aquella guardiana necesitaba de las dotes especiales de Katka: quería un abrigo nuevo hecho a medida.

A pesar de ello, Katka entendía a la perfección cuál era la relación entre clienta y trabajadora, y en una ocasión

afirmó: «Para ellas no somos seres humanos. Somos perros, y ellas son los amos». [25](#)

Aunque todo se hacía gratis, el trabajo que se llevaba a cabo en el Estudio Superior de Confección era de gran categoría, y Marta, con sus controles de calidad, velaba por que así fuera. Incluso Hunya, que contaba con años de experiencia, mejoró sus habilidades. En ocasiones, cuando las modistas trabajaban más de lo estipulado, sus clientas de las SS las recompensaban con algo de comida extra, con una rebanada más de pan o con un pedazo de salchicha. Más allá de eso, y de proporcionarles un alojamiento básico, su único pago consistía en el derecho a vivir un día más.

Nos convertimos en una familia amplia, unida por el destino en las penas y las alegrías.

HUNYA VOLKMANN [26](#)

—¡Creo que lo tenéis demasiado fácil! —les gritó una guardia en una ocasión entrando a toda prisa en el taller porque las había oído reír con ganas. [27](#)

Las largas jornadas laborales, de entre diez y doce horas, a que se veían forzadas para poder cumplir con las fechas de entrega de los encargos propiciaban unos lazos afectivos y de apoyo extraordinariamente fuertes. Durante el día, se sucedían animadas conversaciones en las que se recordaba la vida en sus lugares de origen y a sus seres queridos. Por las noches, las modistas se congregaban junto a las literas y, entre susurros, pasaban el tiempo con otras amigas del *Stabsgebäude*.

La camaradería, contar con un cobijo más o menos digno y con un trabajo que la realizaba ayudaron a Irene a recuperar la fe en sí misma. Gracias a las condiciones semicivilizadas del Estudio Superior de Confección, ya no se sentía reducida al estatus ínfimo de un número sin nombre. Seguía de luto por sus hermanas Frieda, Jolli y Edith, pero

ahora tenía una familia de amigas. Ya no habría más intentos de suicidio, ya no se acercaría «a las alambradas». Había pasado de la desesperación a la resiliencia.

Y la resiliencia las llevó al desafío. Las modistas ya no eran víctimas acobardadas, sin nombre. Se sentían humanas.

Un día, Hedwig Höss vino al taller a probarse ropa, acompañada de su hijo menor, Hans-Jürgen. Al parecer, el pequeño de seis años se mostraba interesado por aquel salón. Era evidente que a las mujeres les gustaba tener a un niño con el que jugar mientras la madre estaba ocupada. Quizá les recordaba a sus familiares asesinados, o pensaban en los hijos que esperaban tener en un futuro.

Ese día, la tensión excesiva pasó factura a la costurera Lulu Grünberg, la joven judía eslovaca de ojos traviosos. Mientras Hedwig se encontraba en el probador con Marta, Lulu, de pronto, se puso en pie de un salto, rodeó el cuello del pequeño con una cinta métrica y le susurró en húngaro: «¡Pronto te ahorcarán a ti, a tu padre, a tu madre y a todos los demás».

Cuando Hedwig regresó para otra prueba al día siguiente, comentó: «¡No sé qué le ha pasado al niño. No quería venir conmigo de ninguna manera!». [28](#)

Lulu, con su acto de osadía, se arriesgó a sufrir severas represalias. Por suerte no le ocurrió nada, y no sería la última vez que pondría en peligro su posición.

Marta Fuchs sentía la misma necesidad de desafío, pero ella, además, bebía del pozo profundo de la compasión. Aquella era una combinación muy poderosa, combinación que la llevaría a introducirse en el peligroso mundo de la resistencia clandestina en Auschwitz.

Solidaridad y apoyo

Nuestra vida diaria giraba alrededor de la solidaridad y el apoyo a aquellas que sufrían más que nosotras.

ALIDA DELASALLE [1](#)

Marta Fuchs tenía un plan.

Puntada a puntada, las demás mujeres del Estudio Superior de Confección se dedicaban a la costura.

Marta recibió la visita de otro prisionero. Las modistas no sabían cómo se llamaba ni le vieron el número. Habló con él en voz muy baja, y después se fue para acudir a su siguiente punto de contacto.

Puntada a puntada, iban pasando las semanas, los meses.

Por toda la zona de interés de Auschwitz, prisioneros y civiles creaban redes clandestinas que tenían como propósito desafiar el régimen nazi. El secretismo era fundamental para la mayoría de actos de resistencia, por lo que la información sobre esos movimientos es necesariamente escasa. Conservar algún tipo de registro era una misión casi imposible, las tasas de supervivencia eran bajas, y las personas que pertenecían a la clandestinidad solían mostrarse reacias a hablar de su trabajo incluso después de concluida la guerra. Marta se llevó muchos secretos a la tumba.

Aun así, bajo sus auspicios, el salón de costura de Auschwitz se convirtió en un refugio que salvaba por igual a costureras y no costureras. La implicación de Marta en la resistencia recorre como un hilo de plata el tejido pantanoso de la vida del campo de concentración.

Para alistarse a la resistencia, fuera de la clase que fuese, había que tener mucho valor en el universo del campo de exterminio. Si te pillaban, el castigo más habitual era la muerte. Además, la resistencia adoptaba numerosas formas. Iba desde los actos espontáneos de revuelta hasta los gestos callados de generosidad y solidaridad. Resulta fascinante constatar que, con mucha frecuencia, la ropa jugaba cierto papel en la resistencia, bien proporcionando un abrigo que salvaba vidas, bien convirtiéndose en reconfortante regalo, en lugar de escondite o en disfraz.

Un día, en el Revier de Birkenau apareció una muchacha en traje de baño temblando de miedo. Según su relato aterrado, se encontraba en un convoy de judíos que venían de París. Las mujeres se habían puesto trajes de baño porque el calor era insoportable. A una de ellas, que era bailarina, le ordenaron desnudarse. Ella se negó. Le arrebató el revólver a un miembro de las SS, le pegó un tiro y acto seguido se suicidó. Por increíble que parezca, la joven que había presenciado la escena fue sacada del vestuario por un soldado alemán. Mancí Schwalbová, la amiga médica de Bracha en el Revier, le cedió sin pensárselo su único suéter para que entrara en calor. [2](#)

La resistencia organizada se enfrentaba a numerosos obstáculos, y uno de los más importantes eran las actitudes erráticas y caprichosas de sus captores. Un día, Bracha y las demás costureras subieron al taller desde sus dormitorios y se encontraron a una desconocida, una mujer judía.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le preguntaron.

—De paquete en la motocicleta de un *Scharführer* —respondió ella—. Desnuda.

La mujer les explicó su historia. Acababa de llegar a Auschwitz en un convoy. La habían seleccionado para matarla y la habían desnudado para llevarla a la cámara de gas. En un acto de desafío, le habló en alemán al *Scharführer* de las SS que estaba al mando.

—Míreme. Soy fuerte y joven, y matarme de esta manera sería desaprovecharme. Ayúdeme a salir de aquí.

Él le recorrió las formas voluptuosas con la mirada y habló.

—Está bien. Ven conmigo.

Se montó en el asiento de su motocicleta y salieron de Birkenau por la carretera principal. Al llegar al *Stabsgebäude*, despertaron a la líder de bloque, Maria Maul, y la informaron de que acababa de llegar una nueva. Ella fue la que hizo subir a aquella mujer desnuda hasta el estudio de moda de Marta Fuchs, y Marta le encontró algo de ropa. La muchacha sobrevivió a la guerra como administrativa, compartiendo dormitorio con las costureras.

[3](#)

Quién sabe qué motivó al agente de las SS a salvarle la vida cuando centenares de otras personas igualmente inocentes eran asesinadas. Una mujer desnuda subida a una moto es uno de los muchos hechos surrealistas que ocurrían en el campo de exterminio: Auschwitz era un mundo grotesco en el que las vidas se rescataban, se arruinaban o acababan producto de un simple capricho.

Antes de ser trasladada a Birkenau, Bracha vio un camión lleno de mujeres judías a las que llevaban a la cámara de gas. Una de ellas, que resultó ser la mejor amiga de la esposa del fundador de Checoslovaquia y su primer presidente, gritaba: «¡No quiero morir! ¡No quiero morir!». Pero ni Bracha ni las demás víctimas seleccionadas pudieron hacer nada por impedirlo. [4](#)

El poder de las SS parecía absoluto, pero, sin embargo, contra todo pronóstico, el complejo de campos de Auschwitz tenía también unas redes de resistencia que trabajaban con

gran empeño y desafío y que abarcaban diversos credos, ideologías políticas y nacionalidades.

Las modistas encontraban la manera de resistirse a sus opresores nazis y a la degradación general de su humanidad. Eran afortunadas, pues contaban con más oportunidades que la mayoría para alimentar el respeto propio y la identidad, y su situación era contagiosa. Los actos más pequeños podían tener repercusiones positivas.

Un día de 1944, Hunya Volkmann se encontraba entre las veteranas del campo que asistían a la llegada de nuevas prisioneras al *Stabsgebäude*. Una de aquellas recién llegadas la empujó y, de malas maneras, le exigió que le entregara su cuchara. Ella, que era de natural amable, se la dio, a pesar de que el cuenco y la cuchara eran tesoros muy importantes para la vida del campo, sin los cuales no tenían acceso a la comida. Aquella mujer se disculpó al momento y le dijo que no esperaba que la trataran como a una persona normal después de las experiencias que había vivido en Birkenau. Hunya había humanizado el encuentro, y su trato marcó profundamente a aquella mujer hostil. Con el tiempo se hicieron muy amigas. [5](#)

Las modistas estaban en el centro de un grupo de amistades internacionales centradas en el *Stabsgebäude* que desafiaban el racismo, el antisemitismo y cualquier forma de división política. Lo formaban judías y gentiles, creyentes y ateas, artesanas e intelectuales. A causa de los privilegios relativos de los que gozaban, las mujeres que ocupaban los dormitorios de aquel sótano podían formar grupos de estudio por las noches. Compartían sus conocimientos y su amor por las artes. Irene y Renée decidieron aprender francés. Otras tomaban clases de alemán, o adquirían nociones de lengua y cultura rusas de la mano de una interna de gran talento llamada Raya Kagan. Muchas jóvenes descubrieron que tenían una sed de

conocimientos que iba más allá de la educación que habían recibido en sus países.

Las que disfrutaban con aquellas dosis clandestinas de literatura y ciencia debían enfrentarse a las burlas de las escépticas, que les decían que se engañaban a sí mismas, que vivían en un mundo de fantasía que no tenía nada que ver con la realidad. Quizá ese fuera precisamente su atractivo: al menos esos grupos de estudio demostraban que sus mentes no podían quedar encerradas tras las alambradas.

A Anna Binder, una de las mejores amigas de Marta, le encantaban los debates científicos y filosóficos. También le gustaba mucho componer ingeniosos poemas satíricos, que le valieron un encierro de tres semanas en el búnker de castigo cuando la pillaron. Una de las agentes de las SS sentenció: «Binder es insolente incluso cuando está callada». [6](#)

Para las judías ortodoxas del *Stabsgebäude*, la resistencia era confeccionar un libro de oraciones y un calendario prohibidos, o robar provisiones para celebrar el Séder de Pésaj, y velas para Janucá. No podían respetar el *sabbat*, pero algunas mujeres insistían en observar las fechas de los ayunos siempre que podían. Otras mujeres habían perdido la fe antes de la deportación, o durante su estancia en el campo. Bracha nunca rezó en Auschwitz.

Los nazis, en cambio, se mostraban exageradamente entusiastas con las celebraciones cristianas. Un diciembre, las mujeres del *Stabsgebäude* organizaron un desfile navideño en el cuarto de la colada con canciones, bailes y piezas satíricas breves. La música del concierto fue una experiencia agri dulce para Hunya, que no pudo evitar recordar otros conciertos de su pasado, en Leipzig, en compañía de buenos amigos y de su esposo, Nathan.

El comandante Höss autorizó el espectáculo e insistió en que las familias de las SS fueran invitadas y asistieran en

primera fila en diversas representaciones. Sin duda, las mujeres llevarían ropas confeccionadas por el equipo de costureras de Marta.

En nuestro comando de costura, sisábamos todo lo que podíamos para dárselo a quienes más lo necesitaban.

ALIDA DELASALLE [7](#)

La camaradería hacía posible la resistencia cultural. Los vínculos entre algunas internas contrastaban fuertemente con el dogma de «la supervivencia del más fuerte» impuesto por las SS en el campo de concentración. Como *kapo* del taller de costura, la confianza y la compasión de Marta marcaban el tono de las personas que se encontraban a su alrededor, y potenciaban el instinto natural de la ayuda mutua. De alguna manera, Marta se enteró de aquella vez en que Irene recibió un huevo entero como regalo de cumpleaños durante su infancia, cuando vivía en la calle Židovská de Bratislava. A pesar de las dificultades, «consiguió» un huevo de gallina para regalárselo a Irene en la celebración de su cumpleaños en el campo. El valor nutritivo del huevo venía acompañado del detalle, la dedicación y el amor de aquel regalo, y simbolizaba un vínculo con tiempos más felices. [8](#)

Las prisioneras del *Stabsgebäude* tenían ocasión de compartir frutas y verduras, que robaban de los campos de Rajsko y se metían dentro de unas bragas que les iban muy grandes. Siempre que podían se llevaban libros —que también estaban prohibidos—, y se los prestaban entre ellas como si se encontraran en una especie de biblioteca, o bien se los leían en voz alta unas a otras. Los objetos más insignificantes eran tratados como tesoros, se escondían bajo los colchones o se llevaban en aquella especie de monederos ocultos bajo las ropas que se confeccionaban ellas mismas: peines, espejos rotos, aguja e hilo.

Las modistas también cosían para sus amigas, a pesar de que los largos turnos de trabajo las dejaban exhaustas. Un día Hunya recibió la visita de Lina, la secretaria interna de un alto mando de las SS. Le mostró un retal de tela blanca y le pidió que le confeccionara un pijama: otro lujo prohibido. Hunya la complació con gusto. Optó por no mencionar que aquella tela era, sin duda, una sábana que había sacado del almacén del *Stabsgebäude*. Una semana después, la líder del bloque la convocó y la sometió a un interrogatorio.

—¿Has cosido un pijama para una de las chicas? ¿Qué tela usaste? ¿Tenía forma de funda de almohada?

Hunya se mantuvo serena.

—No, en absoluto. Era un pedazo de tela sin más. No pregunté de dónde venía.

De alguna manera, a ella no le pasó nada. A Lina la castigaron con dureza. No se sabe qué fue de aquella prenda de ropa. [9](#)

Esa red de amigas nunca era tan necesaria como cuando una de las modistas caía enferma. Alida, la corsetera francesa, estuvo cinco veces hospitalizada por disentería, tifus, septicemia y una crisis cardíaca que sufrió tras recibir una paliza, entre otras dolencias. Cuando a Irene la operaron de un ojo infectado, la herida se le llenó de pus, que tenían que drenarle a diario. Su sistema inmunitario estaba tan debilitado que no era capaz de combatir la infección, y pasó nueve semanas sin poder trabajar. El déficit vitamínico crónico de Bracha llegó a ser tan severo que la trasladaron al hospital principal del campo. Con cierta frecuencia, Katka debía aplicarse curas en la herida de la pierna. Incluso Marta contrajo el tifus y estuvo grave.

Lo que, en último extremo, les devolvía siempre la salud era la decencia y la amistad leal: un limón que alguien robaba y le regalaba a Marta; unas manzanas que unas enfermeras de las SS le ofrecían a Marta al verla sufrir; el camisón y los vendajes de Irene que las del *kommando* de

la colada hervían y desinfectaban todas las noches; la leche que le conseguían a Alida sus compatriotas francesas.

Bracha se sentía tan aliviada por el amor y la bondad de quienes la cuidaban en el hospital que, de hecho, dormía bastante bien mientras estuvo enferma, y soñó con un precioso árbol de Navidad que había visto de niña en el hospital de tuberculosos.

Hunya se debatió entre la vida y la muerte durante nueve semanas antes de perder el conocimiento por culpa del déficit de vitaminas. Su sistema inmunitario, como el de las demás, estaba tan debilitado que ya no podía presentar batalla. Lo que salvó a Hunya no fueron solo los cuidados físicos de las enfermeras internas, ni la comida que llegaba al hospital procedente del mercado negro, ni el hecho de contar con un camisón limpio; lo que la salvó fue el amor y la solidaridad con que le dedicaban aquellas atenciones. La bondad humana potenció su recuperación tanto como la dieta mejorada y el reposo en cama.

Todas las personas que ayudaban se exponían a recibir palizas o a morir.

Hunya, Bracha, Irene, Alida y las demás modistas fueron muy afortunadas por el apoyo que recibieron durante su estancia en el Revier o en la pequeña sala de recuperación para internas enfermas ubicada en el *Stabsgebäude*. A pesar del empeño desesperado y de la humanidad del personal médico formado por internos, la mayoría de prisioneros, comprensiblemente, temían los barracones hospitalarios de Auschwitz por considerarlos el escenario de las espantosas vivisecciones humanas que practicaban los doctores de las SS, o las antesalas de las cámaras de gas.

Con todo, los hospitales del campo podían ser centros de la actividad organizada de la resistencia. Muchos médicos y enfermeras eran miembros comprometidos con la clandestinidad, a pesar de todos los peligros. Algunos de sus trabajos eran de naturaleza médica, como la ayuda personal a los prisioneros. Los alimentos y las medicinas llegaban

incluso a entrar en el campo de la mano de polacos de la zona de Auschwitz comprensivos con la situación de los internos. [10](#)

La interna Janina Kościuszkowa, «Janka», era doctora en la pequeña sala de nueve camas instalada en el *Stabsgebäude*, un espacio pensado para internas con dolencias menos graves. Era una mujer robusta de gran corazón, y trataba a las mujeres con medicinas introducidas ilegalmente en el edificio. Asimismo, falsificaba deliberadamente los diagnósticos para que las pacientes con enfermedades infecciosas no fueran trasladadas sin más a Birkenau, donde su destino era la muerte segura. Cuando se descubrió que pertenecía a la resistencia, fue a ella a la que enviaron a Birkenau. Las costureras del *Stabsgebäude*, agradecidas, le enviaron de regalo unas bragas de abrigo, confeccionadas a partir de una manta.

La doctora que había salvado tantas vidas contó que aquellas bragas la habían salvado a ella: «Sentía que me moría de frío, y cuando me las puse volví a la vida. Sentí que volvía a ser médico, y no una prisionera desvalida.» [11](#)

Mientras se encontraba en el hospital, Hunya recibió la ayuda personal de una enfermera muy especial llamada Maria Stromberger. La enfermera Maria, como la llamaban sus amigas, era una profesional, además de católica devota. Al llegarle los rumores de las atrocidades que se estaban perpetrando en el Este, se ofreció voluntaria para trabajar en Auschwitz. A su llegada al campo en octubre de 1942, con cuarenta y cuatro años, le dijeron: «El frente es un juego de niños comparado con Auschwitz». La destinaron a trabajar en el hospital de las SS con el pleno conocimiento de la «limpieza de judíos» que allí se llevaba a cabo. [12](#) En ese momento, el hospital de las SS se encontraba en el mismo edificio que la *Politische Abteilung*, la Sección Política. Ella oía con frecuencia los gritos de tormento

durante los interrogatorios a los prisioneros. Aquellos sonidos se conocían como «la sirena» de Auschwitz.

La enfermera Maria fue uno de los contactos de Marta Fuchs en la clandestinidad del campo. Ella lo veía como parte de su misión humanitaria para ayudar a las internas en la medida de sus posibilidades, incluidas las judías. Sus visitas al *Stabsgebäude* se organizaban para evitar la presencia de las SS y poder hablar así libremente con Marta, a la que pasaba productos de contrabando además de noticias. En algunas ocasiones le hacía llegar lujos como medicinas, chocolate, fruta y champán, que cogía de los almacenes de las SS. ¹³ Fue gracias a la enfermera Maria como Marta se enteró del desembarco aliado del Día D en Normandía, en junio de 1944, una noticia que la llenó de esperanza y que se apresuró a compartir con las demás.

Las costureras que trabajaban en el turno de noche de la sala de remiendos que se encontraba bajo el Estudio Superior de Confección podían en ocasiones sintonizar la BBC News en un aparato de radio cuando su benévola guardiana de las SS se quedaba dormida. También se informaban a través de algunos periódicos que cogían en las oficinas de administración y se llevaban a los dormitorios. Se trataba de una operación de mucho riesgo. Una agente de la clandestinidad que operaba en el *Stabsgebäude* sintió terror al ser detenida y registrada por una de las guardias de las SS, consciente de que, bajo el vestido, llevaba papeles que la incriminaban. Por suerte, el registro no fue más allá de los bolsillos, que estaban llenos de pañuelos usados, empapados, porque la mujer aquellos días estaba muy acatarrada. ¹⁴

Recibí con infinita alegría tu postal del 28 de abril en la que nos escribes con detalle noticias de mis seres queridos. No tengo palabras para expresarte la gratitud que siento

hacia ti (...) Te beso mil veces y mis pensamientos están siempre contigo.

MARTA FUCHS, MENSAJE EN POSTAL, 5 DE JUNIO DE 1943 [15](#)

Recordar que existía un mundo más allá de las alambradas proporcionaba a las internas una sensación de conexión, sobre todo cuando recibían noticias de las derrotas nazis. El optimismo natural de Bracha se vio reforzado con las informaciones según las cuales a los alemanes no les iba bien la guerra. Ella siempre mantenía la esperanza de que algún día sería libre.

Entretanto, se producía el milagro de la comunicación con familiares y amigos que seguían en su país. Algunos de esos contactos los facilitaba el personal de las SS, no solo la valiente Maria.

En el campo, Bracha se encontró a un joven al que había conocido en Bratislava antes de la guerra. Pertenecía al ejército eslovaco y había sido alistado a la fuerza para prestar el servicio militar con los alemanes. El vínculo que habían tenido en la infancia pasó por encima de las distinciones entre guardia y prisionera, y él aceptó enviar un mensaje a los abuelos de ella, que vivían en Hungría. Además, cuando estaba de permiso, le llevó una nota a Ernst Reif, un amigo judío al que Bracha había conocido en el grupo juvenil Hashomer de Bratislava. Estaba fechada en Birkenau en junio de 1943 y en ella escribía que se encontraba bien de salud y trabajaba con Katka. «Ya llevo catorce meses aquí, pero mi mente siempre, eternamente, regresa a casa... Me gustaría volver al pasado...» [16](#)

Como Ernst Reif se encontraba escondido, fue su hermana la que escribió la respuesta, que adjuntó a un paquete confeccionado a toda prisa en el que había salami, chocolate y otras delicias. El guardia eslovaco lo introdujo en el campo, para gran alegría de Bracha.

Ese guardia no era el único que ayudaba a las internas. Una de las amigas de Irene del bloque de administración usó un retal de tela «organizada» para confeccionarse una camisa. Cosechó una carta en el cuello describiendo lo que ocurría en Auschwitz, y un hombre de las SS originario de Bratislava se encargó de sacarla del campo. ¹⁷ Lilly Kopecky y Ella Neugebauer, entre otras, también pudieron recibir cartas e incluso fotografías de sus familiares gracias a un eslovaco de las SS llamado Rudasch. Él advertía a los judíos de Bratislava que seguían en libertad de la existencia de las cámaras de gas y las selecciones, pero ellos preferían no creerle; la verdad era tan aterradora que resultaba inaceptable. ¹⁸

Por increíble que parezca, durante un breve período de tiempo, a los prisioneros judíos de Auschwitz se les permitió escribir a sus familiares. Llegaron a proporcionarles incluso postales oficiales a tal fin.

Marta Fuchs y las modistas del salón de moda aceptaron el ofrecimiento.

Marta preguntó por el marido de su hermana Turulka, Laci Reichenberg..., el hermano de Irene. Los dos se enfrentaban a los nazis con los partisanos. La costurera Manci Birnbaum le escribió a Edit Schwartz, a la calle Židovská de Bratislava: «No te imaginas la alegría indescriptible que siento cuando reparten la correspondencia y recibo carta tuya...». De sus sufrimientos en el campo no decía nada. ¹⁹

¿Cómo podían unas pocas líneas a lápiz sobre una postal explicar un lugar como Auschwitz, donde llevaban en motocicleta a mujeres desnudas y donde ellas cosían ropa de moda para esposas de altos cargos de las SS? Aun si la verdad hubiera estado permitida en los mensajes que se enviaban desde el campo, habría hecho falta escribir un número infinito de postales para describir la angustia de cada persona y la enormidad de los crímenes nazis.

Permitir una correspondencia limitada no era, en absoluto, un acto de benevolencia por parte de los nazis. Aquellas postales se usaban para identificar a judíos escondidos. Aunque la dirección del remite era *Arbeitslager Birkenau*, todas las respuestas se enviaban a Berlín, donde eran analizadas. Además, solo las noticias positivas superaban la censura, a fin de que los receptores judíos creyeran que a los deportados les iba muy bien y se dedicaban a realizar trabajos de campo perfectamente normales.

Conocedoras de las intenciones asesinas del complejo Auschwitz-Birkenau, las que escribían aquellas postales hacían todo lo posible por enviar mensajes codificados. El día de Año Nuevo de 1943, Marta había escrito a sus seres queridos y les sugería que invitasen a «la señora Vigyáz». «Debería estar siempre con vosotros, es muy útil en la casa». *Vigyáz* , en húngaro, significa «precaución» o «cautela». [20](#)

De alguna manera, aquellas tarjetas postales manuscritas de Auschwitz debían transmitir noticias de muertes de familiares. Pero para pasar la censura había que recurrir a subterfugios. Cuando Irene le escribió una postal a su padre, le dijo que sus tres hermanas estaban con su madre, viajando a una ciudad llamada *Plynčiky*. Su madre había muerto en 1938. *Plyn* significa «gas» en eslovaco. El mensaje llegó y fue entendido. Shmuel Reichenberg, el zapatero, se enteró de que sus hijas Frieda, Edit y Jolli estaban muertas, pero al menos Irene seguía con vida, al cuidado de Marta.

En el reverso de una de las postales de Marta enviadas desde el campo, sobre el sello que mostraba el busto de Adolf Hitler y bajo el matasellos fechado en Berlín el 6 de abril de 1944, Herta, prima de Marta, garabateó un mensaje: «¡Muchos saludos y besos de Herta! ¿No estás en contacto con nuestros parientes?».

Ni uno solo de los familiares de Herta sobrevivió a la guerra.



Postal de Marta Fuchs enviada el 3 de marzo de 1944, sellada el 6 de abril con la nota a lápiz de Herta.

Los mensajes que se recibían en el campo no se han conservado: no había que guardarlos como recuerdos de los seres queridos: todo documento incriminatorio debía arrojarse al inodoro o quemarse.

Hunya no podía comunicarse con sus padres, que habían huido a Palestina. No sabía que todos los lunes y todos los jueves sus padres ayunaban y rezaban «por su hija, que se encuentra en una situación difícil». [21](#)

Estábamos convencidas de que nunca lograríamos salir de ese infierno, y queríamos que el mundo, algún día, lo supiera todo.

VĚRA FOLTÝNOVÁ [22](#)

Después de la guerra, la enfermera de las SS Maria Stromberger declaró que sentía que su ayuda había sido mínima, pero de hecho había supuesto muchísimo para las que la recibieron. Fue denunciada en dos ocasiones por su implicación en la resistencia. La segunda vez la llevaron en

presencia del comandante del campo, Rudolf Höss. Las dos veces defendió su absoluta inocencia. Las dos veces la soltaron tras recibir una advertencia, pero no reveló los nombres de otros conspiradores, entre ellos Marta Fuchs.

A Stromberger la ayudó el hecho de ser la enfermera que asistió a Hedwig Höss durante su último parto, que culminó con el nacimiento de su hija menor, Annegrete, en septiembre de 1943. Tras el alumbramiento, Hedwig se recuperó vestida con ropa cómoda confeccionada en el salón de costura. Al contar con un equipo personal de costureras, así como con la posibilidad de llevarse lo que quisiera de los almacenes de Canadá, tampoco le supuso el menor problema preparar la canastilla.

La enfermera Maria —su nombre cifrado era «S»—, contacto de Marta, tenía libertad de movimientos fuera del complejo del campo, lo que hacía de ella un activo valiosísimo para la clandestinidad. Asumiendo un enorme riesgo personal, sacaba mensajes y paquetes fuera de Auschwitz. La información más sensible se ocultaba en el interior de prendas de ropa dotadas de cavidades secretas. Su uniforme blanco, almidonado, le proporcionaba cierta protección cuando esperaba en estaciones ferroviarias polacas o en las calles del país, a la espera de susurrar las contraseñas que la pondrían en contacto con miembros de la resistencia en el exterior.

Entre otra información, la enfermera Maria actuaba como enlace clandestino para entregar negativos fotográficos —ella desconocía los temas— e historiales médicos del hospital. Formaba parte de una red muy activa de personas que ponían en riesgo su vida para aportar pruebas de las atrocidades de Auschwitz a la resistencia polaca, pruebas que iban mucho más allá de las cautelosas noticias de las muertes individuales que las modistas hacían llegar a sus familiares en sus postales.

Las internas que ejercían de secretarias en el *Stabsgebäude* y trabajaban en la Oficina Central de

Construcción copiaban clandestinamente los planos de las cámaras de gas y los crematorios de Birkenau. Después, estos documentos se ocultaban en tarros que se enterraban en el cemento de los retretes del barracón y, a su debido tiempo, se hacían llegar al Ejército Nacional polaco cosidos en cinturones. [23](#)

También se consiguieron otras pruebas aún más incriminatorias para la posteridad: se logró introducir una cámara y carretes en Birkenau para fotografiar los trabajos del *Sonderkommando* (el escuadrón especial), que tenía como misión procesar los cuerpos de los asesinados. El interno Alberto Errara tomó apresuradamente imágenes de la entrada occidental del Crematorio V. El propio Errara, más adelante, sería torturado y asesinado tras un intento fallido de fuga, pero en septiembre de 1944 consiguieron hacer llegar los carretes a la fotógrafa polaca Pelagia Bednarska, en Cracovia, a través de Teresa Łasocka, miembro de la resistencia y, también, uno de los contactos de la enfermera Maria Stromberger. [24](#)

De todas las imágenes tomadas en las circunstancias más espantosas, Bednarska solo pudo salvar tres. Son las únicas fotografías conocidas del auténtico proceso de exterminio llevado a cabo en Auschwitz. Muestran a unas mujeres en el bosque cercano al crematorio, desnudándose antes de ser asesinadas, y unos cuerpos quemados en zanjas, pues los hornos crematorios funcionaban a destajo. [25](#)

Puntada a puntada, las modistas de Auschwitz seguían cosiendo para las esposas de mandos de las SS, que organizaban o supervisaban aquellos horrores captados por las tres fotografías clandestinas. Marta seguía siendo la encargada de «ir de compras» a Canadá en busca de la ropa de la que se habían desprendido las víctimas de los nazis, inmersas en el miedo y la confusión.

Los almacenes de Canadá no eran solo los depósitos de las pertenencias de los muertos, eran también centros fundamentales para la resistencia y la clandestinidad. Los viajes de Marta en busca de materiales, de parte de Hedwig Höss, le proporcionaban la coartada perfecta para compartir noticias y hacer planes.

Uno de los *kapos* de Canadá era un hombre muy valiente de Cracovia llamado Bernard Świerczyna y, en la resistencia, apodado Benek. Había sido prisionero en Auschwitz desde julio de 1940 —su número era de los más bajos— y su posición en los almacenes del saqueo le había ayudado, sin duda, a sobrevivir tanto tiempo. Bajo su protección, los trabajadores de los almacenes de ropa tejían orejeras, jerséis y guantes que hacían llegar a las unidades del Ejército Nacional polaco que operaban en condiciones extremas fuera del campo. Aquellas personas que tejían se sentían extraordinariamente empoderadas al tener la posibilidad de ayudar a otros, por más que siguieran encarceladas. [26](#)

Además de ayudar a la distribución clandestina de información, ropa, alimentos y medicinas, Świerczyna sabía que Canadá podía proporcionarles los recursos más preciados: sobornos, documentos y disfraces para la huida. Marta tenía acceso a aquellos mismos recursos. [27](#)

Las huidas no eran solo cuestión de salvar la propia vida. Existía una necesidad urgente de romper el código de secretismo sobre la solución final y la verdadera naturaleza de Auschwitz.

En las postales se enviaban advertencias personales. Los enlaces hacían llegar pruebas impactantes de las atrocidades. Pero, aun así, las deportaciones de judíos continuaban, y el mundo parecía seguir mostrándose indiferente.

En 1944, la situación se volvió, si cabe, más urgente. La Wehrmacht alemana ocupó Hungría, su propia aliada. La

invasión vino seguida de inmediato de actos contra el pueblo judío, tanto ciudadanos húngaros como aquellos que habían huido al país en busca de refugio ante las persecuciones que se perpetraban en el resto del Reich. Ahora, los queridos abuelos de Bracha estaban en peligro, como los amigos y familiares húngaros de Marta. La operación para deportar a judíos de Hungría y exterminarlos adoptó el nombre de Rudolf Höss. Durante uno de sus viajes logísticos a ese país que tuvo lugar en mayo de 1944, Höss le envió a Hedwig varias cajas de vino que debían disfrutar a su regreso: una recompensa por el arduo trabajo de tener que organizar la aniquilación de diez mil personas al día.

Los prisioneros de Birkenau estaban al corriente de los preparativos que se estaban llevando a cabo para acelerar el genocidio a gran escala: se estaba construyendo un nuevo ramal ferroviario que iba a conectar el campo con la línea principal, a dos pasos de los crematorios. Los miembros de la resistencia de Auschwitz sabían que, para resultar más creíbles, los propios internos debían escapar y transmitir sus testimonios: los civiles judíos no debían seguir siendo engañados con la idea de que, al subirse a aquellos convoyes, se dirigían a una nueva vida en campos de trabajo.

Las fugas eran difíciles pero no imposibles. Hubo más de ochocientos intentos de huida de la zona de interés de Auschwitz. Muchos menos fueron los que culminaron con éxito. De ellos, un pequeño porcentaje fueron protagonizados por mujeres. [28](#) Marta pretendía ser una de ellas.

Para huir del campo iba a tener que planificar mucho, y necesitaría apoyos y suerte para conseguir burlar las intensas medidas de seguridad. Durante el día existía una extensa cadena de vigilancia compuesta por guardias de las SS armados, situados en el exterior de los grupos de trabajo. De noche, todos los prisioneros eran iluminados por

grandes focos cuya luz rebotaba en las alambradas electrificadas con altos voltajes. Había otros centinelas apostados con ametralladoras en torres de vigilancia, así como patrullas móviles ordinarias. El campo de Birkenau, además, también estaba protegido por una trinchera ancha y profunda cubierta de agua. Las SS podían convocar a tres mil guardias y a dos mil perros en caso de necesidad.

Ya antes de la huida, alguien que quisiera escapar podía ser traicionado por otro interno. En el campo abundaban los informantes, motivados por el rencor, el deseo de recompensas o simplemente el miedo ante las represalias generales que habitualmente seguían a la activación de las sirenas, que indicaban una fuga. Marta era una persona valorada y respetada, algo que de todos modos no le serviría en absoluto si alguien, fuera de su grupo, veía alguna ventaja en el hecho de delatarla.

Si todos esos obstáculos podían vencerse y llegaba a salir del campo, se encontraría vagando por un territorio ocupado por los nazis. Los desconocidos con los que se encontraría podían ofrecerle apoyo y comprensión, pero la hostilidad y la delación no eran nada raro a causa de represalias de los nazis. Los riesgos eran especialmente elevados para los internos judíos, que se exponían a ser descubiertos en redadas ordinarias y «cazas al judío». Las recompensas para el personal de las SS que impedía fugas eran significativas: grandes cantidades de vodka y unas buenas vacaciones en el centro recreativo de las SS en Solahütte.

Marta sabía bien cuál era la pena si la pillaban. Era amiga de internas secretarias que debían redactar las notas tras las sesiones de interrogatorio-tortura. Había estado hombro con hombro con otras mujeres del *Stabsgebäude* cuando las obligaban a presenciar las ejecuciones de aquellas que no se salían con la suya en sus intentos de huida.

Durante una ejecución por ahorcamiento de tres hombres y una mujer, Hunya, la compañera de Marta, se sintió

atormentada al constatar la impotencia de los testigos, lo trágico de aquellas cuatro víctimas. Pero en el momento de subir al patíbulo, los cuatro enderezaron la espalda y levantaron bien alto las cabezas. Hunya interpretó su gesto como un desafío: «Nosotros hemos fallado, pero a vosotros os saldrá bien. ¡Atreveos a intentarlo!». [29](#)

Achtung! Lebensgefahr!

(¡Atención! ¡Peligro de muerte!)

CARTELES COLOCADOS EN LAS VALLAS QUE CIRCUNDABAN LA ZONA DE INTERÉS
DE AUSCHWITZ

La apariencia era un elemento fundamental en los intentos de fuga. Una persona sucia, mal vestida, con la cabeza rapada y un brazo tatuado con un número destacaba al momento como interno de Auschwitz. Así pues, resultaba básico poder pasar por un «ser humano», y no por un «subhumano», según la categorización nazi.

Las autoridades de Auschwitz eran muy conscientes de que la ropa rayada o con alguna marca era algo que distinguía a los fugados. Intentaban evitar, reiterada y específicamente, que los civiles pasaran ropa a los internos, y advertían al personal de las SS de que no perdieran de vista en ningún momento sus uniformes.

Algunos fugados optaban por investirse del poder que conferían los uniformes alemanes, y accedían a los almacenes de las SS para obtener las prendas que necesitaban. Dos hombres consiguieron salir del campo de esa manera, en un camión robado. Otros dos, vestidos también con uniformes de las SS, llegaron hasta Praga en tren. Cuatro más salieron de Auschwitz conduciendo tranquilamente un elegante automóvil, repartiendo saludos militares por el camino. Cyla Cybulska, trabajadora administrativa de la Sección Política, se fugó cuando su

amante, el interno Jerzy Bielecky, se puso un uniforme de oficial de las SS y la sacó del edificio como si se la llevara para someterla a un interrogatorio. [30](#)

En abril de 1944, dos hombres iniciaron su propia huida de Auschwitz, con la intención de intentar detener las deportaciones desde Hungría. Si no lo conseguían, tendría que ser Marta Fuchs la encargada de seguir sus pasos y fugarse también ella.

Uno de los viejos conocidos de Irene, con quien había coincidido en Canadá, fue el que culminó la fuga más famosa de Auschwitz: Walter Rosenberg, prisionero número 44070, conocido como Rudolf Vrba desde que salió del campo.

La primera hazaña de Vrba había sido evitar la deportación desde Eslovaquia. Helena, su madre, era una mujer de recursos y le cosió un billete de diez libras en el dobladillo de los pantalones, lo que le permitiría pagarse un billete a Inglaterra para ponerse a salvo. Eso fue en la primavera de 1942, en el mismo momento en que Irene, Bracha, Marta y las otras modistas eslovacas ingresaban en la vida del campo. Vrba quería llevar más ropa para el viaje, pero tenía que llevársela puesta. Y ese fue su error. Lo interceptaron y lo detuvieron porque era muy sospechoso que alguien llevara dos pares de calcetines con ese calor. También fracasó en otros intentos de fuga, y Auschwitz se convirtió en su destino final.

Vrba había aprendido por dura experiencia propia que «un hombre que se fuga necesita ropa». [31](#) Su atuendo para la huida de abril de 1944 lo sacó de Canadá. Tanto él como su compañero Alfred Wetzler, «Fred» —interno número 29162 y falsificador excepcional de la resistencia junto con Leo Kohút, cuñado de Irene—, llevaban gruesos tabardos, pantalones de montar de lana, pesadas botas y unos elegantes trajes holandeses. Vrba, además, contaba con un suéter blanco y un cinturón de cuero que contribuían a

subirle la moral, regalo de un prisionero al que había admirado mucho y que por desgracia había sido ejecutado tras un intento fallido de fuga.

Wetzler y Vrba se ocultaron bajo montones de troncos, en un solar en construcción de Birkenau, hasta que el dispositivo de búsqueda de tres días quedó desactivado. Entonces salieron de allí y alcanzaron la libertad el 10 de abril. El día 25 de ese mismo mes llegaron a Žilina, Eslovaquia, tras librarse por los pelos de ser atrapados y abatidos a tiros en su huida. Vrba tenía las botas tan desgastadas que uno de los polacos que tan amablemente les dieron cobijo le regaló unas zapatillas.

A Vrba y a Wetzler los interrogaron por separado las autoridades judías. Aportaron información clara, concisa, sobre la operación de exterminio masivo y sobre la amenaza inminente que se cernía sobre los judíos de Hungría. Ayudó que Vrba tuviera un aspecto bastante distinguido, ataviado con aquella chaqueta confeccionada en Ámsterdam. Su propietario original, que la había llevado puesta en su trayecto de Holanda a Auschwitz, no sabía nunca cuál había sido su pequeña participación en el desarrollo de los acontecimientos a nivel internacional..., si es que el pobre hombre seguía con vida.

Desde Žilina se enviaron copias de los informes de Vrba-Wetzler a todo el mundo. [32](#) El mundo, a partir de ese momento, tuvo pruebas de aquellos asesinatos a escala industrial. Quedaba por ver si este podría hacer algo, si haría algo con ese conocimiento. La reacción de los aliados ante esos informes fue por lo general poco adecuada. El primer ministro británico Winston Churchill escribió que la persecución de los judíos en Hungría «es probablemente el mayor y peor crimen cometido jamás en toda la historia de la humanidad». [33](#)

El papa Pío le envió una carta poco convencida al almirante Horthy, regente de Hungría, y otras naciones

ejercieron ciertas presiones diplomáticas para que se pusiera fin a las deportaciones, que seguían llegando de día y de noche a Auschwitz. Cuando Horthy, finalmente, aceptó poner fin a los traslados, más de cuatrocientos mil judíos de Hungría ya habían sido deportados. Y al menos el ochenta por ciento de ellos fueron directamente a las cámaras de gas.

Vrba y Wetzler consiguieron desencadenar una cascada de comunicaciones internacionales sobre Auschwitz. Nadie podía negar que existían pruebas crecientes de asesinatos en masa. Los judíos que seguían en Hungría tuvieron, al menos, la posibilidad de sobrevivir una vez que se detuvieron las deportaciones.

Mientras el humo seguía saliendo de las altas chimeneas de los crematorios, las modistas tenían que seguir cosiendo. ¿Estaban al corriente del exterminio incesante que tenía lugar en Birkenau?

«Lo sabíamos todo», dijo Katka Berkovič. [34](#)

La costurera Renée Ungar comentó: «Los meses del verano de 1944 estuvieron llenos de sangre». [35](#)

Cuando Marta entraba en Canadá a buscar materiales para confeccionar con ellos los encargos de sus clientes, se encontraba con montañas de ropa sucia, medio putrefacta: el botín procedente de Hungría era de tal tamaño que no había forma humana de clasificarlo.

La resistencia siempre merece la pena, mientras que la pasividad significa muerte.

HERTA MEHL [36](#)

El 22 de mayo de 1944, las internas del *Stabsgebäude* fueron trasladadas desde los viejos edificios del Monopolio Polaco del Tabaco a unos bloques nuevos cercanos a los talleres del campo principal, contruidos con mano de obra prisionera. Para muchas de las modistas, aquel cambio les

supuso la primera ocasión de salir en meses, una oportunidad para volver a ver el cielo. A ellas las alojaron en un barracón con el número 6 de aquella ampliación del campo. Había veinte edificios ubicados en cuatro hileras, con cinco barracones en cada una de ellas.

Mientras que los *kommandos* de colada, planchado y remiendos se reubicaron en unos establos cercanos adaptados y distribuidos alrededor de un patio empedrado, las modistas de élite seguían cosiendo para las clientas de las SS en el Estudio Superior de Confección del *Stabsgebäude*. Y estaban más ocupadas que nunca. Marta trajo nuevas cosedoras para reemplazar a las francesas Alida Delasalle y Marilou Colombain, que en agosto de 1944 fueron trasladadas al campo de concentración femenino de Ravensbrück.

Aunque feos por fuera, los nuevos edificios resultaban extremadamente lujosos según los parámetros de Auschwitz. Allí había un comedor con mesas y sillas, e incluso una tarima elevada para un piano, algo muy agradable para las amantes de la música, como Marta y Hunya. También había colchonetas tejidas en el suelo, duchas alicatadas y edredones en las literas. Aquellos símbolos de civilización no estaban ahí solo para beneficio de las internas: la ampliación del campo se había pensado para que fuera un escaparate para las inspecciones de la Cruz Roja Internacional y «demostrar» así que Auschwitz no era un campo de los horrores.

No había barrotes en las ventanas, pero una valla de alambrada mantenía encerradas a las internas. La gran plaza en el exterior de los bloques era escenario de ejecuciones: un recordatorio muy directo de los castigos derivados de transgredir las normas y del destino que aguardaba a la mayoría de quienes intentaban escapar. Marta debía de saber muy bien que ella también podía acabar en ese mismo lugar de ejecución si huía pero era capturada.

Una noche de niebla, en septiembre, las modistas, en fila, contemplaban cómo trasladaban a su amiga Mala Zimetbaum al patíbulo, donde estaban a punto de ponerle una soga al cuello. La joven, que por lo general llevaba un vestido de corte informal con cuello blanco, era una presencia habitual en el complejo del campo. Se trataba de una mujer alegre, genuinamente bondadosa. Incluso Maria Mandl, miembro de las SS, confiaba en ella. En su posición de *Lauferka* —mensajera y custodia de las SS—, Mala tenía libertad de movimientos, y la usaba para trasladar noticias y contrabando a las células clandestinas.

En Auschwitz conoció a un interno polaco, Edek Galiński, y se enamoraron perdidamente. En junio de 1944, Edek consiguió salir del campo vestido con un uniforme de las SS, y Mala huyó con él. Según ciertos relatos, se había puesto un peto de hombre; otros decían que se cubría con una gabardina de las SS.

Todas las amigas de Mala, en su fuero interno, ardían en deseos de que los amantes llegaran sanos y salvos a su destino.

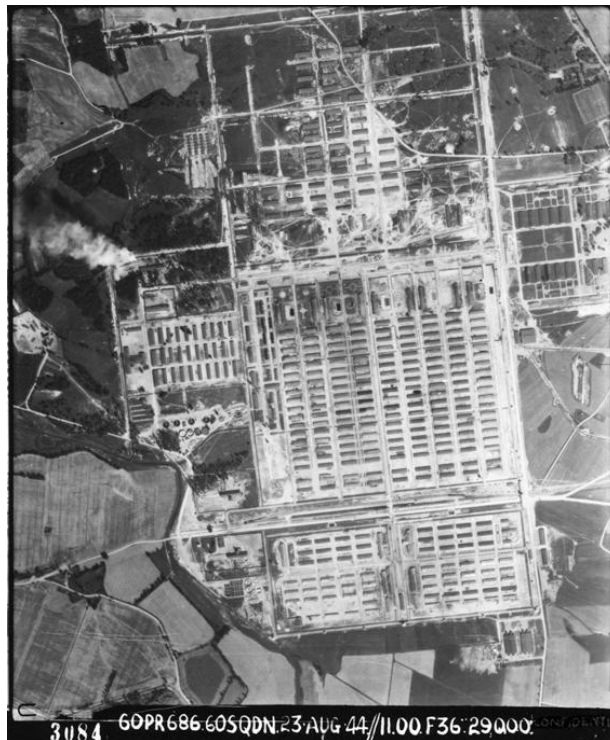
Dos semanas después, las lavanderas del infame Bloque 11 del campo principal, el edificio de los castigos, propagaron la noticia: habían atrapado a Mala y Edek. Raya Kagan, una de las amigas de Hunya de la Sección Política, hizo de intérprete obligada durante las torturas a las que los sometieron, que fueron extremas e interminables. [37](#)

Mala nunca flaqueó.

A Edek lo ahorcaron primero. Cuando le llegó a Mala el turno de subir al patíbulo, ya no se veía elegante, deportiva; se veía andrajosa y estaba llena de moratones. Desafiante hasta el fin, se cortó las venas con una cuchilla que le había hecho llegar un miembro de la resistencia. Con las manos ensangrentadas forcejeó con un agente de las SS. La golpearon, la arrojaron a una carretilla y exhibieron su cuerpo como advertencia a los demás.

Lejos de sentirse acobardadas por la ejecución de Mala, las mujeres del *Stabsgebäude* estaban más decididas que nunca a resistirse a su persecución y a sobrevivir a su amargo final, para poder dar su testimonio. A Bracha le impactó el último mensaje de Mala: «Huye, es posible que tengas más suerte que yo y consigas liberarte...». [38](#)

Ese mes de septiembre, cuando las bombas empezaron a caer, les pareció que quizá tuvieran una oportunidad.



Fotografía tomada a las 11 a. m. del 23 de agosto de 1944, descubierta en el Archivo de Reconocimiento Aéreo de la Universidad de Keele, que muestra los treinta almacenes de Canadá en Birkenau y los crematorios IV y V.

Los aviones aliados llevaban desde mayo de ese año realizando misiones de reconocimiento sobre la zona de Auschwitz, fotografiando la planta industrial de I.G. Farben en la cercana ubicación de Auschwitz-Monowitz. Los aliados pretendían destruir la producción armamentística alemana, pero optaron por no bombardear específicamente las

cámaras de gas ni las líneas de ferrocarril que conducían a ellas. Cuando las cámaras apuntaban para tomar imágenes de Monowitz, los aviones de reconocimiento capturaban sin querer imágenes de Auschwitz-Birkenau.

Desde arriba, el complejo del campo recuerda una miniatura, con hileras de edificios y árboles que son puntitos y que parecen sacados de un diorama de juguete. Las fotografías del 31 de mayo muestran claramente filas de personas que se dirigen a los vestuarios. En una imagen de las 11 a. m. del 23 de agosto se observan los treinta almacenes de Canadá II, en Birkenau, junto al Crematorio IV. También son muy visibles las columnas de humo blanco que se elevan desde las zanjas donde también se incineraban cadáveres.

Las tripulaciones aliadas que sobrevolaban el campo regresaban a la seguridad de sus bases aéreas; los que permanecían en Auschwitz no gozaban de la misma libertad. Las modistas seguían con la vista fija en los alfileres, los plisados, los ojales, puntada a puntada.

Y entonces sonaron las sirenas.

Las misiones del 13 de septiembre no eran vuelos de reconocimiento. Las cámaras aéreas captaban ahora las imágenes de las bombas descendiendo, cayendo indiscriminadamente alrededor del blanco perseguido, la I.G. Farben. Un total de mil bombas se lanzarían desde una altitud de 23.000 pies. Cuando la sirena que avisaba del ataque aéreo se activó, las modistas del taller de moda dejaron la costura y, totalmente expuestas, corrieron por todo el campo hasta el refugio situado en el sótano de su barracón.

La situación era caótica, había mujeres que lloraban, *kapos* que gritaban y amigas que se llamaban las unas a las otras. Hunya tenía la costumbre de mantenerse serena en situaciones de emergencia, algo que había aprendido en sus días en Leipzig. Otras muchachas y mujeres de más edad acudían a ella, una isla de serenidad en medio del pánico

creciente. Un estallido las ensordeció a todas y las hizo tambalearse. Un impacto directo cayó sobre el Bloque 6.

Las paredes temblaron y el aire se llenó de un polvo asfixiante.

«¡Fuera de aquí!», fue entonces el primer pensamiento de todas, por miedo a quedar enterradas vivas.

Las que se arrastraban hasta el exterior descubrían que las alambradas que rodeaban el barracón estaban cortadas. De pronto, los prisioneros y las prisioneras podían mezclarse libremente e incluso ir más allá de sus límites.

Bracha permaneció en pie, contemplando la verja rota, pero no empezó a correr.

«¿Adónde iríamos?», preguntó. [39](#)

De alguna manera, fueron los parias y los pisoteados los que se rebelaron.

ISRAEL GUTMAN [40](#)

Un total de cuarenta prisioneros murieron en los talleres circundantes durante el ataque aéreo del 13 de septiembre. Una de las costureras de Marta resultó herida por la bomba que cayó en el Bloque 6. Era la descarada Lulu Grünberg, y la trasladaron al hospital a recuperarse. De alguna manera, sus amigas consiguieron reunir todos los ingredientes para preparar *strapačky*, las bolitas de patata que llevaba tanto tiempo deseando comer. «¡Dadme *strapačky* antes de morir!», bromeaba. Por suerte, Lulu se recuperó y se convenció más aún de la necesidad de escapar al control nazi.

Quince miembros de las SS murieron en un bloque residencial en ese mismo ataque aéreo, y veintiocho más resultaron heridos de gravedad. También se produjeron algunos incidentes menores durante otros bombardeos, como el del tarro de mermelada que explotó y manchó las cortinas de la *Oberaufseherin* Irma Grese. Lo que más

animaba a las prisioneras era ver a los miembros de las SS de pronto vulnerables. Sus uniformes y sus látigos no los protegían contra las bombas; ya no eran tan superhumanos cuando la muerte llovía desde las alturas.

Descubrirlo llevó a varias internas del *Stabsgebäude* a mostrarse más desafiantes e incluso a protagonizar actos encubiertos de sabotaje, como el taponamiento de los desagües de los retretes con retales retorcidos y restos de hilo; pensándolo bien, tardarían una eternidad en coser todos los pedidos pendientes, así que no pasaría nada si parte del trabajo se iba desagüe abajo. [41](#)

Mereció la pena, a pesar de las cinco horas que tuvieron que pasar en posición de firmes durante el pase de lista de la noche, mientras una inspectora de bloque les gritaba: «¿Así es como me pagáis los esfuerzos por mejorar vuestras vidas? ¡Pues se acabó! ¡Ya no habrá más ayudas, ni las más mínimas! —Los retretes del bloque estaban inundados a causa del sabotaje—. Decidme, ¿quién se ha atrevido a hacer esto...?».

Ninguna dijo nada. Por fuera, todas tiritaban. Pero por dentro todas sonreían.

Solo ocurrió una desgracia entre las mujeres del *Stabsgebäude* como consecuencia del bombardeo del 13 de septiembre sobre el Bloque 6. La víctima fue una interna de la Sección Política llamada Hedi Winter, bien conocida por ser una chivata a las órdenes de su hermana, la *kapo* Edith Winter. Hedi murió porque la explosión le rompió los cristales de las gafas y se le clavaron en el cerebro.

Por desgracia, el campo estaba plagado de espías e informadores, lo que convertía los actos de resistencia en doblemente peligrosos. Marta solo compartía sus actividades clandestinas con contactos en los que podía confiar plenamente, como por ejemplo su amiga comunista Anna Binder. Marta escogía bien a las personas en las que confiaba. Otras no tuvieron tanta suerte. Un informante que

se hacía pasar por novio devoto provocó la detención y la tortura de cuatro prisioneras que contribuyeron a llevar a cabo el acto de insurrección más extraordinario de todos los que tuvieron lugar en Auschwitz.

Marta, Hunya, Bracha y las demás conocían a muchas de las mujeres que trabajaban en la fábrica de municiones cercana, la Weischellmetal Union Werke, conocida como el *kommando* Union.

En el verano de 1944, las mujeres que manipulaban la pólvora y los detonadores lucían vestidos azul marino con topos blancos y pañuelos y delantales blancos: daba gusto verlas. Sin que nadie más que otros conspiradores lo supieran, un grupo de ellas llevaba un tiempo sacando a escondidas pequeñísimas cantidades de pólvora de la fábrica. Se escondían los paquetitos de papel en la ropa, en el pelo, atados bajo las axilas o metidos en cuencos de sopa con doble fondo. Las más jóvenes eran adolescentes de apenas dieciséis años.

La persona clave de la operación era la aguerrida Róza Robota, una joven interna judía de Polonia que trabajaba en el *kommando* Canadá. Como Bracha, Róza había sido miembro del grupo juvenil HaShomer. Ahora aprovechaba su base en Canadá para vincularse con el movimiento de resistencia del campo. Llevarse cosas de Canadá era fundamental para poder usarlas como sobornos a fin de obtener suministros ilegales, o bien para convencer a miembros corruptos de las SS para que hicieran la vista gorda ante aquellas actividades clandestinas.

Para Róza, la muerte era un precio aceptable que pagar para vengar la muerte de toda su familia a manos de los nazis. Al principio dirigía su propia célula clandestina, y después fue reclutada por hombres vinculados con el *Sonderkommando*, los encargados de deshacerse de los cadáveres.

Los miembros de ese *Sonderkommando* eran periódicamente asesinados y sustituidos por otros;

lentamente, en secreto, empezaron a planificar una revuelta. Les hacían falta explosivos para tener éxito, y ahí era donde entraban las trabajadoras de la fábrica de munición.

«Intentaré hacer algo», les dijo Róza. [42](#)

Reclutó a un reducido grupo de resistentes igualmente implicadas. Ala Gertner —una joven polaca muy elegante que se atrevía a añadir un lazo, un cinturón o un sombrero hechos por ella misma a su ropa carcelaria— había conocido a Róza en Canadá antes de que la trasladaran al *kommando* Union, donde se dedicó a reclutar a otras; la familia de Regina Safirsztayn también había sido borrada del mapa por los nazis; a las hermanas Ester y Hana Wajsblum las habían deportado desde el gueto de Varsovia.

La revuelta estaba condenada al fracaso. ¿Qué podían hacer un máximo de seiscientos hombres desesperados del *Sonderkommando* contra las ametralladoras de las SS? Aun así, el sonido de las explosiones el 7 de octubre de 1944 desencadenó un tsunami de emoción entre los internos, y el pánico entre los nazis, un pánico parecido al que sintieron cuando sobre ellos cayeron las bombas aliadas. El Crematorio IV, cercano a Canadá II, resultó destruido. Los internos se dispersaron por los campos y los graneros de las tierras de labranza de Rajsko; algunos intentaron ocultarse entre las pilas de ropa de Canadá, ayudados por las mujeres que trabajaban allí.

Aunque todos fueron atrapados y ejecutados, su espectacular rebelión supuso un testamento inspirador del valor y el espíritu de lucha de los judíos.

Las secretarias internas de la Sección Política mecanografiaron puntualmente las transcripciones de los interrogatorios que siguieron a la traición de Róza Robota y los conspiradores del *kommando* Union por parte de delatores del campo. El comandante Höss se quejó de que

hubieran interrumpido su siesta con los ruidos de las torturas cercanas. [43](#)

Róza fue vista esperando para someterse a otro interrogatorio. Estaba en una silla del pasillo de la Sección Política, llevaba solo unas bragas de algodón basto y un sujetador que no ocultaba las heridas ensangrentadas y los moratones. A pesar de que la golpearon hasta dejarla entumecida y paralizada, Róza consiguió hacer llegar una nota en la que decía que no se arrepentía de nada: «*Chazak ve Amatz*», escribió, «Sed fuertes y tened buena voluntad». [44](#)

Cuatro de las mujeres que se dedicaban a sacar la pólvora fueron conducidas al patíbulo que quedaba al otro lado de la ampliación del campo: Ala, Róza, Ester y Regina. Se convocó a todos los trabajadores a presenciar los ahorcamientos. Las primeras en morir fueron Ala y Regina, la noche del 5 de enero de 1945. Quien las había traicionado había sido el amante de Ala. A la mañana siguiente, Róza y Ester compartieron su mismo destino. Sucumbieron como marionetas atadas a sus cuerdas.

«Nosotras no queríamos mirar», explicó la modista Katka Berkovič, de pie junto a su hermana Bracha y las demás modistas en la plaza de la ampliación del campo. [45](#) Aun así, fueron testigos de lo ocurrido. Hunya sintió la tensión de cien corazones latiendo con orgullo al ver a aquellas cuatro mujeres mantenerse serenas y dignas hasta el final.

Las bombas siguieron cayendo durante los primeros días de enero de 1945.

Ese fue un invierno crudo y frío. Hunya notaba las manos tan congeladas que casi no podía coser. Puntada a puntada, alzaban las cabezas y aguzaban el oído con los sonidos de la artillería rusa, a apenas sesenta kilómetros de Cracovia.

Marta se llevó a Katka a un aparte y le pidió a ella y a Bracha que cuidaran de su Gallinita, Rózsika, la muchacha más joven de las que trabajaban en el taller de costura.

El plan de huida de Marta estaba a punto de ponerse en marcha. [46](#)

El aire huele a papel quemado

Más que a carne quemada, el aire huele a papel quemado.

RENA KORNREICH [1](#)

Las modistas cosían, pero el resto del *Stabsgebäude* era presa de una gran agitación.

Las trabajadoras de la administración iban arriba y abajo por los pasillos con carpetas y archivadores. Listas, índices, registros..., cualquier prueba sobre las ejecuciones, por pequeña que fuera, debía destruirse por orden de Rudolf Höss. Este, a su vez, recibía órdenes de Himmler, que le instaba a cerciorarse de que no quedara nada que pudiera incriminarlos sobre la magnitud del exterminio masivo. Todos los registros creados tan meticulosamente —nombres, números, fechas, fallecimientos— debían sucumbir a las llamas, como los cadáveres de aquellos cuyos datos constaban en los registros.

El volumen de documentos era tal que las chimeneas de las oficinas no podían absorberlos todos, y tuvieron que encender hogueras en el exterior del bloque administrativo. Por todo el complejo del campo proliferaban los fuegos en los que se destruían registros sobre trabajo, hospitales, confiscaciones... Si se quemaban, era como si no se hubieran cometido aquellos crímenes. En medio de todo ese

caos, el libro secreto de pedidos del Estudio Superior de Confección se perdió. Quemado o enterrado entre otros archivos, desde entonces no ha aparecido; la identidad de las clientas se desconoce. Marta nunca la desveló.

Se intentaba que la burocracia siguiera funcionando incluso en medio de toda aquella confusión. El 8 de enero de 1945, la Administración Central de las SS en el *Stabsgebäude* fue informada de que existían serias deficiencias en la gestión de la ropa del campo tras una inspección al suministro y distribución de vestimentas llevada a cabo en el anterior mes de noviembre. [2](#)

Los documentos sobre prisioneros que quedaban, sobre prisioneros que, contra todo pronóstico, seguían con vida, se enviaron más al oeste, lejos del fragor de las armas rusas. ¿Cuál sería el destino de los propios prisioneros?

El miércoles 17 de enero de 1945, informaron a las modistas, sin grandes alharacas, que ese sería su último día de trabajo. Sin más. Era un momento trascendente para ellas. Aparcaron sus labores —dejando a un lado los modelos que ya nadie se probaría, que quedarían sin terminar—para hablar de las posibilidades que se abrían ante ellas.

Se habían sucedido los rumores sobre planes de bombardear todo el campo, o de matar con ametralladoras a los prisioneros que quedaban, o de las dos cosas. También aumentaban los traslados de personas hacia el oeste. Resultaba maravilloso pensar que ya no tendrían que seguir trabajando para aquellas clientas de las SS. Aun así, dejar el taller de costura era dejar un comando que, hasta ese momento, les había salvado la vida. ¿Qué ocurriría a partir de ese momento?

Casi todas creían que, ocurriera lo que ocurriese los próximos días, lo mejor era vestirse con ropa de abrigo. Y ello a pesar de las órdenes específicas que prohibían explícitamente la posesión de más piezas de ropa más allá

de los conjuntos de uniformes ya asignados. ³ Los vínculos de Marta con Canadá se tradujeron en que consiguieron «organizar» ropa interior, buen calzado y abrigo. Las guardianas de las SS les entregaron otras chaquetas rayadas carcelarias.

Marta también contaba con una mochila pequeña bien pertrechada. En noviembre del año anterior, su contacto en el hospital de las SS —la enfermera Maria Stromberger— había hecho acopio de azúcar de uva, una variante de la glucosa. Bracha y Katka ahorraban sus raciones y las conservaban ensartando los terrones a un hilo, como si fuera un collar. De esa manera, en caso de emergencia, podrían separar un terrón y comérselo para obtener una inyección de energía.

Hunya, hacía apenas dos semanas, se encontraba enferma en el hospital, y tenía en su poder pastillas de vitaminas que valían su peso en oro. Si podían, las mujeres se hacían con una manta.

Las internas de Auschwitz-Birkenau no eran las únicas que se preparaban para partir. En los barracones del Canadá de las SS tenía lugar una orgía de saqueos. Durante el período de Navidad y Año Nuevo, las familias de las SS habían estado metiendo en baúles sus pertenencias, obtenidas por medios ilícitos, para llevárselas a Alemania. Hedwig Höss dejó Auschwitz a finales de 1944 y se unió a su marido en su nuevo puesto del campo de concentración de Ravensbrück. ⁴ Vacío los armarios, se llevó los muebles, y su paradisíaco jardín quedó enterrado bajo una gruesa capa de nieve.

Sin nadie que las alimentara, las chimeneas del internado se enfriaron.

Hedwig no se fue de Auschwitz con las manos vacías. Un miembro de las SS se quejaba por haber tenido que cargar hasta los topes dos camiones para poder transportar al oeste las pertenencias de los Höss. Por su parte, Stanisław

Dubiel, el jardinero de los Höss, afirmaba que habían sido cuatro. Hedwig se fue con sus modelos hechos a medida en el salón de costura bien doblados y metidos en su sofisticado equipaje de cuero. Su viaje sería muy distinto que el de aquellas que le habían confeccionado la ropa y las maletas.

Y entonces lo más asombroso ocurrió.

HUNYA VOLKMANN [5](#)

Nevaba copiosamente el jueves 18 de enero de 1945 cuando despertaron a las costureras y les ordenaron agruparse. Iban a partir a pie rumbo a un destino desconocido, y las temperaturas eran de 20 grados bajo cero. Los guardias de las SS se debatían entre castigar a las prisioneras por llevar prendas de ropa civiles que estaban prohibidas y actuar con magnanimidad con ellas, pues existía la posibilidad de que aquellas mismas internas, algún día, pudieran testificar en su contra frente a los rusos, que cada vez estaban más cerca.

Uno de los guardias le preguntó a Bracha:

—Cuando lleguen los rusos, ¿qué les dirás? ¿He sido bueno contigo?

Bracha sopesó bien su respuesta.

—Diré que no eras de los malos. [6](#)

Decenas de miles de prisioneros se congregaron aún de noche, antes del amanecer. De pronto, hombres y mujeres podían estar juntos tras meses o años de separación. Por todas partes, los maridos, las mujeres, los amigos, los parientes se buscaban los unos a los otros; a veces se producían incluso reencuentros felices.

Hunya no daba crédito a su suerte cuando se encontró con su querida amiga Ruth entre el grupo de mujeres débiles y desorientadas de Birkenau. Había sido su compañera

durante sus últimos meses en Leipzig, y estuvieron juntas durante el traslado a Auschwitz.

Había sido el marido de Ruth el que le había dicho que debía mantenerse junto a Hunya si quería sobrevivir. Separadas el primer día de su estancia en el campo, las dos mujeres decidieron que, a partir de ese momento, se mantendrían juntas.

En medio del caos, los amigos y los seres queridos memorizaban desesperadamente información sobre días y lugares de encuentro, con la esperanza de volver a reunirse una vez que la guerra hubiera terminado. Si es que sobrevivían a la marcha que tenían por delante.

—¿No deberíamos quedarnos por aquí y escondernos? —se preguntaban Irene y Renée—. No sabemos qué van a hacer con nosotras: matarnos, dispararnos, quemarnos..., para que no queden testigos.

Finalmente, decidieron que era más seguro permanecer con el resto del comando de modistas y abandonar el campo. [7](#)

Hacia las once de la mañana oyeron que empezaban a gritar órdenes. En grupos de quinientas personas, los presos fueron abandonando el campo principal. Con más de treinta mil personas en cada turno, incluidos los que llegaban desde Birkenau, el éxodo llevó horas. En alguna parte preparaban té y había algo de pan, pero solo los internos más fuertes podían llegar a ellos.

Marta llevaba la iniciativa. Con autoridad serena se abría paso, y regresó con todo el pan del que pudo hacer acopio. Cuando el comando de Marta se acercó a la salida del campo, ya atardecía. Hunya no terminaba de creerse que estuvieran a punto de irse de allí. El instante en que atravesaron la verja fue de una felicidad indescriptible, aunque salían a punta de pistola y se dirigían a lo desconocido.

Cuando Bracha y Katka salieron juntas, acompañadas de Irene y de Renée, llevaban ya mil días en Auschwitz. Los pesimistas se equivocaban: no salían del campo por las chimeneas de los crematorios. Tampoco era que estuvieran a punto de llegar al Corso de Bratislava para merendar café y pasteles. Pero en ese momento lo más importante era mantenerse juntas y seguir adelante.

Los que estaban tan enfermos que no podían ser evacuados se quedaban ahí, junto con los que se habían ocultado porque creían que tenían más probabilidades de sobrevivir permaneciendo en el campo que avanzando hacia lo desconocido. Algunos de los que se quedaban eran abatidos a tiros por agentes de las SS de gatillo fácil que seguían realizando patrullas esporádicas en el campo. Otros morían de desnutrición, de frío o de enfermedad. Los que tenían suerte, los más resistentes, se movían por los campos medio abandonados en busca de comida y prendas de vestir. Habían conseguido abrir varios almacenes rebosantes de ropa.

En los últimos días de funcionamiento del campo, el producto de los saqueos salía en trenes y más trenes que se dirigían hacia el oeste y dejaban a los trabajadores del comando Canadá vagando por salas y hangares vacíos. Los treinta barracones del Canadá de Birkenau estaban tan llenos de objetos confiscados que no había sido posible vaciarlos a tiempo. Algunos fueron incendiados, y ardieron durante días.

Entre los 7.500 internos que se estimaba que seguían en el campo, se encontraba Rezina Apfelbaum, la costurera de Transilvania a la que habían llevado a escondidas al taller de costura para que cosiera en secreto para aquel guardia de las SS que quería modelos para su amante Lilly. Los parientes de Rezina —aquellos a los que había salvado gracias a su actividad ilícita como costurera— se encontraban demasiado débiles para caminar, y se quedaron acurrucados en los barracones. Ella estaba a su

lado cuando cerraron la puerta con llave y les dijeron que les prenderían fuego igual que a los almacenes de ropa.

Poco tiempo después, un soldado ruso, en solitario, rompió la cerradura y abrió la puerta del barracón. En húngaro, como pudo, les explicó que el campo quedaba liberado y que eran libres para irse o para quedarse. En cuanto al guardia de las SS que había reclutado a Rezina para que cosiera para él, el día después de la liberación envenenó a Lilly y se pegó un tiro. [8](#)

Los rusos llegaron el 27 de enero de 1945 por la tarde. Aunque el Ejército Rojo ya había liberado el campo de exterminio de Majdanek, nada podía preparar a aquellos curtidos veteranos de primera línea para lo que se encontraron al otro lado de las alambradas de Auschwitz. Entre otros descubrimientos más espantosos, hallaron lo que quedaba del botín de Canadá, más de un millón de artículos en total. Un soldado ruso ataviado con un pesado equipo de combate fue fotografiado de pie frente a una pila de zapatos más alta que él. Hacía tiempo que quienes habían llevado aquellos zapatos no eran más que cenizas y huesos molidos, o habían quedado como esqueletos vivientes, o figuras temblorosas que avanzaban como podían hacia el oeste, en lo que empezó a conocerse como *Todesmärsche* : las «marchas de la muerte».

En su avance, los zapatos de cuero quedaban empapados. Los de madera eran aún peores, porque pesaban mucho y dejaban pasar el frío. Las ampollas crecían y reventaban. La piel, en carne viva, dejaba rastros de sangre en las huellas. Todos iban cubiertos de escarcha y de salpicaduras de barro, aunque se apartaban al paso de los convoyes de alemanes asustados, nacidos en el Reich, con los camiones cargados hasta arriba en busca de la supuesta seguridad de su patria. Todos los prisioneros sufrían el tormento del crudo invierno.

A veces, algunos de los grupos que se trasladaban les exigían que se identificaran. Hunya oyó unas voces que las llamaban. Primero gritaban los hombres: «Aquí el *kommando* de sastrería; aquí el *kommando* de zapatería...». Y después las mujeres también gritaban: «El *kommando* de lavandería; el *kommando* de modistas...».

Las modistas se mantenían juntas siempre que podían, a pesar de que la columna de los desplazados, inevitablemente, iba volviéndose menos compacta, más desorganizada. Hunya seguía débil de su enfermedad, pero se sentía curiosamente tranquila. Ahora tenía que cuidar de su amiga Ruth Ringer, a la que sus experiencias en Birkenau habían dejado en un estado mucho peor que el de las que habían encontrado cobijo en el *Stabsgebäude*.

Parte de la columna de los caminantes se separó y puso rumbo al noroeste. Las modistas formaban parte de una columna de infortunados conducidos por una ruta que los llevaba más hacia el oeste. ¿Cuánto tiempo más tendrían que caminar? Ni siquiera los más fuertes podían dar ya un paso más. Pero se mantenían unidos, en una hilera serpenteante que avanzaba por carreteras y caminos.

A los que tropezaban los levantaban como podían y los llevaban medio arrastrándolos. A los que no tenían amigos que pudieran ayudarles los remataban de un tiro donde habían caído. Cuando las largas columnas de prisioneros terminaban de pasar, los polacos salían a ver los cuerpos sin vida y a enterrarlos. Eran miles. Acababan en unas tumbas sin nombre, y sus números tatuados y sus escasas ropas eran las únicas marcas de su individualidad. [9](#)

La primera noche —de hecho, era el amanecer del día siguiente— las modistas, extenuadas, se desplomaron en una pocilga cuando dieron la orden de descansar.

Hunya tenía los pies muy hinchados, pero sabía que por nada del mundo tenía que quitarse los zapatos, porque si lo hacía ya no podría volver a ponérselos. A Bracha ya se lo

habían advertido: «No te quites los zapatos, porque si lo haces se te congelarán los pies». [10](#) Además, por las noches robaban el calzado que quedaba sin vigilar. Y caminar descalzos equivalía a la congelación de los pies y a una muerte segura.

Irene no llegó siquiera a la pocilga. Estaba acabada. Ya no le quedaban fuerzas para seguir. Cuando oyó la orden de detenerse, se desplomó en la carretera y se quedó dormida.

Renée la zarandeo para despertarla.

—¿Podemos escapar...?

A Bracha le parecía que el plan era demasiado arriesgado, pero Renée era incansable, e Irene no soportaba la idea de alejarse más aún del ejército ruso liberador. Al final, Renée e Irene se escondieron en unas balas de paja cercanas a la pocilga, decididas a no seguir avanzando hacia el oeste. El grupo de modistas estaba a punto de separarse.

Bracha, Katka y las demás se despidieron mientras unos molestos guardias de las SS las instaban a emprender el siguiente tramo de la marcha.

—¡Más deprisa, más deprisa! ¡A los que se queden rezagados les pegaremos un tiro! [11](#)

Aquella era una amenaza muy seria. Mientras la columna serpenteante avanzaba, los guardias pinchaban las balas de paja con sus bayonetas. ¿Habrían encontrado a las jóvenes modistas? Para Bracha y las demás, la incertidumbre se les hacía insoportable, pero debían seguir alejándose, paso a paso en aquella marcha de la muerte, y al poco tiempo sus pensamientos quedaron entumecidos por el frío, la fatiga y la necesidad de seguir adelante. Extendían los brazos con sus cuencos en la mano cada vez que pasaban frente a casas y a granjas. Los soldados las golpeaban. En ese ambiente caótico y amenazante, los aldeanos polacos casi nunca se atrevían a darles nada, por más lástima que sintieran por los prisioneros. Aun así, sí eran testigos del

sufrimiento de los que desfilaban. Contemplaban un Auschwitz en movimiento.

Los prisioneros avanzaban por paisajes monótonos, bosques, colinas y nieve, siempre más y más nieve. Más adelante, en alguna parte, los aviones aliados bombardeaban una columna de soldados de la Wehrmacht que se batían en retirada. Los prisioneros y los miembros de las SS que los custodiaban se agachaban para protegerse. Hunya intentaba tranquilizar a su amiga Ruth, que temblaba de miedo. Un guardia les señaló unos árboles cercanos, tentándolas: «Venga, corred. Ahí hay un bosque. Os prometo que no os dispararé».

Por un momento, las dos mujeres se sintieron tentadas, pero el sentido común de Hunya se impuso enseguida. ¿Y si las veían otros soldados? Cuando las bombas dejaron de caer, ayudó a Ruth a levantarse y siguieron avanzando.

Durante el segundo descanso, llevaron a las modistas al patio de otra granja para que durmieran allí. Hunya casi no tenía espacio en aquel cobertizo mugriento. Ya la habían echado de otro granero atestado por prisioneros que mascullaban: «Aquí no hay sitio para judíos». ¹² Después de tanto sufrimiento compartido, el antisemitismo seguía corrompiendo a algunos internos.

Y entonces... ¡Alivio! Llegaron a una especie de destino. Una inmensa confluencia de prisioneros se congregaban en el nudo ferroviario de la ciudad minera de Wodzisław Śląski, que los alemanes llamaban Loslau. Fue desde ahí desde donde Marta materializó su apuesta largamente anticipada y huyó, no del campo, pero sí de las multitudes.

*Éramos como sardinas en lata puestas
de pie y cubiertas de nieve.*

Durante casi tres años, Marta había recurrido a sus destrezas para sobrevivir en Auschwitz, y a su compasión para ayudar a otras a sobrevivir. Ahora, tras poner a la jovencísima Roška —la muchacha de menor edad del taller de costura— al cuidado de las otras modistas, finalmente iba a aprovechar la ocasión para liberarse.

No iría sola. Se le unirían la cortadora Borishka Zobel, la traviesa Lulu Grünberg y la fornida Baba Teichner, las tres compañeras del Estudio Superior de Confección. Con ellas también escaparía una buena amiga del *Stabsgebäude*, Ella Neugebauer, administrativa del *Standesamt*, el registro civil. Era una mujer optimista hasta la médula, siempre dispuesta a animar a las demás. El último miembro del equipo era una mujer polaca, a la que escogieron para que las guiara en su huida.

Durante aquella confluencia masiva de prisioneros evacuados en la estación de tren de Loslau, había conspiradores que modificaban hábilmente sus atuendos para hacerse pasar por polacos del lugar y que ocultaban cualquier prenda o complemento que pudiera revelar su paso por el campo. Habían ido recogiendo ropas civiles con mucha antelación.

Las fugitivas se dirigieron al norte, hasta la estación de tren de la localidad de Radlin, sumándose a la muchedumbre que aguardaba para encontrar plaza en alguno de los compartimentos de los convoyes destinados a pasajeros ordinarios. Consiguieron avanzar sin percances hasta la ciudad de Żywiec, cercana a la frontera polaco-eslovaca, y llegaron cuando se producía un ataque a gran escala en la zona por parte del Ejército Rojo soviético. El mayor peligro seguía siendo el de las tropas alemanas, que abrieron fuego contra aquel grupo de mujeres extenuadas la mañana del 23 de enero. Habían llegado muy lejos y habían demostrado un inmenso coraje. Pero ahora las balas llovían sobre ellas. Boriska, Baba, Lulu y Ella murieron en el acto.

Marta y su compañera polaca salieron corriendo para ponerse a salvo. Una bala impactó en la espalda de Marta.

Esa es la versión de la historia que Hunya oyó tiempo después. A Bracha y a Katka les contaron una versión similar: que a Marta, Baba, Lulu, Borishka y Ella las habían sacado de su escondite en un pajar y les habían disparado por la espalda cuando huían en dirección a unas casas cercanas en busca de refugio.

Ninguna de las modistas que quedaban presencié lo ocurrido; seguían en Loslau, y debían hacer frente a sus propios problemas.

La siguiente etapa de su evacuación se haría por tren, pero no en convoyes de pasajeros, y ni siquiera mínimamente protegidas en vagones cerrados de ganado. No: entre gritos, palizas y disparos, cargaron a las modistas en unos vagones abiertos usados para el traslado del carbón, resbaladizos a causa del hielo que los cubría. En algunos de aquellos vagones viajaban, hacinadas, 180 mujeres y jóvenes. Usaban sus cuencos de comida para intentar quitar la nieve que seguía amontonándose. Y no había sitio para sentarse.

«Como arenques en lata puestos de pie», comentó una superviviente. «Como sardinas», dijo otra.

El viaje en tren fue aún peor. Cuando las mujeres se empujaban o se peleaban, unos agentes ebrios de las SS les disparaban ráfagas de balas. En aquellos vagones abiertos, el aire helado les congelaba las caras, y les ardían las piernas del frío. Bracha y su hermana Katka seguían juntas, y Hunya se acurrucaba junto a Ruth. Cuando la noche dejaba paso a un nuevo día, cada prisionera se sumía en su propio infierno, enloquecida a medias o del todo a causa de las fiebres, la congelación, el hambre y la sed.

Dejaron atrás las montañas y llegaron a una llanura. Tras cruzar la frontera alemana, Hunya se daba cuenta a medias de los carteles que informaban de lugares que le resultaban conocidos: Fráncfort del Óder y Berlín. En un determinado

momento, Bracha, a través de los resquicios de la pared del vagón, vio paisajes de edificios bombardeados, de los que solo las chimeneas quedaban en pie. Esa era la escena exacta que ella había soñado una noche. ¿Una premonición?

Cuando el tren se detuvo, apartaron a los muertos. Los civiles alemanes contemplaban a aquellas criaturas desharrapadas, cubiertas de hielo, llegadas desde otro universo: resultaba difícil creer que en otro tiempo hubieran sido estudiantes, costureras, esposas, madres, maestras, doctoras..., seres humanos.

Otro cartel: RAVENSBRÜCK.

A las prisioneras las metían en el campo de concentración de Ravensbrück como si fueran desechos arrojados en un basurero. El campo ya estaba atestado cuando llegaron las supervivientes de aquel gélido viaje en tren. Eran las tres de la madrugada. Los focos cegaban. Las mujeres se arrodillaban sobre la nieve recién caída y la lamían como si fuera alimento. Bracha alzó la vista del suelo y vio a la guardia de las SS Maria Mandl de pie junto a ella. Mandl, sin inmutarse, observó: «Todas vosotras deberíais saber muy bien que no tenéis derecho a estar vivas». [14](#)

Algunas de las prisioneras de Auschwitz se desplomaban en el suelo de un gran edificio de la Siemenswerke, otras se acucillaban en el interior de una tienda de lona que ya albergaba a ocho mil mujeres. El lugar se había convertido en una ciénaga de orina, heces y desesperación.

Las veteranas de Ravensbrück se arremolinaban en torno de las recién llegadas, desesperadas por trocar lo que fuera por colchas y mantas. Las que no tenían nada que intercambiar robaban lo que podían. El aire estaba impregnado de un hedor espantoso.

—¡Van a gasearnos a todas! —gritó Marishka, la prima de Hunya, en el interior de la tienda, asqueada por el mal olor—. ¡Mañana ya no despertaremos!

Hunya, sosegada como siempre, le pidió a Marishka que se durmiera y se quedara tranquila. Despertarían o no. [15](#)

Por la mañana, reconocieron el olor. No era de gas, sino de petróleo.

La policía del campo, con porras de goma, golpeaba a las hordas de mujeres hambrientas que se abalanzaban sobre las grandes ollas de sopa que acababan de aparecer. Hunya no llegó siquiera a acercarse. Su amiga Ruth no podía caminar, y mucho menos pelear por un poco de alimento.

De alguna manera, Hunya se enteró de dónde habían alojado al resto del *kommando* de costura de Auschwitz. Una vez más, la solidaridad entre las costureras fue su salvación. Se agruparon con la que había sido líder del bloque del *Stabsgebäude*, la comunista Maria Maul. Esta había conseguido comida e incluso algo de trabajo cosiendo sacos. Hunya y Ruth llegaron a ese refugio, y a Hunya le asignaron la distribución de comida del *kommando*. En lugar de anotar centímetros y de medir con cinta métrica a sus clientas del taller, ahora medía porciones de pan con un palo y un lápiz.

Todas querían saber dónde estaba Marta.

Nadie era capaz de responder.

No encontraron a sus amigas francesas del taller de Auschwitz. Alida Delasalle y Marilou Colombain ya habían sido trasladadas con otras presas políticas al campo de concentración de Mauthausen, en Austria, donde trabajaban limpiando los raíles de la estación de tren. [16](#)

Bracha tuvo un encuentro sorpresa en la calle principal de Ravensbrück. Entre la amalgama indefinida de todas aquellas prisioneras olvidadas, se encontró con la hermana de Irene, Käthe Kohút. Leo, el marido de Käthe, había trabajado para la prensa clandestina y durante mucho tiempo habían logrado esquivar la deportación. Cuando detuvieron a Leo, Käthe no pudo soportar más tiempo sola y

se entregó a la Gestapo. Su único «delito» era ser judía. Ahora, se moría de hambre y estaba enferma de tifus.

—Ven conmigo —le instó Bracha, que no era de las que se rendían.

Käthe se encogió de hombros y le dijo:

—Yo voy a morir aquí porque sé que Leo también ha muerto. Seguro que no ha podido sobrevivir a esto.

Bracha no logró convencerla de lo contrario. Y poco después de ese encuentro fortuito, Käthe murió, en efecto, una víctima más de los nazis. Tenía solo veintiséis años.

Pronto habrá paz.

HUNYA VOLKMANN [17](#)

Un día soleado, a Hunya, Bracha, Katka y sus amigas del *kommando* de costura las convocaron con un grupito y las informaron de que iban a abandonar Ravensbrück. No sabían si el cambio sería para mejor o para peor. Bajo la supervisión de la líder de su bloque, Maria Maul, caminaron hasta la siguiente estación de tren. Lejos del campo, el aire parecía increíblemente puro. Les asignaron asientos en un tren de pasajeros de verdad, y les proporcionaron raciones de pan, mermelada y margarina. Esos gestos tan extraordinarios hicieron que aquellas mujeres casi enloquecieran de alegría.

Tras un largo trayecto, recorrieron a pie una carretera flanqueada por árboles hasta llegar a su nuevo campo, el de Malchow, uno de los satélites de Ravensbrück, donde la escasez estaba bien organizada y el hambre era ordenada. Sus barracones —apenas diez bloques pequeños para aproximadamente cinco mil mujeres— eran de madera y estaban pintados de verde. El bosque crecía espeso, oscuro, por todas partes a su alrededor. Al poco tiempo, las internas de Malchow ya estaba comiendo hierbas silvestres y

cortezas de árbol porque los suministros de comida escaseaban.

Algunas de las mujeres empezaron a trabajar en una fábrica de munición cercana, camuflada como parte del bosque. Conseguían patatas y zanahorias y se las llevaban a las demás compañeras del campo ocultas bajo los vestidos. Bracha tuvo suerte y consiguió trabajo a cubierto como *štubová*, supervisora de dormitorio, con la misión de asegurarse de que los barracones estuvieran limpios y la comida se distribuyera correctamente.

Hunya valoraba que cuidaran de ella sus amigas más jóvenes, que en broma la llamaban «la vieja». Aun así, sufrió trabajando con las brigadas dedicadas a la extracción de madera en el bosque, e incluso llegó a intentar dedicarse a otra ocupación algo más liviana en el *kommando* del hospital. Su suerte mejoró cuando uno de los directores de la fábrica, un civil alemán de Stettin llamado *Herr Mattner*, convocó a Hunya y empezó a hacerle preguntas. Le interesó saber que era costurera, y le pidió que fuera a trabajar para su esposa. Una vez más, sus conocimientos de corte y confección le fueron de gran ayuda.

En primer lugar, *Frau Mattner* le preparó un plato de carne con patatas fritas. Hunya sabía que no era sensato hartarse de comida cuando el estómago se ha encogido tanto, pero tenía demasiada hambre para renunciar. Después, de noche, se sentía empachada de tanta comida, y al día siguiente estaba tan débil y enferma que no pudo coser. *Frau Mattner*, sin alterarse, le preparó un té —té de verdad, como si Hunya fuera un ser humano de verdad—. Se quedaron sentadas juntas un buen rato, hasta que Hunya se recuperó lo bastante para poder coser y planchar una vez más.

Hunya comentó secamente: «Las palomas asadas no son muy buen plato para las prisioneras». A partir de ahí se limitó a comer el rancho normal que les daban a todas,

aunque sí aceptaba el café con azúcar que le ofrecía *Frau* Mattner.

En casa de los Mattner sintió una gran emoción al retomar la aguja y el hilo, al tocar unas telas que no estaban sucias, congeladas, ensangrentadas, acartonadas ni llenas de bichos. Recuperó la dignidad gracias a esa inesperada generosidad alemana. Ella, a cambio, cosía unas prendas perfectas. *Frau* Mattner le suplicó que aceptara algunas prendas de abrigo. Hunya las rechazó, diciendo: «Acepto su comida de buen grado porque tengo mucha hambre, pero no aceptaré nada de ropa mientras este vestido que llevo puesto siga entero». [18](#)

En abril de 1945, el estruendo de las explosiones parecía no tener fin. Aparecieron camiones de la Cruz Roja frente a las verjas del campo y descargaron paquetes para las prisioneras: ¡comida!

Las SS la robaron toda.

Un día, Bracha vio al comandante del campo de Malchow saliendo en bicicleta por la verja principal con ropa de civil.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—¡Vienen los rusos! Me dirijo al oeste, al siguiente pueblo, para ser liberado por los americanos... [19](#)

Los rusos, los británicos y los estadounidenses estaban convergiendo en la misma zona.

El 2 de mayo, el mismo día en que Berlín se rindió, las prisioneras de Malchow quedaron libres para moverse por donde quisieran. Los guardias que sacaron a Hunya y a las demás fuera del campo las abandonaron sin más diciéndoles: «Llegan los rusos, nosotros vamos a salvarnos y no nos importa lo que hagáis».

Aturdidas, las modistas empezaron a tantear nuevas posibilidades; algunas se dirigieron hacia el oeste, hacia los americanos, y otras hacia el este, al encuentro de las líneas rusas.

Herta Fuchs, la prima de Marta, acabó en la zona de ocupación británica, y desde allí fue a recuperarse al campo de Lüneburg (Luneburgo) para personas desplazadas. Ahí mismo había sido encarcelada la infame guardia de las SS Irma Grese tras ser trasladada desde Auschwitz, y fue ahí donde se sometió a juicio. Como muchos miembros de las SS, Grese contaba con un armario lleno de ropa civil listo para cuando llegaran los aliados, con la intención de hacerse pasar por civil o prisionera. Había sido destinada a Bergen-Belsen, y junto al comandante Kramer mandaban sobre una cloaca de condiciones repugnantes. Hasta el final, Grese exigía que las modistas internas le confeccionaran ropa a medida. Reclutó a Ilona Hochfelder, que había sido sastra de alta costura para la casa Chanel de París y había sobrevivido a Auschwitz trabajando en la fábrica de costura de Birkenau. La última prenda que Ilona confeccionó para Grese fue una falda de civil, y detestó todas y cada una de las puntadas que tuvo que dar a las órdenes de una mujer tan espantosa. [20](#)

Fuera del campo, Hunya veía banderas blancas ondeando en la localidad cercana, y el cielo se llenaba de octavillas lanzadas desde los aviones aliados. Con sus compañeras, se unió a las multitudes de personas desplazadas que buscaban cobijo y alimentos. No tardaron en perderse en el bosque, famélicas y con los pies doloridos. Agotadas, desanimadas, siguieron avanzando hasta que no pudieron más. Cuando se sentaron a descansar, se fijaron en que, sobre un montón de ramas, junto al camino, había un saco.

—¡Son explosivos! —advirtió alguna, conocedora de que ya había prisioneros liberados que habían muerto víctimas de las minas plantadas por todo el campo alemán.

Hunya discrepaba. Abrió el saco y encontró un banquete milagroso compuesto de barras de pan, mantequilla, salchichas y carne ahumada. Advirtió a todas que no comieran deprisa, pues recordaba sus propias dificultades

después de devorar más de la cuenta en casa de los Mattner, en Malchow.

Luego, apretujada en un cobertizo para pasar la noche junto a otras prisioneras, el botín volvió a compartirse entre buenos modales y bromas: ya no hacía falta pelear salvajemente por cada mendrugo ahora que ya eran libres.

Una linterna iluminó la oscuridad. Unos soldados rusos gritaron en alemán:

—¿Quién anda ahí?

—¡Prisioneras! —respondieron todas.

Se alzaron decenas de brazos para mostrar los números de Auschwitz tatuados.

Los rusos anunciaron su liberación.

La liberación, aunque poco espectacular, resultó especialmente emotiva para los supervivientes judíos, a los que habían perseguido desde todas las ciudades hasta las aldeas más remotas de los territorios dominados por los nazis para robarles, esclavizarlos y matarlos.

Al día siguiente, Hunya, sentada en un prado, se preguntaba qué iba a hacer. De pronto aparecieron tres *jeeps* desde tres puntos distintos. De ellos se bajaron varios hombres que se daban apretones de manos e intercambiaban cigarrillos. Eran rusos, británicos y estadounidenses que protagonizaban un encuentro histórico en suelo alemán tras muchos años de batalla. Al presenciar ese encuentro, Hunya fue realmente consciente de lo que ocurría, y la invadió una gran alegría: eran libres.

Bracha y Katka se dirigieron hacia el este, hasta un pueblo cercano, y pidieron cobijo en una granja. La anciana que las recibió en el interior les gritó que sus hijos estaban en el frente y que no sabía si estaban vivos o muertos. Al menos dejó que las extenuadas prisioneras durmieran sobre la paja de un desván. A la mañana siguiente, al despertar, vieron a un soldado ruso en el patio blandiendo un revólver. Circulaban historias, cómo no, de soldados rusos que

violaban a todas las mujeres y muchachas que se cruzaban en su camino, en parte por venganza por las atrocidades que los alemanes habían cometido contra las mujeres rusas, en parte porque la violencia sexual era algo espantosamente endémico.

Bracha, como de costumbre, se mostró optimista. «¿Qué puede ocurrirnos? —razonaba—. Llevamos los números tatuados...»

Era de esperar que su estatus de internas de Auschwitz liberadas les sirviera de cierta protección, pues indicaba claramente que los fascistas eran su enemigo común. En ocasiones, en efecto, sí era una disuasión eficaz, lo mismo que el aspecto ajado y sucio de las mujeres. Pero con frecuencia no había nada capaz de impedir las violaciones. Un horror más que tantas y tantas mujeres debían llevar consigo. Como ocurría en los campos y en la sociedad en general, las víctimas de violaciones debían asumir la vergüenza ellas mismas. Los relatos de posguerra están llenos de historias de «otras» mujeres violadas; es muy poco habitual que las supervivientes se sientan lo bastante cómodas como para admitir que en realidad las forzadas habían sido ellas mismas.

Bracha y Katka mostraron sus números de campo tatuados al soldado ruso armado que seguía en el patio de la granja. Él entendió lo que significaban y preguntó dónde dormían. La respuesta le indignó.

—¿Sobre paja? Son los alemanes los que deberían dormir sobre paja. ¡Vosotras deberíais tener cama!

Dicho esto, empezó a saquear la casa hasta que finalmente prosiguió su camino. [21](#)

Uno de los rusos con los que Bracha y Katka se encontraron más adelante era judío. Él les advirtió que no comentaran que lo eran ellas también, pues el antisemitismo no era en absoluto algo superado.

—Dirigíos a casa —les aconsejó—. No sabéis qué es lo que va a pasar.

«Dirigíos a casa.»

No era tan fácil. Los nazis las habían desposeído de todo lo que tenían. Contaban con la ropa que llevaban puesta. Nada más.

Un oficial ruso llevó al grupo de Hunya hasta una casa alemana. La propietaria había cerrado bajo llave todas las pertenencias que pudo. Las llaves las tenía ella, y pedía una y otra vez que no estropearan nada.

—Ya hemos sufrido bastante a manos de estos cabrones —dijo una de las supervivientes del campo—. No nos hará daño disfrutar ahora de los despojos. [22](#)

Las mujeres se pusieron manos a la obra, rebuscando en todos los cajones, y saborearon un buen café recién hecho. Les resultaba algo extraordinario volver a estar en una casa, poder bañarse, lavarse a fondo. A Marishka, la prima de Hunya, le fascinaba sentir el tacto de un camisón blanco de algodón que acababa de coger.

—No te vistas demasiado tentadora —le advirtieron las demás.

Alguien llamó con fuerza a la puerta. Sintiéndose responsable del grupo, Hunya fue a abrir. Se encontró con cuatro apuestos oficiales rusos que entraron para inspeccionar la casa. Hunya oyó enseguida los gritos de protesta de Marishka, que, con el camisón blanco ya arrugado, forcejeaba por zafarse de ellos.

—¿De quién os creéis que os estáis vengando? —les gritó Hunya—. ¡Miradnos! ¡Tenemos hambre! ¡Estamos cansadas!

De alguna manera, sus palabras hicieron mella en el oficial de mayor rango, que se encogió de hombros y le dio la razón.

—Si ella no quiere, dejadla en paz.

Y así, excepcionalmente, Hunya se salió con la suya y los oficiales se fueron. Cuando abrieron la ventana para ventilar

un poco, les llegaron los gritos que inundaban el aire, gritos de otras mujeres que no tuvieron tanta suerte.

Tan desafiante como siempre, al día siguiente Hunya se cubrió la cabeza con un pañuelo y los hombros con un chal, se acercó al pueblo, se abrió paso hasta el nuevo cuartel general de los rusos y exigió hablar con la persona al mando. El oficial que la atendió se mostró comprensivo ante sus preocupaciones: eran ocho mujeres indefensas. Él, por su parte, le explicó que no podía hacer nada y que debían protegerse a sí mismas lo mejor que pudieran.

Al volver a la casa requisada, se encontró con que otras internas liberadas habían entrado a saquearla. Hunya hizo todo lo que pudo para impedírselo, diciéndoles que no debían comportarse como se habían comportado los alemanes. Pero si era realista, debía admitir que ella misma iba a tener que coger, como mínimo, algo de ropa. Las demás la convencieron para que cambiara su raído vestido de lana por una blusa y una falda decentes. Cuando la dueña alemana de la casa observó que eso era robar, Hunya, finalmente, perdió los nervios.

—¿No le da vergüenza exigir honradez y decencia después de todo lo que nos han hecho? [23](#)

Vestirse con ropa nueva era una parte importante de la liberación. Dejar atrás las rayas de los uniformes de presidiarias, los harapos de los campos y todo recordatorio de la vida carcelaria, volver a usar ropa de verdad... Todo aquello era una poderosa transición. De número a mujer; de interna a persona. Desprenderse de los harapos ayudaba a desprenderse de la humillación. Erika Kounio, una de las amigas de Bracha del *Stabsgebäude*, comentó más tarde: «Teníamos que cambiarnos de ropa, volver a ser humanas».

[24](#)

También estaba la cuestión de conseguir un calzado mínimamente digno. Por algún motivo, el grupo de Hunya fue adoptado por un soldado joven y encantador que se

llamaba Stephan. Este, un día, puso mala cara al verle los zapatos destrozados.

—Han recorrido muchos kilómetros —le regañó ella.

—¿Cuál es tu talla? —preguntó él.

Y al cabo de un rato apareció con calzado deportivo y unas zapatillas de andar por casa. Ella quiso saber de dónde las había sacado.

—He visto una zapatería y... —dijo el soldado.

—Las tiendas están cerradas.

Stephan le dedicó una sonrisa cómplice.

—Es verdad, estaba cerrada por delante, pero he encontrado la puerta de atrás. [25](#)

En realidad, Hunya no podía quejarse, y menos con el largo viaje que aún tenía por delante. Un viaje que no emprendería sola. Seguía acompañada de varias de sus compañeras del campo. Cuando finalmente se pusieron en marcha, fue como si toda Alemania se hubiera puesto a andar. A partir del 8 de mayo de 1945, tanto los responsables de las fechorías como sus víctimas, así como los meros espectadores, empezaban a adaptarse a la rendición incondicional del país y a la victoria aliada.

Nosotros no hablamos de las cosas.

HEDWIG HÖSS [26](#)

Mientras los exprisioneros volvían a una vida de libertad, simbolizada por la ropa nueva, los miembros de las SS vivían otra clase de transformación: un revés de la fortuna que les hacía pasar del poder y la riqueza a unos harapos metafóricos.

Por todo el Tercer Reich, los arcenes de las carreteras estaban llenos de insignias rotas y uniformes abandonados. En las casas alemanas, las costureras iniciaban el proceso de *Entnazifizierung* (desnazificación) de las ropas. Los uniformes de los *panzer* se convertían en pijamas. Las telas

usadas por las Juventudes Hitlerianas se utilizaban como remiendos de vestidos. Las esvásticas se eliminaban de las banderas rojas. [27](#)

Se acabaron las botas altas y los látigos: las mujeres de las SS se abotonaban sus vestidos de flores y se subían las cremalleras de las faldas de civil. Con los uniformes, habían sido «alguien», y parte de una organización; sin ellos, de pronto se veían abandonadas a su suerte, y quizás solas con sus conciencias.

Los aliados agrupaban a los que eran señalados como responsables de los crímenes. La *Rapportführerin* Elisabeth Ruppert, que había sido guardia del salón de costura de Auschwitz, fue detenida por su pertenencia a las SS. La acusaron de daños físicos contra prisioneras y de participar en las selecciones asesinas de Birkenau.

Ruppert acabó encarcelada en la recién inaugurada prisión de las SS del campo de concentración de Dachau. En una grabación cinematográfica estadounidense de la cárcel rodada en mayo de 1946 aparecen unos fotogramas de la celda que Ruppert compartió con nada menos que la *Oberführerin* Maria Mandl, la mujer que con tanto desparpajo les decía a Bracha y a sus compañeras en Ravensbrück que no deberían seguir con vida. [28](#) En esa filmación, Mandl parece inofensiva, con una blusa de manga corta con cuello de colores. La ahorcaron el 24 de enero de 1948, después de un juicio celebrado en Cracovia. A su lado, en la película, Ruppert aparece relajada y sonríe, vestida con varias capas de ropa holgada. Durante el juicio al que la sometieron, el tribunal consideró que no podía probarse su participación en las selecciones, y que ya había cumplido suficiente condena por la acusación de lesiones físicas a las prisioneras. Ruppert salió de la cárcel y quedó en libertad. No se han sabido detalles de su vida después de la guerra, ni de lo que pensaba de la absurda inclusión de un taller de moda en Auschwitz. [29](#)

Cuando les era posible, los aliados también buscaban capturar e interrogar a las esposas de oficiales nazis de alto rango.

Cuando Alemania se rindió, Magda Goebbels, aquella mujer ejemplo de estilo, ya había asesinado a sus hijos y se había suicidado con su esposo, Joseph. Había sido poco después de que Hitler y su mujer, Eva Braun, se hubieran quitado la vida en el búnker que el Führer tenía en Berlín, el 30 de abril de 1945. Fuera cual fuese la ropa que Madga llevara puesta en el momento de su muerte, fue rociada con petróleo y quemada junto con su cadáver. En el caso de Emmy, la esposa de Hermann Goering, cuando los aliados fueron a detenerla, metió rápidamente objetos de valor en una sombrerera. Fue a la cárcel envuelta en un abrigo de Balmain adquirido en París.

Marga Himmler y su hija Gudrun fueron primero encarceladas y después les buscaron trabajo en un taller textil. Las habían despojado de muchas de las prendas de ropa que Heinrich Himmler les había regalado durante años. Al propio Himmler lo capturaron disfrazado con un parche en el ojo y un uniforme falso. Prefirió quitarse la vida antes de aceptar la realidad de la derrota, una vez que comprendió que todas sus ambiciones se habían hecho añicos.

Hedwig Höss, la instigadora del taller de moda de Auschwitz, eludió a las autoridades durante algunos meses tras el fin de la guerra. Como los Goebbels, había llegado a un pacto con su esposo para suicidarse, pero lo descartaron por el bien de sus hijos. Rudolf, en sus memorias, se lamentaba y creía que, si hubieran muerto entonces, Hedwig se habría ahorrado muchos problemas.

«Problema» es un concepto relativo. Es cierto que Hedwig se vio separada de su marido y es cierto que tuvo que desprenderse de muchos de sus tesoros cuando se desplazaron al noroeste desde Ravensbrück, pero ella no iba a pie, como tantos refugiados. Una red de apoyo nazi se

aseguró de que fuera tratada como personalidad importante y, a diferencia de las víctimas civiles que cruzaban ciudades bombardeadas y arrasadas por el fuego, recorrió largas extensiones en su vehículo privado, conducido por un chófer, camino de un refugio.

Ese coche llegó a la pequeña localidad de Sankt Michaelisdonn, ascendió por una avenida flanqueada por castaños y llegó a la refinería de azúcar Süderdithmarschen AG, refugio preparado por Käthe Thomsen, la que fue maestra de los hijos de los Höss en Auschwitz. El vehículo venía seguido de un camión lleno de pertenencias: cestas con comida, buen coñac francés y unas magníficas maletas de piel cargadas de ropa. [30](#) Hedwig, al bajarse del coche acompañada por sus cinco hijos, fue recibida por el director de la fábrica y su familia. Acto seguido, descargaron sus pertenencias.

Se mostraba claramente resentida por la pérdida de sus privilegios y los de su marido, al que Himmler había ordenado «desaparecer en la Wehrmacht». [31](#) Tras mostrar a la familia que los acogía las fotos de su casa y su jardín de Auschwitz, Hedwig echó los álbumes a la chimenea encendida para destruirlos.

—Estoy orgullosa de mi marido —le comentó a su anfitriona. [32](#)

Dispuestos a encontrar y detener al comandante de Auschwitz, los cazadores de nazis británicos dieron con el nuevo hogar de Hedwig, y comentaron que vivía rodeada de «ropa, pieles, telas y otros objetos de valor». [33](#)

Ella les dijo que Rudolf estaba muerto, a pesar de que, en realidad, habían conseguido mantener varios encuentros secretos en Sankt Michaelisdonn. Los británicos, más adelante, se llevaron a Hedwig para someterla a un interrogatorio más sostenido y físico. En el informe subsiguiente se la describía vestida con una blusa sucia y una falda de campesina, pero con su aire de arrogancia

intacto. O bien Hedwig, o bien su hermano Fritz, sometidos a presión, revelaron la verdad: que Rudolf se hacía pasar por un granjero cerca de Flensburg. Ninguno de los dos quiso después aceptar la responsabilidad de su traición.

Un domingo de abril de 1947, un correo del ejército británico le entregó un sobre a Hedwig con las cartas de despedida de Rudolf y su alianza de casado. Rudolf Höss se sometió a juicio en Polonia. Fue declarado culpable y encerrado en una habitación del sótano del edificio del *Stabsgebäude*, en Auschwitz, la última noche de su vida, cerca de las salas que habían sido el Estudio Superior de Confección. Lo ahorcaron en el viejo crematorio del campo principal de Auschwitz, junto al ya abandonado jardín de la villa de los Höss.

El sueño de Hedwig y Rudolf de un paraíso rural en el Este había terminado. Sus hijos, ahora huérfanos de padre, jugaban con zapatos sujetos con harapos, o con zuecos de madera que les helaban los pies, no muy distintos a los de los internos de los campos que habían dejado atrás. [34](#)

Mucha gente decía: ¿por qué he de sobrevivir cuando mi familia ya no está?

BRACHA BERKOVICH

Los trenes se llevaron a las modistas de sus casas y los trenes las devolvieron a ellas, más o menos.

Después de separarse de su amiga Ruth Ringer —que lloró tanto que todo el mundo decía que parecía un gatito mojado—, el grupo de Hunya salió de Alemania junto con otro de checos muy alegres.

Los repatriaron en ocho camiones, que ellos decoraron con flores de árboles frutales y plantas silvestres que recogían por el camino. A los prisioneros que regresaban los recibieron en Praga con sonrisas, regalos y comprensión. De hecho, la estación de tren de Praga estaba tan llena de

retornados que no podían registrarlos a todos. Todo el mundo tenía muchas ganas de saber quién había sobrevivido, para compensar la espantosa cifra de los muertos.

A continuación, Hunya tomó un convoy de la línea interna rumbo a Poprad, en Eslovaquia. Allí se encontró con caras adustas e indiferencia. El tren en el que viajaba se estropeó cuando llegaba a la estación de Poprad. Maltratada por los desconocidos, sin amigos, Hunya vio de pronto algo que la llevó a bajarse al momento del vagón. Ahí, en el andén desde el que habían sido deportados tantos eslovacos, estaba su cuñado Ladislav, que había acudido a recibirla y a llevarla a su casa de Kežmarok. En realidad, no sabía que llegaba en ese tren, pero había tenido un presentimiento y se había montado en la carreta tirada por un caballo y se había plantado en la estación dispuesto a esperar. Su optimismo se vio recompensado por la alegría del reencuentro.

Kežmarok estaba llena de gente, pero prácticamente vacía de judíos. Hunya entró de puntillas en casa de su hermana Tauba para no despertar a sus hijos, que dormían acurrucados en sus camitas, tras tantos meses escondidos, llenos de temor.

Muchos años después de salir de allí para irse a dirigir un salón de costura en Leipzig, había vuelto.

Bracha, su hermana Katka y la pequeña Rózsika iniciaron a pie su viaje de regreso. A pie y pidiendo que las llevaran a trechos en carretas, hasta que llegaron a una estación de tren. Los números de Auschwitz tatuados en la piel eran sus salvoconductos y sus billetes para montarse en los convoyes. Los vagones iban atestados de desplazados, entre ellos muchísimos supervivientes de los campos. Iban vestidos con una variada gama de ropas, entre ellas los trajes a rayas de prisioneros, prendas de civil robadas y algún que otro descarte de uniforme militar. A cada parada, campesinas con chales y pañuelos anudados a la cabeza se

subían a los trenes para vender huevos o patatas. Nadie tenía dinero, pero algunos afortunados intercambiaban comida por retales de tela, medias o calcetines.

Cualquier prenda de ropa era un bien muypreciado en ese momento, lo que convertía a Europa en un mercado bullicioso de compra, venta, trueque y saqueo. Cerca de Fráncfort, un tren de mercancías alemán abandonado lleno de piezas saqueadas en Francia y Bélgica fue rápidamente vaciado por extranjeros hasta hacía poco sometidos a trabajos forzados y por civiles alemanes que lloraban al ver tantos sombreros, faldas y rollos de tela. La policía militar estadounidense les dejaba hacer y decía: «Dejadles que pasen un buen rato». [35](#)

Bratislava se convirtió en el centro del retorno de los judíos eslovacos, así como en un punto de tránsito para los refugiados judíos de Hungría, Rumanía y Polonia que se dirigían a la zona estadounidense de Viena. Los recién llegados buscaban rostros conocidos. Aunque Bracha y Katka no tardarían en descubrir que casi todos sus familiares habían muerto, vivieron una bienvenida extraordinaria en la estación de tren de la ciudad, pues había ido a esperarlas nada menos que su amiga Irene Reichenberg, que tenía, ella también, una historia que contar.



Retrato de Bracha Berkovič tomado después de la guerra.

La última vez que Bracha había visto a Irene y a Renée había sido escondidas entre balas de paja, intentando escapar de Auschwitz y de la marcha de la muerte. A su llegada, supo que habían tenido mucha suerte y que los embates de las bayonetas no habían acabado con ellas. Una vez que los ladridos de los perros y los gritos de los soldados se alejaron, las dos jóvenes se internaron en un bosque cercano y, finalmente, hallaron refugio tras las lápidas de un cementerio cubierto de nieve. El hambre y el frío las llevaron a recorrer las calles de un pueblo polaco, desierto en ese momento a causa de un nuevo ataque aéreo que se abatía sobre la zona. Por casualidad, pasaron por delante de una mujer apoyada en la verja de su casa que contemplaba el cielo, iluminado por los destellos del fuego en la primera línea de combate.

—¿Quiénes sois? —les preguntó desafiante.

Ellas habían enterrado bajo la nieve sus chaquetas rayadas de presidiarias de Auschwitz, pero en el vestido de lana azul marino de Irene todavía destacaba una franja roja en la espalda que la marcaba como prisionera, pues no había tenido tiempo de borrar la pintura seca y cuarteada.

—Somos refugiadas de Cracovia —mintió Irene.

—Yo ya sé lo que sois, he visto a otros como vosotros pasar por aquí. ¿Alguien os ha visto llegar?

—Nadie.

Con un gesto de cabeza, la aldeana les señaló el cobertizo y les dijo que podían ocultarse allí. A escondidas, les llevó comida y café metidos en un cubo y les pidió lo siguiente:

—Si vienen los rusos, decidles que os he ayudado. Si vuelven los nazis, no les digáis nada. [36](#)

En cuanto le pareció que no había peligro, la mujer polaca las invitó a entrar en su casa. Eran una especie de seguro de vida para cuando echaran del todo a los alemanes y los rusos quisieran saber de qué lado se habían puesto los polacos. Irene y Renée cosieron para aquella mujer y, de hecho, para todo el pueblo, a cambio de su hospitalidad. Una vez más, la confección de vestidos les salvó la vida.

Más adelante, los soldados eslovacos que luchaban junto a los rusos dejaron que Irene y Renée se unieran a ellos en el largo viaje de regreso a Eslovaquia. Llegaron en febrero de 1945, y fueron las primeras judías deportadas en volver. No veían a nadie, no reconocían a nadie, hasta que un día, mientras se alojaban en una pequeña aldea cercana a Poprad, abrieron la puerta y se encontraron con el hermano mayor de Irene, Laci Reichenberg.

—¿Cómo nos has encontrado? —le preguntó Irene asombrada.

Desde una sublevación fallida que tuvo lugar en Eslovaquia en agosto de 1944, Laci y su mujer, Turulka —hermana de Marta Fuchs—, se habían ido con los partisanos a las montañas. Laci, ese día, estaba pasando por Poprad

cuando alguien le dijo que su hermana Irene estaba un poco más arriba. Fue un golpe de suerte increíble.

Irene no tenía noticias de Marta; no sabía nada del intento de fuga en Loslau ni de los disparos que habían impactado en Marta, Borishka, Baba, Lulu y Ella.

Una vez que Bratislava se liberó de los fascistas, Irene volvió a la calle Židovská. Su casa, en el número 18, había sido ocupada por otra familia. De los aproximadamente 15.000 judíos que vivían en Bratislava en 1940, solo unos 3.500 sobrevivieron a la guerra.

El siguiente objetivo de Irene fue volver a ver a Bracha. Todos los días se acercaba a la estación a ver llegar los trenes que venían del oeste. Y su perseverancia dio fruto: en junio, las dos amigas se reencontraron al fin.

Ahora debían adaptarse a la vida de posguerra. No había tiempo para muchas lamentaciones, para la desesperanza. Una vez más, debían trabajar para sobrevivir. Había algunas organizaciones que hacían lo que podían para ayudar a los supervivientes, pero las ayudas apenas alcanzaban para comprar la comida del día.

Y entonces Katka se hizo con una máquina de coser.

Recuperar pertenencias de antes de la guerra no era precisamente una tarea fácil. Bracha y Katka tuvieron mucha suerte, porque unos vecinos católicos habían conservado algunas de sus fotografías familiares. Para ellas era algo de un valor incalculable, y más al ser conscientes de que casi todos aquellos retratos eran de personas muy queridas que ya estaban muertas.

En Auschwitz-Birkenau, los internos habían aprendido enseguida que eran pocas las pertenencias personales realmente esenciales para vivir: ropa, calzado y un cuenco para la comida. Más allá de eso, lo que contaba era la amistad y la lealtad. Recuperar las posesiones no tenía tanto que ver con volver a poseerlas como con restablecer cierta vida de hogar tras la realidad distorsionada de los campos de concentración.

Con todo, los objetos de uso doméstico robados o dispersados durante la deportación de los judíos eran mucho más que parafernalia normal y corriente. Piezas cotidianas, como podían ser cortinas, colchas y agujas de calceta, también eran recuerdos, recordatorios de seres queridos que ya no estaban, de personas que en otro tiempo corrían y descorrían aquellas cortinas, que se acurrucaban bajo aquellas colchas, que tejían guantes, calcetines y jerséis junto a la chimenea.

Por toda Europa existía una inequívoca hostilidad hacia los judíos que regresaban y pretendían recuperar sus propiedades y pertenencias perdidas. Cuando Hunya fue a ver a una vecina para pedirle una vajilla que le había dejado, la mujer le dijo que la había perdido hacía mucho tiempo, pero al momento le sirvió un aperitivo en uno de sus propios platos.

Otra mujer que también había trabajado en el departamento administrativo del *Stabsgebäude* regresó a su casa, llamó a su propia puerta y quien la abrió dijo: «Parece que las cámaras de gas tenían agujeros...». [37](#)

A Bracha le horrorizó saber de un médico judío que había tenido que oír quejarse a un colega que decía: «Si hay una cosa que detesto de Hitler... es que no matara a todos los judíos». [38](#)

La modista de Transilvania Rezina Apfelbaum se hacía acompañar de un policía amigo cuando iba a reclamar a algún vecino hostil pertenencias que le hubieran dejado en depósito. Rezina se paseaba por la casa y decía: «Esto es mío, y esto es mío...». Enseguida usó la máquina de coser que había recuperado para confeccionarse ropa para ella y para los miembros de su familia que había conseguido salvar en Birkenau. [39](#)

No todas las supervivientes del taller de costura de Auschwitz se encontraban mínimamente bien para ponerse a trabajar. En Francia, Alida Delasalle y Marilou Colombain

recibieron una cálida acogida a su regreso a París desde el campo de concentración de Mauthausen. Llegaron a la capital en tren el 30 de abril de 1945, y las llevaron al hotel Lutetia para que durmieran en camas de verdad, con sábanas limpias. Fueron dos de las únicas 45 presas políticas francesas que sobrevivieron, de las 230 deportadas.

Aunque se celebró un desfile en la ciudad el 1 de mayo — un día antes de que sus amigas modistas fueran liberadas del campo de Malchow—, la felicidad no duró mucho. Les concedieron una paga en concepto de indemnización, consistente en doscientos puntos textiles que podían intercambiar por un vestido, ropa interior, medias y un pañuelo, pero la sociedad francesa desarrolló en muy poco tiempo una imagen mítica del hombre heroico de la resistencia, lo que en la práctica se tradujo en un arrinconamiento de las mujeres.

Las supervivientes estaban destrozadas física y mentalmente. Marilou, que aún podía considerarse joven, reanudó su antigua profesión, la costura. Alida, mayor y menos fuerte, soportó largos períodos de hospitalización a causa de las enfermedades contraídas en los campos de concentración y nunca pudo volver a coser a tiempo completo. [40](#)

Olga, una de las costureras eslovacas de más edad del Estudio Superior de Confección, mantuvo una discapacidad permanente después de la guerra. Llegó a casarse en 1947 y tuvo un hijo, pero en una ocasión comentó con amargura: «La ayuda material que he recibido no puede borrar los años en el campo de concentración de Auschwitz». [41](#)

No son importantes las cosas; lo importante es la belleza.

EDITH EGER

La industria de la moda checoslovaca había quedado muy malherida durante la guerra, con el encarcelamiento y el asesinato de sus especialistas judías, el acoso nazi y el estrangulamiento general de las empresas durante la ocupación alemana. En los meses posteriores al restablecimiento de la paz, las antiguas casas de costura revivieron y abrieron nuevos salones. A las pocas semanas de su regreso a Bratislava, Bracha recibió una invitación para trabajar en uno de esos nuevos salones de Praga. ¿Cómo podía negarse? La invitación se la hacía nada más y nada menos que la que fue su extraordinaria *kapo* : Marta Fuchs estaba viva.

Encontrarse con ella en un centro para judíos retornados fue otro milagro del fin de esa guerra.

En efecto, Marta había recibido disparos durante su valiente apuesta por la libertad, en el mes de enero de ese año. Las balas alemanas abatieron a Baba Teichner, a Lulu Grünberg, a Borishka Zobel y a Ella Neugebauer la mañana del día 23. Marta fue alcanzada en la espalda, pero la bala quedó detenida por un libro que llevaba en la mochila. No paró de correr hasta que pudo ponerse a cubierto en una casa polaca. Los alemanes no se atrevieron a perseguirla más, porque los partisanos polacos se mostraban muy activos en esa zona.

La amiga polaca de Marta también sobrevivió a la huida. Ambas empezaron muy pronto a coser a cambio de la comida y el refugio que les brindaron varias familias polacas. A veces debían ocultarse por temor a ser descubiertas; en ocasiones soportaban los bombardeos rusos. Entre el 29 de enero y el 12 de febrero, Marta se pasó doce días bajo tierra, en un búnker, compartiendo refugio con una vaca. Aquella zona fue una de las últimas en ser liberada, y después aún le quedaba un largo viaje de regreso a través de Cracovia y Budapest.

Una vez a salvo, escribió un diario de aquellos meses tan inciertos —de enero a mayo—, en un papel de oficina que

quizá se había llevado del *Stabsgebäude* . En la entrada correspondiente al 28 de abril, cuando iba de camino hacia Budapest, anotó: «Tenemos más hambre que los lobos, pero no hemos sido capaces de comernos el beicon que robamos ayer». ⁴² Estaba impaciente por averiguar si sus padres y su hermana Klári estaban vivos y se encontraban bien, pues la última vez que había sabido de ellos había sido a través de las postales que recibió en Auschwitz.

Fue una suerte encontrar en el camino antiguos camaradas de Auschwitz que daban fe de que Marta procedía realmente del campo y que había formado parte de la clandestinidad comunista, porque los rusos se dedicaban a perseguir a nazis que se hacían pasar por prisioneros liberados. La valiente labor de resistencia de Marta fue reconocida por otros comunistas, y el Partido Laborista Polaco de Cracovia le entregó unos documentos que le permitieron regresar a casa. Uno de los prisioneros que abogó por ella no era otro que Franz Danimann, el que en su día fuera jardinero en la villa de los Höss. ⁴³ Milagrosamente, Marta acabó encontrándose de nuevo con muchos amigos queridos y miembros de su familia. En una entrada del 8 de mayo de 1945 de su diario escribió: «Las sirenas suenan anunciando la paz».

Desde Budapest, emprendió el camino de regreso hasta Praga.

Las supervivientes descubrieron que estar en la capital checa era toda una experiencia. Ver moda en los escaparates y variedad de artículos a la venta reforzaba cierto sentido de la civilización, por más que no tuvieran dinero para comprar nada. Costaba creer que aún existieran tiendas normales tras la experiencia grotesca de los almacenes del Canadá de Auschwitz.

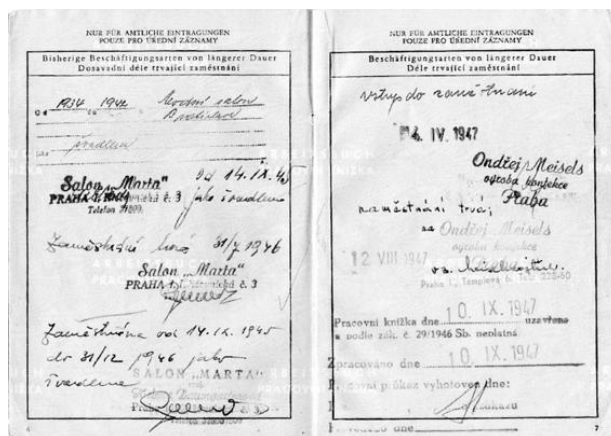
Establecer un nuevo negocio relacionado con el mundo textil en la Praga de posguerra era todo un reto, y no solo porque implicara tratar profesionalmente con clientes y

proveedores que, posiblemente, habían visto con buenos ojos la persecución judía e incluso se habían aprovechado de las confiscaciones y las deportaciones. A diferencia de la opulencia alemana producto de todos aquellos almacenes llenos de objetos requisados, allí no había abundancia de suministros. Las agujas eran un bien tan escaso que se las consideraba artículos de lujo. Las mejores telas se producían solo para la exportación con la idea de generar ingresos que contribuyeran a la recuperación de la maltrecha economía checa.

Marta seguía siendo tan capaz y resolutiva como siempre. Se adaptó a la tendencia de posguerra de producir ropa práctica y de buena calidad a precios razonables. Las mujeres deseaban modelos atractivos que además resultaran fáciles de poner, fáciles de lavar y que encajaran bien con sus ajetreadas vidas de trabajo. Se popularizaron los bolsillos. Como siempre, seguía existiendo una élite que podía permitirse la alta costura y que adoptaba incluso los nuevos estilos propuestos por Christian Dior en el París de la posguerra. Las nuevas revistas de moda publicaban nuevos diseños que servían de inspiración.

Evidentemente, en un buen taller hacían falta buenas costureras. En el caso del Salón Marta, esta podía contar con las habilidades de sus amigas del campo de concentración. Hunya se desplazó hasta Praga desde Kežmarok. Manci Birnbaum, otra veterana del Estudio Superior de Confección, también llegó a la ciudad. Y, en su momento, Bracha Berkovič tomó el tren desde Bratislava.

A menudo, los viajes traían a la mente recuerdos de épocas más felices anteriores a la guerra y, también, de vidas perdidas. A veces se producían encuentros fortuitos. En una ocasión, Bracha iba en autobús por Bratislava cuando reconoció a alguien.



Licencia de trabajo de la posguerra de Marta con datos del Salón Marta.

—¿Eres Borishka? —le preguntó, con la muy improbable esperanza de que Borishka Zobel, del estudio de Auschwitz, hubiera sobrevivido a los disparos que recibió junto a Baba, Ella y Lulu.

—No, soy su hermana —fue la respuesta—. ¿No sabes lo que le ocurrió? [44](#)

Cuando se dirigía a Praga para unirse al equipo de Marta, Bracha tuvo un encuentro aún más funesto: mientras cambiaba de trenes en Brno vio a un hombre llamado Leo Kohút. Lo había conocido en Bratislava antes de la guerra, cuando había empezado a cortejar a Käthe, la hermana de Irene, y cuando todavía se llamaba Kohn. Al verlo, tuvo que contarle que la última vez que había visto a Käthe había sido en Ravensbrück.

Leo, de veintiocho años, se había licenciado en varias organizaciones sionistas anteriores a la guerra y se había alistado en el ejército eslovaco, además de crear una célula de comunistas judíos entre los que se encontraba Alfred Wetzler, el hombre que se había fugado de Auschwitz con Rudolf Vrba para dar a conocer al mundo los planes de asesinar a los judíos húngaros.

A Leo lo habían considerado trabajador esencial en la Imprenta Estatal Eslovaca de Bratislava, donde falsificaba documentos de identidad para la resistencia. En enero de

1945, fue encarcelado en Sered', después en Sachsenhausen, después en Berger-Belsen y, posteriormente, en un campo vinculado a Dachau, y estuvo a punto de morir antes de la liberación de Baviera por parte de los estadounidenses. De toda su familia, solo seguían con vida un hermano y una hermana. [45](#)

Leo y Bracha se separaron ese día, pero ella no se podía quitar de la cabeza su encuentro. Tras dos semanas en Praga, regresó a Bratislava. Se reunió con Katka, Irene, la joven Rózsika y las demás en un apartamento espacioso que pertenecía a Laci, el hermano de Irene. La gente entraba y salía, usaba aquel apartamento cuando estaba de paso o quería celebrar reuniones. Turulka, esposa de Laci y hermana de Marta, hacía lo que podía para proporcionar comida y ropa limpia a todo el mundo. Los jóvenes se aferraban a aquellos contactos en ausencia de familia más cercana. Ahora debían hacerse de padres y madres los unos a los otros. [46](#) La vida familiar de Bracha se concentraba en sus seres queridos. Después de la guerra dijo que solo quería una habitación con una cama y algún lugar donde sentarse, con un rincón que hiciera las veces de cocina.

En el caso de Bracha y Leo, su amistad fue evolucionando lentamente hasta convertirse en algo más íntimo. Como muchos supervivientes, ellos también consideraron que el matrimonio era una opción sensata, tanto para apoyarse mutuamente como para aplacar la soledad y hacer posible el nacimiento de nuevas generaciones. Se casaron en 1947. Bracha llevaba un vestido azul y una blusa blanca, y una alianza de boda que le había prestado la hermana de Leo. Su único regalo fue un mantel. A partir de ese momento pasó a ser la señora de Kohút. [47](#)

Leo convenció a Bracha para que se quitara el número de Auschwitz tatuado en el brazo. «¿Por qué tiene que conocer todo el mundo la historia de tu vida por un tatuaje que llevas en el brazo?», fue su razonamiento.



Bracha y Leo Kohút a principios de la década de 1950, con sus hijos Tom y Emil. Su blusa y la ropa de sus hijos están hechas por ella.

La cicatriz que le quedó cuando le eliminaron el número tatuado en el brazo no era nada comparada con las cicatrices de su psique. A su boda no asistieron ni padres ni abuelos. Su madre no pudo ayudarla en el nacimiento de sus hijos, en 1947 y 1951. Su hijo mayor era Toma. Al segundo le puso Emil en recuerdo de su hermano, asesinado en Majdanek. Siguió cosiendo para que la familia pudiera llegar a fin de mes y para vestir a todos sus miembros, hasta que Leo le dijo que debería dejar ese trabajo manual y empezar a trabajar en publicidad, cosa que hizo con éxito, encontrando así una salida a su inteligencia y capacidad de organización.

Después de la comida, la ropa es la más importante de las necesidades de la vida.

REVISTA *ŽENA A MÓDA* (MUJER Y MODA),
AGOSTO DE 1949



Boda de Marta Fuchs y Ladislav Minárik.

Entre septiembre de 1945 y diciembre de 1946, Marta fue la gerente del Salón Marta de Praga. [48](#) Después de la guerra, se cambió el apellido de Fuchs (Fuchsová, en su forma femenina) a Fullová, por Ľudovít Fulla, de Bratislava, uno de los artistas de más talento de Eslovaquia. Mediante ese acto reforzaba su amor por las artes y, además, establecía una ruptura con su pasado. Tras su matrimonio, su apellido cambiaría una vez más.

Marta ya conocía a su futuro esposo gracias a su contacto en el Canadá de Auschwitz con Rudolf Vrba. En cuanto pudo, tras su fuga del campo, Vrba se unió a los guerrilleros que combatían en los montes eslovacos. Acabó compartiendo tienda de campaña con un médico partisano llamado Ladislav Minárik. (Ladislav también era amigo de otro fugado de Auschwitz, Arnošt Rosin.) Ladislav se ocupaba de los camaradas heridos. Una vez que los nazis fueron expulsados, Ladislav regresó a su trabajo de médico en Praga después de completar sus estudios de Medicina, interrumpidos por el cierre de las universidades de 1939. Marta y él eran una pareja muy llamativa cuando se casaron el 6 de septiembre de 1947, vestidos ambos con trajes bien cortados. Ya habían sufrido bastantes traumas durante la guerra, y siguieron dedicando su vida a ayudar a los demás. Las aptitudes de Marta para la costura la llevarían con el

tiempo a confeccionar ropita de bebé para su cada vez más numerosa familia.

Para algunas propietarias de salones de moda, la llegada al poder de los comunistas en Checoslovaquia implicó que acabaran cerrando o nacionalizándose las empresas privadas. Marta, sin embargo, no tomó la decisión de trasladarse a la zona de los montes Tatras hasta 1953, junto con su marido y sus tres hijos, Juraj, Katarína y Peter. [49](#) Mientras Ladislav trabajaba como especialista en tuberculosis, Marta ponía su extraordinario talento al servicio de pacientes a las que enseñaba a coser y a confeccionar ropa durante su período de rehabilitación, y ayudaba también en sus sesiones de fisioterapia y en su bienestar general.

Tanto los vínculos familiares como las amistades forjadas en Auschwitz traspasarían fronteras y océanos. Algunas de las modistas constataron que no podían instalarse en la Europa de posguerra. Había demasiadas cosas que les recordaban el pasado, y demasiada hostilidad contra los judíos en el presente. Herta, la prima de Marta, consiguió abrirse paso a través de la burocracia alemana y obtuvo un visado para trasladarse a Estados Unidos, donde se casó y se instaló en Nueva Jersey. Inevitablemente, los traumas del campo de concentración viajaron con ella en su equipaje emocional, así como ciertas secuelas físicas.

Renée, la amiga de Irene e hija del rabino, optó por dirigirse a Palestina tras conseguir uno de los pocos visados de inmigración gracias a su hermano Shmuel, que había emigrado hasta allí en la década de 1930. En Haifa, Renée conoció al refugiado judío alemán Hans Adler, que había sido prisionero de guerra y que realizaba trabajos agrícolas. Se casaron y tuvieron tres hijos, Rafi, Rami and Yair.



Renée Adler, de soltera Ungar, con su esposo y su hijo mayor, en Israel.

La propia Irene se trasladó a Israel, aunque mucho después que Renée y tras una larga estancia en Alemania. Contrajo matrimonio bastante tarde, en 1956, con otro superviviente. Casualmente, su marido, Ludwig Katz, también había trabajado en los almacenes del Canadá de Auschwitz y Birkenau. Mientras cargaba maletas requisadas hasta los hangares, Ludwig era testigo de trágicas escenas sin fin en las que columnas de judíos aguardaban el momento de entrar en las cámaras de gas. Con apenas diecisiete años cuando lo deportaron, había experimentado mucho sufrimiento, pero también lo había repartido en su

papel de *kapo* , valorando el poder que le proporcionaba y excediéndose en su ejercicio.

Después de la guerra, Ludwig se obsesionó con la idea de que alguien pudiera denunciarlo. Irene, que cargaba con sus propios traumas, describió su matrimonio como «un segundo Auschwitz». Ludwig, sencillamente, no fue capaz de contener los efectos posteriores del trauma que había presenciado, ni de la culpa por la violencia que había ejercido como *kapo* del campo. La depresión y la mala salud se le hicieron insoportables y se suicidó en 1978.



Retrato de posguerra de Irene Reichenberg.

Irene se trasladó a Israel. Su hijo Pavel recuerda que, de niño, recibían las visitas de Alfred Wetzler, fugado de Auschwitz, y, cómo no, de las amigas modistas de Irene. [50](#)

Katka, la hermana de Bracha, se casó en un campo de detención de la isla de Chipre, a centenares de kilómetros de su ciudad y separada de lo que quedaba de su familia. Había decidido instalarse en Palestina. Cuando embarcó con la idea de emigrar, el Mandato británico aún controlaba el país y solo permitía la entrada de una cantidad mínima de inmigrantes, por lo que patrullaba por el Mediterráneo para impedir entradas ilegales. El barco ilegal de Katka volcó tras una acción de aquellas patrullas británicas.

Tras unas alambradas, en Chipre, Katka recurrió una vez más a la costura para ganarse el pan, esta vez confeccionando con gran ingenio ropa a partir de lonas de tiendas de campaña y vendiéndola a otros internos. Su matrimonio fue una especie de apuesta por el *carpe diem*. Su marido, Josef Lahrian, tuvo que incorporarse al servicio militar inmediatamente después de su llegada legal al nuevo Estado de Israel, en 1948, y el matrimonio no prosperó. Su siguiente matrimonio con Josef Landsman le dio la gran alegría de una hija, Irit. La felicidad la encontró tras su tercera y definitiva boda con Natan Müller.

Katka nunca estaba con las manos quietas. Ya en libertad, no cosía prendas de alta costura para una élite nazi, sino ropa corriente, de diario, para su hija, a la que adoraba, y para los nietos que llegarían con el tiempo.

Y después estaba Hunya, aquella mujer tan fuerte, tan segura de sí misma.

El barco de Hunya, el vapor Kedma, se dirigió al Este, evitó los bloqueos británicos y llegó al puerto de Haifa en septiembre de 1947. *Kedma* significa «ir adelante». En ese caso, la connotación era muy distinta a los días en que los trenes se dirigían hacia el Este para trasladar a Auschwitz a los judíos. Ahora, dirigirse al Este significaba reunirse con la familia que había huido de Europa antes de que la solución final alcanzara su fase más destructiva.

—Espera a verla —le dijeron a una de las sobrinas israelíes de Hunya—. Lleva las uñas pintadas. [51](#)

Durante un tiempo, Hunya se instaló con su hermana Dora en Tel Aviv. El contraste con Kežmarok, Praga y Leipzig era extremo. Tel Aviv —conocida como la Ciudad Blanca por su increíble arquitectura de la Bauhaus construida en la década de 1930— era una ciudad nueva, levantada literalmente en las arenas de las costas mediterráneas. Tras sobrevivir a la marcha de la muerte, ahora Hunya podía caminar a su antojo por las hermosas aceras de la ciudad, contemplar las palmeras que se mecían con la brisa y oír el romper de las olas azules en las playas doradas.

Con todo, la vida en la nueva nación de Israel no eran unas vacaciones. Dora y su familia hacían lo que podían por adaptarse a la llegada de Hunya. Sabían algo de la tragedia de los judíos en Europa, pero estaba claro que solo los que habían pasado por los campos de concentración podían captar en su totalidad lo extremo de la experiencia. Compartir un apartamento ya lleno de gente con una mujer de tanto carácter no era fácil, y menos cuando Hunya empezó a usar el salón como taller de costura y el dormitorio principal como cuarto de pruebas para los clientes.

A Hunya también le gustaba confeccionar ropa para su familia. Los conjuntos nuevos solían estrenarse para la Pascua y, además, ella también creaba vestidos de novia. El único precio a pagar a cambio de su generosidad era tener que aceptar sus consejos, sus opiniones y sus críticas, que siempre repartía muy segura de sí misma.

Por más que se enfadara con facilidad durante aquellos primeros años de adaptación a la vida del nuevo país, Hunya también despertaba afectos y lealtades profundas. Se casó con el panadero Otto Hetch. Tras su muerte, consiguió un apartamento para ella sola. Su padre la visitaba con frecuencia, lo mismo que sus sobrinas, que se

sentaban a su lado y escuchaban con atención las interminables historias de la vida antes de la guerra, y de su paso por Auschwitz.

Hunya fue escalando posiciones en algunas de las tiendas de moda más prestigiosas de Tel Aviv, entre ellas los caros almacenes Gizi Ilush de la calle Allenby, así como en Elanit y en las Hermanas Englander. Israel, en tanto que país recién estrenado, con las fronteras cuestionadas y poderosos enemigos, tuvo que hacer frente a guerras y a austeridad en las décadas de 1940 y 1950. La ropa, en Israel, era un reflejo de las penalidades y la dureza del trabajo de todos los que luchaban por crear una nación fuerte y una economía sólida. Usar la ropa como indicativo de estatus era algo que no interesaba a las personas que trabajaban en los kibutz o que servían en el ejército. Las faldas oscuras, las blusas lisas y los pañuelos de cabeza eran los conjuntos habituales de las mujeres trabajadoras, a los que quizá se añadía algún vestido de flores para el *sabbat* y las ocasiones especiales. Los programas de austeridad y racionamiento limitaban las extravagancias de la moda salvo para una reducida élite cosmopolita.

A medida que la producción masiva sustituía lentamente la labor de las modistas privadas y las costureras por cuenta propia, Hunya, con buen criterio, decidió formarse en técnicas de fábrica y regresó a Alemania para aprender costura industrial a cuenta de la empresa Gottex, con sede en Israel y fundada por Lea Gottlieb en 1956. De vuelta en Tel Aviv, Hunya llegó a dominar las técnicas de confección de prendas deportivas de lujo y ropa de baño. Aquella ropa tan lujosa estaba totalmente alejada de la modesta vida de su pequeño apartamento, bajo cuyo balcón se refugiaban las prostitutas los días lluviosos y donde ella alimentaba a una gata callejera —la llamó Puza— que vivía en la escalera de incendios.

Estás viva. Nada es imposible.

Nuevas vidas, nuevas familias, nuevos países. Durante las últimas décadas del siglo xx , y a principios del siglo xxi , la moda ha glorificado la transformación: ¡nailon, plástico, rápido, desechable! En su condición de mujeres, costureras o madres, quizá pueda perdonarse a las modistas por suponer que sus experiencias vitales en tiempos de guerra también se considerarían desechables, que la historia las olvidaría, que serían tan efímeras y anónimas como la ropa que en otro tiempo cosieron en Auschwitz.

Por suerte, quedaron hilos de historia sueltos para aquellos dispuestos a buscarlos...

¿Quieren que seamos normales?

¿Y quieren que seamos normales?

HUNYA VOLKMANN-HECHT [1](#)

Bracha Kohút, de soltera Berkovič, deja de hablar durante unos momentos. Yo aguardo. La casa de California queda en silencio.

De todos los objetos que nos rodean —ramos de flores, bordados eslovacos, libros, piezas de cerámica—, es la fotografía que reposa sobre la mesa de centro la que reclama constantemente su atención: se trata de un retrato ampliado y coloreado de su familia en 1942, tomado poco antes de su deportación a Auschwitz. Ahora, esa imagen es un foco que convoca sus recuerdos. A mí también me atrapan esas miradas; personas a las que nunca conocí y a las que nunca podré conocer. Miro a Katka y a Bracha, en la fotografía, y después contemplo a la Bracha que sigue sentada a mi lado, recorriendo con los dedos las costuras del pantalón. [2](#)

Ahora que la veo por primera vez —le faltan solo dos años para cumplir los cien—, Bracha sigue siendo una mujer independiente y muy lista, a pesar de la inevitable fragilidad de la vejez. Viuda tras un largo matrimonio con Leo Kohút, cocina para ella y para las visitas. A mí me ha invitado a

entrar en una cocina pequeña en la que sirve unas deliciosas albóndigas, espinacas a la crema y sopa de coliflor. Prepara pollo *kosher* y bolitas de pan ácimo con la misma receta que le enseñaron en Eslovaquia hace ya tantas décadas. Se nota que se sabe de memoria sus movimientos en la cocina. Me recuerda a mi abuela, que cocinaba y horneaba todos los días de su vida adulta.

Bracha come en silencio, concentrada. No puedo evitar pensar en las horas de las comidas en el campo de exterminio, donde unas mujeres desesperadas se peleaban por lo poco que hubiera disponible. Intento cubrir el abismo que separa a esa mujer digna de la joven de veinte años que soportó unas experiencias que casi escapan a todo lo imaginable. Lo que yo he estudiado ella lo vivió.

—Estuve en Auschwitz mil años —me dice—. Cada día podría haber muerto mil veces.

Un día llego a su casa temprano, antes de que se una a nosotras algún miembro de su familia, y Bracha, sencillamente, se sienta y me habla de algunas amigas que tuvo antes de la guerra, todas muertas en la *Shoah* (el Holocausto, en hebrero). Sus experiencias están compartimentadas, pero no se trata de compartimentos estancos. A veces, las emociones se desbordan: breves atisbos de ira, de tristeza. Los rituales de la vida cotidiana son una manera de estructurar unos recuerdos turbulentos, de generar pulcritud y orden: cuando Vivian, la cuñada de Bracha, apareció un día con unos pantalones vaqueros rotos, tan de moda, ella, inocente, se ofreció a remendárselos.

El proceso a largo plazo de recordar y olvidar está lleno de tensiones. Actualmente, Bracha habla con total libertad de su época en los campos de concentración, y pasa de una lengua a otra en su búsqueda de la mejor manera de expresar sus recuerdos. Aun así, cuando sus dos hijos, Tom y Emil, eran jóvenes, el Holocausto era un tema tabú. Guardar silencio permitía dejar más sitio para que pudiera

desarrollarse una vida aparentemente normal. También se trataba de una táctica de supervivencia muy sensata: si los niños no sabían siquiera que eran judíos, sus padres esperaban que no sufrieran el antisemitismo, que seguía siendo una amenaza omnipresente en la Checoslovaquia socialista.

Sus hijos solo supieron que sus padres eran supervivientes del Holocausto cuando su tía Katka empezó a hablar del tema. Desde entonces, parece que uno de ellos se ha dedicado a investigar más sobre el legado de su familia; el otro no puede soportar recrearse en el sufrimiento de los suyos.

Mantener el silencio sobre el pasado no era raro entre los supervivientes, que querían mirar hacia delante y realizarse personal y profesionalmente en los años de posguerra. La modista Renée Ungar, que escapó de la marcha de la muerte junto a Irene Reichenberg, escribió una carta larga, descarnadamente sincera, en 1945, detallando su sino en la guerra, pero en cambio se negaba a hablar de los campos con sus dos hijos. ³ «El desastre que tuvo lugar allí es imposible de comprender, y la mente humana no es capaz de creerlo», afirmaba en la carta. Eso era parte del problema: cuando los supervivientes, en el caso de que lo hicieran, intentaban hablar de sus experiencias, la reacción solía ser de desagrado, indiferencia o manifiesta incredulidad.

Una de las amigas de Bracha del *Stabsgebäude*, Erika Kounio, escribió en sus memorias sobre las dificultades iniciales que tuvo al intentar comunicarse: «La gente no quería ni escucharme ni creerse mi historia. Me miraban como si viniera de otro planeta». ⁴

Irene se hizo eliminar el número tatuado alegando que no soportaba tener que verlo todos los días, que era muy feo. El número desapareció, pero la cicatriz perduró. Las heridas seguían abiertas, tanto si reprimía sus recuerdos como si

hablaba de ellos. Pavel, su hijo, se crio oyendo hablar de Auschwitz en su casa, e inevitablemente absorbió parte de la zozobra de sus padres.

Irene mantuvo toda su vida la curiosidad intelectual, estimulada por las clases clandestinas que había recibido en el *Stabsgebäude*. Se informó más sobre el Holocausto, sobre el régimen nazi y la psicología fascista. Se sentía obligada a saber más, a comprender. Los estantes llenos de libros sobre el tema no eran tanto un recordatorio del pasado como símbolo de su incapacidad para olvidar. Cuando hablaba de Auschwitz, intentaba dejar a un lado las emociones que, de otro modo, hubieran desbordado su relato.

Había dos incidentes en concreto de los que Irene nunca dejaba de hablar. Uno era el momento en que regresó al barracón del hospital y vio que su hermana Edith ya no estaba —la habían gaseado—, y el otro, encontrarse con el abrigo de su hermana Marta, asesinada, mientras clasificaba ropa en Canadá. [5](#)

Comprensiblemente, algunos supervivientes no pudieron abrirse sobre sus vivencias en los campos de concentración hasta que la tercera generación, la de los nietos, empezó a formular preguntas. Sus largos silencios no implicaban que los recuerdos se hubieran borrado. El pasado podía desencadenarse de pronto con la visión de un uniforme, el ladrido de un perro, el humo saliendo de una chimenea, unos nudillos llamando a una puerta, o incluso con las rayas de una tela cualquiera.

La angustia era una compañera casi constante de muchos supervivientes. Sabían por su cruda experiencia lo fácil que era que vecinos en quienes confiaban, colegas y compañeros de colegio se convirtieran en observadores pasivos en lugar de aliados, o incluso en cómplices activos. Sabían que una casa bonita, unas ropas limpias y una conciencia tranquila no protegían en absoluto contra el

maltrato. Escrutaban los rostros de las personas a las que conocían y se preguntaban cómo se comportarían si se encontraran en un campo de concentración.

Los recuerdos estaban engastados en el cuerpo y en la mente y les causaban, de por vida, síntomas de angustia y enfermedades físicas. ⁶ Las pesadillas superaban las barreras emocionales que en algunos casos funcionaban bien durante la vigilia. En la década de 1980, Bracha e Irene viajaron juntas a Japón como embajadoras de Cultural Homestay International, una impresionante iniciativa educativa gestionada por el hijo de Bracha, Tom, y su nuera, Lilka. ⁷ Durante el día, las dos amigas exploraban el país. Al principio les maravillaba que la gente llevara paraguas y sombrillas aun cuando no llovía, pero luego se dieron cuenta de que lo hacían para protegerse de la casi imperceptible caída de cenizas de una erupción relativamente modesta. De noche, Irene tuvo unos sueños aterradores, y gritaba. Bracha se sentó a su lado y trató de tranquilizarla acariciándole el brazo suavemente. Cuando despertó, Irene no recordaba los horrores que había revivido en su subconsciente.

Los prisioneros que habían sobrevivido a su paso por Auschwitz gracias a sus puestos relativamente «seguros» debían lidiar con la complejidad añadida de vivir con el sentimiento de culpabilidad que les causaba estar vivos por esos privilegios —incluso si no se habían aprovechado de nadie— cuando tantos otros habían muerto. Las modistas del Estudio Superior de Confección tenían que reconocer que, bajo una presión extrema, habían trabajado para las SS, habían sido coaccionadas para vestir a la familia del comandante, y que gracias a ello se habían librado de las cámaras de gas.

Rudolf y Hedwig Höss intervinieron personalmente para salvarle la vida a Marta Fuchs en más de una ocasión. ¿Era esa una de las razones del relativo silencio de Marta en

relación con Auschwitz después de la guerra? Katka, la hermana de Bracha, parecía creer que así era. [8](#)

Marta bromeó en una ocasión sobre su número de Auschwitz tatuado, el 2043. Cuando sus nietos le preguntaron: «¿Qué es eso?», ella respondió: «Es el número de teléfono de Dios».

Marta no ocultaba el tatuaje ni se escondía de los asuntos del mundo. A lo largo de toda su vida se mantuvo informada de las noticias. Su marido siguió en contacto con los camaradas partisanos del Levantamiento Nacional Eslovaco de 1944 contra las fuerzas ocupantes alemanas, así como con el fugitivo de Auschwitz Rudolf Vrba. Fue este quien le pidió a Marta que testificara contra Rudolf Höss en el juicio celebrado contra él en Cracovia en 1947. Marta no acudió: se guardó sus secretos para ella.

Marta expresaba su humanidad dando de comer a los demás. En su familia la recuerdan por su sopa de pollo, su tarta con mermelada y nata montada y su pudín de chocolate. Con su esposo, Ladislav, recorría los bosques que rodean Vyšné Hágy, en los montes Tatras, recogiendo setas, escaramujo, fresas, frambuesas y arándanos para preparar mermeladas que regalaba a los demás.

Quizá no hablara directamente de su dura experiencia, del hambre que pasó en Auschwitz, pero su despensa hablaba por ella: siempre estaba bien provista con productos como harina, azúcar, arroz y miel. Habiendo vivido la extrema suciedad de Auschwitz, resulta revelador que le encantara darse baños siempre que tenía tiempo, y que se desplazara hasta piscinas y balnearios cercanos cuando tenía ocasión.

Marta también se comunicaba a través de la aguja y el hilo. Hacía mucho tiempo que habían pasado los días en que adquiriría artículos en los almacenes de Canadá para aquellas clientas avariciosas de las SS. Después de cerrar su salón de moda en Praga, se dedicó a coser para sus seres queridos con los retales que tenía, y con artículos de costura que

guardaba en el balcón de la casa y en el garaje. «Coser me salvó la vida —les decía—, así que no pienso hacer otra cosa.» [9](#)

Hunya nunca dejó de coser después de la guerra, y se diría que tampoco quería dejar de hablar de ello. Para ella no existía el silencio. Sus jóvenes sobrinas Gila y Yael la visitaban en su apartamento todas las semanas. Incluso después de varias horas haciéndole compañía, cuando las muchachas hacían ademán de despedirse, ella se oponía: «*Gehst du schön?*» (¿Ya os vais?). [10](#)

Gila le preguntó a su tía Hunya si le contaría su historia, para presentarla a un concurso de redacción de su instituto. Mientras cortaba telas, las cosía y las planchaba en su cuarto de costura, Gila escuchaba sus recuerdos interminables y los iba anotando, parando solo para ayudar a Hunya a enhebrar las agujas. El proyecto de Gila ganó el primer premio del concurso, pero ello se debió más a su gracia para escribir que al contenido del texto: las historias sobre la vida en los campos de concentración no se consideraban especialmente significativas, y en las escuelas israelíes de la década de 1950 se impartía poca enseñanza sobre el Holocausto. [11](#)

Rezina Apfelbaum, la modista de Transilvania que salvó la vida de sus familiares más próximos cosiendo en secreto para las SS por las noches, descubrió que la vida en el nuevo Estado de Israel ya era dura en el presente, y que lo último que necesitaba era mirar al pasado. Nunca se mostraba muy dispuesta a hablar sobre sus experiencias en Auschwitz, y no toleraba la autocompasión. Su resiliencia radicaba en hacer hincapié en el triunfo de la supervivencia y en animar a la siguiente generación a superarse.

Aun así, en Israel, a partir de la década de 1960, el foco empezó a ponerse en los años de la guerra, y el mundo, también, asistió entre horrorizado y fascinado a la captura y el juicio al que se sometió en contra de su voluntad a Adolf

Eichmann, uno de los más importantes artífices de la logística del Holocausto, responsable último de la deportación de todas las modistas.



Retrato de Raya Kagan con un fabuloso peinado, encontrada entre los papeles personales de Marta. En el reverso, una inscripción reza: «*A ma chère Marta, en souvenir de notre rencontre, Raïa, Prague, 3. VII.47* » (A mi querida Marta, en recuerdo de nuestro reencuentro).

En 1961, un testigo tras otro ocupaban el estrado y testificaban sobre la persecución sufrida. Sus palabras se traducían, se transcribían, se televisaban. Se oían, se veían y se creían. Raya Kagan, una de las amigas de Marta del *Stabsgebäude*, que también impartió clases de lengua y literatura allí, habló con elocuencia sobre sus experiencias en Auschwitz. Marta permaneció en silencio. Los cambios políticos y culturales llevaron a un mayor deseo de

perseguir judicialmente los crímenes de guerra nazis. En Alemania, entre 1963 y 1965, se celebraron más juicios contra los responsables del campo de exterminio de Auschwitz. En el banco de los acusados, estos, despojados de sus uniformes de las SS, ya no se veían poderosos ni suprahumanos.

Entre las personas convocadas a testificar en la década de 1960 se encontraba la mismísima Hedwig Höss. Se había pasado todos aquellos años lamentando entre sus amistades la pérdida de los días de gloria nazi: se habían acabado los lujos, el poder, el estatus, el servicio doméstico. A Hedwig la fotografiaron llegando al juicio, celebrado en el tribunal de Fráncfort del Meno, con un abrigo de color neutro y un sombrero de flores. Sin perder nunca sus aires de señora, llevaba bolso, guantes y zapatos oscuros, conjuntados. Completaba el modelo con un pañuelo de seda al cuello y un paraguas plegable. [12](#)

Uno de sus nietos, Kai Höss, describió a Hedwig como una mujer «discreta y muy correcta», «una verdadera dama».

[13](#) Otro de sus nietos, Rainer Höss, asegura que, en la familia, la apodaban la Generalísima, por la férrea tiranía que ejercía en casa. Según Rainer, a los amigos de Hedwig se les decía que «la historia de las cámaras de gas era totalmente inventada, que se trataba de mentiras propagadas por los judíos para sacar dinero», y que, en Auschwitz, nadie pasaba hambre. Hedwig le contó a Rainer que «era mejor olvidar la época difícil» de los años de la guerra. [14](#)

Hedwig no se cambió su infame apellido, como tampoco modificó su actitud respecto de la época nazi. Era una de esas personas que optaban por no escuchar cuando hablaban los supervivientes. En 1992, le contó a un historiador al que concedió una entrevista que no tenía fuerzas para enfrentarse una y otra vez a los horrores del pasado. [15](#) Los supervivientes que vivieron aquellos

horrores no tenían más remedio que enfrentarse a sus consecuencias.

*Todos deberíamos haber testificado hace mucho tiempo,
pero creo que nunca es demasiado tarde.*

DRA. LORE SHELLEY [16](#)

Una fotografía familiar de 1981 muestra a Hedwig Höss relajada en un jardín, sentada en una tumbona de vivos tonos anaranjados y marrones. Se ha hecho la permanente y luce un collar de perlas. Hay un libro abierto sobre un mantel de flores, y unas campanillas suspendidas sobre su cabeza entrechocan al viento. El sol brilla sobre unos geranios rojos. Detrás de ella, apoyados en una pared, se distinguen un rastrillo y un parasol. Hedwig no mira a cámara.

Ese mismo año, en Jerusalén, se celebró el primer Encuentro Internacional de Supervivientes del Holocausto. El evento sería de gran importancia para dejar constancia y compartir las historias de las modistas, gracias al trabajo académico y la dedicación de una asistente en concreto, una superviviente llamada Lore Shelley, de soltera, Weinberg.

A partir de la década de 1980, empezó a detectarse un respeto creciente por la importancia de los testimonios de los supervivientes, distinto al énfasis interminable que hasta entonces se había puesto en los responsables. Lore Weinberg, joven judía alemana deportada de Lubeca a Auschwitz el 20 de abril de 1943, tuvo la suerte de que la mismísima Mala Zimetbaum la sacara de Birkenau y la acompañara hasta el *Stabsgebäude* para que trabajara allí. Zimetbaum era uno de los enlaces del campo, posteriormente capturada y ahorcada tras fugarse de Auschwitz con su amante, Edek. La otra compañera de Lore

en ese corto viaje fue la modista francesa Marilou Colombain.

Si Marilou se sumó al Estudio Superior de Confección de Marta, Lore se integró al equipo de secretaría del Registro Civil de las SS. Junto con las modistas, Lore fue evacuada de Auschwitz a Ravensbrück en enero de 1945 y liberada del campo de Malchow cuando apenas le quedaban fuerzas para aferrarse a la vida. Durante su larga convalecencia conoció a otro superviviente, Sucher Shelley, y se casó con él. Con el tiempo se instalaron en San Francisco y abrieron una relojería. Su casa estaba llena de libros, y eran pocas las veces en que se veía a Lore sin una pluma entre los dedos.

Entre el trabajo, los viajes y la crianza de una hija, Lore obtuvo dos másteres y un doctorado. Combinando integridad académica con una compasión nacida del sufrimiento, la doctora Shelley se dedicó a recopilar y analizar información de supervivientes. Su labor académica estaba motivada por su ferviente deseo de contrarrestar la insidiosa omnipresencia del negacionismo del Holocausto. Además, al desarrollarla, combatía tres décadas de «apatía, letargia e indiferencia» hacia los supervivientes del Holocausto, como en una ocasión le comentó a otro superviviente y escritor, Hermann Langbein. [17](#)

En el Encuentro Internacional de Supervivientes del Holocausto de 1981, la doctora Shelley se dedicó a repartir unos cuestionarios. Si la gente no se veía capaz de hablar, quizá sí estuviera dispuesta a escribir. Acabó repartiendo 1.900 cuestionarios entre Israel, Europa y Estados Unidos.

Entre los cientos de testimonios que recabó y analizó estaban las respuestas de la modista Hermine Hecht (de soltera, Stoch): Hunya. [18](#)

Yo me encontré con el cuestionario de Hunya tras muchas horas repasando unas carpetas marrones en la Biblioteca Tauber del Holocausto, en San Francisco. En ese momento

de mi viaje a Estados Unidos para visitar a Bracha Kohút, había tenido pocas ocasiones de recorrer la ciudad, aparte de algunas vistas desde la ventanilla de un coche. Mi mundo se limitaba a la sala de lectura de aquella biblioteca absolutamente silenciosa, y a las fascinantes cajas de documentos que recogían los papeles de la doctora Lore Shelley, depositados en el archivo tras su muerte, en 2012. Cada uno de los separadores contenía una vida de recuerdos y una historia. Al llegar a la carpeta 624, constaté con cierto sobresalto que por fin veía un nombre que reconocía.

La doctora Shelley había elaborado un cuestionario trilingüe con preguntas en inglés, alemán y hebreo. [19](#) Hunya había escrito sus respuestas en alemán, con bolígrafo azul y caligrafía firme y elegante.

Tuve acceso a la biografía básica de las experiencias de Hunya en los campos de exterminio a través de sus respuestas a 94 preguntas básicas. «En la casilla correspondiente a la profesión, escribió *«Schneiderin»*: sastra. Proporcionaba pocos detalles sobre la muerte de su marido, Nathan, en 1943, sobre su deportación y su eventual evacuación. Había marcado casillas para indicar la existencia de enfermedades crónicas, su incapacidad de olvidar el pasado y la pérdida de sentido de la vida.

Sobre el tema de las reparaciones, Hunya se pronunciaba sobre la avaricia permitida por el régimen nazi. Respondió «Totalmente de acuerdo» a la afirmación impresa «Muchos alemanes, actualmente, saben cuántos miles de millones de marcos alemanes se han pagado a Israel, o a los supervivientes, en concepto de indemnización, pero nadie parece recordar los miles de millones que los alemanes robaron a los judíos».

Hunya completó el cuestionario en su apartamento, no muy lejos del paseo de Tel Aviv, una dirección que posteriormente yo iría a visitar un día desapacible de

invierno en que me plantaría debajo del balcón de Hunya. Ese sería solo el primero de mis descubrimientos en los archivos de la doctora Shelley.

Lore Shelley había conocido de primera mano la «civilización» alternativa, irreal, de la burocracia de Auschwitz y la vida cotidiana de las SS. Conocía a las secretarias, a las modistas, a las peluqueras del *Stabsgebäude* , así como a los biólogos y químicos enrolados para trabajar en los proyectos agrícolas cercanos que tanto entusiasaban a Himmler. Sus siguientes proyectos se centraron en obtener testimonios completos de mujeres y hombres del bloque de Administración para ofrecer una visión inédita del funcionamiento de Auschwitz en tanto que empresa comercial dedicada al exterminio. Sus investigaciones acabarían ocupando cuatro libros. En la era anterior a internet, en que las llamadas transatlánticas de larga distancia tenían precios prohibitivos, este tipo de investigaciones se traducían en el intercambio de correspondencia. Mucha correspondencia.

La experiencia táctil del trabajo de archivo recuerda a las sensaciones que se experimentan al manipular telas antiguas o *vintage* . Los dedos notaban el peso de un papel de aguas de buena calidad, el crujido de aquellas hojas casi transparentes del papel de mecanografía, el papel fotográfico de bordes granates, los pliegos azul celeste de los aerogramas. Cada papel contaba una historia. Entre ellos llegaban atisbos de las modistas: una lista a lápiz con nombres bajo el encabezamiento «*Obere Nähstube*» , una dirección en un directorio, una mención de pasada en una carta. A algunas las reconocía. Otras eran nuevas para mí. Cambiaban de apellido según estuvieran solteras o casadas; sus nombres hebreos, sus apodos lo complicaban todo un poco más.

Marta, Mimi, Manci, Bracha, Katka, Irene, Hunya, Olga, Herta, Alida, Marilou, Rahel... Con el tiempo, ampliaría la lista inicial de modistas desde esas pocas hasta veinticinco.

En los archivos de Lore Shelley, entre las anotaciones, los planes de redacción de libros y los resúmenes, encontré documentos de mayor importancia aún, como testimonios mecanografiados de Hunya y su compañera en el taller de costura, Olga Kovács, que fue deportada a Auschwitz en el mismo convoy que Marta Fuchs. También había un sobre de correo aéreo decorado con unas preciosas fucsias amarillas y rojas que contenía una encantadora carta en francés de Alida Delasalle, en ese momento Alida Vasselin, y una fotografía suya de su ingreso en el campo con el mensaje: «Querida Lore, en recuerdo de nuestro encuentro en mi casa, y de nuestra amistad, Alida.»

Encontrarme con las modistas a través de su correspondencia fue una experiencia profundamente conmovedora, sobre todo porque, por lo general, se conocía muy poco sobre sus vidas y sus destinos. La doctora Shelley era muy consciente de la importancia de su trabajo en cuanto a la rememoración de las experiencias de las supervivientes. El 5 de octubre de 1988 —aniversario de una de las mayores selecciones para las cámaras de gas de Auschwitz-Birkenau—, le escribió a Hunya en Israel: «... le dijiste a Lulu y a las otras que murieron (...) que sus nombres y sus obras serían rescatadas del pasado y del olvido». [20](#)

Gracias al archivo de la doctora Shelley, yo, a partir de entonces, tenía muchas pistas que seguir. Como ella, yo también me pondría en contacto con personas de todo el mundo. Un nombre me llevaría a otro, y este, a su vez, a otro. También como ella, entendería la frustración de cualquier investigador que formulara preguntas sin obtener respuestas. En 1987, ella le escribió una extensa carta a un contacto en Israel suplicándole respuestas sobre las modistas.

En su lista de preguntas resonaban las mías:

¿Qué clase de ropa cosían? ¿Vestidos, faldas, abrigos, trajes, blusas, otras prendas?

¿Contaban con patrones? ¿Quién se encargaba de los cortes?

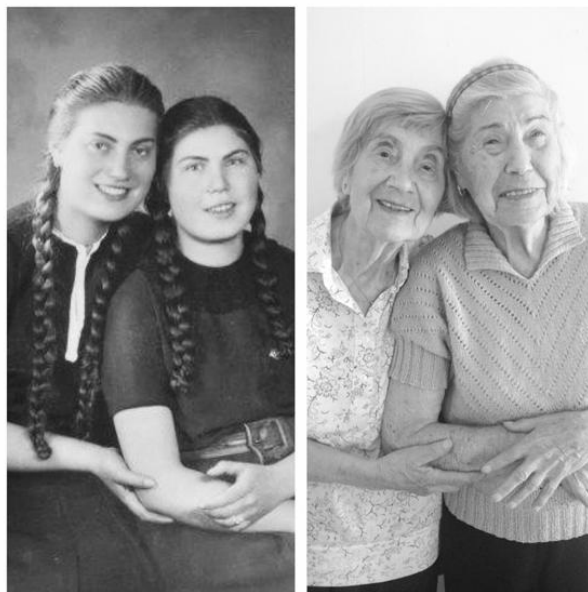
¿Quién tomaba las medidas y se ocupaba de las pruebas?

¿Qué mujer de las SS estaba al mando del kommando ?

¿Qué ocurría si el vestido o el traje no estaba listo en la fecha indicada o no quedaba bien? ¿Había represalias? Por favor, aporte ejemplos. [21](#)

La doctora Shelley concluía así la carta: «Muchas gracias por adelantado, por todo. Espero saber pronto de usted». Si obtuvo o no respuesta de ese contacto, el caso es que su carta no se encuentra en el archivo, y las respuestas no se recopilaron ni se publicaron. La tarea de responder a esas preguntas recaería sobre mí, y ha sido un inmenso honor proseguir con la labor de la doctora Shelley en este campo.

Quizá el elemento más destacable de los archivos de la doctora Shelley es la abrumadora cantidad de pruebas de amistad que aparecen en la correspondencia. Las alianzas establecidas en la infancia, en los trenes de las deportaciones, en Birkenau y en el *Stabsgebäude* se mantienen con la misma fuerza y lealtad que décadas atrás, y se han ampliado para incorporar a cónyuges, hijos y nietos.



Las hermanas Bracha y Katka antes de la guerra y, al lado, ya con más de ochenta años, recreando el mismo posado.

En la encuesta de la doctora Shelley de 1981, la pregunta 61 pedía un comentario a la siguiente afirmación: «La amistad mutua y la confianza entre dos personas era la unidad básica de supervivencia en el campo».

Hunya, en su cuestionario, marcó la casilla «Totalmente de acuerdo».

Una pregunta más abierta, en la encuesta de la doctora Shelley, era la siguiente: «¿A qué atribuyes tu supervivencia?». Se sugerían algunas respuestas: a la fe, a las amistades, a la habilidad para resistir, a la suerte. De los cuestionarios que revisé, la mayoría marcaba la casilla de la suerte, seguida de la de la fe y la amistad. Existía un recuadro para ampliar la respuesta. Ahí me llamaron la atención algunos comentarios, como «ser tan joven», «fortaleza interior», «voluntad de vivir y de cuidar de dos hermanas» y «creía que mi hermana sobreviviría y no quería dejarla sola».

Inevitablemente, pensé en la angustia de Irene al perder a sus hermanas, en el compromiso de Bracha con su hermana pequeña, Katka.

La pluma de Hunya se había hundido mucho en el papel en el momento de anotar su respuesta relativa a la supervivencia: «Buenas habilidades y una buena *kapo* ». Así pues, atribuía el mérito de estar viva a su talento para la costura y a Marta Fuchs.

Un espectador poco informado habría podido creer que aquellas mujeres se dedicaban a compartir bellos recuerdos de su juventud.

HERMANN LANGBEIN [22](#)

Entre los papeles de la doctora Lore Shelley figura una fotografía sin nombres ni fecha. Muestra a un grupo de mujeres de mediana edad muy bien peinadas, pero vestidas con ropa cómoda. Se trata, casi con total seguridad, de un grupo de supervivientes del *Stabsgebäude* . Tienen al lado sus bolsos y unas copas de vino. Están cerca unas de otras, y todas sonríen.

Gila, la sobrina de Hunya, recuerda que algunas amigas de los días de Auschwitz se reunían en su casa y se reían como jovencitas en un campamento de verano. Thalia, la sobrina de Irene, recuerda a «las chicas» que se encontraban en casa de sus padres cuando Irene venía a Europa de visita. Renée también se pasaba por allí, y el grupito se sentaba muchas veces en el porche y se lo pasaba en grande. Gila y Thalia eran adolescentes en esa época. No podían entender que sus recuerdos las llevaran a reírse tanto.

En Francia, la modista Alida Delasalle —que al casarse pasó a apellidarse Vasselin— asistía todos los meses de enero a una reunión anual de prisioneros de Auschwitz, cuando su salud se lo permitía. Le gustaba el ambiente de camaradería, y escribió: «Sentimos una alegría inmensa y un gran consuelo moral». [23](#)

Los vínculos de amistad tejidos en la infancia y en los campos iban mucho más allá de la diversión y la euforia de

los reencuentros. Para hacer frente a las muchas dificultades de la posguerra, las modistas contaban con una gran red de apoyo que funcionaba en todo el mundo. En años posteriores, Bracha hablaba con su hermana Katka casi todos los días. Cuando Eva, la sobrina de Marta, tuvo que refugiarse en Alemania huyendo de la represión en Checoslovaquia, Irene le abrió las puertas de su casa. [24](#)

Cuando Bracha y su familia emprendieron una ruta similar que, a través de Europa, los llevó a Estados Unidos, fue Manci Birnbaum, del Estudio Superior de Confección, la que les ofreció apoyo y ayudó a Bracha a encontrar casa y empleo. Cuando Bracha, finalmente, pudo viajar a Israel, le encantó poder visitar a Hunya, que en ese momento se encontraba en una residencia de ancianos.

—Hunya me caía bien —me dijo esbozando una sonrisa.

Gracias al empeño de Lore Shelley, y de todos los familiares y entrevistadores que han recopilado las historias de las modistas, hoy contamos con sus palabras. Y eso no es todo.

Tened presente que, en aquella época, no crecía ni una hoja, ni un árbol, ni una flor.

IRENE KANKA (DE SOLTERA, REICHENBERG) [25](#)

Gran parte del complejo de Auschwitz-Birkenau todavía sigue en pie, aunque en unas condiciones muy distintas a las que presentaba cuando las modistas vivían ahí, rodeadas de aquel paisaje de pesadilla. Bracha regresó en dos ocasiones a Auschwitz, en las décadas de 1950 y 1960, en ambas ocasiones formando parte de unos viajes organizados por la *Zväz Protifašistických Bojovníkov* checoslovaca, la Unión de Luchadores Antifascistas, de la que, junto a su marido Leo, formaba parte. [26](#)

A la geografía del lugar se superponían sus propios recuerdos.

Los visitantes, en la actualidad, entran en el campo principal de Auschwitz a través del edificio de ladrillo en el que se registraban los deportados que llegaban a partir de 1944. Ahí, hoy, es donde se ubican las taquillas, las tiendas de *souvenirs* y las máquinas expendedoras. Se puede pasar por la verja con la leyenda «*Arbeit macht frei*» y oír solamente las palabras y los pasos amortiguados de otros turistas en lugar de órdenes gritadas en tono agudo, ladridos de perros o unas músicas absurdas de orquesta. Es posible entrar en los barracones en los que las primeras prisioneras de Auschwitz dormían sobre paja y cenaban sopas aguadas. Y ver lo cerca que estaban del bloque de castigo y del crematorio original.

Al otro lado de una barrera, el visitante puede adivinar los muros grises, lúgubres, de la que fue la villa de los Höss. La preciosa casa de Hedwig —amueblada por personal del campo, decorada y limpiada por prisioneras— fue tomada por los rusos tras la retirada alemana. Cuando los dueños originales, polacos, regresaron, la hija de la familia, de nueve años, vio con ojos de niña los arañazos en el parqué y los montones de excrementos de animales. Esa pequeña, meses después, se maravilló al ver que el jardín del «paraíso» de Hedwig florecía en primavera. Los dueños que la casa ha tenido después evitan mirar por las ventanas del desván que fue el cuarto de costura de Marta, con vistas al campo. [27](#)

A pocos minutos a pie del campo principal de Auschwitz y la casa de los Höss se encuentra un hermoso edificio blanco que se convirtió en el bloque administrativo de las SS: el *Stabsgebäude*. Ahí, en enero y febrero de 1945, personal soviético del NKVD se apoderó de varios centenares de cajas de papeles que los nazis no consiguieron destruir a tiempo. Los formularios que las secretarías internas habían cumplimentado tan diligentemente, y los documentos que habían mecanografiado con tanto esmero, serían usados en

los juicios por crímenes de guerra contra las SS. Con el tiempo, el edificio se convirtió en un centro de formación profesional. Los visitantes cuentan las plantas y especulan sobre qué ventanas eran las que iluminaban las labores de las modistas de Marta en el Estudio Superior de Confección.

A pocos kilómetros del *Stabsgebäude* , más allá de los andenes en los que las modistas se bajaron por primera vez de aquellos vagones de ganado con lo que les quedaba de equipaje, se extiende el paisaje de Birkenau, de tantas connotaciones emocionales para muchas prisioneras. Los edificios de ladrillo que siguen en pie todavía conservan las literas de cemento y madera en las que Bracha, Irene, Hunya y las demás sufrieron el tormento del hambre, la enfermedad, la sed y las chinches. Un poco más allá, por el ramal ferroviario, se llega a lo que queda de los almacenes del Canadá de Birkenau. Unos fragmentos de cemento despanzurrado entre la hierba y las flores son todo lo que perdura de las cámaras de gas y los vestuarios de los sótanos.

Al otro lado de las alambradas se extienden kilómetros de campos que en otro tiempo formaron parte de las iniciativas agrícolas de Auschwitz, fertilizadas con cenizas y huesos humanos.

Más allá de la ruta que siguen los visitantes, en el campo principal de Auschwitz, existen algunos edificios de ladrillo y madera que servían a los nazis de talleres y almacenes. Cerca, la zona de ampliación del campo —el *Lagererweiterung* — en el que las modistas se alojaron entre mayo de 1944 y su evacuación como integrantes de la marcha de la muerte. Hoy, esos veinte bloques albergan una finca que toma su nombre de uno de los miembros más significativos de la resistencia en Auschwitz, el capitán Witold Pilecki, un hombre que lamentó la dura situación por la que pasaban las mujeres eslovacas durante las primeras deportaciones y acabó admirando a las que se mostraron lo

bastante valientes como para incorporarse a la resistencia del campo.

Cuando los soldados soviéticos llegaron a Auschwitz el 27 de enero de 1945, les impresionó encontrar el producto del expolio a los judíos de la Europa Oriental y las montañas de artículos de los saqueos que aún se conservaban en los almacenes de Canadá que quedaban en pie, entre ellos más de un millón de prendas de vestir. Los bienes —que incluían 239 fardos de pelo humano rapado a aproximadamente 140.000 mujeres— se clasificaron y almacenaron en varios anexos del campo. La ropa de los judíos asesinados ya no era simplemente ropa: trajes, vestidos, zapatos y camisas. Bajo los auspicios de la Comisión de Estado Extraordinaria de la Unión Soviética para la Investigación de los Crímenes de los Agresores Alemanes Fascistas, pasaron a ser pruebas de los crímenes de guerra y de los males del capitalismo.

Con la apertura del Museo Estatal de Auschwitz-Birkenau, unas pocas prendas escogidas, así como una montaña de calzado, pasaron a exponerse públicamente como recordatorios impactantes de los cuerpos humanos que en su día los vistieron. Las zapatillas vacías, los zapatos de baile, las sandalias y las botas no necesitan más palabras. El cuero va pudriéndose lentamente; la seda, el algodón, el corcho y la lona se deterioran y se desintegran. [28](#)



Detalle de la exposición de zapatos en el Museo Estatal de Auschwitz.

La ropa y los zapatos expuestos en Auschwitz fueron cosidos por manos anónimas, casi todas ellas de personas que ya están muertas, bien porque fueron asesinadas, bien por causas naturales. ¿Qué hay de los modelos confeccionados en el Estudio Superior de Confección?

Con los años, Hedwig Höss se habría desprendido de la ropa vieja, pasada de moda. Quién sabe si se la regaló a amigas necesitadas, si la vendió a algún trapero, si la cortó para hacer trapos. Quizá encontraron sitio en el creciente mercado de ropas *vintage* , o puede que hayan acabado como artículos vendidos en páginas *online* de subastas.

Resulta imposible verificarlo; las creaciones que salían del taller de Marta no incorporaban ninguna etiqueta que las identificara.

Una prenda que sí ha sobrevivido de todo el saqueo de Auschwitz es el chaleco bávaro de lana gris que salió de Canadá I y llegó a la villa de los Höss a petición de Hedwig. Primero lo llevó el hijo menor, Hans-Jürgen, y después su otro hijo, Rainer.

Hedwig murió en septiembre de 1989 durante la visita anual que hacía a su hija, residente en Washington D. C. En Navidad, Brigitte todavía cuelga un adorno en el árbol tejido por su madre Hedwig, un pequeño vínculo textil que la acerca a su vida pasada.

En el tiempo que compartimos en California, le pregunté a Bracha Kohút si había conservado algún recuerdo de su paso por los campos de exterminio. Ella negó vehementemente con la cabeza. Nada. Todo lo que tiene son sus recuerdos y algunas fotografías.

Un día recibí un paquete de Gila, la sobrina de Hunya, con la que posiblemente sea la pieza más importante que he añadido nunca a mi colección de ropas antiguas y *vintage*. Se trata de un traje de dos piezas que Hunya confeccionó para Gila a partir de uno de sus propios vestidos de seda. Cada vez que me fijo en los detalles del diseño, en las puntadas, pienso en las manos de Hunya dispuestas sobre alguna máquina de coser en Kežmarok, Leipzig, en Auschwitz y los lugares en los que estuvo después.

Cuando visité a Irit, la hija de Katka, en Israel, sacó algunas prendas que su madre había confeccionado y se había puesto, y que ella todavía conservaba en el armario tras su muerte. Es una ropa normal y corriente, pero, a la vez, resulta extraordinaria. De hecho, la casa en la que vivió Katka —y que actualmente es el hogar de tres generaciones— sigue embellecida por elementos salidos de sus manos. Algunos tapetes decoran las paredes, y en los respaldos de las sillas y en algunos tiradores de puertas hay protectores

tejidos por ella para que los golpes no estropearan la pintura de las paredes. Uno de esos tapices se distingue al fondo del testimonio en vídeo que se conserva en la Fundación Shoah. La voz de Katka tiene un deje tan suave como la bonita blusa que lleva. A menudo se detiene para decir: «¿Cómo podría explicarlo...?».

Las palabras no bastan.



Costurero de Irene.

Cuando me encontraba en Israel, Pavel, el hijo de Irene, me invitó a su casa, llena de asombrosas obras de arte textil y fotográfico de su esposa, Amy. El paraguas de Irene, de un rosa intenso, seguía apoyado en una pared del porche delantero. Pavel fue a buscar el costurero de Irene, atestado de hilos, cintas métricas y otros elementos, y que seguía exactamente igual que ella lo había dejado. Amy me mostró el que según ella era el mejor retrato que le había tomado nunca a Irene. Era de un 23 de abril, día de su cumpleaños. Decenios atrás, en Bratislava, la madre de Irene se las había ingeniado para conseguir un huevo y se lo había regalado a su hija. Después, en el campo de exterminio, Marta había obrado el milagro de hacerse con un huevo duro que le dio en tributo a su bondad. Ese día, que resultó ser el último cumpleaños de Irene, Amy, en broma, le regaló uno de los huevos de la cena del Séder de Pésaj del día anterior. Irene lo levantó... Y Amy tomó la foto.

Tres generaciones de amor y generosidad... más allá de las palabras.

Irene murió en febrero de 2017.

Es difícil entender por qué los hados me escogieron a mí para ser la última. Había muchas mujeres más jóvenes que yo. Me alegra poder compartir hoy con los demás todo lo que sé sobre este tiempo y este lugar malditos.

BRACHA KOHÚT

(DE SOLTERA, BERKOVIČ) [29](#)

Sentadas en su casa soleada, le pregunto a Bracha qué se siente al ser la última modista superviviente del Estudio Superior de Confección.

—Deberías haber venido hace diez años —me responde—, cuando éramos más las que estábamos vivas.

Ojalá.

Con el paso de los años van muriendo más supervivientes. En sus últimos meses de vida, algunas de las modistas sintieron que los compartimentos emocionales que habían preservado con tanto empeño se venían abajo. Sus mentes regresaban a los recuerdos felices de la infancia, a los aterradoreos hechos vividos en los campos de exterminio. El amor y la amargura están entretejidos.

Sus palabras, sus puntadas, sus historias no deben olvidarse.

Cada una de las costureras reflexionó sobre sus experiencias. Alida perseveró en su indignación con los nazis y escribió: «Mi corazón no puede perdonar». También juró compromiso con «la paz internacional y la amistad indestructible entre todos los pueblos del mundo». [30](#) Marilou Colombain, su compatriota —que al casarse pasó a ser Marilou Rosé—, prosiguió durante toda su vida la lucha

que había iniciado en la resistencia durante la guerra: el combate infatigable contra el antisemitismo.

Irene hablaba apasionadamente contra la xenofobia, las divisiones tribales y toda clase de racismo. A partir de los horrores que tuvo que soportar en Auschwitz, y de su amistad con las modistas, sabía que el amor y la lealtad nunca desaparecían del todo. En la última etapa de su vida, les rindió un homenaje a todas al afirmar: «Aquello fue el infierno en la tierra, pero hubo gente que no perdió la humanidad». [31](#)

Bracha reconoce abiertamente su falta de confianza en el género humano, pero aun así insta a las nuevas generaciones a construir comunidades unidas que acepten la individualidad y celebren la diversidad.

Me despido de Bracha, que sigue ahí de pie, con los ojos iluminados, y agita la mano y sonríe en el porche de su casita de California. Esa mujer menuda, resiliente, se ha enfrentado al desahucio, la deportación, el hambre, la humillación, la brutalidad y el duelo. Ahora soporta con serenidad los incendios de California, los vaivenes políticos y el confinamiento a causa del coronavirus. Cuando la llamé por videoconferencia en la primavera de 2020 para preguntarle cómo lo llevaba, me respondió simplemente: «Estoy viva».

Febrero de 2021

Con honda tristeza escribo hoy que Bracha Kohút, de soltera Berkovič —conocida como Betka por sus familiares—, murió en la madrugada del Día de San Valentín de 2021. Será largamente recordada por su energía, su lealtad y su resiliencia. Ahora descansa en paz. Ha sido un privilegio y un placer haberla conocido.

Agradecimientos

La creación de este libro no ha sido una iniciativa en solitario. Doy las gracias por el tiempo, los conocimientos y la experiencia que me han regalado tantas personas, y en gran medida los familiares de las supervivientes, que compartieron conmigo preciados objetos de gran valor sentimental, así como emotivos recuerdos. Además, agradezco enormemente los inmensos recursos a mi disposición de archivos como el del Centro Mundial para el Recuerdo del Holocausto Yad Vashem, el Museo Memorial del Holocausto de Estados Unidos, la Biblioteca Tauber del Holocausto, la Biblioteca Wiener del Holocausto, el Archivo de Historia Visual USC de la Fundación Shoah, la Biblioteca Británica, la Casa-Museo de los Combatientes del Gueto y el Museo del Patrimonio Judío.

Investigar sobre un aspecto tan profundamente importante y tan profundamente aterrador de la historia no ha sido tarea fácil. Durante el proceso de estudio y de redacción he recibido el apoyo de amigos pacientes, de agudos agentes literarios y, en las etapas finales, de talentosos editores de extraordinarias editoriales. A pesar de lo duro del trabajo, poder recordar las experiencias de unas mujeres perseguidas tan injustamente y convertirme en parte de un nuevo tapiz mundial de vidas conectadas ha sido para mí una experiencia inspiradora.

Sin duda, cualquier defecto que pueda presentar el libro es solo mío. Espero haber hecho justicia al recuerdo de las modistas —sobre todo de aquellas que no han podido hablar

por sí mismas—, y haber estado a la altura de la confianza que sus familiares han depositado en mí. Ya tengo ganas de saber más cosas, a medida que los archivos vayan volviendo a abrir tras la pandemia de la covid-19 y el libro inicie su viaje por el mundo.

Entretanto, doy las gracias especialmente a Yael Aharoni, Lilka Areton, Tom Areton, Emil Areton, Avri Ben Ze'ev, Katarína Blatná, Rosalind Bryan-Schrimpff, Hilary Canham, Angela Clare, Vivian Cohen, Clementine Gaisman, Oshrat Green, Irit Greenstein, Avri Greenstein, Allison Hellegers, Richard Henley, Rainer Höss, Yedida Kanfer, Pavel Kanka, Amy Kanka-Valadarsky, Ellen Klages, Bracha Kohút, Gila Kornfeld-Jacobs, Rupert Lancaster, Elisa Milkes, Juraj Minárik senior, Juraj Minárik junior, Alice Natali, Sara Nelson, Fred Parker, Jan Parker, Rosalind Parker, Thalia Reichenberg Soffair, Rafi Shamir, Kate Shaw, Gabriela Shelley, Eva Vogel, Helen Westmancoat, John Westmancoat, Maxine Willett.

Créditos de las ilustraciones

1. Irene Reichenberg, detalle, fotografía de Amy Kanka-Valadarsky
2. Renée Ungar, fotografía de 1939, colección privada
3. Bracha Berkovič, fotografía de la escuela primaria, archivos familiares © Tom Areton
4. Marta Fuchs, fotografía familiar de la boda, 1934, colección privada
5. Bracha Berkovič, fotografía del grupo Mizrachi anterior a la guerra, archivos familiares, © Tom Areton
6. Modas de Praga, revista *Eva* , 1940, archivo de la autora
7. *Fürs Haus* , 8 de noviembre de 1934, archivo de la autora
8. Revista *Eva* , 1940, archivo de la autora
9. Revista *Eva* , 1940, archivo de la autora
10. Moda de primavera, *La Coquette* , sin fechar, archivo de la autora
11. Fotografía de Hunya Storch, 1935, Gila Kornfeld-Jacobs
12. Portada de *Mode und Heim* , número 12, 1940, archivo de la autora
13. Detalle de la etiqueta de la ADEFA en un vestido de rayón de finales de la década de 1930, colección de la autora
14. Fotografía de antes de la guerra de Renée Ungar, colección privada

15. Katka y Bracha Berkovič, fotografía de antes de la guerra, archivos familiares, © Tom Areton
16. Delantales, *Deutsche Moden-Zeitung* , 1941, archivo de la autora
17. Detalle de patrón de papel, *Deutsche Moden-Zeitung* , 1941, archivo de la autora
18. Nathan Volkmann, fotografía de antes de la guerra, Gila Kornfeld-Jacobs
19. Moda en pieles, revista *Eva* , diciembre de 1940, archivo de la autora
20. Pielles, catálogo de ventas de Bon Marché, Francia, invierno 1939-1940, archivo de la autora
21. Käthe Kohút (de soltera, Reichenberg), fotografía de antes de la guerra, archivos familiares © Tom Areton
22. *Mode und Wäsche* (Moda y Lencería), 1942, nuevas tendencias en abrigos de primavera, archivo de la autora
23. Retrato grupal de los Berkovič, 1942, archivos familiares © Tom Areton
24. Catálogo de artículos Bon Marché, invierno 1939-1940, archivo de la autora
25. Página de atlas alemán de 1941 de los territorios ocupados limítrofes con Eslovaquia, archivo de la autora
26. Bracha Berkovič antes de la deportación
27. Anuncio de artículos de equipaje de Moritz Mädler, Leipzig, Berlín, Hamburgo, *Die Dame* , 1939, archivo de la autora
28. Relojes en venta, Bon Marché, invierno de 1939-1940, archivo de la autora
29. Barracones del Canadá II, Archivo del Museo Estatal Auschwitz-Birkenau de Oświęcim. Negativo n.º 20995-482

30. Bracha Berkovič, fotografía de 1937, archivos familiares © Tom Areton
31. Modelos de jardinería, *Mode und Wäsche* de Beyer, archivo de la autora
32. Patronos de calceta de *Die Hausfrau* , octubre de 1939, archivo de la autora
33. Modelos para niña, *Mode für Alle* de Beyer, 1944, archivo de la autora
34. Retrato de la familia Höss, 1943, Institut für Zeitgeschichte München-Berlin, IfZ BA-00019962
35. Moda de otoño en trajes, *Mode für Alle* de Beyer, 1944, archivo de la autora
36. Detalle de postal de Marta Fuchs, 3.3.44, colección privada
37. Fotografías de identificación de Alida Delasalle, Archivos Tauber del Holocausto, Centro de las Familias Judías y los Servicios a Niños, Colección Lore Shelley, 2011-003. Orig. Stabsgebaude, M-Z. Alida Vasselin
38. Elegantes diseños de vestidos de tarde, *Les Patrons Universels* , 1943, archivo de la autora
39. Fotografía de Rezina Apfelbaum, colección privada
40. Camisón y diseños de lencería, *Les Patrons Universels* , 1943, archivo de la autora
41. Postal de Marta Fuchs, 3 de marzo de 1943, colección privada
42. 23.9.44 fotografía, Pictorial Press Ltd / Alamy Stock Photo, 2BFCN18
43. Bracha Berkovič, fotografía de posguerra, archivos familiares © Tom Areton
44. Permiso de trabajo de Marta Fuchs de después de la guerra, colección privada

45. Fotografía de la familia Kohút, archivos familiares © Tom Areton
46. Fotografía de la boda de Marta y Ladislav Minárik, colección privada
47. Renée Adler (de soltera, Ungar), y familia, colección privada
48. Irene Reichenberg, retrato de posguerra, colección privada
49. Fotografía de Raya Kagan, colección privada
50. Fotografía de Bracha y Katka, archivos familiares © Tom Areton
51. Fotografía de zapatos, colección de la autora
52. Costurero de Irene, colección de la autora

Bibliografía

- Aalders, Gerard, *Nazi Looting: The Plunder of Dutch Jewry During the Second World War* , traducción [al inglés], Arnold Pomerans y Erica Pomerans, Berg (2004).
- Aly, Götz, *Hitler's Beneficiaries: Plunder, Racial War and the Nazi Welfare State* , traducción [al inglés], Jefferson Chase, Versa (2016). [Hay trad. cast.: La utopía nazi. Cómo Hitler compró a los alemanes, Crítica, Barcelona, 2006.]
- y Susanne Heim, *Architects of Annihilation: Auschwitz and the Logic of Destruction*, Phoenix (2003).
- Arad, Yitzhak, Israel Gutman y Abraham Margalit (eds.), *Documents on the Holocaust* , traducción [al inglés], Lea Ben Dor, University of Nebraska Press and Yad Vashem (1999).
- Berr, Hélène, *Le Journal de Hélène Berr* , traducción [al inglés], David Bellos, McClelland & Stewart (2008). [Hay trad. cast.: *Diario* , Anagrama, Barcelona, 2010.]
- Birenbaum, Halina, *Hope Is the Last to Die* , Auschwitz State Museum (2016).
- Bogner, Nahum, «Cyprus Detention Camps», *Encyclopedia of the Holocaust* , Israel Gutman (ed.), Macmillan (1990).
- Borden, Harry, *Survivor* , Cassell (2017).
- Bourke-White, Margaret, *Dear Fatherland, Rest Quietly . A Report on the Collapse of Hitler's Thousand Years* , Arcole Publishing (1946/2018).
- Boyd, Julia, *Travellers in the Third Reich* , Elliott & Thompson Ltd (2017). [Hay trad. cast.: *Viajeros en el Tercer Reich: el*

auge del fascismo contado por los viajeros que recorrieron la Alemania nazi , Ático de los Libros, Barcelona, 2019.]

Brosh, Hilary, *Threads of Life* , unpublished MA dissertation, Leeds Metropolitan University (2012).

Buber-Neumann, Margarete, *Milena* , traducción [al inglés], Ralph Manheim, Collins Harvill (1989).

Burianová, Miroslava, *Móda v ulicích protektorátu* , Narodni Muzeum, Grada Publishing (2013).

Caldwell, Erskine, y Margaret Bourke-White, *North of the Danube* , The Viking Press (1939).

Chesnoff, Richard Z., *Pack of Thieves* , Phoenix (2001).

Chiger, Krystyna, y Daniel Paisner, *The Girls in the Green Sweater*, St Martin's Griffin (2008).

Clendinnen, Inga, *Reading the Holocaust* , Canto (2002).

Collins, Robert, y Han Hogerzeil, *Straight On: Journey to Belsen and the Road Home* , Methuen & Co (1947).

Czech, Danuta, *Auschwitz Chronicle, 1939-1945* , Henry Holt & Co. (1997).

Czocher, Anna, Dobrochna Kałwa, Barbara Klich-Kluczevska, Beata Łabno, *Is War Men's Business? Fates of Women in Occupied Kraków in Twelve Scenes* , Muzeum Historyczne Miasta Krakowa (2011).

Delbo, Charlotte, *Auschwitz and After* , Yale University Press (1995).

Dojc, Yuri, y Katya Krausova, *Last Folio: Textures of Jewish Life in Slovakia* , Indiana University Press (2011).

Dune Macadam, Heather, *999: The Extraordinary Young Women of the First Official Jewish Transport to Auschwitz* , Citadel Press (2020). [Hay trad. cast.: *Las 999 mujeres de Auschwitz: la extraordinaria historia de las jóvenes judías que llegaron en el primer tren a Auschwitz* , Roca, Barcelona, 2020.]

Eger, Edith, *The Choice* , Rider (2017). [Hay trad. cast.: *La bailarina de Auschwitz* , Planeta, Barcelona, 2019.]

- Epstein, Helen, *Where She Came From: A Daughter's Search for Her Mother's History* , Holmes & Meier (2005).
- Fantlová, Zdenka, *The Tin Ring: How I Cheated Death* , Northumbria Press (2010).
- Feldman, Jeffrey, «The Holocaust Shoe. Untying Memory: Shoes as Holocaust Memorial Experience», en *Jews and Shoes* , Edna Nahshon (ed.), Berg (2008).
- Fénelon, Fania, *The Musicians of Auschwitz* , Sphere Books (1977). [Hay trad. cast.: *Tregua para la orquesta* , Noguer, Barcelona, 1981.]
- Fogg, Shannon L., *Stealing Home: Looting, Restitution and Reconstructing Jewish Lives in France, 1942-1947* , Oxford University Press (2017).
- Flanner, Jean, *Paris Journal 1944-1965* , Atheneum Press (1965).
- Frankl, Viktor, *Man's Search for Meaning* , Rider (2004). [Hay trad. cast.: *El hombre en busca de sentido* , Herder, Barcelona, 2010.]
- Fromm, Bella, *Blood & Banquets: A Berlin Social Diary* , Birch Lane Press (1990).
- Garliński, Józef, *Fighting Auschwitz* , Fontana (1976).
- Gensburger, Sarah, *Witnessing the Robbing of the Jews: A Photographic Album, Paris, 1940-1944* , traducción [al inglés], Jonathan Hensher, Indiana University Press (2015).
- Gibas, Monika, Cornelia Briel, Petra Knöller, Steffen Held, 'Aryanisation' in Leipzig: Driven out. Robbed. Murdered , exposición itinerante.
http://www.juedischesleipzig.de/arisierung_engl09.pdf
- Gilbert, Martin, *The Dent Atlas of the Holocaust* , JM Dent (1993).
- Goering, Emmy, *My Life with Goering* , David Bruce & Watson Ltd (1972).
- Gold, Dina, *Stolen Legacy: Nazi Theft and the Quest for Justice at Krauenstrasse 17/18, Berlin* , American Bar Association (2016).

- Goldberg, Myrna y Amy H. Shapiro (eds.), *Different Horrors, Same Hell: Gender and the Holocaust* , University of Washington Press (2013).
- Gottfried, Claudia, et al. , *Glanz und Grauen. Kulturhistorische untersuchungen zur Mode und Bedienung in der Zeit des Nationalsozialismus*, LVR-Industriemuseum, Textilfabrik Cromford Hg. (2020).
- Grabowski, Jan, *Hunt for the Jews: Betrayal and Murder in German-Occupied Poland* , Indiana University Press (2013).
- Grant, Linda, *The Thoughtful Dresser* , Virago (2009). [Hay trad. cast.: *La ropa que vestimos* , Plata, Madrid, 2009.]
- Grosman, Ladislav, *The Shop on Main Street* , traducción [al inglés], Iris Urwin Lewitová, Karolinum Press (2019).
- Guenther, Irene, *Nazi Chic? Fashioning Women in the Third Reich* , Berg (2004).
- Gutman, Israel, y Michael Berenbaum, *Anatomy of the Auschwitz Death Camp* , Indiana University Press (1998).
- Guterman, Bella y Avner Shalev (eds.), *To Bear Witness: Holocaust Remembrance at Yad Vashem* , Yad Vashem (2014).
- Hampton, Janie, *How the Girl Guides Won the War* , Harper Press (2011).
- Harding, Thomas, *Hanns and Rudolph: The German Jew and the Hunt for the Commandant of Auschwitz* , William Heinemann (2013). [Hay trad. cast.: *Hanns y Rudolf: el judío alemán y la caza del Kommandant de Auschwitz*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2014.]
- Harding, Thomas, «Hiding in N. Virginia, a daughter of Auschwitz», *Washington Post* , 7 de septiembre de 2013.
- Hart-Moxon, Kitty, *Return to Auschwitz* , Sidgwick & Jackson Ltd (1981).
- Haste, Cate, *Nazi Women* , Channel 4 Books (2001).
- Heijmerikx, Anton G. M., «Hedwig Höss-Hensel de vrouw van de kampcommandant en haar rol in Auschwitz», *Genealogie en Streekgeschiedenis* , 7 de agosto de 2016,

consultado

el

5-2-20.

<https://heijmerikx.nl/2016/08/07/hedwig-hoss-hensel-de-vrouw-van-de-kampcommandant-en-haar-rol-in-auschwitz/>

Helm, Sarah, *If This is a Woman: Inside Ravensbruck: Hitler's Concentration Camp for Women* , Little, Brown (2015).

Hellman, Peter, Lili Meier y Beate Klarsfeld, *The Auschwitz Album* , Random House (1981).

Helman, Anat, *A Coat of Many Colours: Dress Culture in the Young State of Israel* , Academic Studies Press (2011).

Himmler, Katrin, y Michael Wildt, (eds.), *The Private Heinrich Himmler: Letters of a Mass Murderer* , traducción [al inglés], Thomas S. Hansen y Abby J. Hansen, St Martin's Press (2016). [Hay trad. cast.: *Los hermanos Himmler: historia de una familia alemana*, Libros del Silencio, Barcelona, 2011.]

Hlaváčková, Konstantina, *Czech Fashion: Mirror of the Times 1940-1970* , Olympia Publishing (2000).

Hoffman, Eva, *After Such Knowledge: A Meditation on the Aftermath of the Holocaust* , Vintage (2004).

Holden, Wendy, *Born Survivors* , Sphere (2013).

Höss, Rainer, *Das Erbe des Kommandanten* , Belleville Verlag (2013).

Huebner, Karla, «Inter-war Czech Women's Magazines: Constructing Gender, Consumer Culture and Identity in Central Europe», *Women in Magazines: Research, Representation, Production and Consumption* , Rachel Ritchie, Sue Hawkins y Nicola Phillips (eds.), Routledge (2016).

Jalowicz-Simon, Marie, *Gone to Ground* , traducción [al inglés], Anthea Bell, Profile Books Ltd (2014).

Junge, Traudl, con Melissa Müller, *Until the Final Hour* , Phoenix (2005). [Hay trad. cast.: *Hasta el último momento* , Quinteto, Barcelona, 2005.]

- Kanter, Trudi, *Some Girls, Some Hats and Hitler* , Virago (2012).
- Katz, Leslie, «Love, business and Holocaust bind unlikely couple in S. F.», *The Jewish News of Northern California* , 12 de abril de 1996.
- Kirschner, Ann, *Sala's Gift* , Free Press (2006).
- Klabunde, Anja, *Magda Goebbels* , Sphere (2007).
- Klemann, Hein, y Sergei Kudryashov, *Occupied Economies: An Economic History of Nazi-Occupied Europe 1939-1945* , Berg (2012).
- Klemperer, Victor, *I Shall Bear Witness: The Diaries of Victor Klemperer 1933-1941* , traducción [al inglés], Martin Chalmers, Phoenix (1999). [Hay trad. cast.: *Quiero dar testimonio hasta el final* , Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2004.]
- Knill, Iby, *The Woman Without a Number* , Scratching Shed Publishing Ltd (2010).
- Knowles, Anne Kelly, y Tim Cole, Alberto Giordano (eds.), *Geographies of the Holocaust* , Indiana University Press (2014).
- Kobyłański, Tomasz, «Życie codzienne w willi Hössa», *Polityka* , enero de 2013.
- Koontz, Claudia, *Mothers in the Fatherland: Women, the Family and Nazi Politics* , Methuen (1987).
- Kornfeld-Jacobs, Gila, y Varda K. Rosenfeld, *The Rooster Called: Our Father's Life Journey from Hungary to Israel* , PHP (2019).
- Kornreich Gelissen, Rena, y Heather Dune Macadam, *Rena's Promise: A Story of Sisters in Auschwitz* , Beacon Press (2015).
- Kounio Amariglio, Erika, *From Thessaloniki to Auschwitz and Back* , Valentine Mitchell (2000).
- Kramer, Clara, *Clara's War* , Ebury Press (2008).
- Kremer, Roberta S. (ed.), *Broken Threads. The Destruction of the Jewish Fashion Industry in Germany and Austria* , Berg (2007).

- Lachendro, Jacek, *Auschwitz After Liberation* , traducción [al inglés], William Brand, Auschwitz-Birkenau State Museum (2015).
- Langbein, Hermann, *People in Auschwitz* , traducción [al inglés], Harry Zohn, University of North Carolina Press, USHMM (2004).
- Langford, Liesbeth, *Written by Candlelight* , Ergo Press (2009).
- Lasker-Wallfisch, Anita, *Inherit the Truth 1939-1945* , Giles de la Mare Publishers (1996).
- Lebert, Stephan, *My Father's Keeper: The Children of the Nazi Leaders: An Intimate History of Damage & Denial* , Little, Brown & Company (2001).
- Lengyel, Olga, *Five Chimneys: A Woman Survivor's True Story of Auschwitz* , Ziff-Davis (1947).
- Libitzky, Eva, y Fred Rosenbaum, *Out on a Ledge: Enduring the Łódź Ghetto, Auschwitz and Beyond* , Wicker Park Press Ltd (2014).
- Lipszyc, Rywka, *Rywka's Diary* , Anita Friedman (ed.), traducción [al inglés], Malgorzata Markoff, HarperCollins (2015). [Hay trad. cast.: *El diario de Rywka Lipszyc* , Nube de Tinta, Barcelona, 2015.]
- Loridan-Ivens, Marceline, *But You Did Not Come Back* , traducción [al inglés], Sandra Smith, Faber & Faber (2017). [Hay trad. cast.: *Y tú no regresaste* , Salamandra, Barcelona, 2015.]
- Lower, Wendy, *Hitler's Furies: German Women in the Nazi Killing Fields* , Chatto & Windus (2013). [Hay trad. cast.: *Las arpías de Hitler* , Crítica, Barcelona, 2013.]
- Margolius Kovaly, Heda, *Under a Cruel Star: A Life in Prague 1941-68* , Granta Books (2012). [Hay trad. cast.: *Bajo una estrella cruel* , Libros del Asteroide, Barcelona, 2013.]
- Meiri-Minerbe, Chaya, *Juden in Kesmark: und Umgebung zur Zeit der Shoah: jüdisches Leben und Leiden in der Slowakei Räumung Abteilung* , traducción [al inglés], Magali Zibaso, Hartung-Gorre (2002).

- Mičev, Stanislav, *My Experiences During a Three-Year Imprisonment in the Auschwitz Concentration Camp: Memoirs of Berta Berkovičová-Kohútová* , Matica Slovenska, enero de 2019.
- Moorehead, Caroline, *A Train in Winter: A Story of Resistance* , Vintage (2012).
- Nicosia, Francis, R. y Jonathan Huener (eds.), *Business and Industry in Nazi Germany* , Berghahn Books (2004).
- Nomberg-Przytyk, Sara, traducción [al inglés], Roslyn Hirsch, *Auschwitz: True Tales from a Grotesque Land* , The University of North Carolina Press (1985).
- Overy, Richard, *Interrogations: The Nazi Elite in Allied Hands, 1945* , Allen Lane (2001). [Hay trad. cast.: *Interrogatorios: El Tercer Reich en el banquillo* , Tusquets Editores, Barcelona, 2003.]
- Owen, James, *Nuremberg: Evil on Trial* , Headline Review (2006). [Hay trad. cast.: *Nuremberg, el mayor juicio de la historia* , Crítica, Barcelona, 2007.]
- Owings, Alison, *Frauen: German Women Recall the Third Reich* , Penguin (2001).
- Paskuly, Steven (ed.), *Rudolph Höss, Death Dealer: The Memoirs of the SS Kommandant of Auschwitz* , traducción [al inglés], Andrew Pollinger, Prometheus Books (1992).
- Rader, Henning, y Vanessa-Maria Voigt (eds.), *Einem Jüdischer Besitz Erwerbungen des München Stadtmuseums im Nationalsozialismus* , Hirmer Verlag (2018).
- Rawicz, Jerzy (ed.), *KL Auschwitz Seen by the SS* , Auschwitz State Museum (1970).
- Rees, Laurence, *Auschwitz: The Nazis and the Final Solution* , BBC Books (2005). [Hay trad. cast.: *Auschwitz: los nazis y la «solución final»*, Crítica, Barcelona, 2005.]
- Rougier-Lecoq, Violette, *Témoignages. 36 Dessins à la Plume de Ravensbrück* , Imprimerie Auclerc (1983).
- Sadowski, Tanja, «Die nationalsozialistische Frauenideologie: Bild und Rolle der Frau in der “NS-Frauenwarte” vor

1939». https://www.mainz1933-1945.de/fileadmin/Rhein Hessenportal/Teilnehmer/mainz1933-1945/Textbeitraege/Sadowski_Frauenideologie.pdf .

Consultado el 28-4-20.

Sandes, Philippe, *East West Street: On the Origins of Genocide and Crimes Against Humanity* , Weidenfeld & Nicholson (2016).

Schechter, Hillel, *Jewish Life in Leipzig during the 1930s* , Shoah Resource Centre, Yad Vashem, consultado el 23-6-20.

Schloss, Eva, *Eva's Story: A Survivor's Tale by the Stepsister of Anne Frank* , William B. Eerdmans Publishing (1988/2010). [Hay trad. cast.: *Después de Auschwitz: la conmovedora historia de la hermanastra de Ana Frank*, Planeta, Barcelona, 2015.]

Schneider, Helga, *The Bonfire of Berlin* , traducción [al inglés], Shaun Whiteside, William Heinemann (2005). [Hay trad. cast.: *No hay cielo sobre Berlín* , Salamandra, Barcelona, 2005.]

— *Let Me Go: My Mother and the SS* , Vintage (2005). [Hay trad. cast.: *Déjame ir* , Club Círculo de Lectores, Barcelona, 2010.]

Schwarz, Gudrun, *Eine Frau an seiner Seite* , Aufbau Taschenbuch Verlag.

Setkiewicz, Piotr (ed.), *The Private Lives of the SS* , traducción [al inglés], William Brand, Auschwitz-Birkenau State Museum (2015).

Shelley, Lore (ed. y trad.), *Secretaries of Death: Accounts by Former Prisoners Who Worked in the Gestapo of Auschwitz* , Shengold Publishers Ltd (1986).

— (ed. y trad.), *Criminal Experiments on Human Beings in Auschwitz and War Research Laboratories* , Mellen Research University Press (1991).

— (ed. y trad.), *Auschwitz - The Nazi Civilisation: Twenty-three Women Prisoners' Accounts* , University Press of America (1992).

- *The Union Kommando in Auschwitz: The Auschwitz Munition Factory Through the Eyes of Its Former Slave Laborers* , Studies in the Shoah Volume XIII, University Press of America (1996).
- *Post-Auschwitz Fragments* , Morris Publishing (1997).
- Shik, Dr Na'ama, «Women Heroism in the Camp», conferencia online para Yad Vashem, 30-5-20. Consultada el 13-7-20. <https://www.youtube.com>
- Shuter, Jane, *The Holocaust: The Camp System* , Heinemann (2002).
- Škodová, Júlia, *Tri Roky Bez Mena* , Osveta (1962).
- Smith, Lyn, *Forgotten Voices of the Holocaust* , Ebury Press (2005). [Hay trad. cast.: *Las voces olvidadas del Holocausto* , Club Círculo de Lectores, Barcelona, 2006.]
- Snyder, Louis L., *Encyclopedia of the Third Reich* , Wordsworth Editions Ltd (1998).
- Speer, Albert, trad. [al inglés], Clara y Richard Winston, *Inside the Third Reich* , Phoenix (1995).
- Stargardt, Nicholas, *The German War: A Nation Under Arms, 1939-45* , Vintage (2016). [Hay trad. cast.: *La guerra alemana: una nación en armas* , Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2016.]
- Steinbacher, Sybille, *Auschwitz: A History* , traducción [al inglés], Shaun Whiteside, Penguin (2004).
- Steiner, Jean-François, *Treblinka* , Meridian (1994). [Hay trad. cast.: *Treblinka* , Plaza y Janés, Barcelona, 1979.]
- Stone, Dan, *The Liberation of the Camps* , Yale University Press (2015).
- Todorov, Tzvetan, *Facing the Extreme: Moral Life in the Concentration Camps* , Weidenfeld & Nicholson (1999).
- Tuchman, Barbara, *Practising History* , Ballantine Books (1982).
- Tuvel Bernstein, Sara, *The Seamstress: A Memoir of Survival* , Penguin Putnam Ltd (1999).
- Van Pelt, Robert Jan y Debórah Dwork, *Auschwitz 1270 to the Present* , Yale University Press (1996).

- Veillon, Dominique, *Fashion Under the Occupation* , Berg (2002).
- Vrba, Rudolph, *I Escaped from Auschwitz* , Robson Books (2002).
- Vrbová, Gerta, *Trust and Deceit: A Tale of Survival in Slovakia and Hungary, 1939-1945* , Vallentine Mitchell (2006).
- Walford, Jonathan, *Forties Fashion: From Siren Suits to the New Look* , Thames & Hudson (2008).
- Weissman Klein, Gerda, *All But My Life* , Hill and Wang (1995).
- Westphal, Uwe, traducción [al inglés], Kristine Jennings, *Fashion Metropolis Berlin 1836-1939: The Story of the Rise and Destruction of the Jewish Fashion Industry* , Henschel (2019).
- Wiesenthal, Simon, *Justice Not Vengeance* , Weidenfeld and Nicholson (1989). [Hay trad. cast.: *Justicia, no venganza* , Ediciones B, Barcelona, 1989.]
- Willingham II, Robert Allen, «Jews in Leipzig: Nationality and Community in the 20th Century», PhD thesis, University of Texas at Austin (2005). <https://repositories.lib.utexas.edu/bitstream/handle/2152/1799/willinghamr73843.pdf> . Consultado en junio de 2020.
- Wong, Joanna, «Lincoln teacher recalls parents' Holocausttravails», Abraham Lincoln High School, revista del 10 de mayo de 2016, consultada en abril de 2020.
- Zuker-Bujanowska, Liliana, *Liliana's Journal: Warsaw 1939-1945* , Judy Piatkus Publishers (1980).

Notas

[1](#) . *Nazi Chic*, Irene Guenther.

[1](#) . Olga Kovanová, de soltera Kovaczová, (Kovácz), testimonio escrito enviado a la doctora Lore Shelley. Archivo Lore Shelley, Biblioteca Tauber del Holocausto.

[2](#) . Entrevista de la autora con Bracha Kohút, noviembre de 2019.

[3](#) . Entrevista 07138 a Irene Kanka, Archivo de Historia Visual, Fundación Shoah USC, traducida por su hijo Pavel Kanka. El Museo de Cultura Judía —que forma parte del Museo Nacional Eslovaco— se encuentra en la actualidad en la calle Židovská n.º 17, delante mismo del que fue domicilio de Irene Kanka. Contiene una colección permanente de objetos y documentos judíos dedicados a la memoria del que en otro tiempo fue un barrio lleno de vida.

4 . Käthe Kohn, de soltera Reichenberg, nació el 18 de julio de 1917; Frieda, nacida el 18 de mayo de 1913, se casó con Zoltan Federweiss; Edith nació el 24 de mayo de 1924.

5 . La madre de Renée se llamaba Esther, y su padre, Simcha. Ella era la hija mayor, seguida de su hermano Shmuel y de sus hermanas Gita y Yehudit. El nombre hebreo de Renée era Shoshana.

6 . Su nombre de pila era Berta, y Bracha era un diminutivo cariñoso que, en el yidis de Čepa, podía convertirse en Brochču. Y eso a pesar de que su abuela materna, empapada de cultura húngara, quería que la llamaran Hajnal, un nombre húngaro que significa «amanecer». Sin embargo, su abuelo paterno decidió que le pondrían Berta, porque había una familia rica en Čepa apellidada Farkaš, «Lobo». Esos Farkaš tenían una hija que se llamaba Berta, por lo que el abuelo Berkovič sentenció: «Si ese nombre es bueno para ellos, también lo será para mi nieta». El nombre hebreo de Bracha era Chaya Bracha, que significa «bendición de Dios». (Correspondencia no publicada.)

7 . El pan se horneaba en casa; las verduras se cultivaban en el huerto. En otoño, la gente bailaba descalza sobre unos barriles para aplastar las hojas de repollo y sacarles el agua, antes de encurtir las. En invierno, el resto de vitaminas las sacaban de las mermeladas de frutas y de las zanahorias que se guardaban entre paja: los niños se colaban en la despensa para comérselas a escondidas. El autoabastecimiento era fundamental. La vida era muy dura.

8 . Las experiencias de Ignatz, el abuelo de Bracha, como combatiente durante la Primera Guerra Mundial habían hecho de él un hombre algo desequilibrado, que se enfadaba, y en ocasiones necesitaba evadirse mediante el consumo de alcohol. En cambio, su abuela Rivka, que había sacado adelante a cinco hijos mientras su marido hacía la guerra, era una mujer paciente y amable. Los dos eran honrados y trabajadores, cualidades que heredó Salomon, uno de sus hijos y padre de Bracha.

[9](#) . El nombre hebreo de Katka era «Tova Tsipora», que significa «buen pájaro». En yidis, Tova es Gitl, por lo que su familia, cariñosamente, la llamaba «Gitu». Nació en 1925.

[10](#) . Esa fotografía era una de las favoritas de la hija mediana de Höss, Inge-Brigitt. Thomas Harding, al entrevistarla para su libro *Hans y Rudolf* , tuvo ocasión de ver el retrato *in situ* . En unas memorias sobre su abuelo Rudolf tituladas *Das Erbe des Kommandanten* [La herencia del comandante], Rainer Höss describe otra fotografía de esa misma boda en la que aparecen los hombres vestidos con el traje regional de dos piezas, los pantalones cortos de cuero y los chalecos cortos, y en la que la novia y su mejor amiga, Ilse von Seckendorff, van peinadas con hermosas trenzas y llevan blusas blancas bordadas y largas faldas negras. En décadas posteriores, Hedwig e Isle compartirían recuerdos sobre aquella «espléndida boda» celebrada en el bello palacio barroco de Meseberg: ¿fantasía o realidad?

[11](#) . *Death Dealer: The Memoirs of the SS Kommandant of Auschwitz*, Rudolf Höss.

[12](#) . El doctor Willibald Hentschel fundó la Liga Artaman en 1923 con la idea de renovar la raza alemana congregando a jóvenes desilusionados de la vida urbana moderna y resituándolos como granjeros en el campo. Durante el Tercer Reich, los «artamanes» fueron absorbidos por el Partido Nazi.

[13](#) . *Hanns y Rudolph* , Thomas Harding.

[14](#) . A los apellidos femeninos eslovacos suele añadirseles los -à, -ovà o -ie, y en este caso concreto el Fuchs se transformaba en Fuchsovà. Con todo, en inglés y en español lo más corriente es renunciar al sufijo, y eso es lo que se ha hecho en el caso de los personajes principales de esta historia, incluido el de Marta Fuchs.

[15](#) . Marta era una ávida lectora y gran amante de la música, y llegó a tomar clases de piano con un amigo de la familia, Eugen Suchoň, de Pezinok, cuya cautivadora ópera *Krútnava (El remolino)*, estrenada en la década de 1940, le valió su fama como el mayor compositor eslovaco.

[16](#) . *Das Erbe des Kommandanten* , Rainer Höss. La cesárea la practicó el doctor Carl Clauberg. Este se uniría a Höss en Auschwitz y trabajaría en el infame Bloque 10, donde se infligían sádicos experimentos «médicos» a las prisioneras, entre ellos esterilizaciones forzosas. El Bloque 10 se encontraba en el campamento principal de Auschwitz, junto al Bloque 11, donde los prisioneros condenados a muerte aguardaban el momento de su ejecución. La enfermera Maria Stromberger testificó en el juicio de Clauberg que tuvo lugar tras la guerra. Ella asistió en el último de los partos de Hedwig, el 20 de septiembre de 1943, que vio el nacimiento de la pequeña Annegret. Como se verá, la enfermera Maria también formó parte de la resistencia de Auschwitz, y mantuvo vínculos con Marta Fuchs.

[17](#) . El fotógrafo y cineasta Roman Vishniak captó unas imágenes muy vivas del pueblo judío de la Europa central y del Este antes de las deportaciones, entre ellas el retrato en blanco y negro de un grupo de jóvenes en Kežmarok. Una de ellas se peina con trenzas largas, como Bracha, mientras que las otras lucen melenas cortas. Visten con una gran variedad de abrigos, llevan zapatos de hebilla y medias arrugadas. Sus rostros se muestran radiantes; se desconocen sus nombres y sus destinos.

[18](#) . El lugar de nacimiento de Hunya fue Plavnitz, un pueblo polaco de las montañas. Al poco tiempo, sus padres se trasladaron a Kežmarok.

[19](#) . *Konzentrationslager Auschwitz Frauen-Abteilung* , USHMM. Los padres de Hunya constan como Hermann Storch y Fanny Birnbaum. (También se los conocía como Zvi Krieger Storch y Zipora Birnbaum Laundau.) En la ficha de registro figura Winkler como su apellido, en referencia a un matrimonio de conveniencia que aceptó para facilitar cuestiones de visado mientras trabajaba en Leipzig. Realmente, su apellido de casada era Volkmann. En la ficha consta que, a su llegada a Auschwitz, Hunya no padecía ninguna enfermedad infecciosa ni de otra índole. Algo que no tardaría en cambiar.

[20](#) . Helen (Helka) Grossman (de soltera, Brody) citada en *Secretaries of Death* , de Lore Shelley. Helka tenía quince años y medio cuando su formación académica tocó a su fin. Durante un tiempo se ocultó en la localidad de Bardejov. Un gentil la denunció en 1942. Fue deportada a Auschwitz y trabajó en el bloque de la administración de las SS, en el departamento de rellenado de fichas, y compartió dormitorio con Hunya y con otras modistas.

[21](#) . Entrevista 07138 a Irene Kanka, Archivo de Historia Visual, Fundación Shoah USC.

[1](#) . *Until the Final Hour* , Traudl Junge.

[2](#) . Un vestido de Podolská obtuvo el primer premio en la Exposición Internacional de Artes Aplicadas de Berlín. Fue el último desfile de modas checo que se exhibió en Alemania antes del reparto del país.

[3](#) . *Eva* se publicó por primera vez en diciembre de 1928. A pesar de perder algo de brillo durante la Gran Depresión, la revista aguantó hasta 1943. Las revistas de moda más resistentes desafiaron la escasez de papel a causa de la guerra y siguieron proporcionando a sus lectoras vías de evasión y consejos para economizar en la confección de ropa.

4 . Jesenská fue detenida por la Gestapo por su colaboración con la resistencia tras la ocupación alemana de Checoslovaquia. Murió por un fallo renal en el campo de concentración de Ravensbrück el 17 de mayo de 1944. No llevaba su elegante ropa de antes, sino un traje a rayas de presidiaria.

[5](#) . Conversación con Gila Kornfeld-Jacobs, sobrina de Hermine Volkmann-Hecht (de soltera, Storch). Hunya se encontraba en un momento de su vida en el que se sentía desilusionada con muchas cosas, incluso con la costura.

[6](#) . *Memory Book* , Gila Kornfeld Jacobs.

[7](#) . *Blood and Banquets* , Bella Fromm, 26 de junio de 1933.

8 . *Broken Threads*, Roberta S. Kremer (ed.). *Frau* Magda Goebbels, la esposa de Joseph, pasó a ser presidenta honoraria. Como muchas mujeres de altos mandos nazis, gozaba del privilegio de contar con la atención y el talento de diseñadores de Berlín y otros lugares. Cualquier idea que pudiera haber tenido de sucumbir a la moda de París quedó desterrada cuando el Instituto de la Moda empezó a promover a empresas de sólido pedigrí alemán. Quizá Magda fuera demasiado afrancesada, demasiado dada a las modernidades. En cualquier caso, lo cierto es que la sustituyeron como presidenta.

[9](#) . Las profesiones ideales para las mujeres alemanas eran ama de casa, enfermera, maestra, modista, secretaria, bibliotecaria o asistente, por lo general, de un hombre. Tanja Sadowski, «Die nationalsozialistische Frauenideologie: Bild und Rolle der Frau in der "NS-Frauenwarte", vor 1939» (La ideología femenina nacionalsocialista: Imagen y papel de la mujer en *NS FrauenWarte* antes de 1939).

[10](#) . *Blood and Banquets* , 30 de agosto de 1932.

[11](#) . *Memorias* , Albert Speer. Hitler, en referencia a aquellos regalos, dijo: «Sé que no son cosas bonitas, pero muchos de ellos son regalos y no me gustaría desprenderme de ellos».

[12](#) . *Glanz und Grauen* , Claudia Gottfried *et al.*

[13](#) . En Checoslovaquia, el vestido nacional, con sus vivos bordados y su estilo tradicional, se usaba como declaración de intenciones políticas. La ropa de Baviera y el Tirol implicaba alineamiento con el Partido Nazi; los trajes muy locales eran un signo de resistencia a la influencia y a la política alemanas.

[14](#) . *Documents on the Holocaust* , Yitzhak Arad *et al.* (eds.).

[15](#) . Señora Marlene Karlsruhen, citado en Alison Owings, *Frauen* .

[16](#) . Erna Lugebiel, citado en Claudia Koontz, *Mothers in the Fatherland* . Tal era su indignación ante su persecución que Lugebiel llegó a acoger a judíos alemanes durante la guerra.

[17](#) . *Documents on the Holocaust*. El ministro de Economía planteó objeciones a los boicots antijudíos, pero solo con el argumento de que causaban perjuicios económicos a las cadenas de suministros de las empresas.

18 . *Broken Threads.*

[19](#) . ¿Cuándo un vestido no es solo un vestido? Cuando forma parte de la historia antisemita. En la colección de la autora, un bonito vestido de tarde, de crepé, en color verde manzana, lleva la etiqueta de la ADEFA. Una coincidencia aterradora.

[20](#) . *My Life With Goering* , Emma Goering.

[21](#) . *'Aryanisation' in Leipzig: Driven Out. Robbed. Murdered* , Dr Monika Gibas
et al .

[22](#) . *Pack of Thieves* , Richard Z. Chesnoff. En 1938, el 79 % de los grandes almacenes pertenecía a judíos, así como el 25 % de los establecimientos minoristas.

[23](#) . *Jewish Life in Leipzig*, Hillel Schechter.

[24](#) . *Hitler's Furies* , Wendy Lower.

[25](#) . *Transcripciones del juicio de Núremberg* , 20 de marzo de 1946. Goering defendió su afirmación asegurando: «Era una expresión de la emoción espontánea causada por los acontecimientos, y por la destrucción de bienes de valor, y por las dificultades que surgieron». *Interrogatorios* , Richard Overy.

[26](#) . Revista *Elegante Welt*, agosto de 1938, artículo «Stimmung am movehorizont: vorwiegend heiter» (Estado de ánimo en el horizonte: mayormente alegre).

[27](#) . *My Life With Goering.*

[28](#) . *Pack of Thieves*.

[29](#) . *Magda Goebbels* , Anna Klabunde.

[30](#) . Entrevista 07138 a Irene Kanka, Archivo de Historia Visual, Fundación Shoah USC.

[31](#) . Entrevista 07138 a Irene Kanka, Archivo de Historia Visual, Fundación Shoah USC.

[1](#) . Entrevista 07138 a Irene Kanka, Archivo de Historia Visual, Fundación Shoah USC.

2 . Ela Weissberger, que vivía en la comunidad judía de Lom u Mostu. La familia sufrió un trato brutal durante los actos violentos perpetrados en la Noche de los Cristales Rotos. <https://www.holocaust.cz/en/sources/recollections> . Accessed June 2020.

[3](#) . *Occupied Economies* , Hein Klemann & Sergei Kudryashov.

[4](#) . Discurso del 6 de agosto de 1942 a los mandos del Reich en el Ministerio de Aviación. Goering prometió que los ocupantes «extraerían el máximo para que el pueblo alemán pueda vivir su vida». Citado en Götz Aly, *Hitler's Beneficiaries* .

[5](#) . *Out on a Ledge* , Eva Libitzky.

6 . Cuando la fotógrafa estadounidense Margaret Bourke-White entrevistó a un joven granadero *panzer* en la zona de Núremberg en 1945, este dijo lamentar la prosperidad perdida de los años de la guerra. Bourke-White preguntó si se refería a los alimentos, la ropa y los caprichos obtenidos en Polonia, Francia, Bélgica y Holanda. El joven se mostró ofendido: «No, de Alemania», insistió negándose a creer que los bienes hubieran sido producto de un expolio extranjero y no los productos patrióticos de su país. *Dear Fatherland, Rest Quietly* , Margaret Bourke-White.

[1](#) . *I Shall Bear Witness* , Victor Klemperer.

[8](#) . Katka Gruenstein (de soltera, Feldbauer), nacida el 3 de marzo de 1922, Eslovaquia occidental. Lore Shelley, *Nazi Civilisation* .

[9](#) . *Das Schwartz Korps* , 24 de noviembre de 1938.

[10](#) . Las cuentas bancarias de los judíos estaban bloqueadas. Los activos de los judíos se convirtieron en obligaciones del Gobierno que no podían rescatarse. Los posibles emigrantes judíos debían pagar un impuesto por el privilegio de huir, a pesar de dejar en Alemania gran parte de su riqueza. A los judíos se los señalaba como blanco de cargas fiscales, e incluso debían pagar en concepto de reparación por los desperfectos causados durante la Noche de los Cristales Rotos. A los empleados judíos se los despedía de sus puestos en empresas no judías. A veces la orden se ejecutaba con el eufemismo de una «*Umstellung Unseres Unternehmens*», una «reestructuración empresarial».

11 . *Magda Goebbels.*

[12](#) . Ladislav Grosman, *La tienda de la calle Mayor*.

[13](#) . *Aryanization in Leipzig.*

[14](#) . *Pack of Thieves*.

[15](#) . Adolf Eichmann creó la *Zentralstelle für Juedische Auswanderung* (Oficina Central para la Emigración Judía) pensada para «alentar» a los judíos del Protectorado a emigrar. En Eslovaquia, Dieter Wisliceny participó en los descabellados planes del Reich para deportar a los judíos a Madagascar. Los centros de exterminio servían para proporcionar una «solución» de supresión más enfática.

[16](#) . Entrevista 07138 a Irene Kanka, Archivo de Historia Visual, Fundación Shoah USC. Irene recibió clases de costura entre 1939 y 1942.

[17](#) . Margita «Grete» Rothova (de soltera, Duchinsky), nacida en 1902, Presburgo/Bratislava. Grete sobrevivió al Holocausto. Después de la guerra, sus dotes de tejedora le supusieron una fuente vital de ingresos. Lore Shelley, *Secretaries of Death* .

[18](#) . La madre de Katka ayudaba a los vecinos cosiendo para ellos a fin de complementar los ingresos de la familia.

[19](#) . *Deutsche Moden-Zeitung* , Leipzig, verano de 1941.

[20](#) . Ilustración de delantal de *Deutsche Moden-Zeitung* , Leipzig, verano de 1941.

[21](#) . *Glanz und Grauen.*

[22](#) . *Magda Goebbels.*

[23](#) . *Mothers in the Fatherland.*

[24](#) . Discurso pronunciado en la Universidad de Berlín el 11 de noviembre de 1941 para justificar los trabajos forzados de los judíos. *Documents on the Holocaust*.

[25](#) . Solo en 2019, una investigación llevada a cabo por la familia confirmó el destino de Emil; atrapado en la caza eslovaca de los jóvenes judíos, fue deportado al campo de Majdanek, situado en el distrito de Lublin de la Polonia ocupada por los nazis, y recibió un número de preso relativamente bajo, el 319. Junto con otros internos, trabajó en obras de construcción del campo. Fue asesinado en las nuevas cámaras de gas de Majdanek el 7 de septiembre de 1942, y su ejecución quedó registrada como la 4941^a.

[26](#) . A partir de 1944, Sered' fue dirigido por las SS y se convirtió en un campo de concentración con todas las letras para judíos, partisanos y participantes en el levantamiento eslovaco. Sered' también se usó como campo de tránsito para los judíos que eran deportados a Theresienstadt, Auschwitz y Sachsenhausen. Desde mayo de 1942, una chapa pequeña, amarilla, de baquelita, en forma de estrella de David marcada con las letras HŽ, se entregaba a todo *Hospodárský Žid* : judío económicamente vital. (Colección de Objetos Yad Vashem.)

[27](#) . Gila Kornfeld-Jacobs, *Memory Book*.

[28](#) . El fundador de la escuela, el rabino Carlebach, emigró a Palestina en 1935. Cuando la escuela quedó libre de sus ocupantes temporales, a Hunya la trasladaron a otra ubicación, un dormitorio en la cuarta planta de un orfanato judío, que compartía con otras siete mujeres.

[29](#) . Krystyna Chiger, *The Girl in the Green Sweater* .

[30](#) . *Out on a Ledge.*

[31](#) . Halina Birnbaum, *Hope is the Last to Die* .

[32](#) . *The Girl in the Green Sweater.*

[33](#) . *Fashion Metropolis Berlin.*

[34](#) . En noviembre de 1941, un tal señor Straub, empleado de la empresa Charlotte Röhl de Berlín, escribió para expresar su emoción por la cantidad de ocho vestidos que había recibido recientemente del gueto de Lodz. Concluía la carta exponiendo «la grata esperanza de que sigan trabajando para mí y sigan cumpliendo con entregas rápidas según lo prometido». Uwe Westphal, *Fashion Metropolis Berlin* .

[35](#) . *Out on a Ledge.*

[36](#) . Stephan Lebert, *My Father's Keeper* .

[37](#) . Correspondencia de Brigitte Frank citada en Philippe Sandes, *East West Street* .

[38](#) . *Occupied Economies*.

[39](#) . Jan Grabowski, *Hunt for the Jews* .

[40](#) . Herta Fuchs, nacida en 1923 del matrimonio formado por Frieda y Moric Fuchs.

[41](#) . Alida Charbonnier nació el 23 de julio de 1907 en Fécamp. El 6 de octubre de 1928 se casó con Robert Delasalle, panadero, que se unió a la resistencia contra los ocupantes alemanes. Se afiliaron al Partido Comunista Francés en 1936. A ella la despidieron de su empleo de costurera en noviembre de 1938 por promover una huelga, y se empleó como corsetera en la Rue Alexandre Legros, en Fécamp. Su domicilio del pasaje Sautreuil n.º 13 fue registrado por la policía varias veces antes de la detención. Robert Delasalle fue ejecutado el 21 de septiembre de 1942. Alida pudo verlo brevemente antes de la ejecución y despedirse de él.

[42](#) . Herta Soswinski (de soltera, Mehl) trabajó a las órdenes de Maria Mandl en Ravensbrück. Posteriormente, fue trasladada a Auschwitz y se unió a las demás mujeres eslovacas del bloque administrativo de las SS. *Nazi Civilisation*.

[43](#) . Jeannette «Janka» Nagel (de soltera, Berger), *Secretaries of Death*.

[44](#) . Sarah Helm, *If This is a Woman* . La producción de prendas de vestir de Ravensbrück era tan prodigiosa que los negocios locales perdían ingresos. El gigante de la industria TexLed Ltd. (Textil-und Lederverwertung GmbH) poseía fábricas en los campos de concentración de Dachau y Ravensbrück.

[45](#) . R. Francis Nicosia y Jonathan Huener, *Business and Industry in Nazi Germany* .

[46](#). Correspondencia de la familia de Renée Ungar, Bratislava, 17 de agosto de 1945.

[47](#) . Helen Epstein, *Where She Came From* .

[48](#) . Aly Götz y Susanne Heim, *Architects of Annihilation* .

[1](#) . Carta de 1957 escrita por Herta Fuchs en la que solicita una compensación por «daños contra la libertad» por haber sido obligada a llevar la *Judenstern* , la estrella judía. Archivo de Leo Baeck. Traducida del alemán.

2 . Documento de identidad de Irené Reichenberg, de Bratislava. Nacida el 25 de febrero de 1915, murió en el Holocausto. Archivo fotográfico Yad Vashem https://photos.yadvashem.org/photo-details.html?language=en&item_id=4408243&ind=0-

[3](#) . Gustav «Gusti» Kohn, de hecho, llegó a escapar del campo de trabajos forzados de Sereď. Consiguió la caja de herramientas de un contratista que había acudido de visita y, con gran aplomo, salió con ella. Su documentación falsa lo mantuvo a salvo durante el resto de la guerra. Leo Kohút (Leo Kohn) fue detenido en 1944 cuando un guardia reconoció su fotografía en el documento de identidad. Deportado, primero a Sereď, soportó el encarcelamiento en Sachsenhausen, Bergen-Belsen y el subcampo de Dachau. Le pidió a Käthe que abandonara Bratislava si a él lo capturaban. Asustada, aislada, Käthe se entregó a la Gestapo. Tras su liberación por parte de las tropas estadounidenses, él regresó a Bratislava, donde tuvo conocimiento del destino que había corrido su esposa. Instituto Tauber, Historia Oral de la Fundación Shoah, Número de acceso 1999.A.0122.708/Número de registro: RG-50.477.0708.

[4](#) . Irene Reichenberg, nacida el 25 de febrero de 1915, murió en el Holocausto. Su documento de identidad forma parte de la colección del Archivo Slovensky Narodny de Bratislava. Yad Vashem item # 4408243.

[5](#) . Nathan Volkmann, nacido el 14 de mayo de 1908. Gedenkbuch, entrada del libro del memorial (bundesarchiv.de)
<https://www.bundesarchiv.de/gedenkbuch/en995526> .

[6](#) . *Secretaries of Death.*

7 . <https://www.youtube.com/watch?v=62u6laRHsKw&list=UU-8VxYewh49NnyNsjh7s9Mw&index=5&t=22s> .

[8](#) . *Secretaries of Death.*

[9](#) . Afortunadamente, la hermana menor de Irene, Greta, estaba enferma e ingresada en el hospital con escarlatina y evitó la convocatoria. Posteriormente, fue enviada al campo de trabajo de Sered' con su padre, y así fue como sobrevivió a la guerra.

[10](#) . En Auschwitz, Bracha trabó amistad con una mujer belga llamada Gisela Reinhold. La familia Reinhold se dedicaba al comercio de diamantes. Antes de su deportación, Gisela escondió unos diamantes en una percha de madera para abrigos, que cubrió con un abrigo que dejó sobre una silla. Le contó a Bracha: «Si sobrevivo, sé dónde estarán ocultos nuestros diamantes». Después de la guerra, Gisela regresó a su apartamento y, en efecto, encontró los tesoros, que seguían en el interior de la percha.

[11](#) . Olga nació el 1 de diciembre de 1907 en Székesfehérvár, Hungría. Se formó como modista en un instituto profesional.

[12](#) . Alice Dub (de soltera, Strauss), nacida en 1922, detenida en su domicilio de Trstená na Orave, en el norte de Eslovaquia. Toda su familia inmediata murió en el Holocausto, salvo un hermano, que sobrevivió a un campo de trabajos forzados y a sus actividades como partisano. Biblioteca Tauber del Holocausto, correspondencia privada entre Alice Dub y Lore Shelley, Archivo Lore Shelley.

[13](#) . Helka Grossman (de soltera, Brody), al igual que Bracha, podía «pasar» por católica. La vieron caminando y la denunciaron por judía. Mientras esperaba en Poprad, trabó amistad con una cantante profesional que cantaba a las muchachas para que se durmieran cuando se apagaban las luces. *Secretaries of Death*.

[14](#) . Renée Adler (de soltera, Ungar), carta de 1945.

[15](#) . Edita Maliarová, *Nazi Civilisation*.

[16](#) . *Secretaries of Death* . La nota de Rivka la encontró un trabajador forzoso llamado Leo Cips. Leo entregó el aviso a su hermano, que se escondió al momento.

[17](#) . Lawrence Rees, *Auschwitz: Los nazis y la solución final* .

[18](#) . Wisliceny reconoció tener una comprensión total de las intenciones de Himmler durante su juicio: «Me di cuenta de que ello significaba una orden de ejecución para millones de personas». *Interrogatorios* .

[19](#) . Martin Gilbert, *Atlas of the Holocaust* .

[20](#) . *Pack of Thieves.*

21 . *Hitler's Beneficiaries.*

[22](#) . El trabajo de la ERR fue posteriormente asumido por *Dienstelle Western* (Servicio Occidental).

[23](#) . *Transcripciones de los juicios de Núremberg* , 31 de agosto de 1946.

[24](#) . Hitler firmó un memorando a tal efecto el 31 de diciembre de 1941.

[25](#) . *Stealing Home* , Shannon L. Fogg.

[26](#) . Correspondencia con Lore Shelley, Biblioteca Tauber del Holocausto. Marilou creció en París, primero en el *Arrondissement* 19 y posteriormente en las afueras.

[27](#) . Sarah Gensburger, *Witnessing the Robbing of the Jews* .

[28](#) . Los traslados de judíos desde Leipzig se iniciaron el 21 de enero de 1942.

[29](#) . Nicholas Stargardt, *The German War*.

[30](#) . Citado en Cate Haste, *Nazi Women* .

[31](#) . La fábrica de zapatos Bat'a, cerca de Chelmek, a unos diez kilómetros de Auschwitz, pasó a manos de los fabricantes de zapatos Ota-Silesian.

[32](#) . Las experiencias de las mujeres judías del primer traslado oficial de judías eslovacas a Auschwitz se detallan en Heather Dune Macadam, *999 Women* .

[33](#) . Janka Nagel (de soltera, Berger), *Secretaries of Death*.

[34](#) . Correspondencia entre Alice Dub Strauss y Lore Shelley. Archivo Lorey Shelley, Biblioteca Tauber del Holocausto.

[35](#) . Charlotte Delbo, *Le Convoi du 24 Janvier* .

[36](#) . *Nazi Civilisation* . Hunya fue encarcelada con el nombre de Hermine Winkler, en referencia a su matrimonio de conveniencia para la obtención del pasaporte checo. Sus documentos del campo de concentración se refieren a ella como Winkler.

[37](#) . Gila Kornfeld-Jacobs, *Memory Book* . La compañera de Hunya durante el viaje era Ruth Sara Ringer —su segundo nombre, Sara, era un añadido obligatorio según la ley alemana— (de soltera, Kamm), nacida en 1909 y, por tanto, apenas un año más joven que Hunya. Su número de identificación en Auschwitz era el 46349, solo dos dígitos por debajo del de Hunya. Su marido, Hans Wilhem Ringer, fue asesinado en la *Shoah* .

[38](#) . *Nazi Civilisation* . En enero de 1944, la mayoría de los trasladados desde Leipzig ya estaban muertos.

1 . *Nazi Civilisation.*

[2](#) . El ramal ferroviario que conectaba la línea principal con el otro campo de Birkenau no estuvo terminado hasta 1944, a tiempo para las llegadas desde Hungría. Sirvió para acelerar el proceso de asesinatos en masa, pues los recién llegados ya no tenían que ir a pie ni ser llevados en camión, desde el viejo andén hasta los campos. Simplemente, desfilaban en columnas, o bien a realizar una cuarentena, o bien a las cámaras de gas.

[3](#) . Esos talleres —frecuentados por miembros de las SS, incluida Hedwig Höss — se demolieron para construir veinte nuevos barracones concebidos como extensión del campo principal. Las costureras de Auschwitz se alojaron en ellos a partir de 1944. Después de la guerra, los barracones se adaptaron para usos civiles. Piotr Setkiewicz, *Private Lives of the SS* .

[4](#) . Alice Gruen. Lore Shelley, *Criminal Experiments* .

[5](#) . Lilli Kopecky. *Secretaries of Death*.

[6](#) . Alice Strauss, correspondencia privada con Lore Shelley, Biblioteca Tauber del Holocausto. Cuando el convoy de las prisioneras políticas francesas llegó a Auschwitz el 27 de enero de 1943, las mujeres, entre las cuales se encontraban Marilou Colombain y Alida Delasalle, franquearon la verja desafiantes, cantando *La Marsellesa* .

[7](#) . A su vez, las mujeres del Bloque 7 advertirían al siguiente contingente de recién llegadas de que escondieran sus pertenencias..., y también, a su vez, se pondrían a gesticular como locas delante de ellas. Testimonio de Margit Bachner (de soltera, Grossberg), de Kežmarok. *Nazi Civilisation*.

8 . Edita Maliarová llegó a Auschwitz en un convoy procedente de Bratislava y su intención era tranquilizar a sus amigas mientras las desnudaban y las rapaban. Le asignaron el número 3535. *Nazi Civilisation*.

[9](#) . Helen «Helka» Grossman (de soltera, Brody), de Kežmarok. *Secretaries of Death*.

10 . *Memory Book.*

[11](#) . Las mujeres más jóvenes podían llevar pantalones (por lo general abrochados con botones o cremalleras en las caderas), o pantalones de esquí en invierno.

[12](#) . La violencia sexual en los campos siempre fue una amenaza a pesar de que para un alemán ario fuera delito mantener relaciones sexuales con una judía. También existía el riesgo de sufrir un ataque por parte de otras internas. El sexo consentido no era raro entre prisioneras, por el placer físico, el contacto humano, o como forma de conseguir alimentos u otros productos básicos. Comprensiblemente, muchas internas perdían todo impulso sexual. Había quien aseguraba que ello se debía al bromuro que le echaban al té. La desnutrición, las enfermedades y la desesperación también apagaban la libido.

[13](#) . Katka Grünstein (de soltera, Feldbauer), costurera de veinte años del oeste de Eslovaquia. Le asignaron el número 2851.

[14](#) . Lidia Vago (de soltera, Rosenfeld), nacida en 1924 en Transilvania, deportada en junio de 1944 desde Hungría, procesada in Birkenau. Lore Shelley, *The Union Kommando in Auschwitz* .

[15](#) . Anita explicó que su experiencia más traumática en Auschwitz fue el momento en que le raparon el pelo: «Me hizo sentir totalmente desnuda, absolutamente vulnerable y reducida a una completa piltrafa». Anita halló su salvación pasando a formar parte de la orquesta del campo. *Inherit the Truth*.

[16](#) . Entrevista 07138 a Irene Kanka, Archivo de Historia Visual, Fundación USC Shoah.

[17](#) . Renée Düring escribió diversas escenas descarnadas de la vida en el campo, más impactantes aún a causa de su falta de dotes artísticas. Era muy amiga de una prisionera llamada Lien, que se convirtió en una modista «mascota» para las mujeres de las SS. *Criminal Experiments*.

[18](#) . Jane Shuter, *Holocaust, the Camp System* .

[19](#) . El interno David Olère dibujó unos bocetos de los procesos y los edificios de Auschwitz-Birkenau en 1946, entre ellos un dibujo en corte transversal del Crematorio 3, en el que se muestra a unos peinadores trabajando por encima de los hornos, y por encima de la oficina de los supervisores de las SS. *Auschwitz. Not Long Ago. Not Far Away* .

[20](#) . Sybille Steinbacher, *Auschwitz: A History* . Entre otras empresas que se aprovechaban del pelo cortado en los campos estaban Held en Friedland, Alex Zink en Roth, cerca de Núremberg, Dye-Forst Limited en Lusacia y una fábrica de fieltro en Katscher. Cuando Auschwitz fue liberado en enero de 1945, se encontraron casi siete toneladas de pelo en la curtiduría del campo, listas para su envío. *KL Auschwitz Seen by the SS; People in Auschwitz*.

[21](#) . Dominique Veillon, *Fashion under the Occupation* .

22 . *Interrogatorios.*

[23](#) . Lo aseguraba Martin Bormann Junior, según el cual Potthast le mostró unos muebles en su desván hechos con huesos humanos. *My Father's Keeper* .

[24](#) . Sorprendentemente, los piojos infectados de tifus se usaron en intentos deliberados de matar a miembros de las SS en Auschwitz. Según el prisionero Hermann Langbein, un interno polaco, Teddy Pietrzykowski, trabajaba lavando ropa para las SS, por lo tuvo la ocasión de esparcir piojos infectados bajo los cuellos de sus abrigo (*People in Auschwitz*). Al interno Józef Garliński le contaron que Witold Kosztowny, uno de los primeros miembros de la resistencia clandestina, criaba piojos infectados para lanzárselos a odiados miembros de las SS, como Grabner y Palitzsch. *Frau* Luise Palitzsch murió de tifus el 4 de noviembre de 1942, pero no pudo demostrarse la relación. El director médico Siegfried Schwella murió de tifus en mayo de 1942, supuestamente a causa de piojos implantados. Se decía que el informante polaco Stefan Olpinski había sido asesinado al aceptar como regalo un jersey infectado con piojos de miembros de la resistencia de Auschwitz. Enfermó de tifus tras dos semanas y lo trasladaron al Barracón 20, donde murió dos semanas después, a principios de enero de 1944. *Fighting Auschwitz* .

[25](#) . Robert Jan Van Pelt, *Auschwitz 1270 to the Present* .

[26](#) . Emilia descubrió que costaba mucho mantener la ropa blanca, dado que el agua salía amarilla. La colada jabonosa debía llevarse hasta un pozo cercano para aclararla con agua limpia. Los presos que trabajaban en el jardín de los Fritzsch le pedían en secreto jabón de ropa, así como ajos y cebollas para complementar su ingesta de vitaminas. *Frau* Fritzsch preparaba sopa para los prisioneros que trabajaban en el jardín, entre ellos Stanislaw Dubiel, que también trabajaba en la villa de los Höss, pero su marido le prohibió cualquier muestra de generosidad. *Private Lives of the SS* .

[27](#) . *KL Auschwitz Seen by the SS* , recuerdos de Pery Broad.

[28](#) . Durante su juicio, Moll defendió sus actos al afirmar: «Yo no era responsable de poner fin a sus vidas físicamente», algo que contradecía a numerosos testigos oculares que lo acusaron de sadismo, venalidad y de causar miles de asesinatos por sus manos. *Interrogatorios* .

[29](#) . *Nazi Civilisation.*

[30](#) . *Death Dealer.*

[31](#) . *Memory Book.*

[32](#) . Zdenka Fantlová, *The Tin Ring, or How I Cheated Death* . Zdenka fue deportada al campo de concentración de Terezín, a Auschwitz y posteriormente a Bergen-Belsen. Sobrevivió.

[33](#) . La austríaca Eva Schloss, deportada a Auschwitz junto a su madre. Sobrevivieron las dos. La madre de Eva se casó con Otto Frank, padre de Anna, la autora del conocido diario. Eva Schloss, *Después de Auschwitz: la conmovedora historia de la hermanastra de Ana Frank* .

[34](#) . Olga Lengyel, *Five Chimneys*.

[35](#) . Rivka Paskus de Bratislava. *Secretaries of Death*.

[36](#) . *The Tin Ring*.

[37](#) . El sujetador de Marcelle Itzkowitz, confeccionado a partir de una camisa de hombre, se muestra en la exposición ubicada en el antiguo almacén de ropa de Buchenwald, en préstamo del Musée de la Résistance nationale de Champigny-sur-Marne. A ella la detuvieron por sus actividades en la resistencia francesa y la encarcelaron cerca de Leipzig.

[38](#) . Tzvetan Todorov, *Facing the Extreme: Moral Life in the Concentration Camps* .

[39](#) . Alexander Petöfi, luchador por la libertad, murió en 1849. La referencia es de *The Union-Kommando in Auschwitz*.

[40](#) . Helen Kuban (de soltera, Stern), *Nazi Civilisation*.

[41](#) . Entrevista 07138 a Irene Kanka, Archivo de Historia Visual, Fundación Shoah USC.

1 . *Memory Book.*

[2](#) . Entrada del diario de Paul Kremer del 31 de agosto de 1942 y del 2 de septiembre de 1942, *KL Auschwitz Seen by the SS*.

[3](#) . Entrevista con la autora, 2019.

[4](#) . Correspondencia familiar privada, 1945.

5 . En 1942, la WVHA SS-Wirtschaftsverwaltungshauptamt (Oficina Central Económico-Administrativa de las SS) se organizaba en cinco grupos, que incluían el Amtsgruppe D (Grupo D), el encargado de cubrir los campos de concentración, y el Grupo W, que reunía a las empresas de las SS. Los historiadores estiman que el Estado nazi obtuvo unos beneficios netos de treinta millones de marcos vendiendo el producto de una mano de obra forzosa a empresas privadas. *Auschwitz: The Nazis and the Final Solution*.

[6](#) . Lore Shelley, *Post-Auschwitz Fragments* .

1 . *Interrogatorios.*

[8](#) . *Death Dealer.*

[9](#) . La doctora Claudette Kennedy (de soltera, Raphael), viuda de Bloch, nació en 1910 cerca de París y trabajó amistad con Marta Fuchs. Testimonio, *Criminal Experiments on Human Beings*.

[10](#) . Relatado por Anna Binder, amiga de Marta Fuchs, *Auschwitz - The Nazi Civilisation* . Disponer de ropa interior era un lujo prohibido para la mayoría de prisioneras judías, algo que no siempre las privaba de adquirir bragas y sujetadores de contrabando.

[11](#) . Archivo Lore Shelley, Biblioteca Tauber del Holocausto.

[12](#) . Testimonio de Rivka Paskus, *Secretaries of Death*.

[13](#) . Carta de 1945, correspondencia familiar.

[14](#) . Testimonio de Jeannette «Janka» Nagel (de soltera, Berger), *Secretaries of Death* .

[15](#) . Testimonio de Marie-Claude Vaillant-Couturier durante el juicio, citado en *People in Auschwitz*.

[16](#) . Ocurrió en 1944, en un momento en que, bajo la dirección de Höss, hubo una cantidad de asesinatos sin precedentes, producto de la deportación de los judíos de Hungría.

[17](#) . Archivo Lore Shelley, Biblioteca Tauber del Holocausto, testimonio de Marie-Louise Rosé, viuda de Colombain (de soltera, Méchain).

[18](#) . Testimonio de Lidia Vargo, *The Union Kommando in Auschwitz*.

[19](#) . *Born Survivors.*

[20](#) . *People in Auschwitz.*

[21](#) . Testimonio de Ora Aloni (de soltera, Borinski), *Auschwitz - The Nazi Civilisation*.

[22](#) . Testimonio de Irma Grese en el juicio de Luneburgo. Cuando le preguntaron qué clase de látigo usaba, respondió que los hacían en la fábrica de confección del campo, y que eran de celofán.

[23](#) . *Memory Book* .

[24](#) . *Auschwitz Chronicle*.

[25](#) . El Álbum de Auschwitz lo descubrió Lili Jacobs mientras se recuperaba en un edificio de las SS requisado después de su espantosa experiencia en el campo de concentración. Miembros de su propia familia aparecen en algunas de las fotos... asesinados por ser judíos. Tras muchos decenios, el álbum fue adquirido por Yad Vashem y actualmente se expone allí.

[26](#) . *Five Chimneys*.

[27](#) . *Deutsche Ausrüstungswerke GmbH* (Obras Armamentísticas Alemanas Ltd.).

[28](#) . Rudolph Vrba, *I Escaped from Auschwitz* .

[29](#) . Las primeras remesas del botín se almacenaban en el campo principal, en los edificios de las curtidurías. A partir de mediados de 1944, la ropa se guardaba en la ampliación del campo, cerca de las instalaciones de las SS y de los barracones de los prisioneros.

[30](#) . Marceline Loridan-Ivens, *Y tú no regresaste*.

[31](#) . Un tiempo después, aquella *kapo* contrajo el tifus y murió.

[32](#) . Vera Friedlander, entrevistada para *Mothers in the Fatherland* . Salamander, fundada en 1904, se ha convertido en la cadena de tiendas de calzado más grande de Alemania. Hoy cuenta con 150 establecimientos por toda Europa. En su página web del año 2000 declaraban: «Salamander combina con pasión moda, calidad y un servicio esmerado, y ofrece una excelente relación calidad-precio».

[33](#) . *Nazi Looting; Hitler's Beneficiaries.*

[34](#) . Transcripciones del juicio de Höss, 1946. Una protésica dental de Cracovia llamada Marushka tenía asignada la poco envidiable tarea de extraer dientes de oro enteros y fijarlos a unas tarjetas. «Créanme, no era un trabajo agradable», declaró, y se quedaba corta. *Criminal Experiments on Human Beings*.

[35](#) . La orden llegó de la administración de la WVHA de las SS el 6 de enero de 1943, con los datos de la cuenta de la caja de ahorros en la que debían ingresarse todas las sumas de dinero adquiridas. Danuta Czech, *The Auschwitz Chronicle* .

[36](#) . *I Escaped from Auschwitz.*

[37](#) . Hannah Lax, de Checoslovaquia, era adolescente y trabajaba en la rama de Birkenau de Canadá. En un cuestionario no publicado sobre sus experiencias en el campo, escribió: «Boicoteábamos las cosas de valor que encontrábamos y no se las entregábamos a los alemanes». Archivo Lore Shelley, Biblioteca Tauber del Holocausto.

[38](#) . *Out on a Ledge.*

[39](#) . Gerda Weissman Klein, *All But My Life* .

[40](#) . Libuša Breder (de soltera, Reich), testimonio, *999: The Extraordinary Young Women of the First Official Jewish Transport to Auschwitz* . En tanto que interna número 1175, Libuša Reich aparecía en la serie de fotografías tomadas por Karl Höcker. Testificó dos veces, después de la guerra, contra los sádicos SS de las instalaciones de Canadá, entre ellos el *Unterscharführer* de las SS Franz Wunsch, que tenía apenas veinte años cuando entró a servir en Auschwitz. La hija de Libuša, Dasha Grafil, pertenece a la junta directiva del Cultural Homestay International de San Francisco, un programa de intercambio educativo creado por el hijo mayor de Bracha Berkovič, Tom. Bracha fue amiga de Libuša hasta su muerte. La describió como «un ratoncito que corría de aquí para allá», y comentó, con una sonrisa en los labios, que a menudo interrumpía el paso de lista en el campo porque no era capaz de estar mucho rato en el mismo sitio. Entrevista con la autora, noviembre de 2019.

[41](#) . A Zoltan, el marido de Frieda, también lo mataron en el Holocausto, igual que a Bella, el marido de Jolli.

[42](#) . La fecha de defunción de Jolan Grotter (de soltera, Reichenberg), figura como el 27.9.42 en el «Registro de la Muerte» del Museo Estatal de Auschwitz, documento número 33157/1942. Había nacido el 14 de marzo de 1910.

[43](#) . Testimonio de Riva Krieglova, *Criminal Experiments on Human Beings*.

[44](#) . Entrada del 6 de septiembre de 1942, *KL Auschwitz Seen by the SS* . Una de las amigas de colegio de Bracha, Motzen, vio que seleccionaban a su madre ese mismo día, y pidió poder irse con ella, a pesar de saber que serían gaseadas. Así pues, las dos se encontraban entre las mujeres cuya marcha presencié Kremer con tanta complacencia.

[45](#) . Irene contó después ese episodio y dijo que no fue Dios quien le salvó la vida en Auschwitz, sino Bracha.

[46](#) . Cylka o Cyla aparece referenciada en *People in Auschwitz* y en *True Tales from a Grotesque Land* , de Sara Nomberg-Przytyk. Aunque en ellas se muestra cierta comprensión ante la juventud y el instinto de supervivencia de Cylka, ambas fuentes destacan que, por más que detestara haber sido cómplice de la salida de su madre hacia las cámaras de gas, lo cierto era que disfrutaba de su papel de ejecutora. Su historia ha sido novelada por Heather Morris con el título de *El viaje de Cylka* .

[1](#) . Del testimonio que ofreció Stanisław Dubiel al terminar la guerra. APMA-B, recopilación del juicio a Höss, vol. 4, citado en *Private Lives of the SS*.

[2](#) . Agniela Bednarska, APMA-B, Recopilación de Declaraciones, vol. 34, citado en *Private Lives of the SS*.

[3](#) . La afirmación es de Leo Heger, el chófer de Rudolf, y la compartió con Rainer Höss, nieto de Rudolf.

[4](#) . Testimonio de Zofia Abramowiczowa, *Criminal Experiments on Human Beings*.

[5](#) . Testimonio de Lotte Frankl, *Auschwitz - The Nazi Civilisation* ; testimonio de Lidia Vargo, *Criminal Experiments on Human Beings*.

[6](#) . Charlotte Delbo, *Auschwitz and After* .

[7](#) . Tomasz Kobylanski, «Życie codzienne w willi Hössa».

8 . Inmediatamente después de la guerra, Danimann, junto con el también interno Kurt Hacker, empezaron a divulgar las atrocidades cometidas en Auschwitz. También colaboró para llevar a los criminales nazis ante la justicia, entre ellos al sádico Maximilian Grabner. Abandonó la jardinería y ejerció el Derecho.

9 . *Fighting Auschwitz.*

[10](#) . APMA-B, recopilación del juicio a Höss, vol. 4, citado en *Private Lives of the SS*.

[11](#) . *Death Dealer.*

[12](#) . Testimonio en vídeo de Tova Landsman VT 10281 Yad Vashem.

[13](#) . «Hiding in N. Virginia, a daughter of Auschwitz» (Se oculta en el norte de Virginia una hija de Auschwitz), Thomas Harding, *The Washington Post*.

[14](#) . A partir del 3 de junio de 1943, las familias de la guarnición de las SS debían abonar veinticinco marcos a la administración del campo a cambio del uso de mano de obra presidiaria femenina en sus hogares. No se conservan registros escritos de las transacciones. Por supuesto, ninguno de aquellos pagos llegaba jamás a las presas.

[15](#) . En 1974, Maria Jędrysik, que trabajaba en el Museo Estatal de Oświęcim, se dedicó a entrevistar a mujeres que habían trabajado en los hogares de agentes de las SS y suboficiales de la guarnición de Auschwitz. Sus testimonios proporcionaron una aproximación única a la vida doméstica de los miembros de las SS, y los mostraban como seres humanos complejos, con inmensos defectos, y no tanto como aquellos demonios míticos con forma humana. Danuta Rzempeil declaró que Höss era muy cariñoso con sus hijos en casa: «A mí nunca me dirigió la palabra. *Frau* Höss lo organizaba todo. Y menos mal, porque yo le tenía mucho miedo». *Private Lives of the SS*.

[16](#) . Sin duda, Rudolf vivía entregado a sus hijos. En su carta de despedida a Hedwig, le pedía que «eduques a nuestros hijos en el verdadero espíritu humanitario». ¿Toda una ironía inconsciente saliendo de la pluma de un asesino en masa y un racista, o acaso el deseo de que ellos no repitieran sus errores? *Death Dealer*.

[17](#) . Testimonio de Dubiel.

[18](#) . Kmak fue ejecutado el 4 de septiembre de 1943 para tapar la implicación de las SS en el mercado negro que afectaba a las transacciones del matadero de Auschwitz; en tanto que testigo de aquella corrupción, su voz debía silenciarse.

[19](#) . Los documentos firmados se conservan en los archivos de la USHMM.

[20](#) . El relato es de Rainer Höss, contado por Robert Van der Pelt, *Auschwitz. Not Long Ago. Not Far Away*. Conversación sobre la exposición *The Buttons in the 'Auschwitz. Not long ago. Not far away*. Consultada el 10-2-20 en YouTube.

[21](#) . Testimonio de Janina Szczurek, recopilación de declaraciones APMA-B, vol. 34.

[22](#) . *Auschwitz Chronicle*.

[23](#) . Correspondencia con la Dra. Lore Shelley, Biblioteca Tauber del Holocausto; *Criminal Experiments on Human Beings*.

[24](#) . Testimonio de Flora Neumann, *The Union Kommando in Auschwitz*.

[25](#) . Testimonio de Ora Aloni (de soltera, Borinski), *Auschwitz - The Nazi Civilisation* . Ora aseguró que fue «el ángel de la muerte» la persona que le pidió aquella muñeca especial; el apelativo correspondía a la conocida guardia Irma Grese.

[26](#) . *Five Chimneys.*

[27](#) . *People in Auschwitz.*

[28](#) . *KL Auschwitz Seen by the SS.*

[29](#) . Juicio a Höss, vol. 12, ficha 178, citado en *KL Auschwitz Seen by the SS*.

[30](#) . Maria Stromberger, testigo en el juicio a Höss.

[31](#) . Discurso de Heinrich Himmler a las SS en Poznan el 4 de octubre de 1943,
Documents on the Holocaust.

[32](#) . Testimonio de Sonja Fritz, *Criminal Experiments on Human Beings*.

[33](#) . *The Times* , febrero de 2019, «East Germany “turned a blind eye to Auschwitz war criminals”», (Alemania Oriental «hizo la vista gorda ante los criminales de guerra de Auschwitz»). Oliver Moody, consultado en febrero de 2019. <https://www.thetimes.co.uk/article/east-germany-turned-a-blind-eye-to-auschwitz-war-criminals-s9lg7tl8j> .

[34](#) . Citado en *Auschwitz. Not Long Ago. Not Far Away*.

[35](#) . Entrevistada por el periodista Uwe Westphal en mayo de 1985, *Fashion Metropolis Berlin*.

[36](#) . Testimonio del sargento técnico de las SS Robert Sierek en presencia de Robert Mulka.

[37](#) . El doctor Kremer también asistió como invitado a la cena y anotó el menú en la entrada de su diario del 23 de septiembre de 1942. *KL Auschwitz Seen by the SS*.

[38](#) . Manuscrito no publicado «*Memories of Auschwitz and my brother-in-law Rudolf Höss*» , citado por Rainer Höss, *Das Erbe des Kommandanten*.

[39](#) . *Das Erbe des Kommandanten.*

[40](#) . *People in Auschwitz.*

[41](#) . *Gästbuch der familie Höß 1940 Auschwitz* (Libro de visitas de la familia Höss), 1945, Ravensbrück, Yad Vashem 051/41, 5521.

[42](#) . Detalles de Solahütte, como se muestran en el extraordinario álbum de fotografías recogidas por el ayudante Karl Höcker, actualmente en el USHMM. Curiosamente, la doctora Lore Shelley, exinterna de Auschwitz, responsable de clasificar y publicar muchos de los testimonios de los supervivientes, entre ellos los de la *Obere Nähstube* , vio que le devolvían algunos de los bienes de su familia gracias a la intercesión de Höcker con las personas que los habían mantenido ocultos. Este, después de la guerra, llegó a ser una persona respetada en la ciudad natal de Shelley, Lübbecke. *Post-Auschwitz Fragments*.

[43](#) . Testimonio de Herta Fuchs, *The Union Kommando in Auschwitz* ; Langbein, *People in Auschwitz*.

[44](#) . Carta de Helena Kennedy (de soltera, Hochfelder), a la miembro de la orquesta Lili Mathe, Centro para la Educación y el Aprendizaje sobre el Holocausto, Universidad de Huddersfield.

[45](#) . *Memory Book.*

[46](#) . *Death Dealer.*

[47](#) . Stromberger, 1947. Testimonio en el juicio a Höss.

[48](#) . Esta versión de la historia la contó Rainer Höss, nieto de Hedwig, en *Das Erbe des Kommandanten*.

[49](#) . Correspondencia entre Rudolf Höss y el psiquiatra G. M. Gilbert, *Death Dealer*.

[50](#) . Declaración policial, citada en *Eine Frau an seiner Seite*.

[51](#) . Correspondencia del Dr. Hans Münch con Lore Shelley, *Criminal Experiments on Human Beings*. Según un relato que aparece en *The Nazi Doctors*, de Robert Jay Lifton, se recompuso lo bastante como para terminar una disertación sobre las fiebres tifoideas, llevar a cabo experimentos sobre el tifus con los prisioneros y asistir a selecciones para la cámara de gas.

[52](#) . Una edición alemana de *People in Auschwitz*, de Hermann Langbein, propiedad de Hedwig Höss.

[53](#) . Discurso de Poznan del 4 de octubre de 1943, *Documents on the Holocaust*.

[54](#) . *The Private Heinrich Himmler* , Katrin Himmler y Michael Wildt (eds.).

[55](#) . Transcripciones del juicio a Höss 1946.

[56](#) . *People in Auschwitz.*

[57](#) . *Eine Frau an seiner Seite.*

[58](#) . *People in Auschwitz.*

[59](#) . Testimonio de Aleksandra Stawarczyk, de catorce años, en *Private Lives of the SS*.

[60](#) . *People in Auschwitz.*

[61](#) . Testimonio de Władysława Jastrzębska, de catorce años, en *Private Lives of the SS*.

[62](#) . *People in Auschwitz.*

[63](#) . Correspondencia electrónica con la autora.

[64](#) . *Private Lives of the SS.*

[65](#) . El nombre de esa segunda costurera aún no se conoce. Podría tratarse de la tía de Rahel «Rózsika» Weiss, la adolescente protegida por Marta en el Obere Nähstube. Esa tía ayudó a crear el salón de moda original, pero murió en Auschwitz. Se espera que nuevas investigaciones arrojen algo más de luz sobre su identidad.

[66](#) . Kobylanski.

1 . *Death Dealer.*

[2](#) . *Death Dealer.*

3 . «Record-Keeping for the Nazis and Saving Lives, a conversation with Katya Singer» (Llevar el libro de registros para los nazis y salvar vidas), de Susan Cernyak-Spatz & Joel Shatzky. <https://jewishcurrents.org/record-keeping-for-the-nazis-and-saving-lives/> . Consultado el 29-9-19.

[4](#) . *I Escaped from Auschwitz.*

[5](#) . Entrevista a Irene Kanka, 07138, Archivo de Historia Visual, USC Fundación Shoah.

[6](#) . A Hunya la amenazaron con instalarla de manera permanente en el bloque de experimentos médicos. *Memory Book*.

[7](#) . Marishka era prima del cuñado de Hunya. Sobrevivió a su paso por los campos y emigró a Estados Unidos poco después del fin de la guerra. Se instaló en la zona de Nueva York con su hija adoptiva, Margery.

[8](#) . Testimonio en vídeo de Tova Landsman, VT 10281 Yad Vashem.

[9](#) . Maria Maul era apreciada por las mujeres a su cargo. Testificó ante el Tribunal del Distrito de Pirna el 21-5-1963.

[10](#) . Erika Kounio, deportada junto a su madre desde Tesalónica, Grecia, empezó a trabajar en el *Todesabteilung* , el Departamento de la Muerte, donde los fallecimientos de los prisioneros se registraban con una falta total de precisión: la causa de la muerte nunca era «asesinato»; siempre había que referirse a alguna causa natural. En último término, ni siquiera el personal más eficiente era capaz de asumir las decenas de miles de muertes, y además se les ordenaba que no registraran en absoluto las muertes de judíos. *Secretaries of Death*.

[11](#) . *Memory Book* . Las habitaciones del sótano del *Stabsgebäude* por las que los primeros prisioneros polacos enviados a Auschwitz ingresaron en la vida del campo. Allí los apalearon, los desnudaron, los raparon y los numeraron.

[12](#) . *Auschwitz - The Nazi Civilisation* , testimonio de Sophie Sohlberg, de soltera Löwenstein, nacida en 1923, Alemania.

[13](#) . Postal en alemán fechada el 7-6-1943 en Birkenau. Archivo de la Casa del Combatiente del Gueto.

[14](#) . Correspondencia familiar, colección privada, postal fechada el 3-4-1944.

[15](#) . *Secretaries of Death.*

[16](#) . *Death Dealer.*

[17](#) . Entrevista a Irene Kanka, 07138, Archivo de Historia Visual, USC Fundación Shoah.

[18](#) . *Death Dealer.*

[19](#) . A día de hoy existe cierta confusión respecto a Šari. La sobrina de Hunya, Gila, recuerda a una tal Šari Grünwald, muy probablemente una interna que trabajaba en el *Politische Abteilung* de Auschwitz, pero es más probable que la Šari del taller de costura sea Šari Grünberg. El hijo mayor de Marta recuerda a una tal Šari Maltz (de soltera, Grünberg), que sobrevivió a los campos de concentración y emigró a Israel después de la guerra, donde formó una familia. Se sumó a las reuniones informales de otros supervivientes, y se llevó a Jurak a visitar a Hunya en su apartamento de Tel Aviv, y le contó lo agradecida que estaba con Marta por haber organizado su traslado al refugio del taller de costura.

[20](#) . *Auschwitz – The Nazi Civilisation.*

[21](#) . Dina Gold, *Stolen Legacy*; Uwe Westphal, *Fashion Metropolis Berlin*.

[22](#) . Testimonio de Rezina Apfelbaum y el profesor Avri Ben Ze'ev a través de correspondencia con la autora. Rezina —a la que su familia llamaba *schneider'ke*, «joven modista» en yidis— sobrevivió a los campos. La palabra «imposible» no figuraba en su vocabulario, y se convirtió en una persona legendaria para su familia cuando emigró a Israel. A la hermosa Lilly la mató de un tiro su amante de las SS justo antes de la evacuación de Auschwitz.

[23](#) . *Memory Book.*

[24](#) . *Auschwitz - The Nazi Civilisation.*

[25](#) . Testimonio en vídeo de Tova Landsman VT 10281 Yad Vashem.

[26](#) . *Auschwitz - The Nazi Civilisation* , testimonio de Hunya Hecht.

[27](#) . *Auschwitz - The Nazi Civilisation* , testimonio de Hunya Hecht.

[28](#) . *Auschwitz - The Nazi Civilisation* , testimonio de Hunya Hecht; también nota manuscrita, Archivo Lore Shelley, Biblioteca Tauber del Holocausto.

[1](#) . Correspondencia de Alida Vasselin, Archivo Lore Shelley, Biblioteca Tauber del Holocausto: *«Notre vie quotidienne était axée sur la solidarité et le soutien à ceux qui souffraient plus que nous»*.

[2](#) . La historia la cuenta Sara Nomberg-Przytyk en *Auschwitz: True Tales from a Grotesque Land* , y la anécdota la da por buena Hermann Langbein en *People in Auschwitz* , aunque no está confirmada. Josef Garlinksi, en *Fighting Auschwitz* , proporciona una versión alternativa —y más ampliamente aceptada— de lo ocurrido, según la cual fue una bailarina polaca llamada Franciszka Mann la que hirió mortalmente al agente de las SS Josef Schillinger el 23 de octubre de 1943 en el Crematorio II. Manci Schwalbová completó su formación médica terminada la guerra y trabajó como doctora en el hospital infantil de Bratislava. Su libro titulado *Vyhasnute oči* (Ojos apagados) fue uno de los primeros relatos sobre Auschwitz que aparecieron en eslovaco. Antes de su fallecimiento en la Residencia de Ancianos Judíos, recibió las visitas de supervivientes del *Stabsgebäude* .

[3](#) . Entrevista con la autora, noviembre de 2019.

[4](#) . Entrevista con la autora, noviembre de 2019. Esa mujer sin nombre era amiga de Charlotte Garrigue, la esposa de Tomáš Masaryk.

[5](#) . La mujer se llamaba Sabina. Sobrevivió en la Sección Política del *Stabsgebäude* . *Memory Book*.

[6](#) . Testimonio de Anna Binder, *Auschwitz - The Nazi Civilisation*.

[7](#) . Correspondencia de Alida Vasselin, archivos Lore Shelley, Biblioteca Tauber del Holocausto: *«Dans notre Commando de couture nous avons chapardé tout ce que nous avons put pour le transmettre a ceux qui en avait le plus besoin»*.

[8](#) . Conversación con Paul Kanka, enero de 2020.

[9](#) . *Memory Book* . Lina es posiblemente Helene Wilder (de soltera, Stark).

[10](#) . Maria Bobrzecka —nombre en código: «Marta»— enviaba a escondidas suministros desde su farmacia, situada en la cercana Brzeszcze. Las lugareñas Maria Hulewiczowa y Justyna Hałupka eran dos de las «mulas» que introducían en el campo miles de ampollas con medicamentos salvadores. Galinski, *Fighting Auschwitz* .

11 . <https://www.mp.pl/auschwitz/journal/english/206350,dr-janina-kosciuszkowa> . La doctora Kosciuszkowa trató a los supervivientes del Levantamiento de Varsovia mientras estuvo en Birkenau.

[12](#) . Testimonio de Maria Stromberger, juicio a Höss en Cravovia, 25 de marzo de 1947.

[13](#) . *People in Auschwitz.*

[14](#) . Testimonio de Herta Soswinski (de soltera, Mehl), *Auschwitz - The Nazi Civilisation* . Herta fue un miembro activo de la célula comunista de la resistencia.

[15](#) . Postal manuscrita, correspondencia familiar, colección privada: «*Lieber Ernö, mit unendlich viel Freude erhielt ich deine Karte von 28.4. in der Du uns so ausführlich über alle meine Lieben berichtest. Für meine Dankbarkeit Dir und Euch gegenüber find ich keine Worte (. . .) Ich küsse Euch tausendmal und bin im Gedanken immer mit Euch*».

[16](#) . Archivo de la Casa-Museo del Luchador del Gueto, dirigida a E. Reif, Bratislava Törökova 11, firmada por «Berta». Por desgracia, Ernst Reif tuvo que abandonar su escondite y fue abatido por los nazis. La mujer que lo había ocultado, su compañera de clase Margita Cíglerová, se salvó de la deportación en el último momento y sobrevivió a la guerra, igual que la hermana de Ernst.

[17](#) . Katarina Prinz, en el *Unterkunst* (*kommando* de alojamiento). La persona que la ayudó era Eugen Nagel de Bratislava. Se casó con él después de la guerra y emigraron a Australia. Correspondencia con Lore Shelley, Biblioteca Tauber del Holocausto.

[18](#) . Rudasch fue detenido tras la guerra, pero se le retiraron los cargos cuando una prisionera testificó a su favor. Testimonio de Lilly Kopecky, *Secretaries of Death*.

[19](#) . Archivo de la Casa-Museo del Luchador del Gueto. De Margit Birnbaum, Stabsgebäude, Birkenau, junio de 1943. *«Du kannst Dir garmicht verstellen was für unsagbar grosse Freude wir haben, wenn so Pestausteilung gibt und wir wenigstens von Euch Post bekommen.»*

[20](#) . Postal manuscrita, correspondencia familiar, colección privada, 1 de enero de 1943: «*Ladet Euch Frau Vigyáz ein soll sie immer bei Euch sein sie ist sehr nützlich im Haushalt* ». Rósa, la madre de Marta, sobrevivió a la guerra escondida en Hungría. Dezső, su padre, murió de cáncer mientras se hallaba oculto en 1944.

[21](#) . *The Rooster Calls* , Gila Kornfeld-Jacobs.

[22](#) . Interna de la Oficina Central de Construcción. *Auschwitz - The Nazi Civilisation*.

[23](#) . Eso ocurría a mediados de 1944. Las tres mujeres involucradas en los trabajos de copia eran Krystyna Horczak, Valeria Valová y Věra Foltýnová.

[24](#) . En la actualidad, las fotografías las custodia el Museo Estatal de Auschwitz-Birkenau.

[25](#) . El nombre en clave de Łasocka era «Tell». Trabajaba para la Pomoc Więźniom Obozów Kocentracyjnych (Ayuda a los Prisioneros de Campos de Concentración). La fotógrafa Pelagia Bednarska era soldado en el Ejército Nacional polaco, el *Armia Krajowa* . Los negativos que ella reveló fueron sacados a escondidas de Auschwitz en septiembre de 1944 con la idea de mostrar al mundo pruebas de las atrocidades cometidas en los campos de exterminio. Se usaron como evidencias en el juicio a Rudolf Höss. En la declaración que hizo tras la guerra, Maria Stromberger afirmó que los libros de registro (las listas de prisioneros) le fueron entregados al enlace de la resistencia Natalia Spak el 29 de diciembre de 1944. Stromberger había conseguido salvar dos volúmenes de entre los cascotes de un edificio bombardeado por los aliados el 26 de diciembre de 1944 con la ayuda de una prisionera yugoslava llamada Mira, que solo tenía catorce años cuando la deportaron a Auschwitz. Stromberger salió de Auschwitz el 7 de enero de 1945 y fue trasladada a una clínica neurológica de Praga.

[26](#) . *Fighting Auschwitz.*

[27](#) . Świerczyna tramó su propia huida en noviembre. Ayudado y alentado por dos hombres de las SS, él y otros cuatro prisioneros se ocultaron en un camión de ropa sucia que salía del campo el 27 de octubre de 1944. Fueron traicionados, interrogados y ahorcados en el exterior de las cocinas principales del campo, y murieron gritando consignas desafiantes. *Fighting Auschwitz*.

[28](#) . Las cifras relativas a las fugas resultan, lógicamente, difíciles de verificar. Las propias estimaciones de Höss no son fiables. Se cree que huyeron 802 personas (757 hombres y 45 mujeres), de las que 327 fueron atrapadas y 144 consiguieron su propósito. No puede darse por sentado que estas últimas se librasen de ser detectadas en alguna otra parte, ni que sobrevivieran a la guerra. *Auschwitz: A History* . La mitad de los huidos eran polacos, que se aprovechaban de encontrarse en su país durante la huida. Solo cabe especular sobre el motivo de que las mujeres fueran relativamente pocas: no eran miembros clave de los movimientos clandestinos, formados sobre todo por varones militares; tenían menos ocasiones de establecer contacto con contratistas civiles fuera del campo; sus condiciones en Birkenau las debilitaban tanto que carecían de la energía mínima requerida para intentar una huida; culturalmente, habían sido educadas en la aversión al riesgo; estaban comprometidas con los cuidados a otras internas; y se enfrentaban al peligro adicional de la violencia sexual durante su huida. Muchas de las fugadas eran del Comando Penal de Budy, uno de los campos satélites.

[29](#) . *Memory Book.*

30 . La fuga culminó con éxito y los dos sobrevivieron a la guerra, pero se separaron y solo décadas después volvieron a encontrarse.
<http://www.jerzybielecki.com/cyla-cybulska.html> .

[31](#) . *I Escaped from Auschwitz.*

[32](#) . En mayo, Czeslaw Mordowics y Arnošt Rosin también consiguieron huir y aportaron sus propios testimonios. Con el tiempo consiguieron contactar con Vrba y Wetzler. *I Escaped from Auschwitz.*

[33](#) . Carta al secretario británico de Asuntos Exteriores Anthony Eden, 11 de julio de 1944. Eden se dirigió en un discurso a la Cámara de los Comunes recurriendo a información extraída del informe Vrba-Wetzler. *I Escaped from Auschwitz.*

[34](#) . Testimonio en vídeo de Tova Landsman VT 10281 Yad Vashem.

[35](#) . Carta de Renée Adler (de soltera, Ungar), 1945, correspondencia familiar, colección privada.

[36](#) . Herta Soswinski (de soltera, Mehl), de Moravia del Sur: miembro de la clandestinidad comunista en Auschwitz con la doctora Anni Binder y en enlace con Ernst Burger, y trabajadora en la Oficina Central de Construcción del *Stabsgebäude* . *Auschwitz - The Nazi Civilisation*.

[37](#) . Raya Kagan (de soltera, Rapaport) —también conocida como Raissa o como Raïa— nació en 1910 en la Rusia zarista. Fue deportada desde Drancy, Francia, el 22 de junio de 1942, y acabó trabajando como intérprete en los interrogatorios de la *Politische Abteilung* . Escribió un relato detallado de la fuga de Mala y Edek en su libro *Nashim b'lishkat HaGehinom*, publicado en 1947: «Mujeres de la Oficina del Infierno: crónica de Oświęcim». Era amiga de Hunya Volkmann-Hecht y de la doctora Lore Shelley, que recabó testimonios de las internas del *Stabsgebäude* . También aportó pruebas en el juicio a Adolf Eichmann celebrado en 1961 en Israel. En la grabación del juicio se ve a una Kagan clara y concisa en sus declaraciones; Eichmann parece aburrido. Con el tiempo fue ingresada a causa de una enfermedad mental y murió en Israel en 1997, a los ochenta y siete años. La historia de Mala Zimetbaum también se explica en *Secretaries of Death* , de Jenny Spritzer.

[38](#) . Entrevista con la autora, noviembre de 2019.

[39](#) . Entrevista con la autora, noviembre de 2019.

[40](#) . *Al HaMishmar* , 29 de diciembre de 1964.

[41](#) . *Memory Book.*

42 . Dr Na'ma Shik, «Women Heroism in the Camp», conferencia online de Yad Vashem consultada el 30-5-20. https://www.youtube.com/watch?v=eVpO3lvhVmA&feature=youtu.be&utm_source=newsletter&utm_medium=email&utm .

[43](#) . Lore Shelley, *The Union Kommando in Auschwitz*.

[44](#) . Testimonio de Israel Gutman, *The Union Kommando in Auschwitz* . Gutman creía que un prisionero llamado Eugen Koch fue el responsable de las detenciones de las mujeres. Supuestamente, Koch había seducido a Ala Gertner.

[45](#) . Testimonio en vídeo de Tova Landsman VT 10281 Yad Vashem. Existe una placa en memoria de las cuatro jóvenes ejecutadas por su participación en el levantamiento del *Sonderkommando* , en Fröndenberg, Alemania, sede de la central del Weischellmetal Union Werke HQ; otra placa se encuentra en Jerusalén.

[46](#) . Nota de Hunya Hecht (Volkmann) en el Archivo Lore Shelley, Biblioteca Tauber del Holocausto.

[1](#) . *Rena's Promise: A Story of Sisters in Auschwitz* , Rena Kornreich Gelissen y Heather Dune Macadam.

[2](#) . *Auschwitz Chronicle*.

[3](#) . *Auschwitz Chronicle*.

[4](#) . La última mención registrada de prisioneras testigos de Jehová empleadas en la casa de los Höss es del 6 de noviembre de 1944, lo que sugiere que su partida tuvo lugar sobre esa fecha. *Auschwitz Chronicle*.

[5](#) . *Memory Book.*

[6](#) . Entrevista con la autora, noviembre de 2019.

[7](#) . Entrevista a Irene Kanka 07138, Archivo de Historia Visual, Fundación Shoah USC.

[8](#) . Correspondencia con Rezina Apfelbaum y Avri Ben Ze'ev. En Auschwitz quedaron aproximadamente unas cuatro mil mujeres enfermas. Tras la liberación, Rezina, eternamente resiliente, comentó: «No podemos esperar, debemos tomar la iniciativa nosotros mismos», y reclutó a un alemán para que los escoltara desde el campo, y además consiguió un caballo y una carreta para que los llevara a la estación de tren más cercana. Cuando llegó a Budapest, pesaba solo veintinueve kilos.

[9](#) . Se calcula que entre nueve mil y quince mil personas murieron durante las evacuaciones a pie desde Auschwitz. Se han llevado a cabo algunas iniciativas desde el fin de la guerra para poner nombres a esas muertes anónimas y para dejar constancia de sus lugares de enterramiento.

[10](#) . Entrevista con la autora, noviembre de 2019.

[11](#) . Testimonio de Hönig (de soltera, Reiner), *Secretaries of Death*.

[12](#) . *Memory Book.*

[13](#) . Testimonio de Lidia Vargo, *The Union Kommando in Auschwitz*.

[14](#) . Entrevista con la autora, noviembre de 2019.

15 . *Memory Book.*

[16](#) . Alida y Marilou fueron liberadas por los rusos en Mauthausen el 22 de abril de 1945. En ese momento Marilou supo que su marido había muerto en uno de los subcampos de Mauthausen.

[17](#) . *Memory Book.*

18 . *Memory Book.*

[19](#) . Entrevista con la autora, noviembre de 2019.

[20](#) . Tras la liberación, las aptitudes de Ilona no pasaron desapercibidas para el personal médico británico ni para las esposas de los oficiales ingleses destinados en las inmediaciones de Belsen. Cosió para ellos hasta que pudo ahorrar el número suficiente de cigarrillos, que entregó a cambio de que la llevaran en un tren de carbón hasta Budapest. Su casa había sido ocupada por un conductor de autobuses. Su mujer llevaba puesto uno de sus vestidos, que había sacado de su armario. «¿Por qué has vuelto?», le preguntó la mujer. Ilona volvió a coser para sus antiguas clientas, una vez que estas supieron que estaba viva. La inflación hacía imposible comprar telas, y todavía había antisemitas que hablaban de devolver a los judíos a Auschwitz, así que Ilona escapó a Viena con su marido, Lazlo Kenedi, en la década de 1950 —su primer esposo había sido asesinado en Rusia—, y desde allí se trasladaron a Inglaterra. Ya como Helena Kennedy, abrió un prestigioso salón de costura en Leeds especializado en vestidos de novia y ocasiones especiales para las familias más pudientes de la ciudad. Obituario de Helena Kennedy, *Jewish Chronicle* , 27 de octubre de 2006; Hilary Brosh, *Threads of Life*.

[21](#) . Entrevista con la autora, noviembre de 2019.

[22](#) . *Memory Book.*

[23](#) . *Memory Book.*

[24](#) . Erika Kounio, *From Thessaloniki to Auschwitz and Back*.

[25](#) . *Memory Book.*

26 . *Das Erbe des Kommandanten.*

[27](#) . *Glanz und Grauen.*

[28](#) . «SS bunker, Dachau SS compound», *catalog.archives.gov* . Departamento de Defensa. Departamento del Ejército de Tierra (Estados Unidos), 14 de mayo de 1946. Recuperado el 15 de diciembre de 2019.

[29](#) . Véase Rgensburg-Zweigstelle Straubing I Js 1674/53 (anteriormente München II Da 12 Js 1660/48), StA Nürnberg, GstA en OLG Nürnberg 244.

[30](#) . Entre todas las prendas, destacaba un elegante chaleco bávaro —de lana gris con ribetes verdes y cinco botones de metal— que había saqueado en el Canadá de Auschwitz y que había llevado su hijo mayor, Hans-Jürgen, antes de pasárselo al hijo pequeño, Rainer.

[31](#) . *Death Dealer.*

[32](#) . *Das Erbe des Kommandanten.*

[33](#) . Interrogatorio a Hedwig Höss, Stg. de la Sección 92 (Subárea Sur), Archivos Yad Vashem, documento 051/41, 5524 Hoess, citado en Gertrud Schwartz, *Eine Frau an seiner Seite* .

[34](#) . *Hanns y Rudolph*. A principios de la década de 1950, la que había sido costurera y amiga de Hedwig, Mia Weisborn, le encontró un apartamento en la localidad de Luisburgo.

[35](#) . *Dear Fatherland* , Margaret Bourke-White. La periodista estadounidense Bourke-White recorrió Bohemia, Moravia y Eslovaquia tras el *Anschluss* de 1938. También fue testigo directo de los saqueos que los estadounidenses perpetraron a las pertenencias alemanas. Una amistad de otro tiempo con la que se encontró en Berlín le demostró que su antisemitismo seguía intacto al criticar los supuestos privilegios de las supervivientes de los campos de concentración, que entraban en las tiendas alemanas y pedían ser atendidas primero y se llevaban camisas, medias y ropa interior.

[36](#) . Entrevista con Irene Kanka, 07138, Archivo Histórico Visual, Fundación Shoah USC.

[37](#) . Testimonio de Aranka Pollock (de soltera, Klein), *Secretaries of Death*.

[38](#) . Entrevista con la autora, noviembre de 2019.

[39](#) . Rezina siguió cosiendo para sus hijos y sus nietos tras su boda y su emigración a Israel, tanto ropa de diario como modelos de gran calidad.

[40](#) . Cuando regresó a su casa, a Fécamp, fue a buscarla a la estación Vasselin, otro prisionero de guerra. Vivieron juntos treinta y dos años, brindándose apoyo mutuo, antes de casarse. *Auschwitz - The Nazi Civilisation* .

[41](#) . Correspondencia con Lore Shelley, Biblioteca Tauber del Holocausto.

[42](#) . Notas del diario que llevó Marta Fuchs tras la liberación, documentos particulares de la familia.

[43](#) . Marta anotó algunas notas sobre su huida y viajes posteriores usando un papel que seguramente se llevó de las oficinas del *Stabsgebäude* . En la Polonia ocupada por los rusos, fue interrogada por Stanisław Kowalsky, de la NKVD (la policía política rusa), y dio los nombres de camaradas comunistas que podían dar fe de la veracidad de su declaración: Dr. Anna Koppich, Cica Shapira, Gabor Ditta, Franz Danimann, Hans Goldberger, Erich Kosak, Kurt Hacker y Emil Gumeiner.

[44](#) . Conversación con la autora, mayo de 2020.

[45](#) . Testimonio de Historia Oral del Dr. Leo Kohút, Biblioteca Tauber del Holocausto. Número de acceso: 1999.A.0122.708 | Número de registro: RG-50.477.0708.

[46](#) . Rošika, o *Tschibi* —la Gallinita—, también conocida como Rahel Weiss, acabó encontrando a una tía con la que vivir. Emigró a Israel, se casó y tuvo hijos. Bracha la visitó en Israel.

[47](#) . El matrimonio duró sesenta y siete años.

[48](#) . El salón era propiedad de Helena Baumgartnerová, y su dirección era Praha 1, Kříževnická 3. En abril de 1947, su licencia de trabajo establece que está empleada como costurera para Ondřej Meisel, výroba konfekce, Praha 1, Templova 6.

[49](#) . Los tres hijos de Marta eran Juraj, Peter y Katarína (gemelos), nacidos en 1949 y 1950 en Praga.

[50](#) . La familia Katz se cambió el apellido por el de Kanka en 1963 para evitar el antisemitismo, pues Katz era un apellido claramente judío. Algo parecido hicieron los Reichenberg, que se lo cambiaron por el de Liberec, que era la versión checa de la localidad de Reichenberg.

[51](#) . Conversación con Yael Aharoni, Tel Aviv, enero de 2020.

[52](#) . Entrevista con Avri Ben Ze'ev, Tel Aviv, enero de 2020.

1 . Conversación con Yael Aharoni, Tel Aviv, enero de 2019.

[2](#) . Como no supo nada más de sus hijas tras la deportación, Karolína Berkovič dedujo que seguramente algo trágico le habría sucedido a su familia. Entregó papeles y álbumes de fotografías a un amigo católico de Bracha, Vlado Kinčik, que ya se había negado a sumarse a la guardia de Hlinka en Eslovaquia, a la que llamaba «gentuza». Él conservó aquellos bienes tan preciados y se los devolvió a Bracha y a Katka después de la guerra.

[3](#) . En la década de 1960, Renée le pasó a su hijo mayor, Rafi, un librito en hebreo titulado *El taller de costura de Marta* , un relato sobre el Estudio Superior de Confección del *Stabsgebäude* de Auschwitz. Sabía que debía ser importante, pero en la actualidad no recuerda su contenido. Hasta la fecha no se ha localizado ningún ejemplar.

[4](#) . Erika Amariglio Kounio, *From Thessaloniki to Auschwitz and Back*.

[5](#) . Pavel, el hijo de Irene, transcribió su testimonio en vídeo del alemán al inglés para ayudarme en la elaboración del libro. Hasta ese momento nunca había sido capaz de visionar la grabación, y para él fue algo horripilante y a la vez catártico. Hace falta mucho valor para reconocer plenamente el trauma experimentado por un ser querido.

[6](#) . Herta, la prima de Marta Fuchs, consiguió emigrar a Estados Unidos, donde se casó. Pero sus documentos personales demuestran que libró una larga batalla para que se le reconocieran los profundos efectos de su encarcelamiento, tanto físicos como psicológicos.

[7](#) . A lo largo de los últimos cuarenta años, más de un millón de estadounidenses, cuatrocientos mil estudiantes extranjeros y millones de padres y parientes de esos alumnos se han implicado en proyectos del CHI para tender puentes de amistad en todo el mundo. Todo un antídoto contra el fanatismo, la división, la intolerancia y el odio racial.

[8](#) . Testimonio en vídeo de Tova Landsman, Fundación Shoah.

[9](#) . Correspondencia por correo electrónico con la familia Minárik, 2019-2020.

[10](#) . Conversación con Yael Aharoni, Tel Aviv, enero de 2019.

[11](#) . El proyecto escolar de Gila se compartió entre la familia más próxima, pero después, durante muchos años, quedó olvidado. Su prima Yael encontró una copia mecanografiada. A través de una red de contactos, tuve el privilegio de ponerme en contacto con Gila. Ella, con gran generosidad, dedicó bastante tiempo a traducir el *Memory Book* , que es como se titulaba, del hebreo al inglés, y por eso, hoy, la historia de Hunya puede compartirse con un público más amplio, como se merece.

[12](#) . Fritz Institut, Fráncfort del Meno.

[13](#) . Entrevista con Eldad Beck en «The Criminal Grandson of the Commander of Auschwitz», *Israel Hayom* , 28-7-20.

14 . *Das Erbe des Kommandanten.*

[15](#) . El historiador Tom Segev entrevistó a varias esposas de destacados miembros de las SS. *Eine Frau an seiner Seite*.

[16](#) . Carta de Lore Shelley a Ann West, 26 de abril de 1987. Archivo Lore Shelley, Biblioteca Tauber del Holocausto.

[17](#) . Dra. Lore Shelley, *Post-Auschwitz Fragments*.

[18](#) . El último matrimonio de Hunya fue con Otto Hecht, en Israel. Acabaron divorciándose.

[19](#) . Dra. Lore Shelley, «Jewish Holocaust Survivors' Attitudes Toward Contemporary Beliefs About Themselves», The Fielding Institute 1982, reimpresso a partir de *Dissertation Abstracts International* , vol. 44, n.º 6, 1983.

[20](#) . Correspondencia entre Hunya Hecht y Lore Shelley, Biblioteca Tauber del Holocausto.

[21](#) . Carta del 30 de noviembre de 1987 a Menachem Rafalowitz, archivo Lore Shelley, Biblioteca Tauber del Holocausto.

[22](#) . Hermann Langbein se refiere a la reunión de 1968 en Ramla, Israel, de un grupo de antiguas trabajadoras del *Stabsgebäude* , seguramente auspiciada por Regina Steinberg, secretaria del *Rottenführer* de las SS Pery Broad. Este adoraba la música de la orquesta gitana de Birkenau. También ayudó a gestionar la muerte en las cámaras de gas de toda la comunidad gitana de Birkenau. Las veinte mujeres que asistieron al encuentro eran, en su mayoría, del primer contingente de deportadas eslovacas. Langbein esperaba recabar información para su libro, pero solo pudo contemplarlas maravillado mientras ellas hablaban todas a la vez, recordándose unas a otras episodios divertidos.

[23](#) . Testimonio de Alida Vasselin, *Auschwitz - The Nazi Civilisation*.

[24](#) . Eva era la hija de Turulka, hermana de Marta, y del hermano de Irene, Laci Reichenberg.

[25](#) . En conversación con Thalia Soffair, hija del hermano de Irene Armin Reichenberg.

[26](#) . Bracha, excepcionalmente, salió de la Checoslovaquia dominada por el régimen socialista y pudo viajar al «oeste». Visitó el campo de Mauthausen, en Austria, y pasó un día en Viena, donde se bebió su primera Coca-Cola. Irene Reichenberg no regresó nunca a Auschwitz. Para ella ya había sido suficientemente devastadora su visita a Bratislava para descubrir que gran parte de la calle Židovská (incluida su casa del número 18) había sido derribada a fin de poder construir una calle moderna.

[27](#) . La familia Soj vivió en la casa hasta 1972, cuando se la vendieron a la familia Jurczak, que residía en la villa cuando Rainer Höss, nieto de Hedwig y Rudolf, entró a visitarla durante la realización de un documental. Tomasz Kobylański, «Życie codzienne w willi Hössa», *Polityka* , enero de 2013.

[28](#) . El Museo Estatal de Auschwitz cuenta con un equipo de conservación bien equipado que trabaja en la estabilización de tejidos vulnerables, como los de los chales de oración judíos y otras prendas clave de la inmensa colección textil. Inevitablemente, las piezas orgánicas se deterioran... ¿Hasta qué punto se permitirá que se desintegren los vestigios de esos asesinatos en masa? ¿O deben ser conservados más allá de su existencia natural para que sirvan de prueba?

[29](#) . Correspondencia con la autora.

[30](#) . Testimonio de Alida Vasselin, *Auschwitz - The Nazi Civilisation* . Sobre el tema del comportamiento humano, Hunya recurría a la expresión «*Der Liebe Gott hat ein grosser Tiergarten*» : «Dios tiene un gran zoo» o, dicho de otro modo, «El mundo está lleno de toda clase de personas». Gila, la sobrina de Hunya, comentó: «Mi tía Hunya usaba esa expresión y, como superviviente de Auschwitz, sin duda conocía las profundidades de ese zoo». Correspondencia con la autora.

[31](#) . Conversación con Pavel Kanka, enero de 2020.

Las modistas de Auschwitz

Lucy Adlington

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Dressmakers of Auschwitz: The True Story of the Women Who Sewed to Survive*

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Lee Avison / Trevillion Images

© Lucy Adlington 2021

© de la traducción, Juan José Estrella González, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2022

ISBN: 978-84-08-25899-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu
próxima lectura!**



**¡Síguenos en redes
sociales!**



**BALTASAR
GARZÓN**
**LOS
DISFRACES
DEL
FASCISMO**



CUANDO LA SUMISIÓN, LA REPRESIÓN
Y EL AUTORITARISMO SE IMPONEN AL DIÁLOGO

 Planeta

Los disfraces del fascismo

Garzón, Baltasar
9788408259299
320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Los disfraces del fascismo es una mirada en primera persona que repasa los casos de fascismos —y nuevos fascismos solapados— que atenazan nuestra democracia y la del mundo. Su intención es hablar sobre las esferas más conspicuas tras las que se esconde esa ideología que ha ido mutando desde los años treinta hasta las realidades cambiantes y cotidianas de hoy. Baltasar Garzón realiza un recorrido por algunos casos en los que él ha estado implicado y que esconden, directa o indirectamente, distintos disfraces del fascismo: la cobardía frente a los radicales, los radicalismos intolerantes y populistas, las amenazas extremistas, los favores a los dictadores y los jueces controlados y controladores. También se adentra en otro espacio, el de la acción de las redes y medios serviles al poder al desarrollar acciones propias de regímenes autoritarios bajo el manto de la libertad de expresión. Un libro oportuno que nos conecta con la más rabiosa actualidad de nuestro país y del mundo

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La cinta roja

Adlington, Lucy

9788408235231

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

A sus catorce años y en su primer día de trabajo, Ella se adentra en un mundo de sedas, tijeras, alfileres y bordados. Pero ése no es un taller de costura normal. Ni las suyas son clientas corrientes. Ella ha conseguido un puesto de trabajo en el taller de costura de Birchwood. Prisionera en ese campo de concentración, cada vestido que diseña puede suponer la diferencia entre la vida y la muerte. Los recuerdos del pasado, la pasión por su trabajo y el mundo de la moda y los tejidos serán el refugio para superar esa realidad terrible.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La biblioteca de fuego

Zaragoza, María
9788408257868
528 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el efervescente Madrid de los años treinta, Tina sueña con convertirse en bibliotecaria. Junto con su amiga Veva, se adentrará en un mundo de cabarets y clubs feministas, libros malditos y viejos fantasmas. Así descubrirán la Biblioteca Invisible, una antigua sociedad secreta que vela por los libros prohibidos. Pronto Madrid se convierte en una ciudad sitiada, donde la cultura corre más peligro que nunca. En medio de una guerra que lo arrasa todo, Tina vivirá una historia de amor clandestina que marcará el resto de su existencia mientras trata de proteger los libros no sólo de los incendios y las bombas, sino también de la ignorancia y los saqueadores. Una novela emocionante e imprescindible sobre el amor a la cultura. Un sincero homenaje a quienes arriesgaron sus vidas para preservar el tesoro de nuestras bibliotecas. A veces las personas pequeñas hacen grandes cosas y guardan después silencio. Una novela imprescindible sobre el amor a la cultura.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Coto privado de infancia

Tomás, Paco

9788408260981

424 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Se puede sobrevivir a la infancia, pero deberás pasar toda la vida intentando convivir con el dolor de esas heridas. Y, si no, que se lo pregunten a Tomás Yagüe, un hombre gay de cincuenta y dos años que no ha podido evitar construir su biografía a partir del rechazo, el silencio y la falta de comprensión de su entorno frente al acoso escolar y el maltrato que sufrió de niño. Ahora que, tras romper con su pareja, regresa a casa por Navidad como rezan los anuncios, deberá volver a hurgar en la herida y emprender un viaje emocional en el que aflorarán dolorosos recuerdos, pero en el que aprenderá a perdonarse, a dejar de culpabilizar a su entorno y abandonará la imagen de sí mismo que le ha hecho vivir habitando el margen durante todos estos años. Unos días que le llevarán al límite y supondrán un vuelco definitivo en su vida. «A veces la infelicidad necesita coartadas para mantener su pesadumbre». Una novela cruda, sincera y conmovedora que muchos desearían que solo fuera una ficción.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El mentalista

Läckberg, Camilla

9788408256625

720 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un parque de atracciones a las afueras de Estocolmo aparece el cuerpo de una joven asesinada de forma macabra: atravesada por múltiples espadas dentro de una caja. La agente de policía Mina Dabiri, reservada y metódica, forma parte del equipo especial de investigación que se hace cargo del caso. Cuando Mina agota todas las posibles pistas, recurre al conocido mentalista Vincent Walder para que los ayude a detectar los indicios que podrían conectar el asesinato con el mundo del ilusionismo. Con la aparición de un nuevo cuerpo, Mina y Vincent entienden que se enfrentan a un despiadado asesino en serie y comienzan una trepidante carrera contrarreloj para descifrar los códigos numéricos y las trampas visuales de una mente brillante y perversa. Un apasionante viaje a la parte más oscura del alma humana que no dejará indiferente a ningún lector. Atrévete a descubrir la verdad.

[Cómpralo y empieza a leer](#)